

Sal

Humberto Mata



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
NUCLEO DEL AZUAY

G. Humberto Mata

SAL

NOVELA

Edición facsímil

Centenario de la huelga de la Sal

UCUENCA

•2025•

Sal

G. Humberto Mata

Edición facsímil

©Universidad de Cuenca, 2025

María Augusta Hermida Palacios

Rectora de la Universidad de Cuenca

Juan Leonardo Espinoza Abad

Vicerrector Académico

Elena Monserrath Jerves Hermida

Vicerrectora de Investigación e Innovación

Macarena Montes Sánchez

Directora de Cultura

Centro Editorial UCuenca Press

Dirección: Daniel López Zamora • **Coordinación editorial:** Ángeles Martínez Donoso •

Preprensa: Juan Tigre Amón

Primera edición: 1963

Edición facsímil: 2025

Tiraje: 100 ejemplares

Derechos de autor reservados

Fieles al espíritu de la universidad pública, los libros de nuestra editorial son de acceso abierto y descarga libre para democratizar el conocimiento. Queda prohibida su venta. La reproducción de este material para grupos o fines específicos, que no son personales, deben contar con la autorización de la Universidad de Cuenca.

Agrademos el apoyo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay, a través de su actual presidente, Martín Sánchez Paredes.

Cuenca, abril de 2025

G. Humberto Mata

SAL

NOVELA

CUENCA - ECUADOR

1963

Nov
Ma

A CULTURA	
CENCA	
S/.	
S/.	
S/.	25,00
No.	18,340
3-VII-86	

26769

IMPRESO EN EL ECUADOR

Es propiedad del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana
Apartado 4907 — Cuenca.

S. 50.
A. Espinosa
julio 3 / 86
C. de la C.

A T E N D E D M E

SAL, aunque inédita, ya tiene su crítico de fortuna que la enjuicia desde su personal y pamplinero entender sobre "arte". La labor de la Crítica requiere penetración zahorí: no para establecer las conjeturas "artísticas" del vanidoso fiscal de tiro, sino para intuir la intención del autor, del creador y causa de su obra, sin tratar de inferiorizarlo amparándose en la mentira tinterillesca. En mi caso: el crítico de SAL ha cambiado las palabras de quien la escribió, para así adornar su impostura de gandul que profesa sobre "arte", para tapar su frustración de autor.

Podría rebatir, detalladamente, los gases del opinador sobre SAL; podría defender mi manera de novelar y mi estilo animador de neologismos, resucitador de arcaísmos y copiador del lenguaje azuayo, pero . . . quie-

ro que las patrañas del que me critíquea se atraganten en sus inverecundias de mucho "plano artístico".

SAL no es una novela "artística", y yo no soy un "novelista tranquilo", ni un ser de sangre fría ni un escritor de servidumbre sin atributos de hombre. Yo asumo mi responsabilidad con algunos de mis personajes, me pongo de su parte y libro la batalla de la Vida junto a ellos. Por estó me exalto y me apasiono. Si esto disgusta a los dómínes premiados o premiosos... ¡qué me importa! Todo cuanto escribo es para quedar bien conmigo mismo, sin miras a "la posteridad", al "arte", a "la literatura artística" o al interés de confeccionarme un nombre bendecido por el común vulgo letrado. Trato de consignar mi pensamiento para mí, quedando bien con mi íntima persona: sin que me intimiden los críticos de corazón emporcado con su "arte" de cosmético y masaje... Todo cuanto realizo es definición de mi individualidad de hombre: que no acepta sujeciones extrañas a su criterio de ser "con una filiación y una fe".

Si en esta obra hay cartelismo, prédica o propaganda revolucionarios, lo he querido así. SAL puede ser una novela de partido pero, jamás, para mi orgullo de persona honrada, una obra del partido. Indeclinable

mi posición ideológica que, creo, la he mantenido límpida desde el uso de razón de mi voz y de mi pluma, he consignado en SAL la responsabilidad de mi nombre y de mi sangre. Que por ella se me filie. Tiznéseme de mal novelista —que en realidad lo soy—, pero en mi honra y honor seguiré siendo un individuo leal consigo mismo.

Entrego al viento esta novela: con sus figuras acabadas, con sus personajes a quienes la Vida no terminó de conseguirlos: como Girón, que se diluye al final. Muchos cuencanos podrán distinguir a Casiano, a Leonarda, al Intendente, al Gobernador, al Jefe de Zona, a Queipo del Cespel... etc., etc., porque los conocieron. Si los he caricaturizado, mejor. Habré de enorgullecerme de ello. Veán lo que significa la Caricatura, estúdienla y, si se persiste, aún en calificarme de trabajador de aquello... está bien. Que el público, que los intelectuales no intervenidos ni de inseminación artificial enjuicien mi novela SAL: pero sin prevenciones, sin el hozar rencido del filatero suplementario. En última instancia: la Historia Literaria, que ya juzgó a SUMAG ALLPA y a SANAGUÍN, dirá si SAL merece destino a "perdurar"...

Termino: soy el único garante de mi obra total, como producto de mi espíritu y

representación de mi nombre en proyección de mi vida al servicio común. Y desde esta posición ni siquiera exijo que a SAL debe enjuiciársela, con corazón limpio y decencia de gente entera, dentro de la época en que fue escrita, es decir en 1937. Sobradamente conocido es que mi novela fue trajinada durante QUINCE AÑOS en cierta Editorial de Quito . . . en donde fue saqueada por críticos y curiosos. Conforme la receta del señor opinante, hubiera podido rehacer SAL ciñéndola al docto entendido en estado crítico, pero mi honradez me veda hacerlo: así nació SAL y ahí queda. Mas, confieso que a mis mujeres, faltadas su respeto, las cambié el nombre de GABINA por el de **Leonarda**, y el de LAURA por el de **Blanca**. ¿Qué por qué lo hice? Pues . . . porque sencillamente me dió la gana. Si es que alguno dudase de mi veracidad y creyese que SAL está totalmente “refacida”, no tiene sino que pedirme autorización para revisar mis originales. Y que los troglodultos de la letricanalla, del común **inmundo**, se cuiden de calumniarme.

SAL tenía derecho a editarse antes de este 1963. Hice gestiones, y ellas fueron conocidas por estos testigos:

“(. . .) Benjamín ha pasado toda esta temporada en la hermosa “Granja”. Ayer, al fin, después de

mil asaltos a su casa, he logrado hablarle, hablar a su nombre de usted, como usted mismo lo habría hecho, a base de su gran delicadeza y de su fe en usted y en su obra. ¡Mire cómo lo aprecia Benjamín Carrión! A pesar de que se halla en este estado que nos es conocido, en el estado de un gran viajero, se comprometió —y esto me ha pedido le comunique a usted— a escribir un recio prólogo a su novela. (...) El prólogo para su "SAL" lo escribirá en Quito, Luz de América. (...)" AUGUSTO SACOTO ARIAS.—Quito, Enero de 1938.

"(...) Por este mismo correo le devuelvo los originales de su novela "SAL" (...)" ANTONIO ZAMORA.—Buenos Aires, Mayo 5 de 1939.

"(...) ¿Qué me dice de SAL? Es fatal la imperiosidad de la economía maltratando tanta cosa que hay escrita con venas y la imprenta las pide y no se le da!" FERNANDO G. CAMPOMOR.—Habana.

"(...) Espero con el mayor interés su novela "SAL". Estoy seguro de que será una de las mejores obras de la nueva generación. Si no recuerdo mal, leí uno o dos capítulos de ella, en casa de Benjamín Carrión. Me parecieron espléndidos. (...)" HUMBERTO SALVADOR.—Quito, 28 de Diciembre de 1939.

"(...) Mucho me alegraría leer su novela SAL, así como conocer aunque sea los nombres de sus

otras novelas, las que no ha publicado, para darlos como dato ilustrativo en mi próximo trabajo. (...)" AIDA COMETTA MANZONI.—Buenos Aires, Marzo 7 de 1940.

"(...) Envieme su SAL. La leeré con mucho gusto. ¿Se refiere a la sal de comer? En un capítulo de mi novela "La flauta de Pan", publicado en "Aurora de Chile", cuento una historia en relación con su escasez. En nuestra pobre América, hasta la sal ha llegado a ser problema. Celebro conocerlo: le envío un cordial saludo". CIRO ALEGRÍA.—Cisterna, 9 de Abril de 1940.

"(...) y me hago un deber felicitarlo por la próxima aparición de su novela "Sal", cuya noticia he visto publicada en el Noticiero Panamericano. (...)" ESTHER MONASTERIO.—Buenos Aires, Abril 25 de 1940.

"(...) Por todo lo dicho deduje que usted es autor de varias novelas inéditas. Y este aserto lo he visto confirmado por el último Boletín de la "Oficina de Cooperación Intelectual" en que se anuncia "SAL", obra suya. Créame que esta noticia ha sido para mí un motivo de alto gozo. (...)" ANTONIO DE UNDURRAGA.—Valparaíso, Chile, Abril 28 - 40.

"(...) Por este correo le estoy enviando los originales de su SAL. (...)" DELIO ORTIZ.—Quito, Octubre 1º de 1941.

“(. . .) En referencia a la petición de fecha 6 de los corrientes, que hiciera Ud. a este Ministerio, para que se le remitan los originales de la novela “SAL” presentada a la Sección de Extensión Cultural para un concurso que no ha llegado a realizarse, tengo a bien comunicarle que su petición ha sido atendida (. . .)”. DR. LUIS PALLARES Z., Subsecretario de Educación.—Quito, 18 de Abril de 1945.

“(. . .) Benjamín tomó una prudente licencia. (. . .) Esta circunstancia y la de que Benjamín está pasando una temporada en “La Granja”, una finca que posee en Conocoto, nos ha impedido realizar inmediatamente el trabajito que te manifesté estamos dispuestos a realizarlo. Pero esto será cuestión de pocos días. En cuanto venga a la ciudad Benjamín le hablaremos de tu obra, la novela SAL. (. . .)” HUGO ALEMAN.—Quito, 8 de Julio de 1946.

“(. . .) Tengo, querido Humberto, cuatro cajones de libros aún en los muelles de Buenos Aires. Espero noticias de un momento a otro sobre ese despacho. Allí debe estar tu novela “SAL”. (. . .)” ALFREDO PAREJA DIEZ CANSECO.—Quito, Abril 8 de 1948.

ESTEBAN PAVLETICH:

Tu centelleante espíritu cénital, entre tantas páginas desenvainadas, honra y razón de la Literatura Indoamericana, escribió: "NO SE SUICIDAN LOS MUERTOS".

Quiero dedicar a tu valor de hombre, que flameó su corazón a la Justicia Nuestra, esta novela "S A L", cuyo subtítulo fue en un tiempo: "historia de unas huelgas heroicas y suicidas".

Tú, que eres de la Ciudad de León de Huánuco de los Caballeros, sabrás comprenderla: en el abrazo de volcanes que te llevan mis kipas y mis ímpetus con voluntad de ser en el Mañana Cósmico.

G. h. M.

UBICACION Y RUMBO

¡CAYANCELA! Indio que tuviste percepción de Tu Raza y de Tu Sangre: te asesinaron, Leandro Cayancela, porque les dijiste verdad cruda y de hombre a los soldados; porque dentro de tu pulso intentaste hacer latir las venas de todos tus hermanos; quisiste que, en un vórtice de sangre viva, se edificase el porvenir justo y humano de indios y soldados, de los cholos y los blancos con pundonor y con vergüenza.

INDIO CAYANCELA: desertaste del Cuartel porque abundaste el dolor de TU RAZA NO VENCIDA y percibiste el eje de su futuro, ardiéndote dentro del cerebro holocaustado. Indio Cayancela: tu mano está pesada de la tierra que laboraron tus nervios y tus sudores genéticos. Así es como deberían morir algunos runas! Así: apretando la tierra, su tierra, empuñándola: para que de ellas surja la madrugada del Mañana Estable de Justicia para los demás de Su Raza. Caíste... pero no eres sino semilla humana a la tierra cansada de ser del blanco pisoteador de sus atributos, de sus dignidades y sus garantías, de sus substancias nutritivas y filiales.

INDIOS: la Justicia Social ya se avecina en el humus de las selvas, en los calores de las yungas y de los estuarios, en los ápices de Los Andes y en vientre de los valles... ya llega! Ha de salir de vuestra misma tierra para inundar los cielos y los puntos cardinales, suspensos a la iluminación del hombre por el hombre, hermano y brazo

a brazo. Hay un anchuroso estallido de potencia nueva que se yergue sin cadenas y fronteras... ¡Ya llega, Leandro Cayancela! Los negros ya tienen repúblicas en Sud Africa. Desde los cráteres más mínimos de mis arterias se encima la protesta solitaria hacia las kipa machos, sonadoras de amenazas. El poncho de vuestra raza se ha transformado en corazón mío, y en bocina de sangre, en kipa de cóleras fraternas que braman en el pecho resurrecto y decidido del lado de vosotros: indios cimienta del Maíz y de la Patria Justa.

Sólo del Indio, y del dolor sentido y alimentado por él, podrá estallar la Justicia más pura que precisa esta Raza Imbatible... momentáneamente sojuzgada. Sólo el Indio, que sabe dónde arde la pena y dónde muerde la miseria, podrá ser quien engendre y vivifique la revancha justiciera. Nada de comunismos, sino sólo la JUSTICIA DEL INDIO Y PARA EL INDIO: en Él Mismo.

Indios... Indios, que os decíais hermanos en fraternidad de luchas libertarias por la Sal... Indios que acomodábais al sentir de la palabra hermanos toda la órbita de vuestras vidas anegadas de vejámenes traidores. Os decíais hermanos, porque las sangres vuestras estaban insurrectas y emergían de una naciencia de RAZA instintiva de protestas. Pero... no atinábais a nombraros "camaradas, compañeros"... porque vuestros pensamientos y cerebros estaban dispersos, sin cohesión unánime de metas... HERMANOS es ser la tierra, lo otro... ¿descalificó el odio y la matanza?

INDIOS: cuando os enseñemos a leer y amar la conciencia, y todos vosotros llevéis la letra tras la frente encendida y responsable, bramarán más eficientemente las kipa machos y huarmillas. Los machetes elevarán hasta punzar el cielo sus puntas rútilas de Sol obrero de la Humanidad: para labranza y sembradura.

HERMANOS INDIOS: mi mano estrecha vuestra muerte como un hierro candente y purificador que se me hubiese puesto al alma de mis pensamientos y mis actitudes. Se es totalmente canalla cuando no se intenta reivindicarse... y se persiste hundiéndose en el vacío de fango y de traiciones... De mi mente vuelan cóndores para transportar vuestro grito y vuestra acción hacia lo alto de las sierras núbiles y

urgidas, hacia lo tendido de las costas brindadoras, hacia los mares retumbantes contra las orillas del Mundo: ya encontrándose en Sangre y Alarido para cambiario en Júbilo y Victoria. Yo diré, en estas páginas, de vuestro anhelo, de vuestras ansias de liberación. Permitid que mis palabras siembren viento y vuelcos de corazón angustiados de esperanza sobre los despojos de vosotros, INDIOS.

INDIOS AZUAYOS: si os han derrotado, es porque pusísteis fuerza sin estrategia, voluntad inconsciente hacia una mira grandiosa... pero estéril! Hermanos Indios, lanzo mi corazón a la Vida, y espero su respuesta...

PABLO GIRON: Perdimos la batalla porque no hubo jefes ni cabeza en la Huelga. De saber como los soldados, hubiéramos vencido. ¡Pero... mañana... mañana, no más digo! Acaso mañana venga un día en que todos seamos hermanos... compañeros! Camaradas blancos... Compañeros indios! Y que no tengamos que pelear por la Justicia que nos deben, por la Justicia que queremos! Que nos den libremente trato de hombres, trato de hombre para el hombre, mano de trabajador para trabajador. Y si es que debemos pelear para conseguir eso, aprenderemos, entonces, a leer y combatir de igual a igual. Que nos den los libros y las armas y ya verán quienes somos... Indios!

✓ **SÍ, PUMA DE VIVAR...** Pero ese día tiene que nacer de nosotros, de nuestros pulsos cimentadores de Igualdad y Fraternidad Ecuatoriana. Resuenen juntos corazones de hombres. Sus sangres se trasfundan en comprensión fraterna y permanente. Los puños levantados vuelen relámpagos violentos: a hacer sentir su presencia de Vindicta, que la niegan si es que es arrodillada!

M A T A

CASIANO QUIROZ

Masticando el cigarro de Esmeraldas entre sus dientes cariados, resoplaba fuertemente Don Casiano. Resoplaba y pensaba; manifestándose la intensidad de su pensamiento en la mayor potencia de aire que extraía de sus pulmones. De vez en cuando emitía resuellos que enviaban las cenizas sobre los filos blancos de su chaleco de terciopelo gris. Resoplaba, y su sobretodo desabrochado despedía rayas brillantes en las solapas cubiertas de faya negra. En la cara abotagada, resaltaban venitas moradas sobre sus mejillas flácidas, derramándose encima de la camiseta rosada, oronda por la ausencia de la camisa. Ojos diminutos, entre carnosidades arrugadas tenían un mirar oblicuo, casi malsano; de repente esos ojos se quedaban fijos, mientras los párpados se semicerraban perdidos en lejanías punzadas por las cejas enormes, briosas y desbordadas en cascadas funerarias... Al arrugar la frente, separó el cigarro de sus labios, y lanzó:

“La luna a tumbos ambula por el zafir nocturno...
Parece una odalisca vestida de opaco azul,
con una especie, se diría, de mirífico tul
que me vuelve delicado y a la vez taciturno!”

—¡Eureka! La cuarteta no está mal... ¡qué va a estar,

hombre! No hay duda que la obra va dando. Tengo que retener en la memoria ahora. Veremos... La luna a tumbos...

Sentado en la mecedora, la cabeza entre sus manos, sumido en profunda abstracción repasaba sus versos, siguiendo el compás con la punta de los pies calzados con pantuflas de cuero de venado. Una, diez, quince veces, hasta que, satisfecho, rezongando confianza en su retentiva, levantóse. Aún le bailaba en el cerebro su parto lírico y quiso contemplar en uno de los espejos del salón su prestancia y suficiencia. Miró sus sienes plomizas que comprimían una cabeza estrecha, desprovista de arrogancia; su boca sonreía desdeñosamente, defraudada; los ojos se abrían y plegaban, ensayando diversos ángulos de visión: La nariz, redonda, siempre picada por las puntas de los bigotes torcidos, se movía continuamente de un extremo a otro del rostro ají-violáceo. Con sus dedos anillados de oro y esmeraldas fué comprobando sus facciones, el derrumbe de su carne, y las miradas ya sin aquel brillo que rivalizara con el de sus joyas. Agriado del examen, torció su cara y su despecho fue a dar contra el retrato de su padre. Casiano se sentía derrotado. Flojo su cuerpo, con la espalda saliendo en joroba de desastres, las manos embutidas en los bolsillos laterales del paletó, tenía muertos todos sus miembros, menos sus pupilas que, al contemplar al padre, adquirieron fulgencia amarillenta. Casiano Quiroz tornó a resoplar. Sin bridas, con los espolazos de su descorazonamiento físico, el recuerdo del señor evocaba, en trotona carrera, a Don Santiago Quiroz.

Amplia frente serena y encumbrada; miradas severas, mas no hostigantes; los pómulos nobles, armónicos, sosteniendo la caída de una barba bien cuidada, aunque sin ostentación. De todo el rostro de Don Santiago emanaba hidalguía, posesión de sí mismo e infinitud magnífica de espíritu selecto. Ya desbocada la visión del pasado, Casiano pensó en su padre: constantemente bueno, sin alteraciones disonantes en la voz y en sus ademanes; alto de cuerpo; blanco-mate; con manos alargadas y finas, a pesar de sus labores agrícolas, pese a que él mismo, muchas veces, empuñaba el timón en las aradas o la lampa en las decyerbas. Cabello castaño le flotaba en flamas cálidas hacia las espaldas recias e imperiosas, protegiendo el pecho que empujaba

el horizonte para mayor libertad de su persona. Del viejo emanaba orgullo, sin jactancia, posesionado de sí mismo en actitud sencilla de propia valencia distinguida, confiada en ella misma. Labios suaves, como si de ellos no hubiesen salido sino palabras justas y cordiales, como si jamás hubiesen sentido la hiel de un desengaño. No obstante . . . Casiano evocó su mocedad. Vio, nítidamente, a su padre indignado, pronunciando palabras que hasta hoy hacían hoguera en su mente trajinada por los años:

—“He sido bueno, noble y generoso para mis amigos. Tuve el culto de la amistad. Cuando daba mi mano lo hacía poniendo corazón dentro de ella. Cuando miraba a algún amigo en un trance difícil, le prestaba ayuda, sin ser solicitado siquiera, porque es deber de amistad el acudir a brindar nuestro esfuerzo a quien hemos seleccionado con nuestra estima. Donde había un dolor, ahí estaba el calor de mi espíritu; donde había una lágrima, ahí mi palabra a enjuagarla; donde una quiebra económica, mi bolsa se abría sin tasa. Me daba íntegro a la amistad, como la lluvia a la Tierra. Cuando se requería mi juicio de hombre, decente, puro, leal y fraterno, se lo daba, aunque mi pronunciamiento hiriese susceptibilidades de endebles espíritus que siempre aceptan mejor la administración de una frase acaramelada, antes que la terrible prueba de fuego de la verdad desnuda y edificante . . . Sin embargo . . . he aquí lo que me han hecho! Amigos . . . amigos . . . en que tierra ha caído mi simiente de cordialidad. Casiano, desconfía siempre. No te des jamás con nobleza, porque habrán de pagarte con insidia. No te desbordes en amistad, porque habrán de retribuirte tus dones espléndidos con falacias. Que te sirva de ejemplo mi derrota! Aconseja a Gamaliel lo mismo . . .”

Y las lágrimas de Don Santiago habían fluido lluvia vertida a vivificar simientes egoístas, sobre tierra armoniosa y pródiga de su propio corazón. Luego, la reacción de ensimismamiento, de orgullo, de soberbia, si se quiere.

—“Mi hijo, Nonocha. Ordena todas tus cosas; cómprate libros, suscríbete a revistas, a periódicos; dispón todo lo que te haga falta para tu deleite espiritual, porque marcharemos a refundirnos en “El Edén”. Haré de nuestros hijos honrados agricultores. Que estén cerca de la Tierra, que es la que no engaña

jamás y se entrega sin esquivar, pagando bien por bien, amor por amor. Y, sin embargo, nosotros no se lo agradecemos sobradamente. La Tierra es siempre abnegada, amparadora, y nunca bien agradecida! Que mis hijos sean hombres del Agro, donde hay más purificación del alma y mayor sustentación de pensamiento sano. La casa quedará arrendada a personas que la cuiden bien. Nosotros vamos mañana, y... quien sabe hasta cuándo! Tú me comprendes, Nonocha, por eso no gasto palabras, ya que los dos nos hemos entendido y basta que uno pronuncie un deseo para que el otro lo acate como una orden. No invoco tu comprensión porque sé, demasiado en mi lealtad de marido y caballero, que tú piensas igual que yo. La ofensa que se me hace, también recae en tí. Eres mujer de talento y entereza. Y, más que nada, eres mía, mi misma radiación de espíritu”.

Así acaeció que la madre, Don Santiago, Casiano y Gamaliel partieron a la hacienda a rehabilitar su fortuna que amigos hicieron jugase Don Santiago, cuando las copas se habían excedido... Tarde se dio cuenta el anciano de que había perdido con dados falsos. Soberbio, abofeteó a los tahures, a los malos amigos, y les dijo que la fortuna que se la habían ganado con trampa, era de ellos; que les echaba en la cara, como un salivazo, a que siempre les recordase su acción. Protestaron “los amigos”, diciendo que solamente se tratara de “una broma” sin trascendencia fatal, una broma inocente... Pero Don Santiago Quiroz se mantuvo firme y conminó: “O Uds. aceptan ese dinero o yo les obligo a que se lo coman, hato de bergantes!” De inmediato extrajo el revólver: frunció el ceño, tronando sus miradas desde gran elevación, el caño del arma no temblaba en su mano decidida, hecha péndulo de muerte en torno al círculo traidor. Y las palabras eran fuertes, como nunca habían sido en labios del caballero. Era la primera vez que sufría una decepción igual. Don Santiago enviaba sus voces rudas, tajantes, con mando imperioso y altanero. Su culto de Amistad, había descubierto ídolos falsos, fetiches embusteros y, más, impostores que no solamente jugaban con dados cargados, sino que también tenían tramposo el corazón. Y la afrenta era mayor, ya que el padre de Casiano, desprevenido, como todos

los sinceros, se ofrendaba sin retiscencias, sin economía sórdida, desnudo de prevenciones tácticas, esperando que también le proporcionaran paz espiritual en virtudes idénticamente generosas... Seguía el péndulo de revólver y, los "amigos", acataron la consigna: para bien de todos!...

"El Edén" fue el refugio de Don Santiago y su familia. Encastillado en sí mismo se dio a la Tierra, como él acostumbraba: con orgullo digno y actitud fraterna. Trabajaba él mismo en las actividades campesinas, sembrando confianza y cariño en la peonada. Trataba al indio deferentemente, sin sonancias bruscas en sus voces de mando, procurando convencerles con palabras antes que con el imperio débil e inapelablemente despótico del látigo y la voz airada. Corazón ancho de sentimientos cumbranos, caían sus latidos en la Tierra transida en armonías substanciosas; y esa Tierra, muchas veces que el anciano potente descansaba sobre ella, se entregaba mujer, consciente de su tributo obsequioso y fecundo. Latía la tierra embarazada de jocundia rendidora, y sus frutos fueron magnánimos y pródigos. Cosechas opimas restablecieron la economía de la familia Quiroz; y los 30 mil pesos fuertes estafados, fueron recuperados con creces, a más del doble de la pérdida. Gozaba Don Santiago: con sus hijos felices, en el campo, sintiendo las exultaciones benéficas y provechosas del terruño labrantío, abierto en alcancía rica de munificencias permanentes. Maíz, cebada, trigo, patatas, reses, contribuyeron al engrandecimiento próspero de ellos, que afianzaban sus convicciones agrícolas en deleites sencillos y acendrados.

Por las noches, la madre inculcaba el hábito de la lectura a Casiano que estaba ya en edad de ir al Colegio. Lo guiaba por los libros y despertaba en su hijo primogénito afición alta y culta. Gamaliel no gustaba de la letra; para él el campo, sentir a la Tierra bajo sus pisadas, acariciarla sensual, con fruición delictiva. Y, en mitad de todos, Don Santiago: desparramando la sombra de su cariño a que bajo él reposaran tres corazones suyos, sustentados con el calor radiante de su vida limpia y honorable.

Mas... la Vida, efímera en sus goces, se llevó primeramente a la madre; luego al padre, quien dividió su fortuna en-

tre sus hijos. A los indios que tenían deudas en la hacienda les perdonó todo. Y tras la sombra de los años trunco de Don Santiago, fue únicamente llanto sentido, gratitud constante y una esperanza desposeída de virtud...

Casiano, a fuerza de lecturas, ya medio bachiller, sintióse ciudadano, encargando del cuidado de "El Edén" a Gamaliel. Pronto fué toda la hacienda pertenencia exclusiva de Casiano Quiroz. Gamaliel dilapidó su herencia en juergas bajas, en borracheras de un mes seguido y con amigos... pese a los consejos de su padre. Habiendo enviudado, según decían por haberle dado un puntapié a su mujer, Casiano tomó a Gamaliel, —Gamacho... como le habían rebajado su nombre— para que administrase su hacienda. Mas, antes, el Quiroz ciudadanizado recogió al único hijo que Gamaliel tuviera de su aventurado matrimonio.

... Ante la avalancha de pensamientos, resoplaba Casiano. Bruscamente desprendióse delante del retrato. Encendió otro cigarro en la misma colilla que la tiró al suelo, sin miramientos. Acordándose de sus versitos musitó nuevamente: "La luna a tumbos ambula por el tapiz nocturno... Pero... no dije nada tapiz... tapiz... caramba! Ya se me extravió la palabrita... y con lo linda que era! con lo linda que quedaba! Tapiz... nada! la he perdido!... perdido... sin remedio!" Y bufaba.

—¿Perdiste algo mi Anito? Veamos si yo encuentro...

—Ah... no es nada, Nardita... Una palabrita de un verso he perdido... Qué lástima... Pero no es nada!

—Sí, no es nada, pero debes tomar agua de paico para conservarte la memoria. Versos... versos...

—Es mi debilidad, mi deferente debilidad... ya sabes, mujercita.

—Toma el poncho. Debes estar con frío andando por esas regiones habitadas por las musas etéreas... Pónte!

—No seas mala, mujercita... No te burles de las musas que no son etéreas, sino las regiones en las que moran, do viven, son vaporosas... etéreas... impalpables, de zafir... ya encontré la palabra; Zafir... eso es: zafir!

—A mí más me gustas de chacarero, antes que haciendo de sonetero...

—Sonetista, se dice, mujer de Dios! Te has vuelto vulgar, Narda... Antes sí te gustaban mis cartitas de soltero... Bien líricas que eran! Me las darás para repasármelas...

—Sí... me gustaban esas cartas, pero una se refina con los años!

—“Refina”, ¿dices? ¿Quieres decir, bárbara de Dios, que ya no te gustan mis cartas? Eran tan gallarda literatura epistolar!

—No he dicho nada de eso, Anito... solamente que ya no podemos perder tiempo en tonterías...

—Monstrum horrendum informe ingens, Nardae!

—Ya vienes con tus latinachos... ay, ponte mejor el poncho, hombre! Ya casi son las siete de la noche, señor de mens divinior... Voy y vuelvo en seguidita para rezar.

—Ah... que linda es Nardita! Ya voy, ya voy, amorcito... Mi hijita. No te enojarás, ¿no?

Casiano se arrodilló en el suelo para levantar la colilla de su primer cigarro que estaba quemando la alfombra de Otavalo; delicadamente la puso en una escupidera, y refocilóse anchamente mientras Leonarda salía a acostar al hijo de Gamaliel. Se paseaba orondo Don Casiano, relamiendo la satisfacción de las palabras de su mujer. “Hombre de mens divinior”... “qué bueno, qué rebueno! ¿Pero de dónde habrá sacado Narda las vocecitas aquellas, tan de lindísimo tono? Acaso las oyera a él mismo... acaso las leyera en algún escritito mío, pero, de todos modos, es conveniente reconocer su talento para emplearlas a tiempo y tan bien!” Leonarda pues, sí señor, ostentaba brillantemente su apellido: Quindío Trujillo. Suerte que tuvo Casiano en casarse con ella. Pero ella también... “Sí, hay que considerar que Nardita es casi instruída, pero yo no le voy en zaga! Ni qué haciendo pues! Soy un talento natural, nada cultivado, solamente que los años que estuve en el campo, luego de mi primera aventurilla ciudadana, me rusticaron un tantico... pero, vamos, no mucho que se diga, ea... Hoy a todos consta mi inteligencia, más: mi talento que poco a poco se despega de la pazguatería campera. Y soy poeta, aunque no de los buenos, pero... Poeta! con P mayúscula! Dios mediante, llegaré a las cumbres del Parnaso, sí, claro que sí!... quiera el Cie-

lo concederme tal merced!" De vez en cuando Casiano pasaba sus manos por el cuello desnudo; hasta que, otra vez frente al espejo, lanzó suspiro desacompasado y volvió sus ojos al retrato de su padre:

—“¡Padre mío! Fuiste bueno, bueno como el pan comido gratis y las estrellas de noche... pero no supiste darme arrogancia física, aunque sí, ay, gallardía intelectual!... Y esto, aquí entre nos y en confianza, te reprocharé hasta el fin de mi tribulada existencia!

—Ay! no me pise el pie, pues, niño Anito!

—Le has pisado a la pobrecita china, Anito! Tienes unos modos de perderte, de irte de vos...

—Me gusta la frasecita, Narda. No sois nadita tonta, ¿sabes?

—Tonta puedo ser; pero no literata ni postulante a poeta!

—Vulgo vil y criminal! Odi profanum vulgus!

—¿Vuelves a las andadas, Anito?

—No me digas Anito, ea! Me resientes... Y no he pisado a china alguna.

—Pero siempre le hemos llamado a su mercé así, niño Anito...

—Claro, siempre por siempre has sido para mí Anito, Casiano. Bien dicho, Rosa.

—No! No! Horror... Antes no había reparado que ese diminutivo es irrespetuoso para un poeta de mi prosapia. Nada de “anitos” a mi persona!

—Pero, Anito...

—Y dale el burro al trigo, Leonarda! Basta... Si me sigues diciendo... eso, no te oigo jamás de la vida!

—¿Oyeron, chinas? No han de decir ni más ANITO a niño Casianito!

—Bueno, pes, ña Nardita. Ojalá podamos...

—Como tanto hemos dicho niño Anito... difícil mismo va a ser... Criadas propias, de la casa grande de sus mercedes, nos hemos enseñado así, pues... Ojalá!

—Si me dicen... eso, les rompo la crisma sonsa! Nada de “anito”... Casiano, digo: niño Casiano soy, para todos!

—Bueno, Don Casiano. Ponte el poncho. Estás queriendo evadirte de ponértelo!

—Poncho y poncho, Leonarda... Por Dios! No me apetece usar esta prenda en la ciudad, mujer! Ella está bien para las campiñas morlacas, pero no para la urbe. Cuando me pongo eso me rustico, me vuelvo gañán. En mi hacienda sí me gusta el poncho, porque me pone a tono con el ambiente, me llama a la naturaleza promisoro y bienfaciente. Ahí cambio de modales y de forma de pensar, me... materializo, eso es! (Escogía los sitios en los que se mirase mejor en los espejos repartidos por el salón. Se ponía ya de perfil, ya de frente, ya de espaldas, para revolveirse intempestivamente y admirarse su tren de perorata. Todos le miraban absortos. En las pupilas de la mujer fulgía lucecilla irónica...) En el campo hablo a voces, a grandes voces, como se debe de hacer allí, hasta echo uno que otro carajito bien rasgado y sazonado! El poncho me reintegra a la Tierra. Pero aquí en la ciudad es diferente... Debo ser hombre culto, hombre de gabán, de levita, de cuello parado, de media de seda, que me la cambio cada 8 días, y de lenguaje florido! Nada de ponchos en la ciudad, Narda! Sólo para el campo, para el campo... El campo embrutece; aunque uno lea y se cultive, le vuelve a uno mula, torpe, basto, patán... ve a Gama...

—Pobre de tu hermano Gamaliel! He escuchado pacientemente tu discurso de Fiesta de la Lira... y te he oído delectadísima, créeme! Pero debes tener en cuenta que tú todo te lo debes a la Tierra. Tu fortuna, la...

—No mentes eso, Leonarda! Debes ser considerada. Si la tierra nos devolvió de la nada, no es preciso que sigamos siempre de palurdos, apegados a ella. Hay que refinarse, como vos dijiste...

—Bueno. Te pones el poncho o te digo ANITO y te falto el respeto... Sácate el gabán, es el único y vas a estropearlo. Con lo que te costó!

—Por donde metes la cabeza, paisita del cuerno, por ahí la has de sacar... Toma el gabán, vaya!

Entre risillas solapadas de la servidumbre, Casiano tomó el poncho. Lo miró resignadamente; profirió suspiro muy sen-

tido y se zambulló en la lana trenzada, como si estuviese mo-
tiendo la cabeza poetada en la misma Sierra... en su hacienda.

Volándole las alas del poncho, Casiano sentóse en la mece-
dora. Arregló su garganta con una tos seca: echó una mirada
amansadora a las chinas que se espiojaban; dejó el ostión de
un salivazo en la escupidera, juntamente con el resto de su se-
gundo cigarro y, con voz de barítono agripado, comenzó: "El
ángel del Señor anunció a María"...

El reloj del vestíbulo repetía la hora; la pared vibraba por
la potencia de los campanazos. Gustaba a Quiroz rezar en el
salón, por ser el lugar más decente de la casa; y, por más que
Narda reconvenía aquello, le decía: "A nuestro Señor debe-
mos recibirle en el lugar más notorio, y ese es el salón". Con
los ojos a medio cerrarse adormilaban las domésticas y el **luasi-**
cama; fingían rezar devotamente para evitar que Casiano Qui-
roz les lanzara con lo que tuviera más a mano, y también para
ganarse el premio de una peseta de plata que Narda tenía es-
tablecido para quien rezara con más atención. Era un bisbiseo
apresurado, recalentando la sala con las respiraciones que po-
nían ambiente de horno en las paredes, en los espejos y retra-
tos. Los vidrios tenían una neblina que impedía ver la calle y
el cielo nocturno. Rezaban... más, cada cual de los patrones
estaba ausente de las preces...

Leonarda Quindío Trujillo de Quiroz, alisábase continua-
mente sus sienes con sus dedos regordetes; clavaba sus bellas
pupilas en su marido, y, secretamente, reía de él. Le tomaba
como a un maniático, como a un loco benigno, dejándole hacer
su tema de poeta... Muchas ocasiones le regalaba libros de la
Bramé, de Hugo Wast, de Isaac Barrera, de Ernesto López, y,
una vez, en el colmo de la deferencia, le regaló una obra de la
dicha Mary Corilé... Pero Casiano ni siquiera leyó una pági-
na... Prefería la serie completa de Dumas padre. No llegaba
a mayores la cultura literaria de Quiroz. "Para mí el libro fá-
cil, que deleite, que distraiga, que entretenga y no que le venga
a romper la cabeza de uno tratando de entenderle. Los "moder-
nistas"... encontraron en ese modo de escribir un adecuado
subterfugio para suplir la falta de talento!... El libro claro,
el almuerzo con bastante mote y el draque con bastante agua

hirviendo, eso!" Narda dábale hilo, para tenerle complacido, aunque, a veces, gustaba fastidiarle con pullas punzantes por puro espíritu de semi paisita colombiana... Trepaba por el cerebro de la dama el tiempo de noviazgo; y en sus ojillos retozones se manifestaba presente el desopilado bromeo que les brindara a sus amigas, leyéndoies las cartas del Quiroz ciudadano. Casiano tenía una buena hacienda, sabía derrochar champaña en las fiestas patrias, dar premios en dinero efectivo en los bailes del Club Azuayo, bailaba regularmente y cuando estaba un poco bebido no perdía el compás, ya que poniéndose una botella en su cabeza, a pesar de los giros de su chilena, no la dejaba ir al suelo. Era imprescindible, y, dentro de ello, Casiano era un buen hombre, claro que un poco chiflado, pero excelente caballero para un matrimonio ventajoso. Por ello los padres de Leonarda se empeñaron en casarla con Quiroz. Y así fue que idos los padres de la dama a Pasto, su lugar de origen, ella gozaba sus 15 años de matrimonio plausiblemente tranquilo, y eso que el dicho poeta no había sabido siquiera hacerle un hijo... Ante tamaño desacato adoptaron al chico de Gamaliel... Maquinalmente, mientras estos pensamientos le rondaban, rezaba Narda; rezaba... y veía a Casiano. Mas... la imagen de éste tornóse borrosa, desvaída, para presentarse, en vez de ella, la figura de Pablo Girón!... La señora de Quiroz quiso reaccionar, espantada de la intrusión, pero la sonrisa de aquel caballero amigo de la casa no dejaba de presentarse, y tomando el mismo sitio de la cara de Casiano... Casiano era Girón! Leonarda recordó que Pablo le galanteara insistentemente, acaso por pura cortesía educada, acaso... porque le gustaba. Sea como fuere, ahí estaba la cara de Girón, con su picardía donjuanesca. "¡Válgame Dios! Girón... Me persigue la imagen de él, siempre por siempre... Y sigue!... Pero a mi Dios le consta que no hay nada entre nosotros, que ni caso le hago! Santísima Trinidad... líbrame de esta tentación!" Plegando sus ojos, la señora rezaba a gritos, tanto que las domésticas, despabilándose, rezaban ya de veras.

Pero Casiano no lo hacía. Por su mente zumbaba la palabrita, con su diminutivo burlón e irrespetuoso... casi femenino, inadecuado para la respetabilidad de elegido de las musas.

En martilleos insistentes ahí estaba: "Anito... Anito... Anito!" Y aquel estruendo fragoroso de golpes desapacibles le retrotraía a Casiano la vida de interno en el Seminario de San Luis, los profesores, los libros, las veladas largas y frías, estudio que estudia, los sacrificios, las misas y, encima de todo, la escena que motivara el apodo falaz. Estudiante menos que mediocre, Casiano se esforzaba en meterse en el caletre los libros que lo sacarían de ignorante; pero, al decir de sus maestros, "lo que Natura no da, Morlaquía non lo presta". Y Casiano se había quemado las pestañas bajo las lámparas de hediondo керосín, hasta que a la postre, dada por terminada la horrenda noche de estudio, iba a la clase confiado en su sapiencia y en su memoria. Tomábale la lección el profesor, y... nada! que toda la sabiduría se le había quedado en la almohada. Compungido y mohino, Quiroz se aturdí de su deficiencia, sin acertar el por qué de la risa de sus condiscípulos que se desternillaban a mandíbula desbocada. De pronto... oyó, clara, neta y zumbante la voz del profesor, que decía: "¿No has oído, Anito? Mójate la cabeza por las mañanas, a que tengas memoria". Y a coro repetían los tunantes de sus amigos la funestísima burla del profesor: "Anito... Anito!" Anito por aquí, Anito por allá... hasta que pasó el apodo a ser nombre cariñoso para Casiano.

Apenas terminó el forzado bachillerato; gracias a la voluntad que para Don Santiago tenían los sacerdotes, más que a las luces mentales de Casiano, de Anito Quiroz... Fuese por los métodos deficientes de los maestros de sotana o por incuria memoriosa, Casiano resultaba una absoluta nulidad en materia de ciencias liberales; pero para el quichua era una potencia! Don Santiago, entre socarrón y caricia, le enseñó la lengua aborigen a perfección; trataba de hacer de él un abogado de fuste, a que se entendiese directamente con los indios en el lenguaje de Atahualpa... Una vez que Anito hubo dominado el quichua, su padre matriculóle en la Facultad de Leyes de la Universidad de Cuenca. Y le puso de aprendiz en el despacho de un abogado. Empero, con la rutina y, más que nada, con la muerte de su anciano padre, Casiano truncó sus estudios promisorios en asaltos desvalijadores a puro quichua, como tantos

abogados hacen hoy día... No fué abogado Casiano Quiroz, pero sí un chacarero notable, con cédula de agricultor y un patriota descollante y, más que nada, hombre de cultura, según opinión propia... Inflándose la cabeza con humo de novelones, con *chamiza* de letras cursis, Casiano creíase un genio en ciernes. Y hacía bien, ya que la infancia acoquinada debe de refugiarse en este complejo de superioridad, si, pues, "créanme: no hay como la auto-convicción para subir a la gloria!" aunque esa "gloria" fuese de oropel de baratillo... Súbitamente los pensamientos de los rezaderos cónyuges fueron interrumpidos por pasos que se dirigían al escritorio de Casiano. Narda y Quiroz pensaron, simultáneamente, en Girón y, ambos, sonrieron, secretamente, aunque de diverso modo y por diferentes causas... Fulguraban las pupilas de Leonarda, bellas en su cerco de ojeras sugerentes y titilando entre las pestañas espesas, largas y crespas; en su rostro blanco y bien templado, sin arrugas denigrantes... resaltaba la tajadura de los labios carnosos, cuidados y, que cuando sonreían dejaban ver dientes de blancura apetitosa. Era hermosa la dama, y de su cuerpo abundoso emanaba atracción implacable. Casiano la miraba y sentíase dichoso de tenerla presa de su amor; las aletas de su nariz rojiza escocieron, y el señor quiso aplacar aquellos cosquilleos furiosos, más, al intentar pasarse sus dedos por las ternillas de su nariz, se trabó en las alas del poncho...

—Vaya... ya hemos terminado este rosario! Ani... digo: Casiano...

—Con este maldito poncho no puedo ni rascarme, barajo! Váyanse, chinas... Este poncho!...

—Déjate de peroratas, maridito, y anda a ver a Girón que debe de estarse terminando tus cigarros o tu *zhumir*! Jajajá...

—¡Cierto! de todo es capaz ese barrabás! Y recién llegado de Huigra...

—... Peor! Vuela, maridito, Anito lindo! Qué Girón...

PABLO GIRON.

El color azul del poncho recogía la luz de las velas en su pelo lustroso, mientras que sus puntas se pintaban de blanco en la cal de las paredes del corredor; alas de poncho impelidas por el trote de Casiano...

Faltando unos tres metros para llegar a la puerta de su escritorio, disminuyó la carrerita; anduvo de puntillas, detuvo la respiración y espío por el hueco de la cerradura, dándose de narices con los marcos de la puerta. Lanzando un bufido, abrió violentamente las maderas y penetró resuelto a fulminar a Pablo.

—Ave, homo sapiens! Pablo Girón te saluda! Poeta excelso... voy a coronarte!... en el nombre del arte!

—Me lisonjeas, Pablo... Siempre caballero... Pero, qué abuso! Qué temeridad! Qué horror!...

—¿Te has disgustado que te llame en esa forma exacta a tu altísimo numen?

—¡Bárbaro! Mal cristiano... desde la cerradura te estaba viendo con mis cigarros... iba a despedazarte, pero me desarmaste con tu olímpico saludo... Qué iniquidad.. mis cigarros!

—Mi querido Anito...

—Y encima me dices Anito! Prohibo terminantemente que se me diga y se me haga eso! Has estado fuma que fuma mis costosos cigarros! De Esmeraldas...

—¿Pero no es para fumar el cigarro, Casianito?

—Canalla, ladrón, pariente de los alfaros! Lucifer! arrrr...

—Que pareces un Atacocos, hombre... Más compostura, poeta! Si no he fumado más que dositos...

—Dositos... ¿y este cenicero que estaba vacío y que ahora rebosa de colillas? ¡Eres el colmo!

—Serénate, inmortal literato! Rara ave poetensis... cuando te mueras he de hacer el discurso de tu loanza en necrópolis! Te prometo ser pródigo, digo justo en alabanza de tu cacumen y sin alcaciones arias feas. Vaya, eso por tus cigarritos...

—Bueno fuera, pues, Pablito... pero presiento que vos te has de morir antes que este pecho, antes que esta cabeza! Si no... te diera algunas notitas de mis virtudes más descollantes en el cielo de la Patria, de esta Patria...

—... Bien. De todos modos, haré tu loanza. Y... en paz!

—Bueno... Oye, Pablo, guarda un cigarrito para después, apaga, apaga... Cómo vas, pues, a fumarte dos de tiro! Apaga el uno, hombre... Ahora fuma uno solo... Ve que soy decente.

—Sí, veo... veo... Y aunque en tu presencia me agrada fumarme dos cigarros de contado, te doy gusto, caballero del rocín poético, llamado por mal nombre "Pegaso"... Y, a lo serio.

—Por la rabia que me has dado, ni siquiera te he preguntado cómo has llegado. Perdona...

—Pues... aquí me tienes. Mi viaje a Huigra ha sido el más desastroso experimento! Eso de llevar ganado es tarea de perros, bueno para criminales...

—Por eso van los indios, pues! Como vos sois caballere de salón, no sabes ser hombronazo de acción, de caballo entre piernas!

—Basta de invectivas, prohombroco! Aquí tienes tus 3 mil sucres de ganancia del ganado que llevamos a la Costa, junto con los señores indios.

—¡Eh!... ¿tres mil sucres? Supongo que querrás ser honrado, Pablo, ¿no? Ya sabes que buenas cuentas...

—Naturalmente. Mañana daré razón a tu Cajero, que es el que entiende de eso.

—Yo también entiendo de todo, sepa, señor mío! Pero me conformo con lo que dices...

—Es que es tan prosaico eso de números para un talento letrado y cosquilleador de versachos...

—Basta! Pero conste que yo sé de todo. Me conformo. En

mis cálculos salían sólo dos mil... Que honradito! A los indios, ¿les diste algo?

—Ni qué haciendo, pues! Son tus “propios”, “carne de hacienda”, “semovientes” a tus órdenes y no había para que cebarles en sus vicios cochinos, pretendiendo dejar de morir de hambre! Sólo cinco sucres les regalé a cada uno...

—Qué dices, mortal derrochador! Cinco sucres! ¿y a cada mitayo? Es el colmo eso! Desperdicio de platita! Si sabes que son, como efecto lo son, mis semovientes, mis propios, mis acémilas, mis burros, mis ascos, ¿para qué les diste nada, hombre manirroto?

—Es que les ví tan fatigados por la conducción de las reses... me dio pena... Van por el páramo, son responsables si se pierde una cabeza de ganado... que vos les cobras en los animalejos de ellos... Dejan a sus mujeres abandonadas en las chozas por servirte a vos, para darte gusto... El mayoral les chicotea de lo lindo y de lo bárbaro...

—Te he escuchado pacientemente, sentimentaloides barato! Manirroto! Despilfarrador de lo ajeno! Eso, ir a derrochar la plata que tanto me cuesta sudarla! Vaya...

Casiano se había puesto de pie ante un espejo volante ya que siempre, donde estuviere, necesitaba tener espejos en los cuales mirarse y admirarse; accionaba rotundamente, volándole las alas del poncho, apoplético, curvándose bajo el mechón de pelos hitlerianos que casi le tapaban las revueltas cejas. Vociferaba, atronando, sus carrillos hinchados de palabras. Pablo chupaba golosamente su cigarro, y sus ojos pardos destellaban chispazos de ironía que hacían más simpática su cara morena y afeitada.

—¿Sudas tú, Casianito, esa plata? Me permites contradecirte, claro que con todo el respeto a tu numen sapientísimo... Lo que es yo no voy más a Huiagra! Para curiosidad es suficiente. Y vos deberías ser más humano con los indios!

—Ni un centavo partido más a los mitayos! Peor centavo entero! Señoritingo sensiblero, sepa que son mis propios esos indios y que deben estarse contentos y por bien pagados con ser pertenencia de Don Casiano Quiroz y Lovillos! Eso! ¿Qué mayor felicidad quieren los roscones?

—Claro... señor Quiroz y Lovillos, pero... eso no les alimenta!

—No me vengas con ningunas historietas humanitarias, ni con bolchevicadas! Eso! Ellos, los roscas, han nacido para servirme a mí! A MI! — pún, pún, pún se golpeaba el pecho emponchado! — A nosotros los blancos propulsores de la civilización, baluarte de la raza conquistadora, puntales airosos del progreso patrio!...

—Ve, Casiano... No te dispaes en ningún discursete, por favor! Más vale que pienses antes de hablar.

—¿Cómo, revolucionario recalcitrante? ¿Te has vuelto comunista, majadero?

—No, señor. Es que en este viaje he visto lo que sufre el runa, lo abnegado que es, lo fuerte que es y la pasta virgen que tiene para hacer de él un elemento útil. Ellos son lo que dijiste de baluartes y propulsores...

—Calla... calla y no exageres! Hombre, los indios elementos de progreso, baluartes de la Patria Ecuatoriana... vaya! Decididamente que estás pero bien requetechiflado... eso! Seguro que la nicotina está intoxicando tu caletre fumador. Les blancos hemos hecho la civilización a fuer y fuero de talento, a que el mundo ambule por un camino alfombrado de lirios y de rosas...

—Rosas para vos, mientras los indios, allá en tu hacienda, viven como bestias, no conocen lo que es jabón... pero qué digo jabón, ni siquiera tienen tiempo para bañarse, para mojar-se la cabeza, porque Uds., los gamonales, los acogotan a exprimirles, a que trabajen sin descanso que más que trabajo que se gana el pan con el sudor de su frente, según la dichosa preceptiva bíblica, resulta trabajo forzado, de galeotes ambulantes! Sí, Casiano, óyeme: los indios de tu hacienda y los de la mayoría de los terratenientes ecuatorianos, no son más que animales, semovientes, máquinas sistemáticamente emborrachadas por Uds. a que rindan utilidades pingües. Conste que no digo que los indios sean animales, ni raza "vencida" por su sangre y por su raza, por su ancestro, nó, sino por el sistema que Uds. han estatuido para ellos!

—Es la ley de la humanidad, Gironcito... Razas superio-

res deben dominar a las inferiores! Eso! Los unos sirven a los otros que tienen más capacidad cerebral y anímica; los pobres a los ricos, los cholos a los nobles, los haraganes a los laboriosos; los que no tienen tierra a los que tenemos... ¿Qué fuera de los canallas runas sin mí? Debes considerar que me porto bien.

—Bien para contigo mismo, señor Gobinau de páramo andino. Pero no en equidad de justicia para los indios que te dan la plata que beneficia tus ocios y tus holgazanerías “intelectuales”... que te dan dinero a que estés con tu numenzote tumbado a la bartola.

—Pero oye, Girón. ¿Y vos no te beneficias de esa mismísima plata? No me vengas con humanitarismos trasnochados que te los puedo rebatir con tus propios argumentejos, que ni siquiera han destruido los míos...

—Yo no exploto a los indios, sino que... me hago partícipe de tus ganancias. Como te he prestado dinero, sois vos quien me devuelve los intereses. Y, si crees lo contrario, me separo de la sociedad ganadera... Y déjame en paz. ¿Quieres?

—No... perdona, maneras de decir... Sí, sí, es que vos tienes casi la razón. Pero, si me permites, te diré, aunque floridamente expresada, tu frase viene a ser la misma verdad que yo estaba sustentando... es decir: que vos te beneficias. Y no seas humanitario de gallos de media noche, por no decirte de campanario! Eso!

(Vaya que este diálogo resultó francamente clamoroso de largo. Van a creer que no tengo táctica de novelista... ¿pero no les parece que en la vida real la conversación es tirada, de corrido y que los interlocutores no están diciendo qué lindo paisaje, mira eso, ve aquello... para distraerse en su pensamiento y su inspiración controversista? Y, si a críticos farsantes no les place esta explicación... aguántense!) (*)

(*) Un Sr. Edmundo Ribadeneira M., de muchas plumas y de luengos premios, en su “La Moderna Novela Ecuatoriana”, p. 201, altera esta palabra, así como a sus proditorios fines de crítico arregla a su modo mis novelas: para adquirir brillo y oscurecerme. Critíquese, bien; pero con honra de escritor sin esquinazos inmundos.

Casiano admiraba en el consabido espejo volante su cuérpo, ardidó el rostro y los ojos despidiendo luces malsanas. Comparaba su facha con la de su amigo, y se veía más defraudado por la Naturaleza. Envidiaba el porte esbelto de Girón, la elegancia sencilla y sin amaneramientos que él, Casiano, jamás había logrado conseguir. En uno de los dedos de la mano izquierda de Pablo, las pupilas verdes de una serpiente de acero azul chispeaban enroscando destellos en el platino del interior de la sortija. Pablo, gran fumador, abrió sin sanción la caja de cigarros y extrajo uno. Juguetaba con el papel plateado de la envoltura a la expectativa de si Quiroz protestase... Pero no, Casiano mismo ofrendole un fósforo.

—Sigue, Casianito, que te quiero oír... Gracias por el cigarro y la lumbre.

—Hum! Te dije que no seas humanitario. ¿Sabes? el mayor humanitarismo consiste en ayudarse uno mismo, lo demás es tontería de pazguato! Todos hacen eso, y, ¿por qué yo, precisamente yo, no iba a beneficiarme? ¿Por qué no iba a lucrarme honradamente? ¿Por qué no iba a ser mío el trabajo de mis indios, sempiterna propiedad mía? Los indios son inciviles, ninguna ley los protege prácticamente. Y, por ello...

—Se los puede explotar sin misericordia, sin cristianismo...

—No. No quise decir eso. Sino que... mientras no se los eduque, poniéndolos dentro de vestidos decentes, lavándolos, como vos dices, al modo de nosotros los blancos pulquérrimos, no se podrá, nunca, jamás de los jamases, considerar al runa como igual a la sección blanca de los habitantes ecuatorianos.

—Casiano... Casianito... para vos la educación como que consiste en poner al indio de jaquet y tarro de unto... Pero, la realidad es diferente: hay que mejorar la situación económica del indio, si se quiere que se culturice, que civilizado sí es. La economía es la base de la redención moral y material. Ve: un pobre no tiene ni prosa natural; pero dale tú 100 sures y verás la prosa que se gasta!

—Oye, Pablo, si no fuera a debilitar mi tesis con arguméntillos, diría que la base primordial de la educación, para la regeneración del indio es darle mejor vestuario y, luego, bien trajeado, con posesión de sí mismo, posesión dada por su traje de

res deben dominar a las inferiores! Eso! Los unos sirven a los otros que tienen más capacidad cerebral y anímica; los pobres a los ricos, los cholos a los nobles, los haraganes a los laboriosos; los que no tienen tierra a los que tenemos... ¿Qué fuera de los canallas runas sin mí? Debes considerar que me porto bien.

—Bien para contigo mismo, señor Gobinau de páramo andino. Pero no en equidad de justicia para los indios que te dan la plata que beneficia tus ocios y tus holgazanerías “intelectuales”... que te dan dinero a que estés con tu numenzote tumbado a la bartola.

—Pero oye, Girón. ¿Y vos no te beneficias de esa mismísima plata? No me vengas con humanitarismos trasnochados que te los puedo rebatir con tus propios argumentejos, que ni siquiera han destruido los míos...

—Yo no exploto a los indios, sino que... me hago partícipe de tus ganancias. Como te he prestado dinero, sois vos quien me devuelve los intereses. Y, si crees lo contrario, me separo de la sociedad ganadera... Y déjame en paz. ¿Quieres?

—No... perdona, maneras de decir... Sí, sí, es que vos tienes casi la razón. Pero, si me permites, te diré, aunque floridamente expresada, tu frase viene a ser la misma verdad que yo estaba sustentando... es decir: que vos te beneficias. Y no seas humanitario de gallos de media noche, por no decirte de campanario! Eso!

(Vaya que este diálogo resultó francamente clamoroso de largo. Van a creer que no tengo táctica de novelista... ¿pero no les parece que en la vida real la conversación es tirada, de corrido y que los interlocutores no están diciendo qué lindo paisaje, mira eso, ve aquello... para distraerse en su pensamiento y su inspiración controversista? Y, si a críticos farsantes no les place esta explicación... aguántense!) (*)

(*) Un Sr. Edmundo Ribadeneira M., de muchas plumas y de luengos premios, en su “La Moderna Novela Ecuatoriana”, p. 201, altera esta palabra, así como a sus proditorios fines de crítico arregla a su modo mis novelas: para adquirir brillo y oscurecerme. Critíquese, bien; pero con honra de escritor sin esquinazos inmundos.

Casiano admiraba en el consabido espejo volante su cuérpo, ardido el rostro y los ojos despidiendo luces malsanas. Comparaba su facha con la de su amigo, y se veía más defraudado por la Naturaleza. Envidiaba el porte esbelto de Girón, la elegancia sencilla y sin amaneramientos que él, Casiano, jamás había logrado conseguir. En uno de los dedos de la mano izquierda de Pablo, las pupilas verdes de una serpiente de acero azul chispeaban enroscando destellos en el platino del interior de la sortija. Pablo, gran fumador, abrió sin sanción la caja de cigarros y extrajo uno. Jugeteaba con el papel plateado de la envoltura a la expectativa de si Quiroz protestase... Pero no, Casiano mismo ofrendole un fósforo.

—Sigue, Casianito, que te quiero oír... Gracias por el cigarro y la lumbre.

—Hum! Te dije que no seas humanitario. ¿Sabes? el mayor humanitarismo consiste en ayudarse uno mismo, lo demás es tontería de pazguato! Todos hacen eso, y, ¿por qué yo, precisamente yo, no iba a beneficiarme? ¿Por qué no iba a lucrarme honradamente? ¿Por qué no iba a ser mío el trabajo de mis indios, sempiterna propiedad mía? Los indios son inciviles, ninguna ley los protege prácticamente. Y, por ello...

—Se los puede explotar sin misericordia, sin cristianismo...

—No. No quise decir eso. Sino que... mientras no se los eduque, poniéndolos dentro de vestidos decentes, lavándolos, como vos dices, al modo de nosotros los blancos pulquérrimos, no se podrá, nunca, jamás de los jamases, considerar al runa como igual a la sección blanca de los habitantes ecuatorianos.

—Casiano... Casianito... para vos la educación como que consiste en poner al indio de jaquet y tarro de unto... Pero, la realidad es diferente: hay que mejorar la situación económica del indio, si se quiere que se culturice, que civilizado sí es. La economía es la base de la redención moral y material. Ve: un pobre no tiene ni prosa natural; pero dale tú 100 sures y verás la prosa que se gasta!

—Oye, Pablo, si no fuera a debilitar mi tesis con argumentos, diría que la base primordial de la educación, para la regeneración del indio es darle mejor vestuario y, luego, bien trajectado, con posesión de sí mismo, posesión dada por su traje de

bolsillos vacíos, ¿no? adquiriría el hábito del respeto personal y de ahí sería más útil a la sociedad culta.

—Bueno... acaso tengas razón. Mas, una vez, que el indio use traje de casimir, o paletó como tú quieres, puede, sí, sentirse con arrestos de exigir lo que debiera; pero, desastrosamente, caería en actitud despreciativa para los de su raza, les volvería las espaldas y sería un indio metido —desclasado— a falso señor, a pseudo grande... Yo digo que al indio hay que educarlo conforme a su medio, dentro de la sujeción de la Tierra, de su gran Tierra, de Pacha Mama, sin quitarle su bayeta, pero aseándolo, fumigándolo exterior e interior. Porque...

—Sí, Pablo. ¿Quieres un purito Zhumir?

—Hombre... te iba a pedir! No hay como un buen zhumir!

Aspaventosamente, de un armario, extrajo Casiano una botella de cognac, pero que contenía el exquisito y capital aguardiente pauteño. El licor despidió su esencia provocativa y lírica, enviando a los labios de los amigos gran glotonería que, con las bocas hechas agua, degustaron anticipadamente. Sendas copas cristalinas movieron sus ojos purísimos, entregando el goterón de su lágrima fuerte a los labios de los señores que sorbían ese fuego hialino, ávidamente y con deleite.

—Aaaaah! Qué rico!

—Maravilloso! Este es el licor de los dioses! A mí que me den una copita de este licorcito y no cien de whiskey. Puedo tomarme una botella! Y conste que no me gusta por el trago en sí, sino por lo que da el trago: este ambiente de fraternidad, de expansión elocuente, de familiaridad, de calor, de confianza en uno mismo, de benevolencia, jajajá... de talento!

—Efectivamente, Pablo... Con razón uno de nuestros hombres célebres decía que el trago es el espíritu público! Pero... hablo. Te decía que los indios son la peor raza...

—No decías eso, Casiano...

—Bueno, pues lo digo ahorita! Y si a los canallas runas se les quiere dar confianza ilimitada se le agarran a uno del codo!

—No creo que sea eso. Ve, dentro de su primitivez, el indio es esencialmente sincero, ingenuamente sincero. Él acaso

piense que cuando el blanco le da confianza, debe desprenderse totalmente de su cerco que se ha tendido para mantenerse constreñido en él mismo, entonces, por ese gesto de fraternidad del blanco, debe darse íntegro, sin restricciones prohibitivas. Por eso el runa reacciona, ante la confianza del blanco brindante, con un desbordamiento brusco, con fuerza impetuosa y ex-abrupta, en tu dichoso latín... Reacción que nos choca y nos extraña a nosotros los blancos, que estamos habituados y forzados a graduación ascendente de amistad y de confianza.

—Hablas bastante, sigue...

—El indio se entrega íntegramente, desde el primer rato que ve confianza, sin creer que se le engañe o que esa confianza sea ficticia. Fíjate, además, el indio en su primer grado de borrachera grita desahogado; nosotros nos ponemos más o menos fraternales, cariñosos y, luego, pero así tan luego, cuando estamos en el tercer o cuarto período de la intoxicación alcohólica, nos ponemos a gritar... Es que a nosotros cuando gritamos se nos sale el amo, el salvaje mandón, mientras que al indio cuando grita se le aflora su sinceridad; el indio en el cuarto período de embriaguez deviene en lamento, en lágrimas, en vómito... en inconsciencia. Fíjate en mis palabras!

—Pero, con su "confianza" el indio nos decepciona siempre. ¿No es eso? Sea como sea, he comprobado que no hay cómo hacer un favor a un indio sucio y esperar gratitud de él. Son atrevidos y se creen, se ensoberbecen. Son brutos emperrados en desconfianza y carentes de caballerosidad.

—En lo tocante a gratitud... juzgo que el indio, seguramente, se considera con derecho a que se le haga el favor porque sabe, aunque no lo diga, igual al blanco, y, por consiguiente, debe tener los mismos privilegios y prerrogativas. De la desconfianza, te diré que es únicamente el instinto de defensa; siempre los indios fueron sojuzgados brutalmente, a garrote y patada, a perro y puñetazo por los incas, por la conquista española y... por nosotros mismos. De ahí que se reduce a su interior insobornable y hosco. Esto, naturalmente, refiriéndonos a los indios netamente del campo, que los urbanizados... esos sí que son plaga, por haber renegado de su medio encandilados por los chisporroteos ciudadanos.

—A eso iba mi discurso, pues! pero vos me interrumpes a cada rato...

—Bueno. Prometo no interrumpirte más. Pero... acércame el zhumircito, Casiano!

—Toma, sírvete lo que gustes. Estoy eufórico y munificente!

Paseándose aparatosamente, con las alas del poncho trabándose en sus agitados revoloteos en los brazos de los divanes, agitaba sus manos estremecidas de jubilosa locuacidad. Casiano gozaba al salir las palabras de sus labios fétidos. Girón se acomodaba lo mejor que podía en su asiento, preparándose a recibir impertérrito todo lo que viniese de la verbosidad casianística...

—Pues... quería decirte que yo, como vos, Pablo, en mi cuencana mocedad gloriosa, era sentimental y humanitario con los runas perros. Como ves, mal de novatos...

—Nada de "indios perros", Casiano. Al indio hay que juzgarle dentro de su medio original, vestido con bayeta no con casimir inglés... o medio inglés...

—Ya sé a qué aludes, Pablo... a los abogados, ¿no? ¿Ya ves cómo te cojo el pensamiento? Ah... si yo te contara lo que sé de los abogados cuencanos! Desde la tumba la madre de ellos renegaría de su parición!

—Formidable! Casiano... estás brillantísimo!

—Venga otro zhumircito! Es un excelente despejador de númenes! Yo me saco el poncho, qué caray! Brindemos...

—Por los indios, Casiano!

—No, nunca! El espíritu público no puede avanzar ni abastecer a brindar por los runas ascos.

—Yo sí brindo, Casiano. Me parecen los runas seres mejores que nosotros y que pueden rendir mejores frutos de esperanza ciudadana, porque ellos no se han contaminado, como los blancos, de todas las taras que pesan en el ambiente nacional, en este triste ambiente nacional... La verdadera cultura ecuatoriana saldrá de los campos, cuando los indios hayan rendido provecho y sepan abrir bien sus ojos para mirar al Sol sin pestañar. Por eso sostengo que al indio hay que analizarlo, juzgarlo y calificarlo dentro de su medio, en su radio terrígeno,

no como tú te empeñas dictaminar: al indio dentro de la ciudad...

—Parece que estamos un poco chispos... Pero así, sin uniformidad aparente, fluyen pensamientos sinceros, por la fuerza espontánea de su brío cordial y cálido. Qué rico trago!... Nos hace hablar floridamente!

Casiano tomaba olor echándose vaho en sus manos sufridas por su pestífero resuello... Respiraba fuerte, y sorbía la esencia de la caña, con más ganas. Girón alargaba sus piernas perezosamente, placentero... Fumaba enviando el humo a la lámpara del tumbado, en cuyo globo azulenco se enredaban espirales vaporosas. Quiroz gozaba en su charla; sus palabras salían golosamente degustadas por sus labios, en cuyas comisuras temblaban hilillos blanquecinos...

—Sí, querido Pablo, lo que vos dices: hay que juzgar al indio en el campo y no en la urbe. Eso me recuerda el principio básico de mi discurso. Y es: que a los runas dentro de la ciudad se los puede conmiserar, pero no en el campo, en su justo medio, como vos dices; ahí son salvajes sueltos, menos que acémilas, ensimismados, cachazudos, brutos...

—Etcétera, Casiano... por favor! Puede ser como vos dices, pero no te das cuenta que eso es el indio delante del patrón, no en choza ni en su páramo lejano e inaccesible para el alma del blanco. Puede que tengas razón, pero... no en el sentido que pretendes dar a tus frascitas. El indio en el agro es diferente del ciudadanizado impostor, ni qué decir hay! porque ahí en su Sierra, abierta de cumbres y luceros, él es dueño nato de cielos, de paisajes, de estrellas, de vientos y de brisas...

—Qué lindo! te has vuelto poeta, como yo, Pablito!

—Calla! Y digo que es dueño, porque aún laten en él las valencias subconscientes de su ancestro; por eso se encuentra en el indio arraigado en su campo, pristinidad de alma y miras de pensamientos elevados que yo, como blanco que soy, siempre amoldado a observar todo bajo un prisma de mi personal carácter, veo que los demás blancos, esos... habituados a maltratar a los indios no saben aquilatar en toda su grandiosidad el alma del Gran Runa Ecuatoriano!

—No me vengas con monsergas, Pablo. Eso! Yo he tratado

al indio en el campo y sé que es irracional, ni siquiera sabe responder una injuria! . . .

—Es que tú no sabes que el indio, en el campo, tiene mucha dosis de filosofía acendrada para prevenirse en contra de todo; de ahí es que nada le coja desprevenido; el indio es impertérrito al bien y al mal, porque se ha enquistado en su indiferentismo, suicida si se quiere, pero que yo digo que es orgullo, alto y cimero, llevado a su máxima grandeza. El runa en la Sierra, no repara en los insultos porque sabe que ese estado, el de las injurias, es natural y corriente en el blanco . . . doctor . . . abogado infecto de vanidad fátua, atrevida, insincera y preponderante . . .

—Pero qué mala boca tienes, Pablo . . .

—No es mala boca, Casiano. Llaman tener mala boca cuando habla uno con la verdad ardiente en las palabras precisas y exactas; cuando uno tiene la justicia flameándole en la lengua insurrecta de sinceridad y lealtad sin temores; cuando uno usa las palabras adecuadas y sabe manejarlas sacándolas chispas y erupciones elevadas. Vos dijeras que eso es tener talento . . . yo sólo digo que es dominar el lenguaje.

El diálogo subía como el humo del cigarro de Girón: en espiras difusas, a desflecarse en la lámpara. Medio ebrios, deshilachaban pensamientos, mas, entendiéndose a maravilla. Y los dos gozaban al par que la botella estaba casi al concluirse . . .

—Bien, Gironcito . . . pero tienes una saña contra los pobres abogaditos! . . .

—No es contra todos, Casiano. Hay excelentes excepciones de hombres dignos, que prestigan, desde esta Provincia, al Foro Ecuatoriano. Pero, aquí en Cuenca, hay superabundancia de abogados y esos tales echan pestilencias de pantano podrido que desprestigian a toda la profesión. Se gradúan los jovencitos, ve tú, y no tienen clientes que les saque a flote con su titulito . . . pues a conseguirse un puestito de vigilante de Mercado, de amanuense, de testaferrero en el Despacho de algún abogado que ya adquirió fama, a meterse a mecanógrafo en la tienda de cualquier remendón de códigos.

—Hombre . . .

—Hay trincas de abogados con sucursales en cantones y

parroquias, para desplumar tácticamente a los clientes que caen en sus manos. Debes saber, y perdóname el discursito... que ciertos abogados dan ellos mismos la sentencia que se la mandan al juez a que falle en los juicios que ellos defienden; debes saber que hay un abogado que se dejó decir que sólo su firma ganaba los juicios más escabrosos y que, por ello, estaba olvidándose de los códigos y leyes... Estos son los que hacen que la profesión se vea mal parada.

—Sí, Pablito... esos abogados deberían irse a haraganear como los runas!

—No, señor. Eso dices vos porque juzgas a los indios con criterio de patrón!

—Otra filípica...

—Llamas haraganas a los indios porque no atesoran riquezas, siendo precisamente ese sentimiento ennoblecedor de los indios. Yo alabo esa virtud de la raza que vive únicamente al día, sin allegar recursos para la posteridad y para el futuro, en sordidez afiebrada de blanco... El indio trabaja y gasta lo que ha producido, sin miras egoístas y equívocas de blanco... No sé quién dijo esto mismo, pero es fuerza coincidir en lo que se nos mete por los ojos deslumbrados. Yo digo que los indios no se preocupan del porvenir, del futuro material o espiritual, viviendo plácidamente, con filosofía desinteresada, su presente...

—Pero si no tienen inteligencia los indios, cómo van a fantasear mirando el porvenir, cosa privativa de los que piensan! Eso!...

—No es por falta de inteligencia, Casiano, que yo sí les concedo porque no soy amo de indios, sino porque ellos no se torturan en complicaciones de blanco con alma enrevesada. Los runas son sencillos y, apenas, cuando mucho les muerde la pena, comparan su presente con su pasado... Oye esto: en mi viaje a Huigra, cada vez los indios, ante cualquier complicación del trayecto, quizás contaminados con la tristeza de la llovizna, de la neblina, del viento helado, acaso rumiando tiempos idos... decían medio suspirando: "Y no en tiempo de Amo Grande"! La queja era repetida, en salmodia, en estribillo doloroso, insistente, profundo de raíces podridas de pesar, persistentemente, con paciencia reconventiva!...

—Mítayos un cuerno! ¿Qué mejor quieren que se les trate? “Y no en tiempo”... barajo! Indios del cuerno sucio! Pero... Qué me importa todo!

La evocación de Girón conmutó luz a los recuerdos de Quiroz. Imágenes, paisajes, horas, años y minutos cruzaron por su mente en candelada abierta de iluminación expandida, nítida; y en mitad de todo estaba la presencia del padre: augusta, serena y magnánima. De un manotazo díscolo, Casiano borró su frente y pensamientos...

—Jajajaa... “Y no en tiempo...”

—¿Por qué no terminas la frase, hombre?

—Porque no me da la gana, eso!

—No es eso, Casiano, sino que te hace daño... Y la veracidad de la denuncia te latiguea inapelable. Eres tan cobarde como para no enfrentarte contigo mismo...

—Nó! Sino que... pienso que mi padre no fue tan bueno que digamos... y, a más de eso... no supo siquiera darme una figura de buen mozo!...

—Casiano... Casiano... no te permito eso! Ni en tu borrachera debes faltar el respeto a tu padre, porque fue un ejemplar de hombre cabal. Si alguno osara, en mi delante, y tras tus espaldas, injuriar a tu padre, le cruzaría la cara a salivazos, ya que las bofetadas son muy caras para los canallas. Don Santiago no fue para tí únicamente tu progenitor, sino PADRE, así, con letras y sonidos de mayúsculas capitales y con sentimiento de limpidez bienhechora. Don Santiago fue tu padre, moral y materialmente y, contra los hombres que han sabido cumplir sus deberes de padres a conciencia, con entereza humana, con dignidad de hombría de hombres probos, no es dable hablar: porque uno mismo se mancharía boca y alma, pensamiento y honradez. Por eso te prohibo que hables de él. ¿Entiendes? Si Don Santiago hubiese sido sólo el hombre que te engendró a golpes de instinto irreflexivo y no a golpe de conciencia deliberada, si se hubiese despreocupado de tí en todo y para todo, entonces cabría que le acusases.

—Sermoncitos... vaya!

—Tu padre fue esencia más sutil de conocimiento de integridad absoluta, de su conciencia precisa de Paternidad com-

pleta. Y hay que respetarlo! Además... físicamente no eres tan desafortunado, hombre...

—Vaya, Pablo... me has espetado un discursito peor que los de los asambleístas pierde-tiempo. Tomemos una copita, de cuando en cuando!... Claro que no soy tan feo que se diga... además, el hombre y el oso... Y oye, para que veas que no me he enojado, te voy a leer una cuarteta para mi amorcito. Sí, tengo suerte con las mujeres, vaya, vaya!...

Girón no contestó nada. Temía que Casiano protestase y no quería disgustar seguidamente a su amigo... también él podía enojar y decirle, en serio, que le devolvería su plata. Compadecíale a Casiano quien, realmente, porque no se preocupaba en persona de "El Edén", estuviese necesitado de su dinero, sí, de su dinero que no quería recibir porque... bueno, porque era un excelente pretexto para venir con confianza a su casa. Girón veía a Quiroz hurgar en un cajón del escritorio; las paredes tomaban diversa coloración; en la cabeza ardía algo dando vueltas; una lucecita bailando en el entrecejo; zumbaban los tímpanos; las manos estaban recalentadas de crispaturas elásticas y desafortunadamente candentes; sus miembros se hundían en molicie... Pablo confesó que estaba ya embriagado. Descontrolado, se abandonó a su instinto suelto; y gozaba de ello, como uno que se deja llevar por la corriente ardida de un remanso...

—Aquí están mis versos! Gloria suma... escucha, Pablo!

"Blanquita adorada, aquí en mi numen
tu imagen se esponja candorosa,
y cuando las luces del orto esfumen
mi corazón será hoguera horrosa!"

—Bien, bien...

—¿Domino o no domino yo también el lenguaje, Pablo?

—Si he de ser franco...

—Claro, no faltaba más! Entre nosotros, naturalmente, la loanza es flor de caballeros! No faltaba más. Eso! Dí!...

—Casiano... los versos son dignos de tí, pero no la acción! Eso de que engañes a Leonarda me parece muy reprehensible! Y con quién... con una mujer de Galápagos!... que ha visto en tí nada más que el que debe de darle sus lujos.

—Pablo... te prohíbo!

—Nada de prohibiciones; cuando se trata de decir verdad soy terrible!

—Pero no dispares contra la pobre amorcita Blanquilla... Si es un ángel, un angelito que ha venido al cielo ternísimo de mi corazón estremecido de dicha!

—Que se ha situado en tí como sobre un sepulcro blanqueado. Déjame, Casiano... Ves, tú encenegas sin motivo tu hogar... van a decir que buscas en esa galapagueña lo que tu mujer no puede darte honradamente.

—Pero si es una diversioncita, casi honesta... La Blanquilla es...

—Ya me has dicho muchísimas veces, sí: "tu ayudante". Pero esas dos palabras tienen el cinismo de la rufianería más procaz. ¿Qué persigues?

—Hombre... vos sabes que los sultanes, que el Rey Salomón...

—Déjate de citas que no te las puedes aplicar a tu cabeza! Dirán que haces eso por hombría, por diletante... Bah! Ser hombre, Casiano, no estriba en el número de mujeres que se tenga, sino en llevar la vida con dignidad y respeto a la condición de hombre, y para uno mismo!

—Tonteras! Hay que gozar, hay que apretar las rosas que se presenten, hay que cortarlas y aspirar su capitoso perfume.

—¿Pero Leonarda?...

—"Para mí los cuernos son dos merengues!..."

Y la cancioncilla turbia sonaba rajada en sus labios alcoholizados y morenos. Bailaba Casiano Quiroz al son de sus palabritas. Era de verlo: sin poncho, en camiseta, como si recién se hubiese levantado del lecho, con los pelos ralos pegados a las sienes sudorosas, tambaleante, baboso...

—Eres cínico, hombre, Rosas... dejas las espinas de esa rosa galapagueña a que en ellas se pinche tu honor de marido, ea!

—Pero estás de lo más sermoneador, hombre, Girón. Ni que estuviéramos en Cuaresma...

—No es moralizar, Casiano, sino sentimiento de orgullo y respeto propio. Ve: la función sexual es noble, ya que en ella

perseguimos la reproducción de nuestra especie, y tergiversarla, desmejorándola con desfogues animales, pero... qué digo animales! en aventuras, eso, de hombre tarado de lascivia incontrolada, es echar lodo a una cualidad grandiosa a la que debemos respetarla, engrandecerla y mantenerla preservada en purificación. El acto sexual nos iguala a Dios, nos identifica con El y, por lo mismo, no podemos envilecer lo que nos ha sido dado para superación humana.

—Linda función superadora: ¿no?

—Esa mujer que te has pescado, no persigue sino que vos le sufragues sus coloretos, sus trapos, sus medias nylon. Hay que tener dignidad sexual, hay que tratar de conseguirla y no prestarse a ser mero instrumento mecánico de procacidades lujuriosas caninas, sin selección, que acepta todo lo que a mano venga... La vida nos brinda goces depurados, pero hay que escogerlos, refinarlos, expurgarlos para que ellos constituyan la felicidad permanente y nunca la vana refocilación plebeya denigrante.

—Escúchame, Girón: el que puede se da estos gustos. Ya lo sabes! Cuando alguien reprocha a las cholas, el haber tenido un hijo tras la puerta, ellas contestan: "deje, pes... mi trabajo me cuesta!" Eso: mi trabajo me cuesta, señorcito melindroso -porque-no-puedo!

—Trabajo infamante, indigno de un hombre que se respete...

—Vaya con el santoncito! ¿Y no tendrás, pues, vos alguna de contrabando? Ja!

—Yo tengo mi mujer que, aunque fuera del hogar, la he sabido rodear de respeto. Y no tengo hijos en ella, porque no concibo procrear a lo animal, sin sentido de responsabilidad de hombre íntegro. Y, para que sepas, te digo que no me faltarían mujeres que se me den apenas solicitadas, pero las rechazo: no por falsa castidad ni por impotencia sexual, no por carencia de glándulas robustas, sino... porque no las siento dignas de mí. En Ecuador, solamente con dos de mis amigas me agradaría tener hijos; y en el mundo... acaso únicamente cuatro mujeres pudieran ser dignas de ser madres de mis hijos!

—Pero si no se trata de fabricar "hijos", zoquete...

—Pero en un descuido, pueden ser engendrados y marcar-
los con estigma ominoso para toda su vida!

—Vaya... qué filático! Y qué jactancioso, Pablo! Qué
risa... jajajá! "Para mí los cuernos..."

—¿Pero de qué se ríe mi marido, con tanta gana? ¿De esa
canción tan fea?...

—Cosas de Girón, Nardita... jajajaaaa!

—Señora... a los pies de Ud.

Leonarda reía ella también, contagiada de la hilaridad de
su marido. Le veía con sus carrillos inflados de carcajadas, re-
torciéndose todo, casi desnudo el pecho enteco y sucio, contra-
yéndose a convulsiones de risas y de alcohol y de deleite villa-
no. Girón, serio, miraba a la señora de Quiroz. Y la presencia
de la mujer le turbaba, le invadía los sentidos, le traía lucidez,
le ponía arena en la garganta y achicamiento en los ojos estre-
mecidos de temblores en crescendo...

—Pero, Pablo, ¿de qué mismo se ríe, Casiano?

—No sé, Nardita... cosas de él... cosas de poeta no más....

—Nada de eso, hombre! Cosas tuyas... Jajajaaaa! No
puedo más... un ratito, perdónenme... vuelvo, ¿no? Jajajaza!

*
* *

El ambiente de la pieza se clarificó con la ausencia de Ca-
siano. Viento renovado dejaban las guías de su poncho, puesto
antes de marcharse... Los vestidos de la dama se estremecieron
y lanzas de luz traspasaron las pupilas de Narda goloseada por
Pablo, conteniéndose a duras penas... Narda miró picaresca-
mente a Girón y tomó asiento junto a él, en una silla que pa-
recía gozar con el cuerpo de la ocupante.

—Ha despertado el entusiasmo de mi marido, Pablo...
¿Qué le contaba Ud.? Siempre nos trae Ud. tanta espiritua-
lidad...

—Gracias, Leonarda. Hemos tomado algunos zhumircitos,
y Casiano se sintió, súbitamente, feliz e hilarante...

—Uff! a puro zhumir se huele la pieza! ¿No abusan Uds.
del licor, Pablo?

—No, Narda. Nada más que lo justo para mantenernos placenteros... Leonarda...

—Pablo...

Efluvios imantados de sensualidad vibraban en los cuerpos de los dos, atrayendo y subyugando carne en los nombres que se pronunciaban, entornados los ojos ávidos y las pupilas propensas a delirios, como si ellos se besasen en sus apelativos. Pablo se perdía dentro de los iris de la mujer de Quiroz.

—Narda... ¿Ud. sabe que la siento como a una colina sembrada de maíz y que hubiese sido regada con agua de ma-drugada? La siento como a la Tierra... porque sé que ella es la máxima delectación y la elevación más engrandecida de la Vida. La Tierra es esencialmente femenina, y en su laboreo percibimos, los que sabemos cómo llegarnos a los dones y mieles de la Vida, una unción completa y justa del acto creador...

—Pero, Pablo... la tierra se mantiene quieta, dócil únicamente al empuje sembrador... y yo soy bulliciosa, retozona...

—No, Narda, la Tierra es el símbolo mayor y de más radiante magnitud de la Naturaleza, ya que de ella se expande y perdura la vida animal, la vegetal y mineral. La tierra irradia sentimiento de sensualidad sana, inspiradora, fecunda...

—¿Y por eso me compara Ud. a la Tierra, Pablo?

—Cuando estoy cerca de una colina que ha sido sembrada, me siento ampliamente hombre, en el sentido exacto de la palabra, porque la fuerza prístina que emerge de los surcos labrados me sitúa en un ambiente creador y vivificante. La he comparado a la Tierra, Leonarda, porque no sabría y no le cuadraría a Ud. otro símbolo vital. Ud. para mí es delicia a la vista, incitación para la boca, deseo para el cerebro, saliva para mi beso, ritmo para mi pulso que se tiende como río a estrecharla en el bullir incendiado de sus aguas impetuosas...

—Pero ha sido Ud. poeta, Pablo! Pero... ¿por qué no se está Ud. cerquita, de por vida, de las colinas sembraditas?

—Poeta... no sé, Narda. Le digo, lealmente, que poco ghalanteo a las mujeres. Lo que le he dicho me ha salido de suyo, sin esfuerzo; si son palabras de poeta, a lo Anito... yo qué sé!... Pero le he dado mi pensamiento, eso es todo. Ah, si pudiera, mi felicidad radicara en el campo: una casita con libros, bien

repartida, con baño y servicios higiénicos, con piano, con radioreceptores, caballos, calefacción...

—El cielo y sus estrellas... Pero miren al burguesito!

—No es burguesada, Leonarda. Todos debemos tener comodidad y gozar de la vida, como conviene a todo hombre consciente. Por eso los beneficios que yo deseo para todos, los quisiera también para mí... Mas, los hombres son los peores verdugos del hombre, y hay que mejorar la economía de las masas para que esas mejoras vitales estén al alcance de la generalidad y derecho de todos.

—Y... así todos tendrían su colinita recién regadita, ¿no?

—Es que Ud. se está burlando, Narda!... Mientras que lo que siento por Ud. avasalla todo, hasta mis deberes... Pero, cuando se trata de conseguir lo bello, no se repara en deberes que son la construcción hipócrita de la renuncia impedida de lo bello. La consecución de la belleza es egoísta, egotista.

—¿Lo bello? Y... ¿qué es lo bello, Pablo?

—Lo bello es lo que invade nuestros sentidos proporcionándonos felicidad y estímulo vital, hasta tal punto que nos angustiamos para aprehender lo que creemos el summum de dicha.

—Dicen que una aurora es bella... ¿Quiere Ud. poseer una aurora, Pablo?

—De poder, sí, quisiera tenerla! Pero... mi ideal de belleza está materializado en la Tierra, porque ella, en sus funciones de germinación, se asemeja a la Mujer... Leonarda...

—Pablo!...

—Vaya que están cariacontecidos... Les dejé alegres y están mustios...

—Es que falta tu alegría, Casiano...

—¿O falta un draque, maridito? Con agua fría han estado tomando. Voy a traer!

—No, mi amiga. Es tarde y debo dejarles ya.

—Bueno, pues... debes esforzarte en echar esa ventolera de ideas cursis, Pablo.

—¿Qué ideas, Casianito?

—Nada, Nardita... Que Pablo ha resultado defensor de indios! ¡Eso!

—¿De indios, dices? Vaya... qué cosas tiene Ud., Pablo!

Convento que a los indios se les trate bien, pero que no se igualen a uno!...

—También el majagrancitas este quiere deshacer la sociedad, y que le devolvamos su plata...

—No he dicho, ni he pensado tal cosa, Casiano...

—Si nada arriesga con su plata en poder nuestro, Pablo...

—Es que dice que los beneficios que goza de esa plata, le vienen por el sudor de los apestosos roscones indios!

—Vaya... qué Casiano! No he dicho nada de eso... Sino, a las claras, que no he nacido para ser pulpo de nadie! Casiano explota a los indios, a los cholos también, vendiéndoles buenas cantidades de arroz que pagan en demasía. Mi dinero produce lo que le da Casianito, y él pudiera ser el explotado por mí... Pero, me pierdo! ya casi estoy borracho! Lo que quiero decirles es que me temo que mi dinero traiga, algún día, muertes, sangre derramada de inocentes... traición... odios... rencor... pavura asesina! Muerte suelta en sus infamias...

—Su mucha fantasía le tiene en ese estado lastimoso, Pablo...

—Somos hombres, Gironcito! No muñecos de la Vida... pues, a triunfar!

—Es que no sé qué mismo presiento, amigos míos...

—Y dale con la maña! Testarudo este... Sólo para hacerse el rogado. Vaya!...

—Además, Pablo, buena utilidad que goza Ud. con su dinero en nuestras manos...

—No me interesan las utilidades, Narda. Y no quiero discutir más. Hasta mañana...

Con un marejado abrazo de oso, tras las mismas pisadas de Pablo, Casiano cercó a su mujer. El poncho daba rescoldos acogedores y cordiales, y Quiroz no lamentó haberse embutido en la prenda gañana de su Sierra de la que, hoy mismo, se acordaba... Leonarda entrecerraba sus ojos y ladeaba su cara, a que no le diese tan de lleno la tufarada de aguardiente impregnada a los bigotes de su homo sapiens.

ESTEFANIO YUNGAYCELA

1

Metido en el poncho de hilo, sólo le asomaba la cara renegrida y fosca a Gamaliel Quiroz. Fumando incansablemente miraba los gestos de Istico Yungaycela al aparejar el caballo con la remesa para Casiano. El alba del sábado iluminaba profusamente las sementeras de maíz, el vuelo de los chirotes y trigueros. De vez en cuando, un niño longo corría tras los pájaros y les lanzaba pedradas, que las aves pifiaban con los chirridos de sus picos. Los indios, rodeando al patrón, contenían sus voces y consejos para el que marchaba a Cuenca... Hubieran querido decirle que se cuidase de la urbe, de las traiciones de las calles, de que se esquivara para que no le cogiesen y le mandaran a traer la maquinaria de la Planta Eléctrica de Huigra... Pero el ceño adusto de Gamacho los contenía. La luz primeriza del día pintaba rayas en los ojos y azules vetas en las mejillas indianas.

—Apúrate, indio bruto!

—Apurando mismo estoy, patrón...

El corral de ganado de engorde para venderlo en la Costa, elevaba al aire una atmósfera de resuellos densos, humosa, pávida en sus respiraciones emanadas de la carne sebosa y de la masa colgante de las grandes papadas movedizas de los cuellos gordos.

Retardaba los arreglos el Yungaycela, buscando con sus inquietadas pupilas a sus hijos, a su mujer... El hijo varón —“mi machito”— era la alegría confianzuda del indio! Había cogido una **duda** fresca y con ella le hizo un **pijuano**, para que el niño anduviese en los senderos tocando armonías de montaña. Hábil era el **huahua** para hacer sonar la flauta gañana; pero antes de entrar en posesión de una, el padre tenía que hacerla pasar por la presión musical de sus labios consagradores y eficaces. Por eso, dentro de su **cotona**, muy junto a sus tetillas abrigaba el **pijuano** que entregaría al largo al retorno de la urbe. Abstraído en esto no reparaba que el patrón se acercaba, tras suyo, malencarado, torvo, con la fusta en alto. Temblaron todos los indios, pero menos el paisaje y el viento de las cumbres.

—Mitayo, bestia, ¿no te dije que te apuraras? (Guanjjj!)

—Patroncito... de gana pegas, apurando mismo estaba! Ya todo está listo! Ve!

La beta del foete se enroscó en las piernas del indio. Un vuelco de corazón se exteriorizó en suspiros hondos, mientras miraba Istico a su mujer, a su hija, al Tomacho... Y, ni siquiera una palabra de despedida, una caricia de buen avío, sólo el halago de las pupilas melancólicas y mudas. Los hermanos de raza preparaban las barretas y las lampas para la abertura de la acequia que proveería de agua a la hacienda “El Edén”, en la parte oriental que carecía de abundante riego.

—Toma la carta-guía, Yungaycela. Darás a amo Casianito. Cuidado vayas a ir perdiendo nada eh! Yo he de saber cobrarle cualquier descuido tuyo. Anda, saludarás a todos! Pronto!

Con aborrecimiento contenido, el indio miró la casa de hacienda: endeble, las paredes destruyéndose, las puertas a medio cerrarse porque el frío paramero había hinchado sus maderas, las ventanas ya mismo al caerse, el tejado cariacontecido de grisura y de caries en sus lomos horizontales y angostados... El día brillaba la iluminación de la Tierra generosa y madre. Despertaba el campo con sonidos de alegría, con Sol esponjoso encima de las pencas, en los estrechos cauces de riego y en las copas de los árboles, jóvenes de viento y de meneos, cuidadores del paisaje familiar. Las chozas indianas humeaban algunas,

delante de los pedazos de tierra sembrada con arvejas, con ajíes, y geranios. Cantaban los gallos, balaban las ovejas y los cabros ya empezaban a mover sus colas rijosas a las ancas de las hembras esquivas y morales... Los indios cerraban sus labios para que el Sol no entrase a alumbrarles y burlarse de sus entrañas vacías, impenetradas de alimentos. El Tomás fue corriendo hacia su padre.

—Taitito... traírás, pes, pijuanito cuando vuelvas, ¿no?

—Sí, sí... Tomachito. Lindo hemos de tocar en choza. Estarás junto a mama y a hermana tuya, ¿no? ¿Oíste?

Iba el Estefanio punzando sus hombros con las puntas de las espinas bravas en el caminejo angosto, ladeando sus pics de las piedras puntonas a que no le lastimasen demasiado su cuero trabajador... Parte de la hacienda estaba ya de cosecha; otra, cerca de las lomas, estaban arándola para así tener frutos todo el año. Abusaban de la fertilidad de la tierra que no requería de estaciones, que no precisaba de descanso, que estaba siempre sujeta a forzamientos de trabajos intensivos, constreñida a una monogamia genital excesiva, como las indias paridoras sempiternas. Pero a la tierra, en aquella hacienda de Quiroz, siquiera le regaban esporádicamente con abonos salitrosos... Cómo hubiera querido el Istico quedarse para arar! Le gustaba que la greda se entregase favorablemente a las rendiciones exultantes de sus manos viriles y aptas para docilizar los surcos perfumados.

Araban las yuntas, con sus hocicos sosteniendo la gama húmeda de la mañana niña. Trabajaban elásticas, en relieve sus músculos tirantes, estatuarias de pujanza creadora. Con los cueros de borrego al testuz, ablandaban sus protestas; arrastraban la reja que insertaba su colmillo suave en la tierra, apartándose, abriéndose en desfoliaduras de libro de concepciones, a los lados. El arador empuñaba la esteva, silueteando al cielo su figura de dominador del horizonte azul, translúcido. Pesados los pies por la tierra levantada, caminaba el indio con soberbia, engallándose en su envergadura gigantesca de pujanza motriz. Se llevaba en los tobillos generadores del agro, pedazos de montañas diminutas. Hablaba a las yuntas como a algo salido de él mismo; como a miembros de su carne, en insinuaciones paternales de fertilidad abonada de esperanza.

—“Rishpa cutishpa, Zambito! ... ¿Qué pasa, hombreee? Alza la cabeza y vamos andando! Alza la cabeza y vamos andando! Menia la rabadilla, chapa a la chola, y vamos ... lindo!”

Los bueyes avanzaban al requerimiento fraterno, confidente. Estiraban sus cabezas, tensos los músculos del cogote, los tendones tornados reciedumbre de impulsos eficaces. Baba caía de sus hocicos, pendiendo en hilaza de íris que, en hilillos, insertaban sus diminutas lanzas en los poros descuartizados de los terrones incultos.

—“¿Qué es ese modo de meniar? Vamos andando! ... Menia lindo, carajo ... menia ... pareces mujer doncella! Chuta! Chuta ... Negro valiente! Jala, hombre ... jajaaay!”

Había sensualidad saludable en sus voces robustas de gestaciones labrantías. Tomaba a la Tierra como a una hembra, como a una mujer pródiga, magna y digna que abre sus surcos a las engendraciones máximas y puras. Sentía el indio arador que su arado era un miembro viril, que iba paternizando gozosamente los surcos asoleados, ahondando su empuje en la tierra que se dejaba penetrar propicia, sublime, mujer!

—“¿Qué pasa, viejo? Alza la cabeza y vamos avanzando! Yendo y viniendo ... rishpa-cutishpa ... yendo y viniendo digo, Negro lindo! Jala, Zambito ... ! Aaah! cholaaa! Jala, jala no más con gana, caracho! Vuelta!, vuelta ... Vira, cholo! Mana allí tishangui diabloman cusha! Si no tiras bien te voy a regalar al diablo, digooo! Caracho, hombreeee! Ay, guambra! Jala, jala, diablo! Ya vamos terminando!”

Era la potencia de la tierra sustentadora sentida por nervios indios, en plena y abundante gestación de fecundidad. Al recodar el lindero de la pampa, golpeaba su chicote en el mástil del arado; parábanse los bueyes, y daban vuelta. El runa retiraba la reja al compás de los toros obreros, en media luna, en sincronización de movimientos. Los animales presentaban sus cachos a la vasta proficuidad de los huachos estriados. El arador silbaba estimulando a los bovinos, alentando sus fuerzas a la faena que produciría frutos para el amo.

Los ojos perdidos en la pampa arada, el Istico caminaba al tranco de la bestia. Suspiraba, andando desganado y con una congoja que pugnaba —lo que nunca!— por hacerse lágrimas.

No se daba cuenta de que sentía eso. El Sol brillaba bravucón, las laderas regadas de luz y los gorriones pasaban en bandadas de gala por el filo de su sombrero de lana bataneada. Para espantar su pesar Estefanía extrajo su pijuano y tocaba a cielo alto, a viento estremecido, a los confines de la tierra, endulzando sus sonos, buscándose lo tibio y dulce del corazón nostalgiano, para verterlo en la armonía. ¿Qué le importaba que no se acostumbrara tocar en esa época que no era Carnaval? Él estrenaba el pijuano del Tomacho, lo bautizaba con sus labios para que fuera al hijo más íntimo de cordialísimas ofrendas. Tocaba la caña musical... y cuando se cansaba la frotaba con sus manos callosas, sobándola a delicadezas y ternuras. Ponía el pijuano sobre su corazón y en la mano abierta lo sentía latir, y el indio se reía al cielo, al río que pasaba por la vera del camino. Y tornaba a tocar ya con labios descansados, pero nunca fríos para la música y el recuerdo de su hijo.

Tocando... entonces sí pasó inadvertido el camino largo, tanto que, al cabo de seis horas, apenas se dio cuenta de que entraba en la ciudad.

Arrollado al antebrazo izquierdo el cabestro de la bestia baya, el Istico conducía la remesa. La música del pijuano invadía las calles, botando un acezar de montaña briosa en el ambiente hurraño de la urbe. Cuando no sentía tensa la beta, el Yungaycela tornaba su cabeza y encontraba las orejas del caballo y, tras ellas, las gallinas balanceando sus cuellos. Pasaban los autos y los guardabarras chocaban con las ancas del animal haciendo que los costales perdiesen su equilibrio... El indio levantaba sus dedos en el instrumento, para variar de tono. Tocaba con fruición, lamiendo la boquilla de la caña, que le daba la impresión de estar comiendo choclos frescos y tiernitos. Ex-tasiado en la melodía, reconcentrado en él mismo, avanzaba...

—Quítate, indio bruto!

—Vuela, animal... el camión te agarra!

Bramaba el klaxon tras las patas del bayo asustadizo; sus cascos resbalaban en el empedrado y el sonido ágil del pijuano se mezclaba al ronco y desgranado de las patas galopantes. No le llegaban los gritos y el runa continuaba su tonada, sorprendido de las gesticulaciones, de lo que la gente abría y cerraba

su boca, pero... sin lanzar ningún ruido. Soplaba místicamente su caña, cuando sintió un tirón brusco.

—Bestia, te digo que te pisa el camión!

Al chocar fuertemente contra la acera, desvirtuóse su éxtasis melómano. La máquina, gigantesca, le amenazaba resoplando, mientras el chofer y los pasajeros botaban centellas de injurias. Azorado, el Estefanía pasaba sus ojos del uno al otro, para ver si asomaba entre esas pupilas encendidas la figura del caballo de hacienda. Un golpe feroz entre sus labios...

—Para que aprendas a ser gente, burro! Por estos desgraciados nos fregamos nosotros, señores!

—Bien hecho, chofercito. Más también le diera yo!

—El bayito... de amo Casianito es!

—Por ahí se fue, anda cógele!

No le dolía la trompada del conductor. Intentó correr, pero su poncho estaba aplastado bajo una rueda. Tiró fuerte, en afán de volar tras el caballo, pero la prenda estaba ahí, pateada por la furia del chofer. Al fin retiraron la máquina, dejando libre la flama enrojecida del poncho, cuajarón de sangre caliente en las manos del indio dolido al contemplar, entre los pliegues de la lana, el pijuano roto, como tarja!...

—Amito... ve pes lo que pones haciendo pijuano! De Tomachito erá!...

—Indio mula, agradece que siquiera vos saliste con vida!

Metiendo los trozos del instrumento entre las vueltas de su chumbi, se atascaba entre los curiosos. Unos le daban patadas, le halaban la cotona, le pinchaban cruelmente con alfileres: tratando de azorarlo mayormente. Hasta que, hendiendo el grupo de blancos, el indio corrió tras la bestia. Sus ozhotas abofeteaban el piso, acuciando más al bayo. Cuando pudo sujetarlo, estaba rodeado por cinco policías.

—Indio idiota, ahora te vas a la Policía!

—Bien hecho, chapitas, llévenle, llévenle!

—Camina, bestiota del infierno!

A la menor resistencia del Istico, le daban de palos, lo pateaban, le asestaban pescozones inhumanos, que le obligaban a torcerse de pavor entre las garras infectas de los guardianes de la Ley. A cada aporreo, el runa bajaba la cabeza, volteando

entre sus sienas la imagen de Casiano. Del dedo gordo del pie pendía una uña amoratada, bailándole a cada paso, pero sin hacerle dolor. Era una cosa extraña a sí mismo, no obstante en sí mismo...

—Jala bien el caballo!

Apretaba a la cintura el pijuano destrozado, y se le incrustaba en carne viva, palpitándole fuertemente, con todo el tumulto armónico que derramara por paisajes y en las calles. De tanto estrechar su flauta se hizo daño, hasta la sangre, los dedos. Le latía como un pájaro al que quería protegerlo contra la insania policial. En los bordes afilados de la caña, estaba presente su vida, hecha licor rojo ido ya en coágulos... La vía le ladraba en las bocas movedizas y siniestras de las tiendas sembradas de cholos, chacoteando entre ellas; y el indio presentía que conversaban de él y quería contarles su desgracia, que el pijuano roto era del Tomachito... que en su choza... que en el monte... que en "El Edén"...

Opuso una pequeña resistencia al penetrar al Cuartel de Policía, pero un toletazo lo empujó dentro. Le cohibían los rifles, las espadas melladas que pendían de un clavo en la pared lacrada de roña de adobe vejado y vejecido, con huecos negros llenos de tela-araña; intimidaban las cornetas abolladas, y la cara del Brigada. Todo apestaba a polainas, a cuero podrido desde ha tiempo, a correaje humano pezuñento... En la Prevención vociferaban rudamente:

—Cabo Rrrevelooo!

—¿Qué hayyyy?

Algunos "policemen" cosían sus pantalones en un corredor bajo; con una cobija mugrienta cubrían sus piernas entecas. En veces dejaban la aguja; metiéndose la mano en los sobacos cazaban un piojo y lo tascaban sonoramente. Otros restregaban sus camisetas en un grifo de agua; en carnes magras el Sol espejaba en sus pieles prietas, proyectando la miseria del costillaje explotado de por vida... Un Meritorio aceptaba un pan de un preso; un Corneta jugaba, por entre las rejas de un calabozo, a la pinta con un detenido. Olía a sudor espeso el zaguán de entrada, y las dos de la tarde no entraban a una pieza en donde dormían su servicio nocturno doce números.

Vapor a pezuña infestaba el aire del local, sonoro del risotear de varios sargentos que festejaban cómo un papel, puesto en las mismas narices del Teniente Torres, subía y bajaba con la respiración de ese cómitre.

—¿Qué pasa, Primero Zhindón?

—Nada, mi Oficial de Guardia, que a este indio casi le pisa un camión. El se tiró contra el auto! Al caballo, felizmente, solo el pellejito le levantó en el anquita, sin que le pase más. Diestro había sido el chofer, que sólo con el guardafango hirió a la bestiecita.

—Dedo pusieron rompiendo, amito... Pijuano también!

—Silencio indio! No hables vos. ¿Qué dice?

—Que le han roto el pie, mi Oficial. Pero en realidad lo que le duele es el pijuano que le rompieron. Así son de brutos estos indios canallas!

—Pásenle adentro... Ah! qué buen caballo, para ser de carga es magnífico. Amárrenle!

—De amo Casiano es, niño... Remesa de amo es... Yo cuido de remesa y de todo. No, cabresto, no, amos. No! No quiten cabresto!

Con sus dedos lastimados el indio se trezaba al cabresto, mirando a los tenientes cuyas miradas fulgían en las abolladuras de sus espadones.

—Indio atrevido! Métnle al calabozo, al emparedado mejor! Ya!

—¿Pero quién cuidará pes caballito?

—Pronto, al emparedado!

—Te vamos a hacer ver lo que es bueno, mitayo!

—Caballito de amo es...

Dos palazos en la nuca, dos en la corona, silenciaron la protesta del Yungaycela. Tres chapas lo arrastraron de los brazos, mientras dos le asestaban garrotazos en la espalda. El Sol echaba resplandores en el patio, cuya tierra chupaba la sangre del peón, pero era tierra ciudadana... La puerta del calabozo apenas permitía entrada a un solo hombre, pero los briosos gendarmes intentaron embutirse todos. Forcejeaban, crujiendo el marco de la puerta. Dándose cuenta de su tórpeza, soltaron al indio, que cayó de cara dentro del cuarto.

—Mitayo asco, no estaba queriendo entrar!

—Hele... desmayado ya dizque está... Se hacen los zorros muertos los condenados!

—Metámosle pronto al emparedado!

Intentaron aprisionarle en el cajón vertical, emportado en la pared, pero el runa no cabía en el hueco de tortura, faltando lo menos cuatro dedos para cerrarse la puerta. Entre todos los policías oprimieron el pechazo duramente, a empujones rudos, con grandes aplastones de manos y de pies furiosos. Uno de los chapas le pisó, adrede, en la misma uña machacada, gozoso de sentir cómo bajo sus pies se suavizaba algo, como algodones... Asentaba más y más sus patazas en la herida, entre las risas de todos. Como cosa inerte, como estropajo vil dejaron al Istico.

—Tanto trabajo para un miserable mitayo!

—Juuii! no me acordaba de mi yatagán! Con eso suavito suavito entran los perros!

—Vamos a ver las gallinitas, lindotas estaban! De codiciar mismo...

Con la respiración del indio las armellas del candado chocaban roncamente. Gangueaba en el cuarto un acecido trunco. El Yungaycela abrió sus ojos, dándose de improviso con la aspereza de la puerta. Se ahogaba. La nuca rota le latía, chorreándole sangre su corona maltratada. Tuvo fuerzas para expresar:

—El bayo... no! Lastimadito no más está... Amo polecía... shamuy caima! El bayo no... de amo Casiano es!

—Cállate, indio bestia! No estás en el muladar de tu llacata para que friegues.

—Silencio! Yegua de porquería!

Parecía que los gendarmes —carabineros, guardias, chapas o lo que fuesen... — no tuvieran otro calificativo que el de "bestia", "yegua", "animal"... No se pulían en la búsqueda difícil de palabras. No era más que un miserable indio metido en su ambiente de pitadas, de órdenes, de suciedad, de podredumbre moral y física. De nuevo insistió el Istico. Entonces respondieron echándole tierra, trozos de ladrillo y, desde lo alto, cayó un chorro de aguas de orinales policíacos. Como el cama-

rote, el emparedado, no tenía techo... Estremecían las cornetas los nervios del runa, sofocándose en la estrechez de las cuatro paredes. No podía siquiera tocarse las aberturas, que empezaban ya a arder con el roce de la tierra ciudadana y la inmundicia... Si pudiera sólo sacar el brazo para amenazar con su puño a los bandidos! Ante esta idea tuvo satisfacción intensa. Pero no podía moverse y las costillas le escocían.

De pronto se produjo un silencio total en el Cuartel. Hacía daño retener esa oquedad en los oídos. Sólo ahí el prisionero se percató de que sus rodillas estaban húmedas; esbozó un conato de sonrisa al percibir que su pie se alivaba con el líquido cicatrizante que fluía de sí mismo... Y no era sudor aquello, ni sangre. Apretó las piernas, encogiendo todo el cuerpo a lo que pudo, hasta hacerse daño contra las maderas del encierro.

—Sal, a ver al Comisario. Saludarás en civil, burrote! Buenas tardes, diciendo...

No le importaba que le viesen mojado. Lo primero que hizo fue buscar con sus ojos al bayo, hallándole atado a un pilar del patio. Un paco le ponía kreso en la herida.

—Sácate el sombrero, puerco! Al Comisario se debe respetar!

La voz chillona del Comisario dio tumbos en los oídos del runa que, corrido, daba vueltas entre sus dedos al sombrero.

—¿No has oído? Que propio de quién eres, estoy diciendo!

—De amo Casianito, niño... De "Edén", propio soy... ¿Cómo no conoces pues?

—¿De qué Casiano?

—De amo Casiano Quiroz, niño...

—Indio bien bestia! Ese Quiroz debe ser el que decanta de talento y hombre culto... idiota ese!

Explicaron todo al Comisario, culpándole al runa, achacándole que había obstruido el tránsito y hecho galopar al caballo en plena vía. El Istico se asombraba de la falta de respeto del funcionario para con su patrón...

—Gracias a nosotros, que pudimos salvarlo a tiempo, que salió con vida el indio mula! Y el caballito solo...

—Ya sé! ¿Y esta carga es de Quiroz?

—Ari, amito Comisario... Manda pes soltando ya que sabes todo. De entregar carga tengo yo prontito...

—No todavía... espera!

—Y allí están los costales de maíz y las cinco gallinas. ¿Qué hacemos con eso?

—Amitos polecías... seis gallinitas eran, no han volado, toditas entraron aquí!

—¿Seis? ¿Alguien vio la gallina que dice éste que falta?

—Puede que más mejor haiga volado en la bulla del auto... Señor Comisario...

—Señor Oficial de Guardia, quiero creer que sea eso! Hummm... Que vaya a limpiar las letrinas, luego el patio, este indio! Hay que llamar al patrón.

Palmeando el hombro al oficial de guardia, el Comisario hizo llevar la remesa a su oficina. Sus córneas inyectadas por el continuo trasnocheo; eructaba alcohol, sudaba su cara grande y rubicunda. Fruncía, con gestos interminentes, el labio superior quemado por la nicotina; pasaba los dedos por su jeta y luego alisaba pelambre pegajosa. Una colilla de tabaco de envoltura amarilla le pendía de sus colmillos de sajino.

Tragaba hipos lacrimosos el Istico, imposibilitado ya de recomendar su remesa. Abriendo la llave de agua, le obligaron a lavarse la cabeza. En los charcos del suelo veía los rostros de los policías y evitaba pisarlos... no sea que sintiesen... y otra vez al emparedado! Un escalofrío raspó su columna vertebral! Aseó el letrintero...! ¿a qué contar nada, pues? Si el "ciudadano indio" es menos que "eso"!...

—Barre el patio, mitayo! y bien barrido, ¿no?

Raspaba, escarbando, las piedras. La escoba de retama temblaba en sus manos. Todo él encorvado, metiendo los ojos en las juntas de las guijas parduscas y a veces señaladas con gargajos que los chapas escupían adrede y gozosos. En la penumbra del zaguán divisó la cara violácea de Casiano. Le vio mover su lengua de bola y sus ojos bobos dilatábanse ante las atenciones de los celadores para conducirlo donde estaba el peón.

—Alabado sea Jesucristo, amo Casianito...

—Al diablo, majadero! ¿Trajiste carta-guía de la hacienda, bruto? Trae.

Hundió el "bruto" sus manos en la faja, hallando sólo los trozos del pijuano. Palpó su pantalón de lana, febrilmente, temeroso, presentivo...

—¿No encuentras, no? A que aprendas a respetar mis cosas!

Bofetada áspera remeció la cara del remesero, rodando el poncho a los pies del amo Casianito que escupía en la prenda. Luego zapateó briosamente, tratando de quitarse la sangre que untaba sus botas.

—Indio... arrrr! me has ensuciado el calzado, límpiame!

Cuando "el propio" se apelotonó ante las botas del señor, éste le asestó tremenda patada en el pecho, tumbándole de espaldas. Era una pelota de lana el Istico, sin responsabilidad ni nervios. Lelo, sólo atinó a anclar sus pensamientos en su hijo, en el pijuano destrozado... Los chapas miraban atónitos la valentía del caballero latifundista...

—Dispensad este mal momento de ira, señores... Es que le sacan a uno de juicio estos indios enteramente deplorables. Sólo tratados por mal modo son buenos, eso! Hay que enseñarles primero con la fusta, con el palo, con las patadas antes de usar las palabras. Cuando se les haya abierto la cabeza a fustazos, entonces sí ordenadles, que os obedecerán a conciencia. Echadles un ajo, de esos de Dios es Cristo, y veréis lo alhajas que son, hasta os adivinan el pensamiento!

Sin contestar nada, los gendarmes le invitaron al Despacho del Comisario. Acaso los policías pensaron que, en tiempo no lejano, ellos mismos fueron tratados de esa laya... ya que los chapas son, casi en totalidad, indios desclasados. Eran, sí, indios, indios piojosos de cerro, palurdos que vinieron a la ciudad, y para calmar sus hambres, sentaron plaza de polizontes. Ellos claro que sí podían pegar a uno de su raza, pues se conceptuaban superiores a aquellos indios que quedaron en el agro. Ellos, los del kaki roto, eran mejores que los que estaban aún de bayeta y de cotona pringada de lodo y de yerbas tiernas; ellos, sí, eran mejores dentro de su kaki y de sus insectos punteadores de miseria sobre sus cueros sarnosos de perros nocturnos... ma-

lolientes. Ellos podían pegar a los suyos, pero ver pegar a un blanco... en su delante... apenas su remoto subconsciente!

Apeataba a descuido la piccita del Comisario. En los muros retratos de ladrones, calendarios con santos, papeles, cromos de botica, el rotograbado de un "apóstol del panamericanismo", otro de un presidenciable y reclamos de ex-políticos apareados al de rameras y de judíos residentes en el lugar... Todo enjabonado sus mejillas, levantose excusándose el Comisario. Cuando acabara el rapabarbas, el Istico confiaba en que "amo Casiano" haría devolver la gallina que faltaba. Para eso era blanco y decidir... No desprendía la vista del rincón donde estaban los costales y las aves... Callaba.

—Le ruego me disculpe. No tenemos otro local de barbería que las mismas oficinas. Hay que avenirse con lo que sea pues! Siéntese... Estos malos gobiernos...

—Por favor, dejemos en paz a nuestro Gobierno que es quien le ha empleado a Ud. Vamos a lo que vamos... eso!

—Con el mejor de mis agrados, amigo. Mandemos afuera al runito, para tratar a solas asunto tan odioso.

—Anda esperarás afuera, Yungaycela.

—Ari, amo... Harás pes devolver gallinita que han robado... otras tan cro que faltan... Viendo estoy!

Solos los laychus, al principio se miraron sin atinar el arreglo de sus pensamientos para que surtieran mayor efecto en el ánimo del otro. Se introspeccionaban para el ataque a fondo...

—Mí señor Quiroz... su peón...

—Su propio... si me permite!

—Bien. Su cochino mitayo propio, ha infringido el Reglamento de Tránsito en el Art. 40, N° 53, que dice...

—No se alargue demasiado, le ruego...

—Podía, con plena atribución, mandar al indio a que le juzguen en la Comisaría Municipal de Tránsito. Pero, conocedor de sus relevantes méritos, y simpatizante con Ud., mi amigo y poeta, mi caballero de las bellas letras, voy a proceder yo no más. Debe de saber ya que el Istico ha perdido tres gallinas de las que dice haber traído, lo que ignoro... desde luego!

—Canalla de mitayo! Me lo voy a almorzar vivo!

—Bien. Por mi parte, considerando a Ud., voy a aplicarle

el mínimun de la multa. ¿Qué son siete sueres para un hacendado rico y poderoso como Ud.?

—Es el colmo! Siete sufres por un indio sinvergüenza! Es un robo! Siete sueres sin motivo! Cuando por siete sueres puedo comprarme, el rato que me dé mi real y santa gana, un longo entero en mi hacienda! Es un robo... eso!

Calando el Comisariò la sicología de Quiroz, se empleó a fondo. Expuso que no era tal robo ni perjuicio para él, Quiroz, sino un modesto préstamo que hacía el cacique, ya que harían un documento en el cual el aborígen se comprometía, a 30 días plazo, y reconociendo el interés legal del seis por ciento desde el momento, a devolver en plata las tres gallinas desaparecidas, más el monto de la multa...

—La práctica odiosa de la administración de la justicia, en nombre de la República y por autoridad de la Ley, me ha dado alguna experiencia. Si tiene algunos otros cargos que hacer al mitayo, los incluimos no más, sin asco! El indio pagará todo, es hora de cobrarle las hechas...

—Y por hacer! Eso! Que brutal! Brutalísimo, sabia, sapientísima, magna Lex! Lex, lex... excelsa! Y hasta sabe firmar el maldito!

—Es un arreglo de entera justicia, mi amigo... Ud. presta los siete sufres, como llama Ud. a los sueres, y el peoncito pagará todo. Pero conste que yo quiero evitarle un bochorno a Ud. yendo donde esos empleados municipales y espesos. Por eso ventilo el caso en mi oficina. Además... es sábado inglés y el despacho del Concejo estará cerrado, ya sabe lo que se divierte la banda...

—Bueno... Gracias, hagamos el documentito...

Pusieron cada gallina "perdida" a cuatro sueres, siete de multa, dos de la curación del caballo... y resultaba, pues, veintín sueres que halagaron los oídos de Casiano; sonrieron juntos y se invitaron tabaco...

—No me gusta nadita ese número... Mejor pongamos veinticinco sueres, redondos.

—Jajá, mi amigo... me hace que falte a la Ley... Pero, como simpatizo con Ud...

—Además, ¿no ve que me retrasa las gallinas que debía comérmelas mañana? Que pague el muy perro!

—Ajo! ahorita recuerdo que le dieron forraje al caballo!... Debemos cargar eso!

—Lo que Ud. guste, lo que Ud. guste, Comisario...

—Pero que tragón había sido su caballito... cinco sucses de alfalfa, de la mejor, se empipó!

—Ponga no más lo que quiera. El mitayo es el que paga todo! Jejeee.

Aquí tiene la plata por concepto de la multa, de la curación del bayo, y del forraje... total: catorce sucses para Ud., para cerveza, ¿no?

—No haga suposiciones escabrosas, señor Quiroz... soy autoridad y caballero.

—Bien, bien... Que venga el peón a firmar! Doce sucses de las gallinas voy ganando yo.

De gusto abría y cerraba las manos el Comisario, empuñando los catorce sucses. Los incisivos se le metían en los labios violáceos reconcentrando risillas de satisfacción tumefacta, de caimán despatarrado...

Venido el indio, acodado en el escritorio, trazaba rasgos endebles, creyendo en lo que le hubieron leído...

“Yo, ESTEFANO YUNGAYCELA, por mi propio derecho y voluntad, declaro que al venir de la hacienda “El Edén”, de propiedad de Don Casiano Quiroz y Lovillos, se han extraviado en el camino tres gallinas, sin que tenga ninguna responsabilidad por la pérdida y, por consiguiente, nadie puede exigirme pago de ellas. Para constancia firmo, juntamente con el señor Secretario que certifica...”

Esto le leyeron!... Los dedos del Estefanía, vigorosos al empuñar el timón en las aradas, o crujiendo de coraje cuando acariciaba el pecho insurrecto de su caracola combativa, suelta a bramar las cúspides serranas, abortaban nervios fatigados al guiar el pico enlutado de la pluma. Se le mancharon las uñas de tinta, resaltándole, gigante y mocha, la prominencia de las

—Además, ¿no ve que me retrasa las gallinas que debía comérmelas mañana? Que pague el muy perro!

—Ajo! ahorita recuerdo que le dieron forraje al caballo!... Debemos cargar eso!

—Lo que Ud. guste, lo que Ud. guste, Comisario...

—Pero que tragón había sido su caballito... cinco sucses de alfalfa, de la mejor, se empipó!

—Ponga no más lo que quiera. El mitayo es el que paga todo! Jejece.

Aquí tiene la plata por concepto de la multa, de la curación del bayo, y del forraje... total: catorce sucses para Ud., para cerveza, ¿no?

—No haga suposiciones escabrosas, señor Quiroz... soy autoridad y caballero.

—Bien, bien... Que venga el peón a firmar! Doce sucses de las gallinas voy ganando yo.

De gusto abría y cerraba las manos el Comisario, empuñando los catorce sucses. Los incisivos se le metían en los labios violáceos reconcentrando risillas de satisfacción tumefacta, de caimán despatarrado...

Venido el indio, acodado en el escritorio, trazaba rasgos endebles, creyendo en lo que le hubieron leído...

“Yo, ESTEFANO YUNGAYCELA, por mi propio derecho y voluntad, declaro que al venir de la hacienda “El Edén”, de propiedad de Don Casiano Quiroz y Lovillos, se han extraviado en el camino tres gallinas, sin que tenga ninguna responsabilidad por la pérdida y, por consiguiente, nadie puede exigirme pago de ellas. Para constancia firmo, juntamente con el señor Secretario que certifica...”

Esto le leyeron!... Los dedos del Estefanía, vigorosos al empuñar el timón en las aradas, o crujiendo de coraje cuando acariciaba el pecho insurrecto de su caracola combativa, suelta a bramar las cúspides serranas, abortaban nervios fatigados al guiar el pico enlutado de la pluma. Se le mancharon las uñas de tinta, resaltándole, gigante y mocha, la prominencia de las

engrosaban... crecían! Las cabezas de los montes estaban negras por las candeladas quemadas en las noches. Pasaban los gallinazos y los cóndores, chamuscadas sus alas en la vibración roja de blasfemias mitayas. Las hembras acariciaban a sus críos, recomendándoles el nombre de sus padres. En una pampa, se alzaban los cascos de los caballos bayos... Levantando sangre a borbollones encendidos, mientras que del cielo pendía una bandera blanca, respunteaba de iris... Era la tierra un puño furioso, en embestida de runas oprimidos. Galopaban los caballos...)

La voz de Narda lo despertó. Creyó ver las imágenes de su soñar indio, en torno a él, revoloteando por toda la cocina, pero solamente la falda de la patrona le rozaba la cara...

—Ya ándate, Istico. Dirás al Gamachito que lea bien esta carta. De amo es. No irás botando nada. Saludarás a amito Gamaliel. Ya ándate!

Ni café, ni agua de raspadura, ni un nada. ¿Para qué? Empuñando el pijuano colado, salió el Istico de la ciudad. Con delicia sentóse en El Vecino a... escupir tieso y bravo, sonoramente, con saña contenida, con feroz encarnizamiento. Sintióse aliviado y su paso aligeró. Caminaba ágilmente, tocando la caña que daba una armonía falsa, chueca... Ya cerca de Machángara montóse en el bayo, seguro de que los ojos patrones no le alcanzarían. Apretaba la carta y taloneaba a la bestia con horror de venganza, deseando que le nacieran en los talones espinas de media vara, para hundir en los ijares del caballo que, por su culpa, malograra todo el viaje. Cuando más avivaba el recuerdo, un tremendo latigazo cruzaba las ancas del bayo resignado, aguantando que el pelo quedase levantado... A la tarde llegó a los linderos de "El Edén", haciendo que la acémila descansasa a que no le vieran el sudor... Un arador quitaba el yugo a los bueyes; acomodaba en los cachos las betas, formando ochos. Al hombro el arado, su chicote terciado a la espalda, marchaba a la hacienda a entregar los útiles, a que le diesen una copa de trago después de tanta fatiga y de tantos soles cejijuntos... El runa punteaba a silbos el descenso de la luz, que no era dominguera para el indio Yungaycela... ni para el arador.

Trago a trago, con Adán Ruez, bebía Gamaliel. En casa de hacienda el mayoral recogía los aperos de labranza en el tumbado de la cocina exigua. Los niños jugaban a la baraja; entre risas, con ademanes pesados, se hacían pillos y se reconvenían amistosamente. Gamaliel tenía en su mano izquierda un puñalito de pata de venado.

—Amito... con licencia, entraré...

—Entra, Istico.

—Cartica mandó ña Nardita. He aquí...

Con la punta del arma, Gamaliel rompió el sobre. Leyó... contrayéndose sus pupilas, enrojeciendo la cara, apretando el puñal en la mano derecha ya estremecida de furia. Iba a reaccionar bravamente, pero, comprendiendo que echaría a perder lo que le recomendaban en la carta, se contuvo... Fue solemne.

—¿Sabes, Estefanío, que has hecho una gravísima falta?

—Mana, amito... no sé nada también yo!

—¿Qué es, pues, Gamaliel? Yo, como abogado de los tribunales de la República puedo fallar. Dí...

—Ha hecho perder tres gallinas de la remesa que mandé a Casianito. Figúrate! Tresotas!

—Y ahora, ¿con qué vas a pagar esa monstruosidad, hijito?

—Amo Adancito... amo Gamachito... documentino hicieron pes firmar en Comisaría...

—Mientes! como un puerco excomulgado, mientes!

—Verdad mismo estoy diciendo, amo.

—Silencio!

Sin poder dominar su salvaje, Gamacho tiró el cuchillo a la cabeza del peón, pero el arma prendiose, vibrando, delgada lengua de perro, lívida y estremecida en la pared. Por debajo de la mesa, Ruez, le hizo señas de que se dominase. El indio, estático, no atinaba a asombrarse de nada.

—Istico Yungaycela, sabes que soy abogado de Uds. los pobres runitos, los indiecitos y que me preocupo por la suerte de todos Uds. los de la raza vencida. ¿No es cierto? Por lo mismo, quiero decirte que no hay como la sumisión y el buen porte. El amo nunca se equivoca, y si yerra es Dios el que se equivoca por él.

—Amo Adán sabrá pes eso, ya qué...

—Contesta con cultura, mitayo! . . . Te reviento el alma de piojos!

—Con delicadeza, Gamaliel, conseguiremos traer al buen camino a este descarriado. Tengo tacto de abogado, no olvides.

—Qué tacto de abogado ni qué monsergas! Yo, sin zonceiras ni nada, tengo mando de patrón. Ya verás . . . Hoy mismo dejas a tu hija, la Concha, a que mañana vaya a casa de Casianito. Es para que sirva sólo un mes! ¿Oíste?

—Pero . . . huambrita de nueve años no más, qué ha de poder pes servir nada . . .

—He dicho que vaya —roncamente— y se acabó! Manda a tu mujer con la longa, esta mismísima noche. ¿Oíste? Y no me hagas enojar, porque me carga el diablo y te vas montado en toda tu familia a los quintos! Mitayo un cuerno!

—Debes obedecer lo que dice amito Gamachito, Istico. No se trata sino de que la Conchita, esa huambrita coloradita, vivarachita, preciosita, tu hijita, sirva apenas un triste mes en la casa grande de Casianito, ese amito gloria de hombres cuencanos y prez de alcurnia de las letras patrias. Ya sabes que soy defensor de indios, que soy como si fuera vos mismo, así me privo por Uds.! Soy padre putativo de esta raza vencida! . . . Mándale a la chica, ¿Oíste?

—Ari, amo Adancito . . . Así será pes, como vos dices. Pero que hijita mía que no queda más de mes que vos ojrueces. Pena . . .

—¿Dudas de la voz de tu patrón, bandido? Largo ya, a amarrar al bayo en el corral! Y mucho cuidado con coger la sal de las bestias, eh!

—Cálmate, Gamaliel, la paciencia ablanda rocas pétreas. Y estos pobres runas tan desamparados, tan inocentes, requieren protección antes que furor insano.

—Como les explotas vos diciéndoles peleen por tierras, les defiendes.

—Cada cual vive de lo que sabe, jajajá! . . .

—Bebamos mejor, majaderete.

Todo el ganado de la hacienda estaba encorralado. En el centro del redil, un montículo de piedras tenía asentado en su cima un enorme trozo de sal. Lamían de él los toros, golosamente, con grandes lengüetazos saludables. El pelo lustroso de

las vacas se inundaba de crepúsculo, y en el corral vecino los terneros daban voces a sus madres. Encendían fogatas en la casa del cuidador de ganado y las paredes de paja incendiaban llamarazos colorados en sus hilos temblorosos, que segaron su latir cuando el dueño salió presto.

—Oíte, Istico...

—Ya vos también, taita Julián, has de venir a castigarme... a pegar... Mundo han malmodiado blancos aura!

—Yo voy a consolarte mejor, Istico. Consuela, hombre... Márgara dijó que vayas a choza de ella para velorio de huahuita.

—Hijita mía... más mejor muerta estuviera, antes que en casa de amo.

—Nada también han de hacer en casa de amo Casiano. Consuela, hombre. Anda beberás mejor. Yo he de decir no más a mujercita tuya que traiga a la Conchita y que más después vaya a casa de Márgara...

—Así será pes, taita Julián... Dirás a huarmi que vaya a casa de Márgara...

—Ari, Istico, ari. Toma salsita... pero cuidado enseñes.

Eludiendo los ojos del Yungaycela el mayoral entró en la casa. El humo de la leña verde le molestaba, hundiéndose a hacerle lágrimas, a que su pecho tenga una congoja certera y a que sus manos se crispen en el puño del hacha reluciente... En sus pupilas, potentes de mirar al Sol sin pestañar, brincaban saltonas gotas diminutas. Viendo al Istico alejarse cabizbajo, suspiró. Con sus manos anchotas y duras, con sus venas brincadas en ríos de latidos, acarició uno a uno a sus hijos. Tomó el hacha y escondióla bajo la cama. Luego, pasó su mano por la frente queriendo borrar su pensamiento...

—No! No... no mismo puedo, NO! Soy cuentayo, yo! No puedo defender a Istico matando al Gamacho!

Felicitose de su suerte.

La sombra desparramaba densidad de luto en los caminos.

BROTE LEVANTISCO

(viento bravo)

1

Abrasada de ropas indias la casa de Márgara y del Ramón, estaba revuelta por la fiesta del velorio. Sobre dos cántaras vacías habían colocado el ataúd aurora, con sus bordes pegados con fleco de papel dorado. Seis velas en torno de la cajita iluminaban a la niña envuelta en los pañales que su madre comprara con la venta de las gallinas ponedoras. La bayeta extranjera, bordada de seda e hilo de Escocia, derramaba la elegancia detonante, su elegancia de veinte sures, a la tierra dura, morena, y húmeda con los restos de la chicha derramada. En el fogón borbollonaba el agua de una olla grande de mote, y las papas exhalaban un olor invitante por la cocción apretada, en la cazuela ruborosa de rocotos.

Con un dedo en el ojo izquierdo, la Márgara desgranaba a goterones la mazorca de su llanto.

Sentados en el suelo los indios tocaban sus rodillas, en rueda cerrado. El Ramón pasaba una botella de puro de la que, botando los pelos de la corona al espinazo, los concurrentes chupaban a su gusto el aguardiente; luego, soplaban, con la boca

redonda de abierta, su placer y el resquemor de las encías latidas. Movían sus caras, secándose los labios con el dorso de la mano y a toda la extensión del antebrazo.

—No llore, tía Mágina... Mejor, al cielo han hecho ir huahuita!

—Hay que asentar mismo esto. No como huahua de Istico, que amo Casiano manda a traír, como vaca, como oveja, como... qué tan diré pes!

—Pobre mi huahuita... todo junto vienen desgracias! Aquí... en Cuenca...

—Cuenta, pes, tío Istico... cuenta pes ¿qué pasó pes en peste Cuenca?

Se abrían, curiosos y atentos, los ojos del Leandro Cayancela. Le urgía al relato, con sus manos imperiosas y los gestos rudos de su cara marrón brillante. Todos esperaban el referido del Yungaycela, que contó detalladamente la escena de la Policía, de la Comisaría, la rotura del pijuan... Helays, hondos y dolientes, comentaban la narración y todos mantenían sus pupilas prendidas en el suelo de la tierra apisonada de la choza. Entre la pena solidaria de la indianía brincaba el Leandro.

—Ay, hermanito... cuándo, cuándo tan iré a Cuenca!

—¿Para qué quieres pes ir, bullicioso?

—Para hacerme chapa, para tener tolete, gorra y ropa kaki! Para eso!

Como si hubieran cogido la candela del fogón y la hubieran regado en mitad de la fiesta, los concurrentes se hicieron atrás, mientras sus labios redondearon el asombro.

—Pero, Cayancela... diablo creo que pone dando ideas esas a vos!

—Hombre de Dios! ¿no ves que a Istico pegaron del todo fiero?

—Hele ve, nuquita de Istico rotita está... por culpa de fiera ciudad!

—Y cardenalotes fieros en todo cuerpo de Istico hay, ni que porotos!

—Más que nunca! Chapa quiero ser yo!... Mejor de soldado me he de meter! Como estar en chozas puercas de indios hediondos, viviendo con indios puercos que nunca se bañan, en-

tre huahuas meados, embarrados y llorones... mejor soldado he de ser! Ahí he de pegar a todos! Qué lindo!

—¿Y a indios también has de pegar, Leandrito?

—Si dan motivo, sí! Istico... para eso quiero ser soldado!

—¿Y qué dices pes vos, taita Cayancela?

Desamodorrándose, el viejo taita Cayancela pasó sus pupilas antiguas de ver la luz y los jilgueros torno a los huertos florecidos; se le tiñeron sus íris con los tizones del fogón, y su mano levantóse, proyectando su sombra enorme hacia el tumbado cónico.

—Yo... qué tan he de decir pes nada yo! Leandrito bravo, bravo es... bravo del todo se porta en choza mía. Como que desgracie aquí, más vale que vaya pes a Cuenca. Ni casado es, ni tiene a quien hacer falta... Que vaya pues! Enteramente desmandados están los hijos...

—Hasta taita quiere... ¿ya ven, envidiosos?

—Que aproveche, pes, Leandrito...

—Pero aura que toque, pes, violín. Que haga bailar, el chapa caca!

Satisfecho, el Cayancela no hizo caso de la pulla. Tomando el violín de San Bartolo, lo incrustó a su tetilla izquierda empezando la música monótona, unirítmica de melancolía asentada continuamente con el bombo bajo las manos del Ramón. Coro destemplado cantaba, y la emoción ascendía cabeceando por el ceiro cargado de estrellas en su cumbre.

Bailaban las doñas. Con las manos alzándose las faldas de bayeta, levantando los pies en un solo sitio, batiendo lodo de sus m:serias conciertas, meneándose en un contoneo lanudo, al cual el galán seguía con las pupilas ebrias, sacudiendo en giros la punta de su poncho, amagando pasos hacia adelante y para atrás. Las atenciones eran para la madre de la huahua muerta, que tenía que bailar con todos los asistentes hombres. Iba y venía el canto, excitando a los luceros para que también zapateasen sus párpados de inverecundos trasnochadores sempiternos.

—Lindo toca el viucho el Leandro!

—Lindo mismo sabe ser! Y aura se va de soldado caca!... De no durar entre nosotros sería pues!

—Helay... barriguita diciendo gurr, está! Compadece pes, tía Mágina!...

—Ya voy pes a dar de comer, Leandrito. Vengan todos. Comamos todos, lo que tengo, lo que tiene Ramón de todos mismo es. Vengan, vengan...

Con confianzudas manotadas, se servían el mote de la olla misma. Pasaban el ají ucho por las gargantas que resistían la prueba de la glotonería sostenida. De un cuenco trasegaban chicha, copiosamente, haciendo gluglús ávidos y sonoros. Luego de la pitanza, algunos, más ebrios, se tumbaron en los rincones a roncar su borrachera. El bombo dejaba oír sus golpes, remachando el sueño de las indias que velaban a los huahuas acunados en sus faldas. Dormían en fraternidad sincera con las cabezas en los vientres de sus compañeros, ventoseando a las caras aletargadas de las hembras, pateando los cuellos de los demás runas, en desorden cordial de calefacción familiar. Una vela, desleída totalmente, quemaba las flores moradas del anaco de la muertecita. El alba bajada fría, y nueva, a lamer de luz las plantas trajinadas de faenas de los pies indianos.

—Ya boten saliendo, pes. Vamos a pantión. Día claro, clarito está!

—Istico no está aquí.

—Dónde andará, pes... Pobre Istico...

Despertaban adustamente los runas; bostezaban en las bocas de los ponchós arrugados de por vida, vaharosos de trago y de sueño. Lloraban los niños, buscando con sus deditos las rajadas tetas de sus madres. Mágina repartió chicha a todos y los empujaba fuera de la choza. Escocía frío plomizo el día, temblón de cerro, verde de garúa, titilando en las puntas de los maizales gamonales. Aún indecisa la luz, era chiquita, pálida, transparente y dulce a la vida de los indios.

El Ramón, con una piedra; remachaba el alma de la Mágina en la cajuela aurora.

Ya en el campo, el violín y el bombo saltaban en las palabras de la madre que hilaba en llanto cantor las gracias de su hija:

—“Cushilla guagüita... mishqui ñahui erá! Ni hinchaba luna ocho veces cuando guagüita botó muriendo sin más que la

gana! Gallinita, con zarcillos azulcitos, tenía para dar cuando sea maltonita! Motecito dulce... pancito de guagua... mishqui ñahui era!"

—Mejor huahüita que haya muerto. Ya está lejos de alcance de los blancos...

Expelían el chuchaqui con resuellos. Las palabras de la Márgara iluminaban más la madrugada. Y el Ramón, al oír a su mujer, oprimía a lo hondo de su pecho el ataudcito aurora, liviano, nimio... pedazo de cielo pesado destinado a pudrirse vuelto gusanos en la tierra, en los terrenos pródigos que les daban de comer, que les regalaban cosechas, pero que también les obligaban a prosternarse de bruces, corazón punzado de lágrimas en la fosa renegrida. Cada runa tiró un puñado de tierra a la zanja pequeñita, pero... profunda! profunda al aliento de la madre. Ese rato el amor de la Márgara helaba con la muerte...

2

Cuando el Istico salió de la pieza de la hacienda, Gamaliel Quiroz impuso a Ráez de la carta de Casiano. Graves noticias. El Gobierno enviaba una comisión de civiles para que efectuasen trazado y mensuración de las tierras de los indios, para gravarlas y cobrarles impuestos. Había que prevenir a la gente, había que engañarles, que hacer cualquier cosa para evitar atropellos a los blancos. Casiano dejaba en las expertas manos de Gamacho, el cuidado de que nada malo aconteciese. Ráez le tranquilizó, manifestándole que él hablaría a los indios y que, con su omnipotencia de abogado de ellos, los convencería fácilmente para que se mantuviesen sumisos y mansos. Gamaliel confió en Ráez, porque le conocía de anterior... Bebieron más. Hasta que, encendido el sexo, Adán Ráez propuso ir a casa de la Sra. Esther, una conocida de Gamacho, para seguir la tuna ya entre mujeres.

—Total; unos 10 Km. de montar, para pasarnos un rato de perlas. ¿Quieres?

—Yo nunca rehuyo nada cuando me pide el cuerpiño! A caballo! Y yo montado en mi gran bestia... jajajá!

Entre chasquidos de lengua montaron asistidos por los indios, que fisgaban la ebriedad de los amos. Los huasicamas recomendaron que no se cayesen, ante la protesta de los niños que cada cual decantaba ser mejor jinete que el otro. Violentaban a las bestias, haciéndolas perder su equilibrio e impacientarse a ratos.

—Ajo! Qué rico caballo tengo... es un Ráez puro!

—Pish... el mío es cosa canela de bueno! Buenazo... es Quiroz puro! Lojanito!...

—Hagamos una cosa: vamos a toda carrera al pueblo, ahí compramos aguardiente y llevamos una concertina donde la señora Esther. El que gana... gana pues!

—Apostemos 50 billetes!

—Casa la plata, alabancioso!

Galopaban. El lojano de Gamaliel era pajarero; espantaba al ondular los ramajes, se encabritaba, para seguir la carrera impelido por los espolazos. Resoplaba temblando, y fulgía húmedo su movedizo pelo azulado. Sus crines y cola abundosas encrespaban en las chispas que llovían de los eslabones de los herrajes nuevos. El caballote de Ráez, sin loqueos, pesadamente, iba avanzando seguro de sus fuerzas.

Las casas del poblado desencajaron los balcones ante la calbata de los blancos. El silencio de la noche pacífica estaba montado en las gibas estrelladas de los cerros. Ráez quiso gritar: "abajo el Juzgado", subrayando la frase con tiros, pero se contuvo... 50 sucres eran 50 sucres! Juntos entraron al pueblo; compraron el aguardiente, cargaron con la concertina y, de nuevo, encendieron de puntos rojos el camino, a todo escape.

—Aura sí es la verdadera carrera, Gamachito!

—Claro pues! El que llega primero donde la Sra. Esther, ese gana la plata!

—Se bebe el viento mi caballo!

—¿Y el mío? es ni que ferrocarril! Hecha un viento pasa la tierra bajo sus cascos!

—Puja, diablo! ¿Quién dijo miedo? ¡Viva Cuenca!, carajo!

Pasaba la noche en las centellas sudorosas y a cuatro patas de los jinetes. Los ijares de las bestias escupían espuma a las

obscuridades serranas. Crugía la medianoche en el canto de los gallos trasnocheros, cucuruqueando la cebada del cielo aventada ya por la brisa que trillaba granos áureos en el galope de los beodos.

... Con las ancas espumosas rasparon el suelo los caballos, frente a la casa de la Esther; Gamaliel, haciendo alarde de su ganancia, obligaba a su Lojano a pararse en dos. Alzaba angustiosamente la cabeza el animal.

—Te gané la apuesta, Adán! Jajajá... dame los 50!

—Tendrás que esperar para pagarte. No tengo ni olor de monis este rato. Ya sabes lo honrado que soy.

—Conmigo nadie se para, caracho! A que veas con quien te metes, para otra. De pena y en honor de mi Lojano, te perdono la plata. Ni necesito también... miserable tinterillo de pueblo! Rábula de ramada...

—No me injuries, eh!... Gracias...

—Adán, no te enojas ahora mismo... Aquí es... Lucita... Emilia... Virginita!

—Señora Esther...

—¿Quién es pes?

—Si no abre boto las puertas!

—Entre, pes, ño Gamachito... Venga, pes, doctorcito. Pasen, pasen, caballeros, noblotes son. Pasen, pero mis huahuas no mismo están!

—Busquémosles, Gamaliel. La vieja puede estar mintiendo!

Copiando la luz del candil en sus pupilas giratorias, los caballos respiraban fuerte; resoplando, les temblaban las piernas. Levantaban chorros de orines como guarapo fermentado, refrescando sus cascos calentados.

—Aura verán las perras esas!

—No están nada, niño Gamaliel. Les juro, amorcitos! Lindíticos, no están!

Ya en el cuarto, Quiroz jaló los tres catres a media pieza. Imaginaba que las polleras colgaban formas femeninas en las paredes, como nalgas exprimidas... por eso el dueño del Lojano hundió sus dedos en ellas, revolviendo los atados de ropa. Hizo ciscos unas ollas y, enredado el poncho en la pata de una cama, comenzó a desbaratar, con patadas furibundas

y manotazo limpio, todo lo que hallaba a su paso. La vieja gemía silenciosa, tímida ante los ímpetus del señor cuya sombra se proyectaba en el tumbado bajo, que repercutía la hazaña de los borrachos. Ráez se poseía de la vesania de su compinche, desprendiendo de los muros mazorcas de maíz, atadas con cabuyas; tomándolas gozosamente entre sus manos ásperas, las destruía luego bajo sus botazas de lodo e inmundicia. La luz iluminaba de abajo, junto al fogón insomne, con temblequeos de pesadilla. Esther tiritaba de susto, invocando a manadas de miles de santos y a tres vírgenes.

—¿Dónde están sus hijas? Las...

—Avise, condenada... Yeguas esas...

—Ya porque han tunado con sus mercedes, una que otra vecita, les llaman así...

—Callarase, vieja bruja! Silencio!...

—Deja Adán, por las buenas, con paciencia, como vos dices... No se enoje, señora Estercita.

—Así de buen modo, como caballeros, pues, es distinto... Siéntense un ratito, niños míos.

—Dé haciendo una agüita para draque. Tenemos rico trago!

—Esperen, esperen, amorcitos. Pero créanme, mis huahuas no mismo están! Si no... linda diversión hubiéramos hecho!

Densa la atmósfera, se encajaba en el cuartucho. De un rincón sonaba el hojar de un chanco, coreado por los cuyes llevándose en sus pupilas asustadas la luz del candil. La candelita del fogón alumbraba la estancia sórdida, con rojeces bamboleantes, cada vez que la vieja se curvaba para soplar las macilentas brasas. Gamaliel dijo algo en el oído de Ráez... Señora Esther, agachada ante el fuego; chamuscaba la punta de su pelambre desgredada, de espaldas a los ebrios. Las polleras de las cholos continuaban colgadas en la pared de adobe tosco... Ah, ahí estaba la de la Emilia! la verde de la Virginia, la carne-de-doncella de la Lucita! Dadas por Gamaliel eran, y hacerle esto... condenadas! En una alacena de la pared vio el gamonal una botella verde oscuro: kerosén! La lumbrera encendió en llamarada de alaridos vivos quemando las

prendas! Primero la pollera verde, la violeta, la carne-de-doncella, bien rociadas, una a una... todas! Desmelenaban los mechones de fuego entre las polleras ardiendo, torbellinando un incendio irrefragable.

—Las polleritas de las huahuas! Tirano... ño Gamaliel!
NO!

—Yo les dí, yo les quité!... ¿Qué ha pasado, vieja puerca?

—Jajajá... qué lindo, Gamachito! Ni que el Septenario de Cuenca!

—Vamos, Adán. Ahora sí creo que no están las gran perras.

—Quede con Dios y la Santísima Virgen, buena y santa ancianita.

Atrás dejaron a la vejastra que se lanzaba encima de las llamas, a sofocarlas. La hoguera le abrasaba íntegra, sin poder reducir la devastación. Fuera, los caballos hacían destrozo y medio en la chacra diminuta. Fogosos, espantados por el humo atorando los campos, brincaban bailarines, con pedazos de caña fresca entre sus frenos. El Lojano, al querer dar un salto, no pudo realizarlo plenamente. No obstante, montado Gamaliel, galopó unas cuadras, hasta que ya no respondió ni a espolazos ni a riendazos.

—Mi Lojano no avanza, Adán. Cargado con la dicha concertina se ha fregado! ¿Qué hacemos, hombre?

—Jalémosle un rato, para ver...

Temblaba el animal, rozando las patas con el freno inútil, buscando entre el sendero algún consuelo para su dolor de caballo fatigado. De vez en cuando alzaba la frente, deseoso de frescura. Una quebrada glugluteó las guijas de su cauce, sereno en la noche acabándose ya. El Lojano, con ansias, casi atropellando a Gamaliel que lo guiaba a pie, extendió el cuello a la corriente.

—Déjale beber, a ver si se mejora... Peligroso es, pero... qué hacer!

—El incendio de las polleras debe de haberle provocado sed. Ni que hubiera bebido el sonso, como nosotros! Ojalá no se abra de pechos, caray!...

Quitado el freno, el caballo sorbió más ávidamente y con mayor libertad el agua que bajaba de los páramos. Zanzaleó el

Lojano, con un temblor continuo. Se le doblaron las patas, hasta que cayó avivado en el riachuelo que desbordó su cauce por el cuerpo inmóvil, echando humo, de la bestia fina. Percibíase, claramente, su respiración alocada, desquiciada, llena de angustia, en fuelles descompuestos.

—Se fregó, carajo! Me jodiste, pendejo! De gana le dimos agua, se ha avivado y se ha abierto de pechos al mismo tiempo!

—Dejémosle aquí... Mañana para mandar a traerle de la hacienda, Gamaliel.

—Caray... si no fuera porque me pasó la chuma, blasfemara de lo lindo!

—Bueno... ya sé tus inmundas blasfemias. Monta para llevarte yo enancado. Ya está amaneciendo.

Juntamente con las ansias de palabrotas de G. Quiroz, abandonaron al caballo en el agua que bordeaba su cuerpo del victimado. El alba trabaja ya el enlucido del día nuevo, ternecito... En los oídos del Lojano sonaban los cascos del caballote ordinario, cholo, que, cachazudamente, en la fragua de su galope forjaba espadas en el ciclo renovado.

3

Al Istico, con pensamiento huído hacia su choza, le pesaban las sienas y, para aliviarlas, quiso mojarse en el agua del riachuelo. Al bajar, vio al Lojano que tendió su hocico hasta el indio. "Avivado cro que está caballo de amo Gamaliel... Pish... aura cuerito no más vale!" Con las luces de la madrugada y con el silencio de la quebrada distante de poblado, se inundaba el Yungaycela. Con desprecio pateó a la bestia, mojó sus sienas y marchaba camino de su casa, cuando una voz salió tras unas retamas.

—¿Y perdonas al caballo del que te hizo daño?

Con un salto de tigre herido se abalanzó a las ramas florecidas, encontrando a Juan Puma de Vivar que se reía... En su condición de indio achasado, le brincaban los ojos, sus manos no se estaban fijas un instante bajo sus miradas pardas, vivarachas. Casi pequeño, taco de dinamitas rebeldes, substancio-

sa antena para radiaciones levantiscas, su cuerpo de potro bayo, de campo serrano, cimbraba todo, mientras el cuello mantenía erguida su pequeña cabeza altanera, enorme de pelambre lacia y renegrida. Las mejillas, de pómulos salientes de picardía simpática, guardaban el secreto de sus amores afortunados que hacían presa, más fácilmente, en las hembras de los llanos soleados.

—Viendo creo que has estado, Don Puma...

—Claro, pues! Oíte... El amo nos molesta a todos, a Uds., más que a mí que soy libre y hago de mi vida aunque sea una alpargata! Pero a Uds. les sonsaca todo y de todo, les hace trabajar y no paga justo siquiera... No seas tonto, vengüemos aura! Te quitó hasta la Conchita...

—Sólo para un mes dejé ir a huahüita mía...

—¿Para un mes? Cojiste, cojudo! Cuando crezca la chinita ha de servir no sólo para que les ayude en todo mismo, sino para los vicios de ese hijo de Gamaliel que tienen allá. Le han de... vos sabés! Y después de eso le han de escupir ahí mismo... con saña de patronés! Y si se bota al mundo la huambrita, le han de llamar de perra, de puta, de arrastrada, sin acordarse que fueron los mismos patronés quienes le enseñaron todo! Y vos, de muy sí señor, callado!

La frase sangrante de Puma de Vivar, trazó una ancha franja de rojo en el cielo renovado, metiéndose bruscamente, de punta, en el pecho del Istico!...

—De veras mismo hablas, Don Puma... ¿Y qué he de hacer pes yo?

—Hay que criar venganza, carajo! Por aura hagamos sólo esto!

Con el machete de Vivar cortaron los cascos del animal, que daba gritos casi humanos de dolor. Rasgaron la piel y con piedras, a pulso vengativo, quebraron todos los huesos... A pura fuerza jalaban los cascos; no querían despegarse de los muñones sangrantes. Herrajes ensangrentados... nuevos eran y Puma los guardó en cuatro de sus bolsillos bajo el poncho. Pronto estuvo el Lojano sin crines ni cola, tajadeado, sin anestesia... todo el cuerpo. Se quejaba, anocheciendo dolores en sus ojos hundidos en el agua que tocaba las cercenaduras llevándose, coloreada-

da, la vida del caballo. Quiso pararse en sus muñones, pero cayó pesadamente, con un alarido ronco!

—Jajay! cerditas de Lojano! Don Puma, sogá he de hacer para ahorcar patrones!

—No olvides, Istico, que tenemos que vengar de todo! Terror tenemos que ser! No hemos nacido para perros de nadie, por ultimamente!

Monte arriba, cantaban los pájaros zambullendo en el cielo de luz, responsable de pujanza... sonaba en los herrajes nuevecitos que Puma de Vivar los golpeaba unos con otros, tal que platillos forrados de carne y de sangre.

BROTE LEVANTISCO

(¡huracán!)

Apestando a alcohol, con una banda de hierro que se cerraba tras sus sienes dolidas, Ráez fue donde los indios. A decirles que venían civiles a medir sus tierras y que estuviesen alerta.

—Ya saben, yo soy defensor de Uds. y sé lo que me digo! Por el bien de Uds. trabajo hasta matarme, hasta deslomarme de puro burro! ni que negro! Deben agradecerme... Y no digan nada a Gamaliel! de lo que les digo, porque se friega todo.

—Doctorcito Adán... mana! Nada hemos de decir!

—Sí te conocemos que sois nuestro!

—Ya ven que hasta el perro del Casiano me está metiendo juicios, por sacar la cara por Uds. Pero, ya les digo, deben portarse machos! Machos!

—Ja... deja no más, amo doctorcito, que vengan laichus!

—Ricuerdito han de llevar de nosotros perros laichucuna!

—Bueno, no digan a nadie que he estado aquí! Porque ahí sí que no les defiendo y se friegan del todo, ya les digo!

—Ari. Anda tranquilo, amo doctor. Nosotros bien despiertos hemos de estar!

—Preparen no más las hachas, los machetes, las quipás, los chuzos... Aunque no hay que matar a cuchis... jajá! Verán mis señas, ¿no?

Soltando esta frase, Ráez rió brutalmente. Guiñó a los runas, con sus ojos circundados de rencores. Dentro de su poncho apretó el puño hasta casi no poder abrirlo fácilmente por la terrible presión empleada en cerrarlo... Su garganta sonaba fúnebre, mientras sus párpados titilaban extrañas luces y ardeencias infernales. Picó a su caballo, perdiéndose en un recodo del camino. La luz chorreaba rauda y asperjaba colores suavécitos.

Todos los indios se habían congregado en la choza del Estefanía Yungaycela. Y no a llorar por la Concha... Silenciosos, formando ruedo siniestro, cada cual plantaba un arma en sus cerebros y la regaba con sangre para que floreciera en puntas bravas su venganza, en vibraciones asesinas. Callados, pensaban en sus tierras: a filo de recuerdo, a empujón de fuerza la habían hecho decente, con surcos, con papas y hasta con pájaros propios que, inquietos del cielo, venían cada vez a alegrar la pretez de las parcelas gozosas con los árboles de nidos que ellos sembraron. Ellos, los indios, habían docilizado y civilizado la tierra inculta, a mano gañana llena de semilla ansiosa de fruta y de ramajes de sombra. Sus hijos habían aprendido a andar sobre aquella tierra. Muchas veces, los indios, cuando ebrios, sobre esa greda caliente y acogedora habían jalado a la mujer y la habían fecundado, en maremotos deleitosos, un nuevo hijo. Allí las gallinas escarbaban en el suelo pardo y los perros se tendían panza al Sol, para dormir la siesta. De la tierra recibían la risa del maíz, y la lluvia morena de la cebada confortante; los ajíes alumbraban sus lenguas coloradas dando sabor a los alimentos. La tierra los nutría, la tierra los sustentaba, la tierra los sostenía, los amparaba y los vejaba, y... ¿La tierra no los enterraba antes que dejar que se la arrebatasen con impuestos? Protestaban todas las vísceras y las entrañas labra-tierras, indias y sufridas!

—Ya pagamos pes a amo. Conciertos somos... No hemos de pagar nada a Gobierno!

—Nuestra vida amarrada está en manos de dicho Casiano...

Gobierno a qué dizqué quiere estorbar de gana! Que no nos molesten, carajo!

—Que no nos estorben hemos dicho! Que no entrometan en nuestras cosas!

—Bien dicho, Don Puma! Y aura quieren quitar, del todo, tierritas! Tierritas...

—Que dejen en paz a naturales! En nada molestarnos nosotros...

—Sí, hermanos... la tierra nos quieren quitar! Pero no 'mos de dejarnos! Nuestras vidas hemos amarrado en manos de los blancos, pero... no han de acogotarnos del todo!

—Si pes. Doctorcito Adán también dijo: "preparen las hachas, machetes..."

—Eso tenemos que hacer! Pero que nuestro crimen rinda provecho, que no sea en balde!

—Cayancela, Leandro, no está aquí...

—Onde andará pues!

—Aura han de ver laichus lo que son porquería indios! Porquería... jajay!

Puma de Vivar los instaba con sus ojos severos y resueltos. Lanzaba sus palabras con convicción sincera, subrayándolas con amplios gestos convincentes y abundancia copiosa de blasfemias lenguaraces. Miraba a las mujeres y les hablaba a los rostros de ellas, hurgándoles el alma con sus labios sensuales. Las hembras lo observaban mandón de sus maridos, con arrestos impetuosos, buen mozo, recio, y... dentro de sus pechos saltaba la imagen de Juan Puma de Vivar, alegremente, para futuras esperanzas... Poseían celos de la india que era más mirada por el macho, reclamando cada cual atenciones más acogedoras. Puma era ilustrado naturalmente, sin libros, sólo con la intuición levantisca de sus venas revoltosas.

Pronto fue la choza un haz nervioso de machetes, que bramaban en las manos de los runas. Algunos, los plantaron delante de donde estaban sentados, y se entretenían rompiendo hilos de sus ponchos en el filo de sus armas acechantes. Otros, tomaban las hachas, las acunaban como a niños tiernos, y acariciaban sus lomos con dedos húmedos de temblores ambiciosos y frutivos.

—Todos tenemos que estar aquí!

—El Leandro Cayancela, ya dije, ni ha venido. De cuidar es ese runa!... Soldado...

—Soldado... Meterse de soldado caca es hacer traición a nuestra tierra, es hacer traición a nuestra raza, hermanitos!... Yo sé lo que digo! Yo siempre voy a ciudad y veo a los chapas, a soldados, a empleados, a gobernador, a todos mismo, a laichus perros... yo sé lo que digo!

—Para pegar como chapas, como soldado caca, dijo que iba a meterse de soldado...

—Mala suerte ha de tener el perro ese si no se enmienda. El indio es del campo y en el campo tiene que quedar. No debe mezclarse con blanco, si no quiere perder la gracia de la tierra, de nuestra Pacha Mama!

Escuchaban a Puma con más atención que a taita cura... Lo veían, con lucecitas brillantes al ruedo de sus párpados, encima de sus pómulos; y el tórax pequeño del hombre engrandecía cual montaña estirándose al Sol. Cada cual, acaso, evocaba las fugas de Puma de Vivar de la cárcel de Cuenca... que una vez, había pedido aceite de ricino para purgarse y, luego, se untó con él todo su cuerpo, especialmente los grilletes que le habían echado para prevenir su huída... Y en medio de la recua de chapas él fugó desnudo. Que saliera vestido de chola, por la puerta principal y delante de las mismas narices del guardia... Que nadie le cogía para cobrarle cargos gamonales. Evocaban y estrechaban sus manos al ruedo de las empuñaduras charoladas de grasas naturales. De las sementeras lejanas venía un fragante viento remolón. El campo, soleado, elaboraba cobre en hojas y tallos de maíz antiguo. La boyada de engorde pacía sumergida en el agua verde y movediza de un potrero rebosante de Sol y de esencias exultantes. Por el camino que bajaba desde un monte, abriendo una raya calva en su cabellera plomiza, descendían al valle unos montados.

—Ya vienen los laichus... Caminen pronto!

—Laichucuna shamungui, vamos pronto!

—¡No! Esperen no más... hay que tener paciencia! Como si nada fueran a hacer, estense quedito escondidos en las cho-

zas. No hagan caso de los laichus, cuando estén aquí, cerquita de nosotros... entonces! Caigan!

—¿Y vos no vas, Don Puma?

—Tontos de Dios... nunca hay que dejar descubierta la parte trasera en una guerra! Yo espío desde aquí! Voy a ver a los de atrás. Vayan no más!

—Miedo... no ha de ser!

—¿Miedo? Que me salgan cuatro runas al frente y peliemos, ellos con machetes y yo puñete no más. ¿Quieren, carajo?

—No, no... todo ha de malograr si peliamos entre nosotros. Ya vamos pronto!

—Hagan lo que les digo y serán felices!

—Tanta largura para no más de matar un laichu perro!

—Esperen digo... tengan prudencia... Sin que les vean salgan, ya! No te precipites, Istico!

Como miembros amputados les dolía a los indios desprenderse de las hachas en su fiebre de matar. No obstante, las dejaron tras una cerca, listas, flameantes, envueltas de viento colérico y profundo. En ese lugar había como veinte casas de indios, a estrecha distancia unas de otras. Observaban cómo los blancos se acercaban al núcleo de sus chozas, inocentes, incautos, al trote ágil de sus caballos reacios.

Gamaliel los hizo acompañar únicamente de Ráez, al que entregó la comitiva. Pensó que irían seguros los mensuradores en manos de aquel experto...

—Verán señores, conmigo todo irá bien, de perlas y de perilla! Más que en Jesucristo creen en mí los indios!

—¿No se imaginarán que les vamos a quitar las tierras?

—Ni por mal pensamiento! Con hablarles yo... listo el pollo!

—Ojalá sea así. Ya llegamos.

—Preparen no más los decámetros, amigos. Y no se hagan los tímidos. Mostrarse hombres!

Entre un ladrar desaforado de perros, huir de gallinas y griterío de huahuas, apearon los laichus en casa de Matías Saquicela. Las hijas del indio veían azoradas a los blancos. Nadie les invitó a entrar, y las paredes de la casa estaban más hurañas que nunca... negras por el humo que se levantaba del fo-

gón atascado de chamiza fresca... Integra salió la familia del Saquicela; en los rostros de los hermanos, estrías pálidas gaiparon arroyuelos de coraje contenido y contrariado; eran mejillas curtidas al viento, y, no obstante, temblaban... Matías, erguido, parándose firme en sus piernas duras, preguntó qué deseaban.

—Queremos mensurar tu tierrita, indiecito, nada más... Para saber cuánto tienes, para tu bien mismo, para que sepas lo que vale lo tuyo, por curiosidad no más.

—Nada te hemos de hacer, con vos mismo ha de quedar todo. ¿Cómo nos hemos de llevar la tierra?

—“Minsurar”... qué tan será eso! maña de laichus ha de ser...

—Gobierno dicen que va a llevar tierra... que va a poner impuesto. Ni para comer tenemos, menos para pagar impuesto a mapa Gobierno!

—A Gobierno de blanco...

—El Gobierno es para todos, runa ignorantón! Déjanos medir pronto! Apura!...

—No hay que pedir permiso ninguno, señores. Procedan, procedan, manos a la obra!

Con estas palabras, Ráez desmontóse. Hizo señas a Saquicela de que se portasen machos. A pie todos los señores ciudadanos, comenzaron a templar la medida de acero flexible. Brillaba la cadena al Sol, adelgazándose lánguidamente. Los tres catastradores trabajaban con cuidado, volteando sus cabezas a uno y otro lado del campo. Tipos ciudadanos, tostaban sus caras con el ventarrón y con la luz suelta de violencias. Las narices estaban rojas y descascaradas. Junto a los lagrimales, líneas blancas asomaban su piel no quemada. Pesadamente, como si esa labor fuese extraña a ellos, se trababan en la faena. Ráez los miraba, como atento al trabajo, pero tras ellos movía sus manos acuciando a los indios. Lejos estaba la casa de “El Edén”...

Un sonar de kipas alocadas puso en guardia a los blancos que, dejando todo tirado, montaron al vuelo, disponiéndose a fugar. Todos los cerros parían indios congestionados sus rostros, armados de cuchillos, de palos, de machetes, de hachas, sobre todo de hachas!... Volaban las piedras y gritaban los indios:

- Aura bebemos sangre de laichus!
- Cecina de laichus 'mos de almorzar!
- Bofes sólo para perro 'mos de dejar, carajo!
- Ni que a cuchis, pelando 'mos de botar!
- A catastriantes, castrando 'mos de joder!

Rompían el aire los brazos, sonando las armas tremoladas de coraje. Las garras de los indios furiosos engarfiaban las riendas y estimulaban a mover las pupilas y las orejas asustadas a las bestias inocentes... En confluencia bárbara, las llamas inocuas de las ropas runas cercaban a los blancos, inmóviles en sus caballos dando botes, impotentes. Se palpaban las pistolas, pero no se atrevían a hacer fuego. Solo Ráez logró fugar a tiempo. Tornando su cabeza, volaba... volaba... y reía!

Caras chamuscadas de ira bajaban de los cercos y rasguñaban las botas de los empleados, que ni hablaban... El Istico, dando un enorme salto, descargó su machete sobre el mandón de los mensuradores.

—Ayyiú! Carajú! Nos quieren quitar tierrita nuestra! Que mueran! Esto no es Cuenca, carajo!

—Vengamos de todo, hermanos!

El vórtice incendiado y en crescendo de palabras asustó espantos al caballo del Jefe que, encabritado a tiempo, recibió el machetazo en pleno cuello. Con la herida horrorosa, zafóse de los dedos que le aprisionaban lanzándose a plena pampa. Como a unos cincuenta metros del tumulto paróse el jinete y oyó una voz que le decía: "Dispare al bulto, señor! Dispare pronto... porque le matan!" Asombrado del consejo del natural, el jefe lo hizo, e hirió a dos perseguidores en los muslos. Entonces, temerosos, los demás indios soltaron a los otros empleados que fugaron. Reaccionaron!

—Se escapan los laichus!

—Piernita han baleado, carajo! Cójales y matemos a todos!

—El Cayancela les ha ayudado! Pero... Véanle cómo corre con el caballo del Jefe, a la pata a la pata!...

—Aura sí que somos porquería runas... dejamos escapar a laichus!

—Pero Leandro es peor que zorro de mañoso!

—Laichus escaparon y Cayancela les salvó!

Tomando la cadena de medir, el Istico la asentó sobre un tronco de árbol y todos, uno a uno, los indios fueron cortándola a machetazos furibudos, bruscos, decididos, fulminantes... como si cercenasen los miembros de los blancos. Vibraban trinitantes de furia, rencorosos y hambrientos de la presa degustada apenas. Mohinos, no atinaban a satisfacer su sed de sangre despertada!...

—Istico también chambonió machetazo!

—Miedolento haiga estado ese rato!... para no acertar!

—Compasivo de laichus, más mejor!

—Con razón quitaron a Conchita... hicieron firmar documento y burlaron mismo!

—Pobre... hasta pijuanito de Tomachito rompió, qué...

Callado, el indio oía los cargos, trizándose en dos su garganta titilante. Con violenta decisión quitó del tajo de madera los restos del decámetro. Golpeó rudamente, de plano, su machete. Brincó lengüeteando la hoja rota, emitiendo un sonido musical, dividido en dos, como riachuelos diminutos y estatizados de acero. En la derecha del Yungaycela cabrilleaba la hoja partida.

—Quebré mío machete para hacer de mitad puñal, carajo! Un laichu me de he comer, carajo! Tomen esta punta, no soy cobarde nada. Castigo merecía mismo... pero estén contentos aura. Han de ver lo que yo soy!

Lentamente, embutidas sus palabras en emoción fuerte, el grupo pensaba en el Estefanía Yungaycela. Repusieronle el concepto menoscabado y todos ampararon su venganza en los vocablos del padre del Tomás.

El Tomacho recogía el machete roto y lo lamía juguétón. Nadie acordaba de la ausencia de Puma de Vivar...

LOMO DE INDIO Y CORDILLERA

I

Juntamente con Ráez llegó Gamaliel a la ciudad. Hermano menor y beneficiario de Casiano, tenía que darle razón del amotinamiento de los indios, dejar su honra y su temple de administrador de la hacienda bien puestos y, en último lugar, verle a su retoño... En el sofá del Quiroz ciudadano, observaba compostura en sus modales, no sabiendo dónde poner las manos, apretándole la corbata en el cuello dolorido por la prisión del almidón, que hacía ese tajo de la camisa cosa inaudita de antipática... Los pies sufrían por la prisión de los zapatos finos, de charol, pero que oprimían como si fuesen de hierro. Era la elegancia urbana... y eso resultaba terrible para él, gañán de camisa abierta y de modales sueltos; hoy refugiaba en la colilla toda su inadaptación cuencana.

—Se han portado pero bien brutos, Gamaliel! Debías haber evitado a todo trance esa bulla, a cualquier costo! Yo sé por qué te digo!

—Es que... considera, Casianito... yo no sabía nada de lo que iba a pasar, el rato menos pensado... Ráez me indicó que los mitayos estaban tranquilos y que se podía confiar en ellos porque no maliciaba nada, que no era de temer...

—Te confiaste en ese zorro, zoquete! ¿No sabes que Ráez es el más pícaro de toda la canalla leguleya? ¿Que tiene juicios incoados contra él y que yo solo le sigo cinco juicios, en todas las cabeceras cantonales vecinas a mi “Edén”? ¿No sabes que roba a toda la runada y la engatusa diestramente con sus mañas? Ráez... tengo para mí que ese Ráez es la sífilis de la pestilencia y del morbo abogadil corrompido! Bah... Eso!

—Juntos vinimos... él quizás te pueda explicar mejor que yo!

La mirada amenazante de Casiano fastidaba a Gamaliel. Torpe, botaba la ceniza en la alfombra y trataba de recogerla a punta de uña. Restregándose la puntera del zapato izquierdo con el talón del derecho, admiraba, a través de sus cejas compactas, la desenvoltura de su ñaño. Pensaba que Casianito abusaba, porque tenía talento, para molestarle con sus reconvencciones... Escudado en Ráez, imaginó que el cacique enviaría a traerle, para que él explicase los acontecimientos, salvando a los dos. Algo sabía de los juicios que su hermano decía estar siguiendo contra el “doctor”... pero no los creía de gravedad.

—¿A Ráez? Por Dios, nó! Esa epidemia en mi casa... Nunca! No he cometido nada a que me castigues así, Gamaliel! Esa difteria, ese treponema ambulante... no! Te prohibo que continúes llevándote con él. ¿Oíste? Y, si haces eso, te dejo morir de hambre, a tí y a tu hijo! ¿Entendido?

—Bien, sé, ñaño... que vos nos mantienes, que sin vos no sería nadie yo ni mi hijo. Claro, pues, vos sois antes que él, antes que nadie. Te prometo no llevarme ni más!

—Yo, ¿verle a él? NO! por Dios! Yo, y eso yo, yo mismo... NO! Aquila non capit muscas! Eso!

—Jajajá... siempre con tus latinadas, poeta excelso!

—Este Pablito tan cortés... Ven, ven, amigo dilecto del alma!

—A los tiempos que te veo, Pablito... Dichosos mis ojos que te ven, hombre!

—Pues, veme... por todos lados, Gama... No te cuesta nada!

Girón contoneábase, dando vueltas aparatosas ante el asombro del Quiroz campesino que prometíase, cuando estuviese re-

integrado a su lugar, estudiar el modo de que la ciudad no le resultase una tortura china... "¿Por qué no harían, vaya, las ciudades en los campos? Ahí me verían a mí!" — pensaba y se imaginaba andar como un toro padrote, con actitudes opulentas y magnas... Pero estaba ligado a lo mínimo-trágico, y reía como emparamado ante el gracejo de Girón.

—Sabes, Gironejo, ¿que haces mal en difamarme en cantinas y plazuelas?

—¿A qué viene eso, ilustre y renombrado mancornador de musas?

—Me han contado que te preocupas de mí... de eso que hablamos la otra noche...

—¿Del asunto Galápagos? Vaya... caballerete eminente. ¿Te das trabajos por ello? Tontunadas...

—Para vos, pero no para mí.

—Pidieron mi opinión y se la dí lisa, escueta y sobria! Eso fue todo! ¿Acaso no sabes que soy embromón, que te insulto a veces... pero que, en el fondo, desde el fondo del pecho, como tu dices, te respeto, te quiero y te venero? Tonterías!

—Cierto, Casianito. No debes enojarte con Pablito. El te quiere...

—Exacto, apreciable propulsor del agro morlaco! No desbarras, Gama. Dicen que los niños y los locos hablan la verdad; a eso hay que añadir que también la dicen los campesinos...

—Palurdo este de Gamaliel... qué ha de saber nada de nada!

—No le ofendas a Gama, poeta quintaesenciadísimo!

—Pero... sino le ofendo, le califico no mas...

—Bueno. Bromas aparte. Veamos lo que me traigo entre manos...

Los dos hermanos, pasada la tensión malsana para sus espíritus, reían satisfechos. Perdonaban y festejaban a Girón, envidiando su carácter desaprensivo y franco. La enclenque luz ciudadana se metía en la boca de Pablo, y los reflejos de sus incisivos despedían rayos blancos que cabrilleaban en la sortija, cuando la acercaba a su boca.

—Pues... ejem! Respetados señores y socios míos, me es azaroso manifestarles, muy a mi pesar, que tras ingentes noches

de desvelo, y tras elucubrada meditación archilaboriosa, quemando mi tonto, incipiente y poderoso pensador, he llegado a la decisión dolorosa de dar por terminada y disuelta nuestra sociedad comercial.

—¿Qué?... ¿hablas en serio, bárbaro mortal?

—No lo creas, Casianito. Otra de las bromas de Pablito, no más...

—En verdad de oro, os digo, en verdad en verdad, amigos míos.

—Déjate de sornas y de ese lenguaje forzado, majadero! Habla claro! eso!...

—Que no quiero seguir con Uds. Eso es todo! No conviene a mi decencia espiritual y a mi higiene moral! Ea!

Casiano, entrecerrando sus pupilas, embutiendo sus pulgares en el chaleco, tirándose atrás de su mecedora, contempló fijamente a Pablo. Gamaliel preguntó:

—¿Qué es, pues, "higiene moral?"

—Eso, jovencito, es una enfermedad... gripal del alma... hum!

—Bueno, señor Girón, si quiere sepárese de nosotros. Pero debe enterarse que estamos al emprender un negocio mayúsculo, y, como mi plata solamente me basta, digo estentóreamente: albo lapillo notare diem! Eso! jajaaa...

—Pues yo, hijito, señalo este día con un costal de piedras blancas!

—Pero ¿cómo han de señalar, pues, los días con piedras, ni qué zambos?

—Cállate, Gamacho! y oye, Pablo, se me ha ocurrido un gran negocio. Eso de llevar reses a la Costa no rinde mucho. Todo es molestia: que ya hablar con el municipio, que ya con los contratistas, con los matarifes de Guayaquil... una friega inmundá! Desde hoy voy a trabajar con la sal! Traigo sal de la Costa y la vendo aquí. Un negocio rotundo y redondo!

—Y... ¿Leonarda qué dice?

"Pero si ella mismo me ha dado la idea!"—le contestó Casiano en un toncejo que no admitía réplica y que incitaba a acatar la superioridad del talento de la dama, su poder, sus arrestos. Tanto se ufanaba Casiano, que Girón le soltó:

—Ah... te ha dado a luz de idea, ¿no?

—Claro, pues, yo, este pecho, Pablo! Para algo soy la consorte del culto agricultor y gestor de las musas. A una se le pega el talento de los que viven junto a los éteres, ¿no?

Narda entró fresca. Recién bañada, su pelo regaba las espaldas en ondulaciones negri-azuladas. Su carne despedía perfume natural y mareador. Pablo arriscó la nariz, a la vez que su lengua humedecía sus labios pulposos y temblando... Gamaliel, al advertir el gesto de Girón, pensó en los potros rijosos de la hacienda. El marido de la dama, insensible, prendía un cigarro envolviendo la cara de su hermano en nubes densas y flotantes. La señora andaba, latíendole las ancas opulentas, responsables y convencedoras.

—¿No te dije, Pablo? Narduchita es un dije!

—Gracias, maridito. ¿Por haberte dado sólo esa idea me llamas así? Vaya... Oiga, Pablo, el negocio es francamente de los buenos!

—Pero si todos compran sal y la revenden... más bien perdiendo! para deshacerse de ella, por la abundancia. ¿Entonces?

—No te das cuenta, Pablo, que la sal es un artículo de primera necesidad, que todos consumen la salsita, su salsita...

—Hasta en nuestro "El Edén" las bestias comen sal. ¿Para qué será, pes, eso? Yo siempre le he dicho a Casianito que desperdicia sin más que la gana la sal!

—No, Gamacho, no es de gana. Oye: los animales herbívoros necesitan consumir cierta cantidad de sal común o sea el cloruro de sodio... Esta demanda fisiológica, tiene por causa el desequilibrio que en el organismo hacen las sales de potasa, contenidas en los alimentos vegetales. Estas sales eliminan de los tejidos el cloruro de sodio; los animales, para restablecer esa pérdida, deben, pues, comer sal, de vez en cuando... Por eso es conveniente darles a lamer trozos de sal barata, como hacemos nosotros. Si les priváramos de la sal a nuestros ganados tendrían perezosa su digestión, pelo sin brillantez, tristeza y desapetencia. Para vender bien nuestras reses tenemos que agasajarles así. Pero, en resumidas cuentas, el agasajo es para nosotros! Eso... jajajá!

—Ay... qué discursito, Casiano! Si te has aprendido una enciclopedia!

—Puede parecer ridículo en mí, que no he escrito ningunos libros, este brote de cultura... pero Uds. saben que sí leo bastante y eso, al fin y al cabo, deja sus beneficios. Eso!

—Mi marido tiene razón. No sólo es culto el que publica papelotes. La lectura bien administrada da barniz de talento a cualquiera. Y Casiano no es cualquier cosa...

—Oye, Gamaliel, pero no hay que darles mucha sal a los ganados porque se salmueran!

—¿Y todos necesitarán, pues, de la dicha sal?

—En los omnívoros, los que comen de todo, Gamacho, la avidez por la sal es apenas manifiesta, siendo nula en los carnívoros.

—Entonces, la sal, según mi cerrado entender, ¿pone a las reses en predisposición de comer más, no?

—No sólo a las reses, Gamaliel... no sólo a las reses!... hasta a los humanos! No hay como la sal, la buena salsita! Nuestra salsita!

—Sal y la mujer... don de Dios han de ser! Yo poeta, vaya...!

—Yo creo que ese pensamiento no es del todo descabellado, Pablo. Pero, al grano!

—Nos hemos metido en el tratado de la sal, vaya!

Gamaliel escuchaba, absorto, semejante erudición de todos. Hoy se explicaba por qué los toros y las vacas comían con tanta apetencia la sal. Enormes trozos desaparecían en tres días del corral. Muchas veces, había verificado que los indios robaban el cloruro de sodio; pero, por lo regular, eran sólo las reses las que acababan la substancia.

—¿Y qué dices, vos, hombre, Pablo? ¿Entras en el negocio o nó?

—Sería deshonoroso para mí...

—¿Y en dónde radica su honra, Pablo? ¿Para qué le sirve?

—No es eso, Leonarda... no se sulfure de gana... Quería decir que sería deshonoroso para mí... el fugar empezando a combatir!

—Ah... eso es distinto! Eso!

—Es que como Pablito habla con flores, como poniendo plumas a las palabras...

—Buena la de Gamachito, buena!...

—Pero tienes que hacerme una concesión, Casiano. Sabes que mi amigo el Jefe de los mensuradores que fueron a tu hacienda, está reconocido con el Cayancela que les salvó la vida y el cuero. Y, como ese indio pretende entrar de soldado, pide que tú le dejes.

—Un indio tiene dos brazos y la tierra, mi tierra, necesita de ellos. Pero, por vos... bueno. Mas, la deuda del Leandro tiene que pagar el padre de él o... ¿quieres pagar vos, defensorcillo de mitayos?

—No, gracias. Mi munificencia no avanza hasta tanto.

Reía con sorna Girón, guiñando sus ojos picarescos, disimuladamente a Narda la que, antes que se alargasen o complicasen las palabras, palmoteó entusiasta, prometedora...

—Por todo, hay que asentar esto: Voy a traer un draque, yo invito! Lástima que el piano no esté aquí para festejar!

—Sin draque, mujer y sal no vive ningún mortal! ¿Qué piano, Casiano...?

—Un pianito que estamos yendo a traer de Huigra, para nuestro solaz. Cosas de ella.

—Mañana se va el Casianito al "Edén" conmigo, ¿quieres venir, Pablito?

—No, gracias. Soy de la ciudad y el aire del campo parameo me resfría—le ve a Narda con marcada intención. ¿Te vas, Casiano?

—Yo voy volando a traer el agua ofrecida. Mañana sí, se va el Casianito, Pablo. Le voy a extrañar tanto y tanto!...

—Mujercita querendona, querendona!... pero hay que hacer negocios. Sí, Pablo, voy a Huigra a traer la sal de que te hablaba y, de paso, el pianito. Dejaré montado el negocio. Deberías venir vos, Pablo...

—No, has de todo solamente tú, que sabes a las mil maravillas. Confío en tu numen elevado, prominente.

—Vade retro Satana! No me adules... Estuve a punto de pegarte por tu intento de evasión...

—Pero ahora seguimos lo mismo y, salados!

Arrogante en su caballo dorado, Casiano se erguía en los estribos saludando a todos lados a sus conocidos. En Cuenca se conocía a los caballos por los apellidos de sus dueños, diciéndose: es un Quiroz, es un Fonás, es un Fernández de Oviedo... prestigiando así la calidad de las bestias. Sonaban los cascos en el empedrado de la ciudad y asomaban curiosos a las puertas de las tiendas. Admiraban los soberbios brazos de los animales, que levantaban hasta casi a la altura de sus panzas apretadas en cinchas de colores. Gamaliel miraba ladeando su cabeza, el modo de bracear de su cervuno; secretamente lamentaba la torpeza cometida con su Lojano. Cuando pasaban frente a la tienda de la Jacinta Loyola, Casiano sofrenó a su caballo y lo sentó en sus patas traseras. En seguida salieron todas las mujeres y, en ademanes de alegría chirle, saludaron al gamonal.

—Niño Casianito!... ¿a dónde bueno?

—Compadrito... tanto tiempísimo sin venir por mi triste tienda! sin verle esa cara lindota de hermosote caballero! de grande de Cuenca! Apee, apee! Venga!

—Es que estamos apurados, Jashita. A la vuelta mejor. Vamos a traer sal de Huigra.

—Pero Uds., lindos, en todo piensan! Mejor que haiga harta sal, compadrito! Vayan y traigan más que sea toda la salina de Guayaquil!

—Hasta luego... conservaraste linda, Jashita. Cuidarás a los huahuas. Adelanta Gamalielcito.

Cuando el hermano se hubo marchado, Casiano dijo al oído de la Jacinta que avisase a la niña Blanca que iba a la hacienda, que se estuviese tranquila hasta su vuelta. La chola, entre donaires y guiños de sus pupilas niguérrimas, complaciase siendo cómplice de los amoríos de su compadre y ex-amante de los tiempos de lueñe juventud. No tenía celos, antes sí sentía desahogado placer en que alguna otra gozase lo que ella... "Chola de grande he sido, que gocen pues otras ahora mis sobras! Y con la plata que me da mi Cashito... ni me importa nada también!" Susurraba en la oreja de C. Quiroz innúmeros

“descuide”... “descuide”... tratando de infundir confianza al amante de la niña Blanca. El gamonal, para demostrar que había comprendido el servicio y la acuciosidad de la Jacinta Loyola, calentó su mano con un billete de 20. Besó la chola el dinero y echó rápidas bendiciones a la cola del caballo que levantaba plumeros ondulantes en su andar.

El hijo último de la Jacinta caracoleó igual a las bestias de los niños. Relinchó sostenidamente, vibró sonoros sus labios y entró en la tienda, botando sus ancas juguetonas...

Al llegar a la casa de hacienda, Casiano asombróse del descuido que, en ese año que él no había ido a ella, la tenía Gamaliel. Amonestándole, benévolamente esta vez, le aconsejaba hábitos de aseo y de limpieza elemental. Gamacho acataba con movimientos hondos de su cabeza ágil ahora y con ritmos expeditos de su cuerpo alivianado. Flotaba su melena al viento libre; tenía abierto su cuello de la camisa, posesionado de sí mismo en la atmósfera conocida de su cuerpo. Resollaba satisfacción y golpeaba, con las suelas de las botas, el enladrillado. Con energía imperiosa, pues aquí él era el amo, Gamacho Quiroz ordenó que compareciese el padre del Cayancela, requerido por su hermano.

De nobles facciones el indio, tenían sus pupilas huella de sufrimiento. Ancho de espaldas, robusto, colorado, su sombrero de lana en la derecha, fijaba su mirada serena y bondadosa. El poncho, rojo con amarillo, le hacía choza cordial a su corazón de latires acompasados y confiados de sí propio.

—¿Sabes, rucu Cayancela, que el Leandro, tu hijo está ya de soldado?

—Ha de ser, pes, amito... eso estaba diciendo pues!

—Y, como me debía 100 sueres, vos te quedas al pago de esa deuda. ¿Oíste?

—Pero, amito... perdonando... yo, rucu ya, qué he de poder pes nada pagar deudita de hijo mío sobre la mía propia! Perdonando, he dicho...

—No te pesan tus setenta años, Cayancela. No eres flojo para el trabajo. Pronto has de pagar no más vos, todo! Cobarde este!

—Cana...

—No le insultes, Gamaliel. Oye, taíta Cayancela: si no quieres descontar la deuda de tu hijo, dame la faja de tierra en donde vives!

—Eso no ha de ser... amito! Tierrita mía, que he trabajado, tierrita donde vivía yo con difunta huarmita Rosa Chimbo, donde nació Leandrito, tierrita donde duermo y como aura yo solo... Trabajaré no más, entonces!

—Bien. Pero si me faltas al trabajo, ya sabes: la tierra es mía, ipsofacto! Ahora anda llamarás a todos, que venga la peonada íntegra! Por ahí la veo!

Congregados los indios en el patio de la casa, Casiano parose tras la baranda del corredor. Pasó su mirada inquisidora por el río de ponchos, sondeando el alma de cada cual, y dijo:

—Mañana vamos, bien de madrugada, a Huigra. Veinte indios, de los más fuertes, los consabidos, tienen que venir conmigo. Han de ir de aquí con la recua para vender en la Costa, hasta Huigra no más. Que no se me porten flojos, si no... (cimbraba su látigo de puño de plata, sobre las cabezas quietas de los runas). Soy bueno, ya me conocen, cuando se me portan bien, pero si se portan mal... he de ser de veras malo, carajo!

La interfección potente, cruzó por las pupilas indias, hizo cerrar los párpados y, bajo los ponchos, los pulsos temblaron... Silencio impenetrable pesaba en el ambiente, compacto de pechos labratierras. Unos junto a otros, los runas solidarizaban su mansedumbre, fortificando las mentes en camaradería fraterna de infortunio común.

—Oigan mitayos!... No me gusta lo que han hecho con los señores mensuradores. No les iban a quitar nada! Sólo a ver cuánta tierra tiene cada cual venían. Y les han tratado mal, hasta queriendo matarles... Gracias que no sé cuáles han sido los foragidos, si nó... les reventaba el alma! De los pelos sebosos les hubiera llevado a los infiernos y les dejaba en las manos de Lucifer, de ese jefe de los diablos, y me regresaba, en seguida a mi casa, carajo! En mi hacienda nadie me alza el gallo, y el que respinga se friega! Que nunca en la perra vida vuelva a ocurrir esto, ¿oyeron?

Callaban todos, sepultando sus miradas en la punta de los pies lodosos. Algunos cuellos se agacharon a mirar los pechos,

mientras otros espían al Mateo, mohino, junto a Gamaliel. El mayoral, expresó que una vaca se había extraviado por culpa del Mateo Tenenpaguay.

—Con que vos has hecho perder la vaca, ¿no?

—Mana, amito... mana vaca perdido yo! Han robado no más cuatreritos de llano!

—Es que vos no cuidaste bien. Mayoral, anda a la choza de éste y tráeme una vaca o toro que sea del Mateo. No quiero pegarle, me siento misericordioso hoy. ¿Oíste, Mateo? Aprende del Istico, que todo me canceló. Lindo runa!

—Pero... amito Casiano, no tengo nada culpa yo!... De gana vas a hacer eso!

—¿Te piensas robar la vaca, entonces? Lo perdido hay que restituir, mangajo! Anda, Mateo! Llévale, mayoral. Y si se resiste, ahí, sí... pégale! Con un palo!

—Sí, amito. Vamos Mateo, camina pronto!

—(Y no en tiempo de Amo Grande!)

A tirones bruscos llevóle el mayoral al Mateo, que temblaba. Quería hablarle al indio de confianza de los blancos, pero éste, ensobrecido, ahora, en su personalidad de ayudante de latifundista, le contenía con voces mandonas e iracundas.

... La aurora deshiló sus luces en los cachos del ganado. Respiraciones hondas ponían humareda tibia en el aire frío, al par que las reses daban voces de despedida a su terruño. Arremangados los pantalones a la rodilla, los indios arreglaban sus ponchos, amarrándose sus pañuelos con mote a los costados; terciados los ponchos, a pesar del hielo picante, eran promontorios que les hubiesen nacido del tórax a la espalda. Ya no eran los valles de "El Edén", en los que casi victiman a los mensuradores, era la puna que iban a embestir con dedo gordo y con talón... El Sol brillaba en las espuelas de plata de Casiano Quiroz y Lovillos, jinete en mula parda. Intranquila la boyada se friccionaba contra ella y obedecía sordamente los acomodos para el viaje. Cercada de carne india, de sebosidad de reses, avanzaba el alba naciente, rumbo a la Costa. Como a través de vidrios humedecidos se divisaban las titilantes lejanías. Míope el día, destilaba agua fina que alfileraba las ancas de los toros y las yugulares silenciosas de los arreadores. Despedido de

Gamaliel, Casiano Quiroz se arrebuja en su blanco y espeso poncho otavaleño, aferrando sus manos enguantadas en las bridas. Pellas de lodo denso levantaban los cascos de la mula y ensuciaban las magníficas polainas de hule del señor.

Páramo intenso, hondo, agresivo. Enrarecido el aire, los alientos eran neveras que no alcanzaban a calentar las entrañas. Lodo negro, embarrando las patas de las reses que, con sus ojos alerta, sondeaban los camellones profundos y traicioneros. Alguna vez, cierta vaca se empantanaba y los indios soltaban voces insolentes y sonoras para levantarla: "Alza, vaca condenada!" "Vaca machorra, levanta, carajo!" "Alza, vaca...!" Las palabras hacían caer el agua detenida en las hojas menudas; de las ramas de los árboles bajaba una vena de agua que, lamiendo todo el tronco, ágilmente, se perdía en la tierra humedecida y anegada a maldición. Los huicundus colgaban sus búcaros verduscos y las flores pálidas abrían bocas anémicas, atorándose de viento. Silbaba el pajonal, como arriero extraviado. Viento insistente metía sus soplos entre la vegetación plomiza, curvando las pajas, arrancando alguna hoja agónica y llevándola a morir en los lomos del ganado que andaba, como mar oleoso y peludo. Las nubes estaban bajas y parecían, no más, una prolongación de los sombreros indios o, mejor, un poco de resuello encima de las cabezas humanas y en las copas estáticas de los arbustos parameros, de falsa y mojada juventud. Los muslos indios iban forrados de barro adquiriendo la forma de los músculos duros, empastando la carne para protegerla de la humedad. Envueltas de bruma flotaban las cúspides serranas, tendiendo chales vaporosos hacia el confín de todo el horizonte. Pájaros silbaban, pifiando a los viandantes, mientras los camellones, al pisar los animales, sonaban como botellas destapándose.

A todo lo largo de los caminos emergían promontorios despedazados de maquinarias: tubos de un metro de diámetro, chumaceras, parrillas, ruedas, bielas, todo lo que iría a armar la Planta Hidroeléctrica Municipal y que estaba jalonando trágicamente el páramo: por la dificultad de conducir hacia la urbe morlaca. Eran señales que grababan su delación sombría y funesta, gritando al caminante del sufrimiento de los indios guanaderos. Muchos bultos oxidaban su cuerpo por la intemperie sem-

piterna, por la impotencia de los hombres a dominar caminos de montaña, los trazos de pesadilla de las vértebras andinas encoraginadas en su enfurruñamiento de cumbres remisas, subversivas... Se carecía de ferrocarril y de vías carrozables.

—Anden bien, indios, si nó... se me quedan como esos fierros!

—Andando estamos, andando...

—Aquí es el encajonado! Cuidado que alguien esté viniendo! ¿Oyeron? Griten harto y fuerte!

—No hay nadie, patrón... Nadie asoma por ni onde!

En la peña angosta, el camino ponía violento zig-zag de un metro de ancho; desde la altura los indios de Casiano podían ver quién transitaba por él. Gritaron recio, a grandes voces prolongadas, para ver si alguien contestaba. Únicamente la oquedad coreó el grito, decidiéndoles a descender. De uno a uno, alternando un toro y un runa, en fila apretada y recelosa, bajaban, resbalando la mula del cacique que, prudente, se tiraba de espaldas. Los cuernos de los semovientes chocaban contra las paredes del pasadizo, volvían atrás... pero el indio les obligaba a caminar punzando el anca con la punta del chicote. Al recordar la vía, una de tantas vueltas agudas, vieron a una mula de bruces en el lodo.

—Carajo! Nos jodimos!... No podemos pasar!

—Ari, amito, ari... Fregados estamos aura!

—Ni apearnos podemos, porque esta taja es alta, baray! Arriero bestia! ¿En dónde estará pues?

—No hay nadie, patrón... Nadie asoma por ni dónde!

—Móntese uno sobre los hombros del otro, para ver si avanzamos a divisar algo!

—Ni que payasos, amo...

—Griten fuerte, fortísimo!

Como quiera, treparon los indios al borde del encajonado. Abajo, los barrancos verdes, chorreando agua, destilando lodo, anegados de inundación aviesa. Lejos, los ápices de Las Torres elevando sus agujas, flacas de ensartar cielos de aluminio. Arriba, las combas densas de los árboles cristalizados y los chillidos de los pájaros huidizos en el lomo de la cordillera, huraña a rendirse a los viajeros, volcando su redoma gris en el día y en

las horas. Aquí, junto a los recueros, la mula cansada, moviendo sus orejas espantadas, abriendo ojos que giraban en estériles círculos de angustia.

—Levantemos a la bestia, indiecitos!

—¿Para qué pes? lo mismo ha de quedar...

—Descarguémosle, entonces, para ver qué hacemos! Caray... carajoooo!

—Por más que eche carajos, patrón Casianito, no mismo podemos salir de este cajón.

—A la fuerza pes, patrón, cajón no entiende carajos: como vaca, como toro!

No obstante, intentaron descargar los runas, pero lo angosto del pasadizo impedía cualquier arreglo.

Entre ellos, los indios se admiraban del trato que les daba Casiano. El despoblado... la inmensidad del páramo a merced del instinto de hombres propensos a reaccionar sin sujeción... Los indios veían al amo y dentro de sus almas se reían con conato de desprecio. "Indiecitos"... aura viene con eso, carajo! Aura que con tierra podrida nos entendemos todos!"

Los bueyes se inquietaban y comenzaban a cornear nerviosos al delantero, apretujando a los boyeros. Casiano embarraba sin contemplación sus estribos de aluminio en la taja del sendero. Al querer rascarse la cabeza, su sombrero rodó...

—Me ca... hasta el sombrero cae! Pasa, ve, indio burro! Apura!

—Harás al lado, patroncito... Camino estrecho, estrecho... Quién sabe pueda!

Metido entre las patas de la mula, el indio maniobraba, enlodando a gusto el sombrero. Recuperada la prenda, hecha una desdicha, Casiano ordenó:

—No nos vamos a detener por ninguna mula perra! Pasemos sobre ella, carajo! Ya! espanten a los toros, y vamos caminando! Alcen, mitayos flojos! Alcen! Pasen!

—Pero por más que gritemos, no han de pasar guagras mañosos!

—Pónganles betas en los cachos y jálenles! Pronto!

A fuerza, a tirones hercúleos, los bueyes se encimaban en la mula echada, pisándole la cabeza, el cuello, las manos, la

barriga, toda ella, en machacar continuo. Cuando pasaba una res, intentaba pararse, pero ya tenía encima a otra. Sangraba el hocico de la mula, la mano izquierda estaba partida; resollaba, asfixiándose... Contundentes latigazos redujeron a la mula de Casiano, que olía a su congénere y se encabritaba, parvamente, para no pisarla. Voces y chicotazos la decidieron, y dio un salto inesperado, tratando de salvar a vuelo el obstáculo viviente. Aplastó a un indio.

—Vaya, carajito! Lo peor de lo peor hemos pasado!... Pobre runito... denle masajes a que se cure. Traíganme un trago! No me he olvidado de montar...

Mientras ofrecía un trago al peón vieron a un jinete que venía, a rompe-cinchas, en su caballo diminuto. Un vuelco brioso tuvieron los corazones indios, mirando socarronamente al amo.

—Señor! ¿Qué han hecho a m^r mular?

—¿Acaso soy yo cuidador de tu mula, chaso desgraciado? Necio!

—Cuidado con chasearme, señor! No soy ningún botado a que venga con bravatas! Ahí está mi mula, casi muerta, por ustedes, porque han pasado encima de ella! Desde la altura, a donde fui a cazar un venado, vi todo. Dejé a la mula que es caminera, vieja conocedora, a que vaya sola. Pero se ha atascado en el encajonado! Que me pague por ella digo, señor... Es justo! Que digan los mismos peones...

Callaban los indios, electrizados los nervios por el tono sin miramientos del hombre. En sus mentes, todos pedían que se portase macho y que se hiciese sentir contra las ínfulas de Casiano. Por las venas gañanas corría fuego naciente, en savia de extensiones levantiscas. Quiroz enfurruñábase al verse tratado lisamente, por un... cualquiera.

—Vea, chaso atrevido! no le he de pagar nada, ni una gota de nada... Puedo hacer pasar mis animales, toros, vacas e indios, encima de su mula: otra y otra vez, pero no le he de dar nada. Y ahora váyase, carajo! Ya! Eso!

Sin responder un término a las palabras de Casiano, el chaso extrajo, como una luz de ligero, su revólver y disparó al sombrero del cacique-gamonal, perforándole la copa.

—Señor... quieto! Yo no echo ajos ni malas palabras, voy a los hechos! Me da, ahora mismo, los 300 sucres, o se va a los quintos. Escoja!

—Sí, sí, sí... naturalmente... Todo era por bromear no más, hombre desalmado. ¿No ve que aquí no hay con quién conversar? Pura broma, sí, sí, sí... Tome la plata, pero guarde ese revólver... es peligroso!

—Hombre prevenido vale por ciento. Deje la plata sobre esa piedra, dé al peón aplastado 20 sucres y váyase, sin regresar cabeza. Porque de nó... le carga el diablo! "Eso"... digo yo también...

—¿Pero, al peón para qué pues darle nada? No, no... quieto! Toma la plata, pendejo!

—Cuando se da nunca se insulta; aprenda a ser caballero, señor. Yo, siendo chaso, como Ud. dijo, sé más que los dichos patrones! Ande ya! Y cuidadito, eh!

Les cosquilleaba el alma a los conductores de ganado, brincándoles cóndores locos en los corazones ensanchados. Corrido, Quiroz espoleaba a su mula con saña inaudita. Cuando un indio se atrasaba le espantaba con un grito, mas sin atreverse a pegarle. Hubiera querido arrebatarle los 20 sucres al indio pisoteado, pero... ahí estaban las miradas de todos los indios, en guardia, como perros cuidadores. Querría vengarse de todos los agravios causados por el hombre aquel, pero... pensaba que si se desmandaba podían caer sobre él los runas, ya que, en el desolado páramo, estaba a merced de ellos.

—¿Qué les parece el atrevido ese, indiecitos?

—Helay... patroncito!

—¿Y cómo se llama ese... bergante?

—Don Puma, amito, don Juan Puma de Vivar!

—Puma de Vivar no más es, amito...

Si no se hubiera contenido en la cabeza de la silla, seguro que Casiano se caía de espaldas y aplastaba con su susto a todo el páramo tiritante.

... Sol de estraza comenzó a inmiscuirse en las cosas de los hombres, asomando en la mitad del cielo pavonado. Exiguo pasional, prendía sus briznas cabeceadas de viento. Un venado cruzó la maraña errante de sus cuernos, allá en un valle. A los tiros de Quiroz, —que ya se animó mediante la media botella de cognac que se zampara— perdióse en un bosque. Ramoneaban los toros, amarradas sus betas a las muñecas de los conductores. Tendido en el suelo húmedo, sobre el poncho de un peón, comía el amo. Trasegaba enormes tragos de vino blanco, eructando la sardina con pan de huevo. Luego, sus carrillos fueron estrechos para roer el pavo asado y los puñados consecutivos de mote pelado. Los runas comían de sus pañuelos, y los ajíes coloreaban el día plomizo, inconsciente. Frío entraba a los estómagos doloridos y desiertos. Las manos no respondían bien a los movimientos. En la cintura de Casiano brillaba su jarro de plata, como si el páramo hubiese tomado su forma. La punta del revólver le prestaba confianza y decisión.

—Vaya, vaya... ojalá siga haciendo sol! Así hemos de avanzar ahora mismo a Huigra.

—Huigra qué... juin lejos está!

—Maricones estos! Andando bien hemos de llegar, más que sea de noche. No quiero dormir en ningún tambo asqueroso. Avancemos, he dicho! Eso!

Innumerables soles caían en los charcos de agua, rodaban por los pechos de los indios y abrigaban las blancas manos de Casiano.

—Alza, mula del diablo!

—Alza, toro gran puto!

—No digan palabrotas, mitayos!

—Es que si no, no andan, patroncito!

—Toros son como mujer, qué! Si se trata con dulzurita no hacen caso, pero si cari se pone bravo, entonces sí... mansitas!

—Gritando así se da ánimo a vacas.

—Su mercé a nosotros tan grita, amito...

—Los toros son como Uds., indios brutos, no como las mu-

jeros; si se les echa ajos y cebollas andan mansitos y divinamente. Anden, mitayos flojos!

—Andando estamos pes. Ojala no asome algún raposo... algún puma...

Cuando el camino tendía su lomo plano, aprovechaban para poner al trote a los animales. Cansados, los indios acortaban sendero y esperaban a la boyada unas cuadras más allá, recostados, rascándose los pies o poniendo hojas sobre sus frentes sudorosas. Nada amenizaba la monotonía del viaje, perdiéndose los ojos de los hombres en el verde-gris mayor que invadía, con emociones melancólicas, las almas. Sólo los toros marchaban pasivos, sin empinarse en las ancas femeninas, moviendo sus pescuezos potentes, en ritmo que marcaba la lentitud de las horas derrengadas. Humo helado reptaba de la tierra negra, inhóspita y compacta de congeladuras. Líquenes pendían de los arbustos enanos, manteniéndose la vegetación pegada al suelo, humilde, sin bríos orgullosos a la altura. De un monte lejano bajaba una chorrera, regando su cauda líquida en pertinaces parloteos inútiles. La cinta del camino se divisaba remota, quebrada, siempre movediza de barro, angustiada de soledad licuada en eternidad desoladora. Arrieros movían sus ponchos, daban a los oídos el rumor de sus pisadas encharcándose y pasaban notificando el estado de los caminos transitados. Unas viajeras, asomando únicamente las pupilas inmóviles, jinetes a mujeriegas en flacas mulas cansinas, balanceaban sus torsos en perpetuo vaivén de tortura que punzaba la columna vertebral. Y andaban... el cacique reconcentrándose en sí mismo, pensando en el encuentro con el tal Puma, en el negociado de la sal, en el piano que iba a traer... Al pasar esta idea por su mente, reconfortose: nadie sabría de la escena esa en despoblado, luego seguiría siendo él mismo... "La vergüenza no daña sino cuando es pública, con no hacer caso de lo que han hecho a uno sin testigos... qué me importa todo! La farra que voy a hacer cuando llegue el piano de Nardita a Cuenca! Eso!" Los indios, atentos a la marcha de los animales, refán interiormente de la tamaña osadía de Puma de Vivar, diciéndose: "Cómo también será de ser así de cari!" Todos, estaban agarrados de un intenso pensamiento que avivaba la llegada. Horas inconmensurables,

minutos lelos, luces de una única gama pétrea, macilenta y egoísta... Oquedad, desierto helado, frígido como si aún no hubiese nacido ningún mundo! Congelación del aire, estatismo bruto... Nada, nada fuera de las vidas de los hombres y los semovientes que ni siquiera las sentían como vidas, ya que estaban comenzando a ser invadido por un sentimiento de inutilidad caótica, absoluta...

Desde la cumbre de un cerro divisaron, abajo, Huigra... En el crepúsculo retardado, asomaba Huigra, sí, con sus techumbres de zinc, sus paredes de caña partida, sus corrales de posada nocturna, sus barracas de chinos, sus covachas de ecuatorianos el color verde de las residencias de tránsito, la arquitectura pretenciosa de los sanatorios de los tísicos costeños, los bungalows de los gringos, las canchas de tennis, la tez amarillenta de los hombres de la Costa, los mosquitos, la fetidez de las locomotoras, lo podrido de los plátanos porteños que asaltaron a las vegas insalubres, el río... el río sucio, pero de arresos destructores para las indefensas poblaciones mestizas e inermes al rijo de los "conquistadores"... Los rieles! Huigra... Eran dos climas que se juntaban, dos civilizaciones que aunaban sus bríos en bien común a los ricos y al Gobierno. La una bajaba de la Sierra: azulada, ensimismada y dispuesta al brote filosófico y al pensamiento hondo y serenado. La otra ascendía desde el mar, desde el río que desembocaba en las aguas saladas, disponía de movilidad acogedora y cosmopolita en sus rutas acuáticas con el color rojo de pujanza y dinamismo de la Costa. Dos civilizaciones que se daban de cabezazos, como bures bravos, en disputa de la supremacía nacional. Dos cuerpos que se peleaban las prerrogativas ecuatorianas... banqueros contra latifundistas! Demagogia contra clero! Plátano contra Maíz! Sedas y zarzas contra bayetilla y las franelas! Y... la línea férrea mantenía unidas aquellas dos regiones disímiles, contrincantes; los rieles eran como arterias de acero que iban a nutrir sangre a todo el organismo patrio. Las montañas seranas se alzaban en sus cascos cimeros, topeteando el cielo, mientras los bajíos costaneros se tendían, como manos bienvenidando calurosas y estratégicas...

Pero... ahí estaban los "gringos" de Huigra, con su slang,

su tabaco oloroso, sus mujeres rubicundas y bobarronas, sus mulas enormes y lustrosas, sus pelotas de tennis y su vanidad infatuada que, en la casa donde se les acogía hospitalariamente, tornábanse incorrectos, indeseables y entraban a saco en todas las dependencias del anfitrión... Así estaba el gringo, con sus babies entregados a brazos morenos de ayas indígenas, con sus maquinarias de multiplicar, de transporte, de pavimentar, de aserrar, de... tanta cosa que era mera esclava de la máquina dominadora de su idioma, que impelía a los criollos calenturientos a emplear palabrotas en inglés, en toda charla corriente y familiar. Ahí estaba el gringo, instalado entre Sierra y Costa, erguido sobre sus botas de tacón ferrado, sobre sus hombros rotundos, sobre sus pelos bermejos, sobre sus ojos azules, sobre su socarronería ladina que le tornaba en empresario y usufructuario de las riquezas paisanas... y en detractor de la raza y el país que le había prodigado base de sustentación vital a sus necesidades muertas de hambre.

El gringo... no se contaminaba con el medio. Antes bien, lo atarja hacia sí, refundiendo su espíritu bajo el rijo mandón de su personalidad íntegra. Era el hijo de su país, de USA, de Inglaterra, de Alemania, de Judea, de la China... siempre, en donde quiera que estuviese, bajo cualquier condición en que se hallase, pero jamás donando concesiones que fueran en mengua de su country, de su home, de su cubil lar, de su casillero espiritual. El gringo... dejaba hijos, materiales o morales, en suelo ecuatoriano pero no aceptaba ningún deber de paternidad, ni ninguno de los derechos de sus vástagos a los que traicionaba cuando le viniese en gana, como también desprestigiaba al Ecuador, ya como espía, ya como impúdico mercader extorsionador sin alma y sin escrúpulos. El gringo... era piedra de monumento, roca de jalón, granito inaccesible. El gringo... entraba en el país, pero el país no penetraba en él... Y, si alguna vez entraba, era en inferioridad, en calidad de valet a su omnimoda voluntad. Eran los gringos que, con sangre de indio, de negro, de mestizo y de blanco pusieron rieles en la Nariz del Diablo para dominar, con sortilegios y arrumacos, la ingenuidad descuidada y confiada del paisano ecuatoriano.

... Todos los indios de Quiroz conocían perfectamente Huigra, ya que en diversas ocasiones transportaron ganado hacia la Costa. Alborozados bajaban la pendiente para llegar al pueblucho. Descubriéronse al pasar por el Cementerio, y compraron, pidiéndole plata al indio pisado por la mula de Casiano, piñas, bananos, cañas de azúcar para sus sedes serranas explotadas. Los casuchines de techumbre de zinc conservaban aun el bochorno de la tarde. Casiano, viendo que los indios hacían sus gastos, quiso portarse munificente y, no sin suspirar previamente, acordándose, sin duda, de los 320 sucres... regaló a todos los indios dos sucres para que se comprasen golosinas. Dos sucres para toda la mitayada! Qué derroche, señor Quiroz y Lovillos! La cartera de Casiano estaba cadavérica en vacíos...

Asegurando a los indios y toros en una posada con amplio corralón al descubierto, el patrón empuntó al Hotel. Ni siquiera preocupase del alimento de la peonada que llevaba su propia comida, sino de que quedasen bien seguras las entradas del corral. Fraternalmente los runas se repartieron la fruta comprada. Adquirieron remedios para el aplastado y se tumbaron en la tierra fofa, calurosa, entre patas y boñigas. Alzaban la vista a la Sierra y la veían clavada de luceros. La luz de las estrellas se posaba un momento al filo de sus ojos y luego abría plaza de emoción hasta dentro de los corazones trajinantes, fatigados por la presión de las alturas traspasadas. Luego, esa luz alumbraba, como candil, como llama lar de las chozas de ellos. Bajo el radio luminoso veían a las huarmitas, a sus hijos; a los perros, a los surcos que sembraron las potencias de sus manos. Las botas del amo resonaron resbalando en el cisco del carbón de piedra del tren destartado; cada runa agachóse, curvando su tórax, como si hubiesen pisado alguna pertenencia muy delicada de ellos, de los pensamientos que estaban acunando a suspiros y a luceros todos los lagrimales silenciosos. Acurrucados, más después... dormían, unos con el poncho por almohada y las narices dilatadas por el olor nuevo de las tierras desconocidas e insalubres. Algunos indios se desocupaban en la mitad del puente, colgando fuera de él, a

todo viento, en la misma mitad que unía la Sierra con la semicosta...

... La luz del comedor se filtraba por las guadas partidas de las débiles paredes. Moscones andaban en los manteles medio blancos.

—Hello, Mr. Quiroz! I'm glad to see you! Desde cuándo está aquí? Say!

—Desde hace un ratito, nada más, amigo Shindón. Pero Ud. parece un perfecto gringo! Qué buen inglés!

—Es que los que nos ocupamos de negocios, tenemos que adquirir inglés, ¿verdad? Vengo a llevar la maquinaria de la Planta Eléctrica Municipal. Voy a llevarla a Cuenca. Hell!

—Vaya... yo no sabía nada de que Ud. estaba en eso!

—Sí, toda esa maquinaria está repartida por el camino que es una siembra de peltons, de dínamos, de turbinas, de tubos... Así todo el trayecto hasta llegar casi a Biblián. ¿No la ha visto?

—Cómo nó! Esa siembra que Ud. dice, parece restos de fósiles de hierro! ¿Cómo llevará eso?

—Pues a lomo de indio! A pura sangre de indio! A puro tuétano de indio! A pura muerte de indio! Los mitayos van a ser el mejor combustible para nuestra luz y bienestar! Jajajá... Hasta este momento, he empleado lo menos 900 runas! Que nos sirvan los roscones. Y Ud. ¿a qué ha venido, Mr. Quiroz?

“Que nos sirvan los roscones!” Mágicas palabras que abrían un cenit en la mente de Quiroz. Rápido, hizo cálculos y observó las ventajas del negociado; cotejó ganancias posibles y, jugando con la servilleta, no se fijaba en el mantel de la mesa, sino que sus ojos estaban creando el camino de regreso a Cuenca, en intensidad de pensamiento, en profundidad de introspección...

—¿No contesta a mi pregunta, señor Quiroz?

—Disculpe... ¿cómo decía?

—Que a qué ha venido a Huigra.

—Ah... a traer un piano para mi mujer y a implantar un negocito también...

—Reservado es Ud. Que le aproveche, pues.

—Ojalá, todo está en que Dios se ponga de parte mía. Y... diga: ¿cómo reúne tanto runa para transportar la maquinaria?

—Ese es mi problema, señor! Mi empresa no satisface ni remunera todos mis sacrificios! Figúrese: uno a uno tengo que reunir los indios, buscándoles con palito de romero, como Uds. dicen, y rogándoles, porque ya se han dado cuenta de la im-
proba tarea que es la conducción. Han muerto lo menos unos cien runas! Pero, sin embargo, ya tengo contratados unos 30 indios. Sólo me faltan unos 20 más, para ponerme en viaje. Los famosos Faicanes y Pautas de Paccha nos ayudan eficientemente, a conciencia; sin ellos estaría jo-di-di-to!

—Y... ¿quién paga el entierro de los muertos?

—Qué 'sé yo! Ellos mismo, los deudos, cualquiera, pero menos los empresarios ni el Concejo Cantonal.

—¿No llevan sus indios de aquí ninguna pieza?

Con sus ojos sesgados, Casiano espiaba todos los ademanes del empresario. Con el sombrero embarrado hasta las cejas, no dejaba que penetrase sus miradas ni escrutase, peor, su conciencia... El otro sospechaba algo, pero no atinaba a precisar.

—No, ninguna. Tenemos que tomar la carga en Chocar. Aunque sí... me olvidaba! piecitas livianas no más. De Chocar tenemos que transportar las más pesadas, ahí sí que el trabajo es rudo! Y no sé cómo conseguir los indios. En la esperanza de que por aquí hubieran, he avanzado. ¿No tiene Ud. por sí aca...?

—Traje, precisamente, unos 20 indios de mi hacienda. Pero los preciso para la conducción de mi pianito. Y para que me acarreen lo del negocito...

—Señor... Ud. es mi genuina salvación! My God! Le ruego me ceda los peones suyos! Estoy aquí más de una perra semana y no puedo encontrar solución a este atolladero! Hell! Ud. es mi salvador!, tan generoso, tan talentoso, tan literato, accederá, ¿verdad?

—No sé, mi amigo... no sé... Business are business, como diría Ud. Tratemos así el asunto. Si me paga a 30 sures por cada runa, los dejo en su poder y mandato.

—Treinta sucres es demasiado! En veces anteriores no pagaba más de quince, y a los que tengo contratados les doy nada más que 18 sucres! No abuse de la necesidad, señor Casianito! Please! . . . Venir y meterme en esto . . . Bien hubiera dejado que los Tenientes Políticos, que eran los que estaban haciendo por orden gubernamental el transporte, continuaran en ello. Pero me metí a empresario! Vaya!

Adquiriendo volúmenes chinescos, la cara de Casiano contemplaba a Shindón, de soslayo, deleitándose como gato con ratón . . . “Veamos: tengo 20 indios, a 20 sucres cada runa . . . son 400 sucres! 20 roscas no hubieran podido llevar más de 20 quintales de sal, en total. ¿Y el piano? Atareados con el piano, hubiera tenido que fletar mulas para la sal y . . . esto es lo que haré en definitiva, eso! Si le diese al tipo este solamente 10 indios, son . . . 200 sucres! los otros 10 pueden llevar cómodamente el piano y no pago a nadie! Alquilo sólo las mulas para la sal y me pueden cobrar sólo a 12 sucres el flete por cada bestia. Quince mulas a 12 sucres, son . . . 180 sucres. De todos modos salgo ganando 20 sucres. Y así recupero, siquiera en parte, algo de lo que ese tal Puma me hizo le regale”. Sonreía satisfecho con estas ideas, resollando rojejes. Shindón pidió whiskey. Bebieron.

—Pero . . . ¿el negocio, señor Quiroz? Le doy 19 sucres por cada indio, **nothing more**.

—¿Diez y nueve sucres? es una irrisión. ¿Por qué no usa mulas para llevar su carga?

—No se puede . . . con mulas no se puede!

—Ve, ¿se fija? El indio es insustituible! Ni por un sólo momento podemos comparar la mula a los indios! El indio anda por donde quiera, por espinos, por vidrios rotos, por caminos angostos, por despeñaderos sólo buenos para moscas! El indio es insustituible, irremplazable, único! Tiene todas las superioridades a las bestias: es manso, es sobrio, anda bien recto, aguanta, tiene pensamiento cuando se le sabe ordenar debidamente, es incansable, y, vaya, señor, hasta por último de maravillas, hasta anda en dos pies! Eso!

—Yes, yes . . . **I know it!** Yo sé eso!

—Sólo en una cosa ganan las mulas a los indios, en que

—y con perdón por la frase y la comparación para las mulas— y es que ellas cagan andando! Eso! Pero si a los runas se les enseñara... ni en eso, Mr. Shindón! Ni en eso... Eso!

—Pero, en compensación, el indio nos da hijos! Sí, sí... Sólo a lomo de indio se puede llevar esta maquinaria a Cuenca. Qué mula ni qué nada! Indio, indio y puro indio, maldición! **Damn it!** Son los que contribuyen para nuestro progreso local y al engrandecimiento nacional!

—Por lo mismo... ¿no me pagaría a 25 sucres por cada indiecito progresista? Vea que son inestimables nuestros runitos, tan abnegados! No avanzará la plata sino a 250 sucres. No es mucho... ya ve que los indios son mejores que las mulas. Son máquinas, andan y andan sin jamás cansarse. Cuando caen a los abismos sólo gritan su poquito, pero tapándose uno los oídos ni se les oye nada. Vea: hasta las máquinas se paran, mi amigo, cuando se les rehusa combustible, el indio nó! Avanza y avanza sin que le dé nada de comer. Ya le dije: son insustituibles. Mejor que máquinas, máquinas humanas, eso, bien digo! Tractores a explosión perenne de sangre barata y sumisa, Mr. Shindón! Eso!

—Doscientos cincuenta sucres, ¿por qué? **Why that?**

—Es que... no puedo permitirme darle sino diez indios. A los otros tengo que hacerles conducir el piano. En estos caminos de nuestra Sierra, caminos sin gravedad ni centro, diez indios valen como cien mulas, como ninguna mula, porque una mula no puede hacer el trabajo que hace el indio! Las mulas tiran, jalan no más, pero el runa tiene manos para agarrar las betas en las bajadas profundas y siniestras. Si le conviene... decídase!

—O. K. Pero... le haré un pagaré por los 250 sucres, que me cobrará en Cuenca.

—Entre caballeros... no faltaba más! Ya lo creo: hagamos el pagarecito, y cobraré cuando me vaya. Quiero que conste que sólo por el progreso de nuestra querida Morlaquía me sacrificio. Me quedo a pasar a la Historia, a la que le emplazo, contribuyendo con mis propios, con mis peoncitos, para el adelanto de mi ciudad natal. Soy patriota desinteresado. Porque Ud. debe saber que esta plata, se la daré a los indios, ya que

les corresponde. Por eso les alquilo, en contrato colectivo y representación de ellos, nada más. Eso!

—Mañana me los llevo. Duerma bien, **blood-sucker!** Que haya luz eléctrica en Cuenca, con o sin empresarios!

Ni siquiera repugnó a Shindón la frase que le espetaba a Quiroz, no obstante haberle dicho explotador, chupa sangre, en su inglés rengo. Veía como cosa corriente que un patrón explotase a sus indios, si le viniera en gana; ¿a qué, pues, iba a consultarles su opinión? Eran propios y de las cosas propias se puede hacer lo que le venga a uno en gana. No se solía decir, ¿me da mi real gana, comparándose con los reyes?, ¿entonces? Rezagos del dominio español, en el que cada títere se creía un muñeco regio! Nacidos los runas en "El Edén", le pertenecían a Quiroz por sangre, por suelo, por pensamiento, por ley y por sustento. ¿Acaso pedía su permiso a una mula para cabalgársela? Entonces, ¿a qué a los indios? ¿Qué más se querían con ser los conductores de la luz eléctrica a Cuenca, para que los cristianos morlacos no se rompiesen la crisma al andar por las calles y no metiesen la pata en las acequias fétidas a noche...? Los indios debían contribuir a la comodidad y al progreso, a los lujos de los blancos que se privaban por tenerles bien tratados en sus haciendas, que les daban tierra pródiga, según las necesidades familiares, que les daban salarios opimos, que no les castigaban por los atropellos que los mitayos frecuentemente se permitían cometer, que les instalaban, esos amos lindos, baños de natación para el aseo de los runas sucios, que les daban de vestir decentemente, que les afeitaban y hacían el pelo, ah... esos amitos que se desvivían por tanto mal agradecido... debían, pues, los indios, retribuir en algo siquiera tanto desvelo de los patrones magníficos. Todas las abacerías venderían el kerosén que ya no se usaría en la ciudad, a los campos; se instalarían fábricas modernas de velas de sebo y se las venderían al agro con el pomposo etiqueteo de velas de pura parafina. Abajo los mecheros y los candiles humosos! ¿Qué más querían, entonces? Salían ganando los mitayos canallas!

Pensamiento de blanco urbanizado, de eterno explotador del aborígen de bayeta, y de pelo parado y largo y piojoso y maloliente. Mañana... marcharían los indios —que eran mejor

que las mulas, ¿no? — de Quiroz, bajo blasfemias del empresario Shindón. Marcharían... cercados al alcance de su látigo activador de los trabajos. Marcharían... cabizbajos, lelos, acaso embocando el cañón de la pistola definitiva. Pasando las betas por los troncos de los árboles, descenderían a los precipicios, conteniendo la carga de hierro con esfuerzos inauditos, a que no aplastase inmisericorde, mellando sus lomos heroicos, anónimos, sustentadores del progreso que... no aprovecharía a ellos! A pura sangre, subirían las montañas, portando en hombros, en guandos, los hierros beneficiados por el amo gringo y que darían luz a las niñas blancas y a los hoteles blancos, a los niños rosados e inescrupulosos... patrones! Sudando, como jesuses flagelados con cilicios de viento y de fatigas, con disciplinas de chicotazos y de puñadas enfurecidas, agobiados bajo la presión de las maquinarias, irían dejando girones de babas y de piel —de cuero— al menor descuido... Sembrarían de suspiros y de ajos la vía aterida, toda la escalera echada de los camellones brutales de pavuras y asechanzas. Irían... ¿Cómo irían?

4

Por las vértebras andinas, que no se resignaban al trajín de los hombres y arrugaban sus jibas precipitándose en abismos y subiéndolas en atalayas, iban los indios... con lo suntuario para el blanco. Asentaban sus pies donde el camino estaba seco y caían dentro de hoyos felones, enterrándose hasta el cuello, aplastados por lo que conducían. Lodo, lodo espeso, lodo de chocolate de infierno y caminos de pesadilla apocalíptica, por delante y por detrás, a los costados, circuyendo los resuellos estacionados de timidez y de angustia sin fin. Paso a paso, en un incansable poner el pie izquierdo delante del derecho, el derecho delante del zurdo... y, así siempre, siempre, mecánicamente, autómatas condenados. Cuando resbalaban algunos indios, dejaban todo el peso de la carga a los compañeros parados, y éstos tenían que soportar íntegro el tonelaje de las máquinas para que no les aplastase de golpe, para no caer hechos plasta, fulminantemente. A todas horas, a cada minuto, a cada segundo, peli-

grando sus vidas endeble en las asechanzas del camino atroz, que daba, vívida, la impresión de que tras esos senderos de cabros, no hubiese más que desolación y miseria, la continuación hostil de esos parajes espantosos. Pero al terminar los páramos, más allá de Biblián, más allá de Azogues, se encontraba Cuenca, una ciudad de 150 mil habitantes, con comodidades, con confort, lujos, exquisiteces, y cordialidades francas, bibliotecas, museos, universidades, en fin alta vida intelectual y enorme valor material de urbe civilizada y grandiosa.

No se podía imaginar cómo la civilización se arraigara en aquella urbe rodeada de cerros y vestida de coronas de nubes y luceros; se conjeturaba cómo habría pianos y carruajes llevados sorteando montes escabrosos y macabros, trascumbiendo cúspides, haciendo equilibrios sobre precipicios saltimbanquis, sobre caminos siniestros, de castigo y mil dificultades, Cuenca era el cielo después de tanto maltrato del viaje. Un cielo que teje sombrero toquilla, por mal nombre "panamá", come mote dulce y abierto de confianzas vitales, habla cantando corazón en sus palabras y se preocupa del engrandecimiento de su pueblo ya despertado al mundo halagüeño de la emoción humana, del porvenir mejor: nuestro!... "con o sin empresarios!"

Seguían yendo los indios acogotados por el sempiterno jinete maldito de sus vidas y conciencias, sin noción de libertad, sufriendo como algo orgánico su mal de parias y de pobres... Solamente con un círculo apretado en sus sienes, torciendo sus sangres encendidas dentro de sus médulas temblantes, pero jamás dándose idea de que eran hombres, de que disponían de personalidad de racionales suelta de albedrío masculino.

Anduvieron... Se arrastraban en caravanas de hormigas laboriosas, desollando sus espaldas, agachando dolorosamente sus cuellos sudados, como hace siglos de siglos transportaron piedras del Cuzco para los templos del Inca que eran edificados para solaz de él y para mancornamiento de los nativos ya vencidos, esclavizados por la contundencia de las hachas pétreas y el irreductible número de los guerreros briosos. Indios guanderos, ayer como hoy... Y también como mañana: siempre. Indios guanderos... de sus vidas! Pero ayer siquiera quedaban dentro de la Raza los símbolos de malvada sujeción y, en cierto respec-

to, se les daba a los indios potencias de hombres libres, circuídos al eje total de una sangre india más levantisca y más dominadora que la pacífica de nuestros soñadores runas quitus. Era la sangre pura, sin las mezclas de la conquista, el bandidaje imperialista de la Iberia de los reyes . . . Mas hoy, eran los blancos los acaparadores de todo; ellos, los naturales, si siquiera sabrían decir cómo es la luz eléctrica de Mr. Edison, para qué sirve y cuáles serían las prerrogativas que les concediesen. Antes adoraban al Sol en los adoratorios, en la magnificencia de los templos agrestes. Hoy nó! Tendrían que huír de la luz, por temor de que los cegase con su diabolismo malsano . . . Eran peormente tratados que las bestias. Las mulas dejaban su carga, y finaban su sacrificio y su jornada. El indio nó! Continuamente tendría que estar ambulando bajo el yugo blanco, bajo las botas asentadas sobre sus vidas vencidas . . .

Pero . . . Pero! . . .

Caminaban los runas, como quien portara palos de su suplicio y su martirio.

Allá . . . la frente del Azuay, embanderaba su dombo con los ponchos flameadores.

Se sembraba sangre para cosechar libertades y cultura!

INSTINTO DEL SUBURBIO

1

—Jajajá... no hay cómo tener suerte! Si yo mismo soy de una leche... brutal!

—Sí, Casianito. Bien nos ha salido todo. Tu viaje a Huigra te dio dinero, tan es así que el flete de las bestias para el acarreo de la sal, para el transporte del piano y la fiestecita, el gaudeamus que vos decías, todo, casi nos ha salido de balde! Linda fiesta la nuestra, ¿no, Pablo?

—Sí, Narda. Qué fiesta! Me divertí de lo grande lo mejor. Casiano es de suerte...

—Efectivamente, soy de suerte! Y eso que mi origen es bien limpio! Limpísimo, cristalinísimo, luciente, honrado, purísimo! Pero, no hay que hacer, soy de suerte, a pesar de todo!

—¿Por qué dices esa retahila de adjetivos rimbombantes, Casiano? No sé que intentas, francamente! Expícate!

—Pero, maridito...! ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Casiano... Ya! Me parece que te has extralimitado en tu fantasía!... Hay que respetar a nuestros antecesores, hombre.

—No seas idiota, Pablo. No quiero significar nada malo. Yo digo únicamente que todos los hombres... ejem! bueno... esos... son de suerte, pero sin dar a entender nada que vaya en contra mía ni de nadie anterior a mí. Eso!

—De todos modos, hombre, nos has consternado! ¿Verdad, Leonarda?

—Sí, Pablo. Casi me han hecho daño las palabras de Casiano, por no decir otra cosa...

Sin que Quiroz se percatase. Narda y Pablo hacíanse señas de inteligencia. Estaban latentes en sus cerebros las noches gozadas en la ausencia del hombre de suerte. Un cosquilleo delicioso les recorría los miembros, enturbiándoles los ojos, contrayéndoles las bocas apenas contenidas, mientras una vaharada se hundía en los sentidos abrasados. Las exhortaciones moralizadoras de Girón habían sido para otro... La tentación demasiado fuerte hizo fracasar su buena disposición. Mas, Leonarda valía... y Girón, él mismo no sabía la causa, deseaba humillar a Casiano aunque, a veces, se avergonzaba de ello. Algo incontenible lo empujaba...

—Nada de daño! Voy a hablar claro: ser de suerte y de madre... casquivana, es unum et idem!

—Cambiemos de conversación, maridito, ve...

—Sí. Ya que estamos enfrascados en el negocio de la sal, quiero preguntar a la eximia autora cómo va a arreglar para obtener una ganancia moderada, dentro de la honradez... hum!

—La ganancia moderada de los bachiches: ciento por ciento, ganancia moderata!

—Oigan, hombres de Dios!

Luciendo sus ojos enormes, vivarachos y sensuales, meciedo su carne conocida por sus dos oyentes, exhalando un olor fuerte a hembra robusta y aperitiva, Narda extendía sus proyectos. Vivamente, como una cosa palpable, que se la pudiese tocar entre las manos y darle vueltas, para verificar su consistencia. Decía: "Al principio no debemos presentarnos de frente, ¿comprenden? Es preciso tener agentes, para que ellos acaparen toda la sal, comprando toda la existencia de las abacerías, de todo el mercado. Faltando la sal en Cuenca, han de recurrir, necesariamente, a comprar en los pueblos, y, éstos, han de ser los que sientan de veras la escasez, porque nosotros no dejaremos salir nada de nuestras bodegas. Uds. tienen que buscarse unas bodegas seguras, en lugares ocultos y secretos, para que nadie sospeche en dónde esconden la sal. Así mismo, hay que

comprar agentes incondicionales en Azogues, en Biblián, Tambo, en todos los lugares de tránsito a Huigra. Buscarse personas de toda confianza a que no nos delaten y puedan molestarnos. Cuando tengamos toda la sal de plaza en nuestro poder, podemos, ahí sí, imponer el precio que nos dé nuestra real gana, nuestra real y santa gana, sí señor! Seremos los amos y podremos ganar, moderadamente, el ciento por ciento que dice mi marido. Casiano ha dejado instalada ya una agencia en Huigra, Pablo, para que nos surta de sal todo el año, y en las cantidades que nosotros tengamos a bien ordenar. La cuestión es entusiasmarse, y seguir firmes y derechos, en lo que nos hemos propuesto. A pesar de todo, contra todos, ocurra lo que ocurra... hay que vencer! Primero nosotros antes que nadie!"

—Bravo Leonarda! Qué talento de mujer! Eso se necesita en las cámaras del Congreso! Qué palabra fácil, qué piquito de oro! Qué fascinadora! Qué posesión en su lenguaje! Qué defensa de su idea! Brillante! Por algo tiene origen colombiano!

—Pero... contente, Pablo!... Hay un pero, como en toda cosa! Acaparar toda la sal es imposible, porque la dicha Colecturía Fiscal recibe cantidades suficientes para no dejar sentir un monopolio conducente a enriquecer a un particular. Entonces...! ¿dónde está la ganancia?

—Vaya, qué Casiano! Pareces amente, hombre... Sois de suerte, maridito, pero no de talento... ay! dispensa! Mientras más sal pidan, más acapararemos nosotros, hasta que se cansen! Sal se come bastante, y los quintales que hay en la Colecturía nunca alcanzarán para el consumo de cantones, de poblachos, de parroquias, de caseríos, de anejos, del campo, en suma! Luego, inevitablemente, vendrá un día en que se alzaré el precio del artículo, y ahí nosotros impondremos el precio que nos dé la gana! La real y santa gana, ya dije!

—¿Y las autoridades, Narda?

—Las autoridades, Pablo... Ud sabe de sobra, siempre son complacientes! Y ni se diga, en tratándose de una mujer como yo!

—Eso nunca, Leonarda! Te prohi... ¿Pero qué me pasa? Perdóname, Casiano...

—Eso nunca, Narda, sí Pablo! Tienes razón! Dije que ten-

go suerte de ... me condeno! vaya ... pero no me gustaría tener una ... en mi casa!

—Eres imbécil, Casiano! Respétame, no te permito que me ofendas en esa forma tan estúpida, digna de tí, de tus ... talentos! Y ...

—Sí, eres un perfecto torpe, Casiano! Hombre afortunado ... no hay derecho para que trates en esa forma tan imprudente a tu Nardita!

—Es que ... me imagino ... yo ... todos me han acosado, vaya!

Atolondrado, Casiano extrajo su pañuelo y sepultó en él su cara coloradota y bóchormosa. Su rostro de máscara de carnaval se le amorataba y los oídos de aquella careta sufrían por el ruido de los pies de Girón que golpeaban el filo del escritorio del cacique afortunado. La mujer de Quiroz, echando chispas, moviendo aspas furentes en sus brazos gordinflones, toda irritada, clavó sus miradas en el hombre de suerte, y dijo:

—Casiano .. no te permito que me trates, que me ultrajes en esa forma tan vil.

—Vaya ... perdóname.

—Si me inmiscuyo en tus asuntos es porque quiero hacerte feliz, quiero hacertes, a los dos, hombres ricos y poderosos. Me impulsa mi emprendedora sangre colombiana, de media pastusa. Cuando dije que las autoridades son complacientes en tratándose de una mujer, quise decir y expresar que nosotras, las mujeres, tenemos más probabilidades de atraparlos y conducirlos a nuestro antojo. De gana se me dispararon ambos a dos, hombres insolentes! Tengo mi plan y, en cuanto lo juzgue conveniente, lo exploto, eso es todo! Pero sin que la honra de nuestro bendito hogar, Casiano Quiroz y Lovillos, sufra mengua ni se enlode. Que me caiga un rayo, Casiano, si te he engañado alguna vez y si pienso hacerlo! Soy digna, digna, sí, digna! Que me caiga un rayo!

—Sí, un rayo, Leonarda!

Girón, en diciendo aquello anterior, miró por la ventana al cielo con sus nubes mansurronas, y extrañose de que no hubiese algunas cargadas de electricidad contraria, para que explosionasen ... Sonreía mirando al matrimonio, y los conflictos de

Casiano para dar satisfacciones a su mujercita. No atinaba a hablar siquiera el hombre... de la dicha.

—Sí, que le caiga un rayo, Casiano... hay lindo Sol y lindo cielo! Nardita...

—Tienes razón, Pablito!

—Oye, Casiano. Bueno... ya que estamos de acuerdo, debemos ver quiénes deben ser las personas que desempeñan el cargo de agentes.

—Parece que Casiano, Narda, tiene una comadre que se llama la Jashita Loyola...

—Sí, ahora mismo debe venir a llevar un poco de maíz.

—Tanto maíz que das a esa. No me gusta que las cholas sirvan en el negocio. Claro que con la plata se puede comprar conciencias, porque todo hombre tiene su precio, pero como este asunto va al alma misma de la cholería, por más dinero que soltemos, no dará resultado. Cholas, nó! Mejor sería verse algunos empleados que ganen poco, esos sirven con decisión, con honradez y sin escrúpulos, ¿Qué dices, Casianito?

—Nardishquita... antes de nada debo pedirte mil perdones. Pablo y yo, sabemos, sobradísimamente, lo que sois de digna, de mujercita honradita, y hacendosita... Perdona... es que alguna vez hago un lapsus linguae... Perdóname!

—Ya pasó, pero contesta lo que te he preguntado.

—Bueno... Delicado, delicado está esto... Pero hay que triunfar! Ordena vos...

—Algo pútrido me huele! Me veo las manos y las contemplo ensangrentadas, Narda.

—¿Ensangrentadas? ¿Por qué, Pablo? Qué cobardes son los hombres!... Si Uds. no hubieran heredado una fortuna, jamás se alzaban de pobretes! Han nacido en la riqueza, en casa grande, en mesa servida y no tienen más trabajo que mantener esa posición que no han creado por sí solos. Si hubieran nacido pobres, se hubieran muerto de hambre, hijitos!

Pusilánimes, los tipos no acertaban a extraer las frases de discusión. Dejaban sus criterios por la insistencia de Leonarda y admiraban, temerosos, el temple de la dama que heredó el temperamento del padre: que, hasta ecuatoriano y negociante, fue a casarse en Pasto. No reparaban que la mujer cuando pier-

de escrúpulos no se detiene ante nada... Girón observaba sus manos, y estrías sanguinolentas le corrían encima de las venas, formando montículos, valles, quebradas, arroyos... que palpitaban con su color rojo desaforado. No precisaba bien su sentimiento, pero temía que algo estaba inminentemente dispuesto a arrollar las vidas de ellos. Quería retirar su dinero de la sociedad: y esto ya en serio!, pero Narda no le creería suficientemente hombre... en el sentido moral, que era el que debía cultivar... y acaso sufriese una desilusión su entusiasmo de enamorada endiosadora del hombre fuerte. Meditaba que quién le había mandado a emplear su plata con Casiano, que si acaso no podía implantar un negocio por separado, como toda persona decente y como todo un hombre luchador. Pero, reconocía aterrado..., había algo superior a lo que no se proponía; había algo que le dirigía a uno inapelablemente. Había un destino y todo lo que tendrá que suceder llega sin remedio ni retardo! Le dolía la frase de Leonarda, al decirles que no hubiesen sido capaces de levantar fortuna si nacieran pobres... Y callaban los dos hombres, pesando su futuro, midiendo los días por venir, introspectivos.

—Casiano, debes tener amor propio y serte útil a vos mismo. ¿Cuándo se ha visto que un soldado huya al iniciarse la batalla?

—A propósito de soldado... Casiano, el otro día me topé con Leandro! Muy cuadrado me saludó haciendo sonar sus tacos. Tenía buena facha el indio! Yo le pregunté por qué habíase metido de soldado, y me respondió: "Para servir a la Patria, defender la integridad territorial, vigilar a los ciudadanos del campo y de la ciudad y hacer del Ecuador un suelo de progreso y de reconstrucción nacional! ¿Has de ver? y con qué prosa el rústico! Vaya, vaya..."

—Indio venido a la ciudad, comiendo con manteca, como se dice, se cree mejor que blanco, Pablo. Que le dure la calentura!

—Por eso me indigno...

—Bueno, hombres de Dios e hijos del Diablo! ¿Me entienden o no? Es tiempo de plantear, como hombres machos, el negocio. Y no distraerse cobardemente con zonceras.

—Nardita... le escuchamos. Ya sabe que su palabra...

—Dí no más, mujercita.

—Si es que ninguno de Uds. quiere hacerse cargo de esto, sacando la cara por el negocio, tendré yo que buscarme alguna persona de pundonor para que saque a flote la empresa. Nos hemos metido en esto y tenemos que triunfar, estamos empeñados ante nosotros mismo. Vos, Casiano, tienes que hacer lo que yo te ordene.

—Ya te dije antes: ordena vos. No te corras. Qué mujer!

—Bueno, hay que ser personas de pundonor, ya dije yo también. Pablo se encargará de organizar el funcionamiento de las bodegas. Y vos, Casiano, harás traer la sal de Azogues, tarde de la noche, bien tapada, cosa de que nadie olisquee de nuestros ajetreos. Yo seré el alma del asunto, pero... no asomaré!

—Capitán araña... sí!

—No es eso. Sino que tendré funciones incógnitas. Seré la suscitadora del alma de la subida de la sal, vaya!

—No hay qué hacer, Casiano! Ya que nos hemos metido en esto... portémonos a la altura y a la anchura de nuestros deberes! Adelante!...

—O morir! Sea tu voluntad, loado y alabado Señor! Y la tuya también, Narduchita. Te quería espetar una parrafada en latín, que bien te lo mereces, pero... el susto me ha obstruído el caletre. Ojalá que este sea nuestro último negocio sucio! El hombre se perdió por una mujer...

—Ni que se tratara de mujeres pudibundas para tener esos escrúpulos. Ya cogerán el gusto y han de ser otros. Ya verán!

No había ninguna alegría en llegar al acuerdo. Únicamente Narda estaba ufana y remachaba con fuerza convincente sus palabras. Los hombres contemplaban el crepúsculo enredado a las torres de Santo Domingo, como una devanadera de rosas, de cremas, de azules, de malvas y lilas, contra el cielo sereno, techando la ciudad mansa y adormida en su melancólica nana de aquejas a los costados de sus calles indefensas.

A espaldas de Quiroz, Narda se dió modos de decirle a Pablo: "Si no me ayudas... ni más nada!"

Girón miró a Casiano. Recordó cuánto le hería que le llamase Anito y, con toda intención, se disparó:

—Ve, Anito...

—No me vengas con "Anito". Me hiede!

—¿Cómo así, a tu numen cultivadísimo ha escapado que Anito fue un retórico y orador griego que, a más de ser democrático cabecilla, tuvo la virtud de ser curtidor en Atenas? Sin duda por este oficio hasta curtió calumnias contra Sócrates, Anito...

—Ya ves, me insultas de lo lindo.

—Consuela, hombre. Entre los filipinos llaman anito a las almas de sus antecesores y considerados como dioses inferiores vienen a ser sus dioses penates o papanatas lares que protegen cosechas y reciben sus primicias de la tribu. Lucido estás, pues.

—Y vos filático, exhibiendo tu erudición de Espasa.

—Quien no tiene inquietudes intelectuales provechosas no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes, diré con Montalvo, en sus tales Capítulos sachá cervantinos. Yo me hallé eso de Anito en EL BUSCAPIE, y fui a indagar sobre ello.

—Ay... ojalá mi maridito sea amuleto o dios tutelar para nuestro negocio.

—Ah... "anito" ha sido filipino ¿no?

2

Allá, los montes circundando el panorama recibían coloraciones luminosas y encendían sus faldas de hogueras pálidas, cuyas luces proyectaban sombras alargadas contra los suburbios sumergidos de cansancio. Pasaban obreros, polvosos de azufre, con paja toquilla enredada en las bastas de sus pantalones azules, manchados de lamparones blancos. Rostros anémicos de mejillas chupadas, de narices rojas, alzaban sus ojos a los campanarios, deteniéndolos en las cruces de hierro de los pararrayos; luego, descendían desilusionados, solamente teñidos por la tiniebla de los cielos morados y mudos sempiternos. Niños jugaban desganadamente delante de las tiendas; y, dentro de éstas, los padres, con las manos en los bolsillos, adquirirían crispaturas ante lo amargo y deleznable de su vida de noria y anodinia. Ninguna vivienda iluminaba risas y chacotas; de los tugurios sólo emer-

gían a los aires los lloros de los hijos que demandaban pan, los gritos exasperados de impotencia y las palabras de las madres proletarias que se esforzaban por ser mansas. Cuando un huahua rodaba, el padre lo castigaba furioso, sin contención, sin detener la explosión de sus nervios descontrolados por la superexcitación insujetable, maltrechos y estirados a toda su resistencia dolorosa. Muchas veces la sensualidad venía a llamar sordamente los cuerpos mal nutridos. Dejaban los niños tras la mampara que dividía la tienda en dos sórdidas mitades, y los padres acezaban junto a la lágrima de la prole indiferente. Así, en todas las tiendas. Así. Siempre. A toda hora... mortíferamente miserables.

Solamente en la tienda de la Jacinta Loyola se comía bien: tamales de papa con condumio de cebolla, de ajo y, a veces, de aceituna; sopa de lenteja, arroz de castilla y hasta cuyes untados con ajíes lenguaraces y olorosos que pedían chicha de jora pura! Es que vendieron el maíz regalado por Casiano y la Jasha derrochaba improvisamente. "Mañana acaso muramos... más vale ir bien cebados a los quintos! Gracias a taita Dios y a mis agencias no nos falta algo para llenar las panzas, vidas!" Y con esta máxima comían de lo fino, sin privaciones, opulentamente. La Jacinta no había sido desgraciada en el matrimonio, y el marido se portó como todo un completo caballero, decente mismo, hasta muriéndose a tiempo cuando empezaba a darse a la bebida. Las dos hijas que quedaron le ayudaban en todo y eso que no contaban sino 12 y 14 años; pero, entre cholos, cuando la necesidad obliga, no hay infancia y, de golpe, se pasa a la edad mayor, sin las transiciones ni lujos de los blancos... El hijo de cinco joyosos años, era la mascota de la Jacinta, la niña de sus ojos, la flor de sus suspiros, la cima de sus cariños y el aliento de su pecho querendón. Feliz era la chola, sabía esquivar las penas y buscar el medicito aunque sea en cosas ilícitas ("¿Qué quiere Ud., señorcito novelista, que me muera de hambre? Ni qué haciendo, pues! Cada cual tiene derecho a la vida. Siga su vida recta y déjeme seguir la mía que, aunque sea torcida, no me deja padecer hambres en este fiero mundo! Para que lo sepa de una vez!" "Bueno, bueno, Jacinta Loyola... Ud. tiene que comer y quédese en paz, por últimamente!")

—Hijitas, iranse donde la comadre Corina. Voy a volver un ratito. Llevaranle al huahua.

—Bueno, mamita. Bueno, pero no dilatará, eh!

... Casi las 7 de la noche cuando la chola entró en la casa de Casiano Quiroz. Un mohín de desdén hizo Narda, pero pudo contenerse ante la actitud de la Jacinta, que fingió no reparar en la mala acogida, arrebujándose en un paño peruano de 120 sures.

—Buenas noches tenga su mercé ña Nardita.

—No hay más maíz, dementada esta! Regresa no más...

—No quiero, hele, ningún qué maicito... A ver a mi compadrito no más viné. Una palabrita tengo que decirle.

—Que te vayas te he dicho, chola asquerosa! El patrón no está aquí!

Como sonaban las 7 en el reloj de la casa y era hora del rosario, presentóse el señor Quiroz. Callado, oía a las mujeres, pellizcándose los muslos, nerviosamente. Al verlas alteradas optó por marcharse al salón, seguido de las *chinas*.

—Buenas noches, compadrito... Ni me oye siquiera! Hele vidas, de ganítica se enfurece la ña Nardushca... ¿acaso estoy portándome altanera ni atrevida a que Ud. venga a ponerse de tigre? De buenas vengo... vay!

—Chola condenada! No quiero que me hables más! Ya mucho te he aguantado. Cierra el hocico y lárgate!

—¿Lárgame? ¿Por qué pes? Educada me porto, pero la niña ni que guaricha!

—Mítaya... que te largues, ya! No me saques de juicio que te puedo romper la cabeza con un bacín!

—A las propias pes eso, niña mía... Romperme la cabeza... ¡jajay! A mí, que tengo las prioridades con Cashito!

—Condenada, letrintero público! Andate!

Temblaba el compás de la vocalización de sus palabras, viéndole las mejillas amoratadas y sus dedos contrahechos en garras furecidas. Iba a abalanzarse a la chola, pero en este instante asomó nuevamente Casiano.

—Pero ¿qué pasa, mujercita? No te pongas descompuesta! ¿No ves que es mi comadre, no más?

—Comadre, comadre... moza debes decir mejor, ¿no ves que te trató de "Cashito"? Me limpio con ella!

—Narda! Ese lenguaje incorrecto e ingramatical en presencia mía! Es indigno de una mujer educada. Te prohíbo que te portes como chola! Chola de plaza...

—Las cholos somos más educadas, qué! Venir a decirme esto... ¡ay! Sepa, señora Leonarda, que ya no me pide el cuerpo acostarme con su marido a que me venga a ofender así. Por la gracia de Dios no me faltaran hombres, si quisiera! Y si hiciera eso fuera con uno solo y no en pensamiento con todos los de Cuenca, vaya sabiendo!

—Pero ve lo que dice, Casiano... hazme respetar! Si no vales para nada, manganzón! ¿Para qué me casé con vos, condenado? ¿Con vos que no me has sabido dar un hijo? Un hijo... un hijo!

—Hágase jirones, niña, para ver si consigue huahua pes! Hágase pes jirones...

—Lo que pasa, mujercita, es que tus nervios se han exaltado a lo máximo en la discusión. Anda a dormir un rato. En seguida saco a la chola esta!

—Agua de toronjil, con puntita de ausencia es bueno para los nervios, niña. Tome, tome, niña mía, pero no olvide el agüita de ausencia, ¡jaja! Ya me voy...

De inmediato, sin hacer caso a la sorna de la chola, Leonarda dióse cuenta de que su marido —tan inocente— tenía su razón. Túvose lástima al contemplarse en aquella situación. Ella, de natural, tan serena y dominadora de sus nervios, venir a histériar de ese modo... Mas, para no dar su brazo a torcer, insistió a Casiano que largase a la chola a la calle. Ella marchó a encerrarse en su alcoba. Le dolía, casi físicamente, la mirada de la Jacinta al decirle aquello de "hágase jirones". Recordó que la chola tenía hijos, y su pensamiento la envidió, con envidia mezclada de rubor, al comprobar una superioridad en la mujer del pueblo ecuatoriano. Comparábase a la tierra yerma, amarillenta, fría, tendida a los vientos que pasaban sin dejar en su cuerpo, inanimada a las lluvias que no fructificaban simientes en su vientre pávido y vacío... La tierra estaba latente en el pensamiento de Narda, y sentía vergüenza de sí misma, ver-

güenza de haber defraudado a la vida... ¿La habría condenado Dios a esterilidad perpetua? No sería, más bien, que Casiano... Y era tal el pensar de la dama que se devanaba, dándose vuelta y vuelta en su lecho, girando como un trompo funesto su mente afiebrada y alucinada por un hijo! A ratos se consolaba imaginando que, acaso, el mañana le deparase la cosecha bonancible, que con gritos jubilosos revienten sus entrañas en un goce perdurador de su presente y su futuro... que viniese un hijo a colmar la avidez de maternidad imperiosa que alentaban sus entrañas heladas y desamparadas. Leonarda no sufría por el engaño a Casiano Quiroz... Sabíase llamada a cumplir el mandato de la especie generadora, perpetuadora... aunque aquello acaeciese fuera del hogar! "Un hijo... Pablo! Pablo... un hijo!" Felicidad azul y substanciosa, sustantiva y cardinal!... Pero no... Tierra yerma, sin surcos favorables a simiente vital! Se debatía en nerviosismos exasperados!...

... Casiano, mientras tanto, empujaba a la chola escaleras abajo.

—De pura gana viene a malmodiar hasta mi compadrito! La malacrianza contagia mismo, vidas! (La niña Blanquita ha de ir a mi tienda a las 7 y cuarto... Apure, compadrito! Apure!)

—Ya mismo! Ya mismo! Andate ya! Vuela!

Rió la Jacinta ya en la calle. "Pobre la Narda... pero se merece mismo, por perra! Lindo le adorna mi compadrito, pero ella también... Con razón hay infierno, Señor mío! Blancos, grandes de mierda!"

Dejando a Narda bajo cobijas, pretextando una junta de notables para una carretera, Casiano voló al tocador. Asiendo un pomo de agua de Colonia, perfumó sus axilas, el cuello, el pecho, las guías tiesas de su bigote tordillo. Como iba de fiesta, friccionó poderosamente sus dientes con un dentífrico eficaz que, aunque no blanqueaba la cariada dentadura sarrosa, legaba una fragancia efímera a su boca. Peinado a dedo y manotada, creyó estar listo. Cepillándose todo, notó que el poncho había dejado algunas lanas en el pantalón; cazaba detenidamente las pelusas, con escrupulosidad encarnizada y, para que no quedase ni el espíritu de ellas, rociase con Gloria de París. Entonces sí, marchóse a grandes zancadas a la tienda de su comadre. Latíale el

corazón, como a un pilluelo que intentase entrar de "pavo" al cine, y, a cada golpe de sus nervios, engallaba más su prestancia de caballero a la fuerza, de burro almidonado, con íntima jactancia de su conquista galapagueña... El alumbrado de las casas resbalaba sus luces por las rayas del pantalón de planchado exacto, mientras el brazo derecho del Don llevaba compás de triunfo, de diestra a zurda de la calle.

—He aquí la otra llave de mi tienda. Apure, apure!

—Toma estos diez suces, para cola, Jashita!

Erguido gallardamente, sacando su pecho, metiendo la mano en el bolsillo donde empuñaba la llave, sentía placer inusitado, como si entrase al cielo... el cielo de su amor... jaja, Casiano! Acordóse de las frases de Girón... su boca contrájose en un desdén soberano y tranquilizóse: "Majadero ese de Pablo... que solamente la Blanquita persigue mi dinero, vaya! Envidia ha de tener el solterón ese! Y aunque fuera así... en fin... si quieres celeste, que te cueste! Viva Casiano Quiroz y Lovillos!" Vivándose él mismo, pensó en Blanca: mujer elegante, perfumadita, polveadita, modosita y que por él desafiaba la opinión pública... Mujer de un empleado de Estanco de Alcohóles y Tabaco, vino a Cuenca a entregarse a la avidez de Casiano que, casualmente, la conociera en unas Fiestas Patrias en un concurso de tiro al blanco. Decididamente, sí, era suerte aquello! Mirando por todos lados, hurgando la penumbra con ojos inquisidores, Casiano palpaba la cerradura de la tienda. Apagó la colilla del cigarro contra la pared para evitar que le vieran y sospecharan la presencia de un alto caballero en el triste barrio, y, además, para hacer tiempo a que un hombre acabase de pasar. Latíale desaforado el corazón zumbando el pecho jadeante. Hasta que abrió resueltamente la puerta...

—Casito... te has tardado!... un mundo! Ven... palomito mío! Tiburoncito!

—Pero si he venido volando, amorcito, tortolica! Estamos ya juntos, si, juntos... ven a mis brazos, palomita cuculí... trocito de azúcar cande... linda!

Esta pareja vergonzaba su amor en la tienda de la chola, ya se dijo... Incapaces para presentar su amor de frente, tenían que ampararlo en la honrada tercería de la Jacinta Loyola.

Ansias clandestinas se juntaban con violencia, con ira, con destrucción, con angustia, con arrumacos y mimos vulgares, solos y turbios. A oscuras, palpábanse las bocas y se besaban furiosamente, babeándose, con saña alevosa, tratando de olvidar, en sus expansiones, las imágenes de sus cónyuges traicionados. Besos, tiniebla que se les pegaba empastada a los rostros con olor a tienda promiscua de cholerina desaseada, caricias impregnantes, todo... contribuía a intensificar su amor pecaminoso... Extasiados, no alcanzaron a percibir la bulla que se armaba en la calle.

—Ladrones! Ladrones están en la tienda de la seño Jacinta! Socorro! Polecía!...

—Blanquítica... nos fregamos! Ya apedrean la tienda!

—Casito... necesito 150 sucres. Dame pronto, amor! Pronto, antes de que nos cojan!

—Vos también escojes este mismo momento... toma, toma. No hay más que callar y esperar que Dios, con su paciencia divina, nos salve! No temas, amorcito...

—Sí, la divina providencia nos ha de salvar, ballenito timorato!... Gracias.

Golpes furiosos a la puerta, la remecían íntegra. Gente arremolinada afuera, pedía socorro a grito pelado. El barrio estaba levantado en susto, en auxilio y... en novelería. Con la presencia de la Policía, las vecinas forzaron a la Jacinta a que abriese su tienda. Por más que ésta dijera que no eran ladrones, todos se empeñaban en que abriese su morada, para ver qué había dentro. Se resistía la chola, pero acordándose de Narda y del escándalo que sufriría si supiese la escena... Era una algarabía sonora y exasperada. Dentro la tienda, silencio ronco...

—Pero abra no más, su tienda, tirana! Puede quedarse en la calle! En cuerpito...

—Pero si no son ladrones nada! No hay nadie... nadie... qué ladrones!

—Mamita, abra no más, pes, nuestra tienda!

—¿Y esos ruidos que oímos, como puercos que hozaban? ¿Qué serán pes?

—Abra la tienda, señora. Le ordenamos! Somos guardianes del orden público!

Cuando abrió la tienda la Jacinta, todos vieron a un hombre elegante que se enfrentaba con el tumulto.

—Soy yo! ¿Y ahora qué ha habido, carajo? Vine a ver a mi comadre y me quedé dormido, de puro borracho no más.

—Pero si ni siquiera está oliendo a trago, señor... No le creemos!

—A otro perro con ese hueso!

—¿Qué me importa que no me crean?

—No ha de pasar ninguno, salvo las dueñas!

—Somos policías y tenemos que ver! Para eso nos pagan...

Al dar un paso dentro de la vivienda, un paco divisó una falda que se mecía. Rápido la tocó, pese a los esfuerzos de Casiano y, de un empujón, envió violentamente a la calle al número.

—Atrevido! Eso no se hace en ninguna casa decente! Fuera!

—Es nuestro deber, señor... Tenemos que saber qué es eso! Ayuden todos!

—Véa, chapita... no se porte así. Tomen estos 20 suces y vayan mejor a beberse un trago!

—Así, hablando como caballero, es otra cosa mi señor!

—Gracias, señor Quirocito, vamos todos! De frente... mar!

No sabía en dónde esconderse la Jasha. Sus hijas empezaban a buscar por las paredes, hasta dar con Blanca que les regaló sucre a cada una. Las vecinas comentaban el incidente, riendo de la burla que habían hecho... Curiosas y estrategas, despidiéronse de la Jacinta, felicitándole de que nada le hubieran robado... de que sólo hubiera sido el *compadrito* dormido... de borrachito... Pasó, lo menos una hora, tiempo en que Casiano juzgó conveniente para mandar a su amante. Todo el vecindario, alerta, vio cómo la niña Blanca, metida en polleras de chola, meneaba su cintura con donaire y cubría íntegra su cara de contrabandista de amor... No la siguieron. Dejándola que marche en paz, solamente la silbaron como a disfrazada... Reía Blanca de la jugarreta del suburbio. "Todo Cuenca tiene que saber esto... Dios mío! Todo Cuenca, menos mi marido! Y si sabe... ¿qué? Yo sabré plantarle el macho! Pero... los mari-

dos nunca se dan cuenta de nada! Jaja! Conseguí lo que necesitaba, que es lo esencial!”

Luego de la chica de Galápagos, Casiano salió mohino, porque, como buen católico, le repugnaba la divulgación lenguaraz. “¿Y si llegase a saber la Nardita? Como estamos en el negocio de la sal!... Pobre mi mujercita, tan buena, tan honradita... Dios! Por no haberte rezado el santo rosario, por eso ocurre todo esto! Ponme bajo tu divina misericordia!”

3

Cuando la barriada serenose de la fuga de los blancos, invadieron la tienda de la Jasha. Cinco, siete, doce cholos; nueve chasos... todos a una, reprocharon su proceder, y ella se ponía en Dios y en cruz diciendo que ignoraba que la niña Blanca hubiera estado en el cuarto, que sólo el compadrito estuvo borrachito y que él solito... que ignoraba mismo lo que había pasado dentro de las cuatro paredes. Como arreciasen las acometidas amonestadoras, la Jacinta comenzó a apearse de su actitud...

—Vaya, vidas... en dónde también estaría mi cabeza! Así, a veces, una se pone tonta, deverasmente.

—Vecina Jasha... de pura gana viene a tentar con esto la ira de Dios!

—No sabrá pes que hay infierno, como hay hambre para el pobre!

—Tercera ha sabido ser la seño Jasha!

—Bien dijo la vecina, esto es tentar la ira de Dios! Claro pues, socapando las malas mañas de los blancos, de los dichos nobles...

—Y en la misma cama de ella estarían pes... Dios me libre!

—Jay... si no es de ayudar a los blancos, señora Jacinta! Maldición traen!...

—Pero, vidas, vecinitas... ya dije que tonta de la cabeza debía estar pes! Pero mi compadrito no es nada malo... Salsita está trayendo de Huigra, para nosotros los del pueblo.

—Vaya... Jesús! Ni diga eso! Bonitica, cuando el blanco

se mete de ayudador del pueblo, solamente desgracia tras desgracia trae!

Los huahuas escuchaban estáticos, taqueando su atención, con índices acuciosos, dentro de sus narices friolentas.

—Sinnn me hace el corazoncito! El blanco, abusador de por vida, dizque va a ayudar al pueblo!

—Blanco y demonio, son la misma peste cosa! Por ellos ha subido todo el grano, el almud de maíz, que antes se vendía a cuatro sucres, lo más, ahora no se consigue ni a 18 sucres! Man-tequita ni hay... Por ellos la harinita, la carnecita... por las nubes están! Y los pobres tenemos que pasarnos los huesos de res, que conseguimos a duras penas, para dar siquiera sabor a nuestro caldo; y el hueso va de un vecino a otro! Helay!...

—Y los “caballeros”, ese dicho compadre de la vecina Jasha, lleva reseotas gordas a la Costa. Por eso sube el precio de la carne, y qué carne: de los bueyes que ni arar pueden, de los esqueletados, de los enfermos, la carne de esos animales, no sabiendo qué hacer, es la que surte a Cuenca entera!

—Carne... yo nunca como qué carne, vaya! Si no es la carne de mi marido... yo no conociera qué carne, vidas!

—Es fiero lo que dice la vecina, pero es la verdad! De veritas mismo, los grandes se engordan, tienen diversión en la mujer de los amigos, como acabamos de ver, y... otras linduras que se guardan, como tiña!

—Para ellos todo es felicidad, pero para el pobre... ni hostia! Hasta los perros, y eso siendo perros, yendo de aquí para allá, tragan mejor que los cristianos, que nosotros...

Los niños miraban a los perros y les jalaban las lanas, entre las polleras de sus madres exaltadas. En sus corazones diminutos se arracimaban preguntas que no atinaban a formularlas...

—Blancos... vean lo que son los blancos! en mitad de la plaza de mercado, librecitamente, de baldito se vendía todo; los blancos pusieron las barracas, y pagamos nosotros! Los blancos pusieron el dicho cine, y dañaron a nuestros huahuas, que hasta roban para ir allá y aprender, punto por punto, las mañas de las películas ascos. Pi... y así hasta mañana pudiera hablar haciendo cargos! Cuando el blanco se mete... nos fregamos nosotros! Y aura sal... “ayudarnos”... jay!

—Hele, vidas... así es pues! Y vean, pes, si hubieran trincado a unos cholos en la tienda... como encontraron a los blancos! Pi, los periódicos ni han de noticiar de esto. Pero si hubieran sido cholos, ya digo... hubieran bramado: que degenerados, que perdidos, que... quién sabe qué hubieran dicho!

—Así es pues, nosotros somos parapeto de los blancos, la escupidera de ellos.

—Ay, vecinas... sí es mala nuestra suerte, pero... no tanto se diga!

—Es que Ud., seño Jacinta, tiene quien le ayude pues, quien le dé maíz: de baldito y eso! Nosotras como no metemos a blancos en nuestras tiendas...

—¿Acaso prestamos nuestras camas a que empuerquen ellos?

—¿Acaso nadie nos da plata, para cola, diciendo?...

En vertiginosidad iba la conversación, cayendo los cargos contra la Loyola: como golpes de piedras furibundas. Por la avalancha, que podía dejarle mal parada, despidiéndole la chola, dejando tras sí un corro compacto que elevaba sus cuitas a la noche reventada sus pupilas. La luz hacía un enorme ruedo en el firmamento, encima de la Plaza Calderón, allá en el centro de la ciudad... Pero los suburbios estaban en tinieblas, atorados de negrura, de sollozos y congojas que contenía para que no estrangulase la raíz endeble de la inconformidad vital. Luz en las plazas de los blancos, junto a los hoteles y comercios, junto a los cines, a las boticas, a las librerías, a las fondas, a las bibliotecas, a los billares y cantinas... luz eléctrica de los Crespos, que los indios también la habían traído mellados de dolor y de hambre, de frío y de latigazos acuciadores de la marcha de los guanderos heroicos y anónimos. Luz... Luz recién estrenada, luz forastera para la pena de la barriada pobretona. Y ese soplo de luz alquilada no avanzaba hacia las casas y tienduchas de los extramuros, entumidos en sus claroscuros... de lujo, en sus encrucijadas penumbrosas... Había un simbolismo siniestro en aquellas luces. Y las cholos, instintivamente, dabanse noción de aquello y recrudecían sus lamentaciones.

—El corazón me dice, vecinas, que la seño Jasha ha traído desgracia al barrio!

—Deverasmente, vecinita. Malenseñada esa... Pero ella sola se ha de malear. Verá!

—Cualquiera come pes al tener la grupera floja... Honoradas nosotras, nos morimos de hambre.

—Y hasta los sombreros que tejemos, día y noche, ni vendemos bien siquiera.

—Pish... sólo enfermedades es lo que sacamos del dicho sombrero. Otros son los que se enriquecen, de la noche a la mañana, sin saber cómo ni por qué. Cualquier gringo pelado viene y se va rico, despreciando a Cuenca.

—Deverasmente. Vienen pobretes esos condenados, y se van chorreando plata, nadando en oro, vay! La vida está mal, pero bien mal repartida... que da lástima! Carajo!

Con la última palabra inflamóse el diapasón de las cholos. Todas sintieron dentro de sí algo que, remecido fuertemente en viento másculo, alzaba sus manos airadas de protesta. Las pupilas crearon chispas agudas que se iban contra el cielo. Dedos engarfiados rasgaron los encajes baratos de las blusas astrosas. Las gargantas, anudadas de pena, comenzaron a transformar el pesar en iracundia. Algunas mujeres alzaban a sus guaguas y las oprimían a sus pechos flácidos y mezquinos; besaban sus mejillas heladas.

—Pero... hasta cuándo seremos los burros de carga, vay!

—Damos plata, hacemos ricos y no nos dan nada a nosotros! Taita Dios bendito no ve esto, porque de ver... arreglaría mismo!

—Si se preocupan de nosotros los blancos, es sólo para chuparnos la sangre, como sanguijuelas. Somos los cholos asco. Por eso sólo debemos esperar que Mamita Virgencita componga esta desgracia!

—Hay que rezar, rezar bastante a ver si conmovemos al Cielo!

—Yo comulgo siempre y sí me ayuda pes Dios! No me quejo...

—En ayunitas todos los días de Dios, ni es difícil para nosotros comulgar.

—Qué bruto el compadre! Tan animalote que ha sabido

ser... hacer esas comparaciones tan sonsas! Pero, la verdad ha hablado!

—Pueblo de temer somos, carajo! Los alfaros nos conocieron, los soldados de Valles Franco también!

—Cuando la justicia es del pueblo... hasta Dios se pone de parte de él!

—Pero... sin más que la gana nos ponemos a hablar de eso! No hay nada también.

—Es que como alguien decía que le sienta no sé qué... Un tonto hace ciento!

—Hombre prevenido vale por mil, también!

—Vamos a dormir mejor. Mañana será otro día... Hasta mañana, vecinitos.

Charcas sospechosas quedaron en las calles ocupadas por las cholitas. Bajaba el líquido en ríos parvos, yendo hacia las partes centrales y bajas de la urbe; lenta, pero seguramente. Olor mortificante despedían esos charcos, raspando primero las paredes del suburbio, luego los techos, hasta encumbrarse al cielo, decididamente, rumbeando a hacer lagrimar los luceros distantes y sonámbulos, dispersos en esterlinas de una caja fuerte violentada... La baba de estrellas viajaba en las aguas diminutas...

Un perro, perdido, con collar de plata y cuero, desocupóse mirando a la misma Cruz del Sur. Y unos niños, rezagados de sus padres, jalábanse los meñiques trenzados. Dijeron a dúo:

—Aura, perro de rico, aura perro pendejo, ya no podrás cagar!

Las piedras granizaron tal puñadas.

FRUTACION DEL LODO

I

Con harta premura el ambiente estaba dando frutos a Leonarda. Individuos necesitados, hampa de empleomanía canalla y hez de garitos, alcohólicos iniciales, desaprensivos arribistas venidos de ínfimas parroquias, prestáronse para manejos de la cacique. Los abaceros ni sospecharon el negocio. Con vender rápidamente sus existencias y con alguna ganancia, gozaban creyendo en el éxito de sus establecimientos. Estos abaceros compraban el quintal, directamente en la Colecturía Fiscal, a \$ 11,60 y se llegó a pagárseles, por cada bulto, hasta quince sures! Era la venta en grande, y como también expendían al menudeo, adquirían ganancias rotundas. Cada tendero daba gracias al cielo y prendía velas a sus santos patronos, velas de a real y gordas, en las repisas de sus trastiendas.

Casiano, incansable, tomando gusto al asunto, viajaba a Azogues, desde donde traía a Cuenca camionadas repletas de sal. Las mulas no alcanzaban en sus viajes a Huigra para atiborrar las bodegas de la Sociedad Quiroz-Girón & Co. Pagando suficientemente al Consignatario de la Capital del Cañar, de manera que no descubriesen al dueño de los quintales, cargaban de noche. Y los carros, propios de la sociedad, dejaban densas

huellas en los caminos tenebrosos, bajo el peso del cargamento. A todo motor penetraban en Cuenca los autos, elevando humo y ruido, dentro de la urbe dormida. Y se perdían... sin que nadie adivinara su paradero. Muchos trasnochadores, alarmados por el convoy de camiones, trataban de seguir las máquinas enloquecidas, pero fracasaban en sus intentos. Nadie sabía nada. Y quién supiese, estaba bien comprado, ya que la plata cierra cualquier abertura... cualquier boca... cualquier sanción...

Pronto la sal comenzó a subir su precio y en el mercado la gente saltaba frente a las abacerías.

—Pero, tirana, seño Zoilita, de gana pone subiendo la salsita!

—De pura gana hacen ya pagar el medio más! Sólo a dos realitos hemos comprado siempre. Pero aura por las nubes está la salsita, la uníquita golosina del pobre!

—Es que, caserita, está mismo escaso el artículo. Está faltando la sal en la Colecturía. No es culpa de nosotros, sino del Gobierno que no da modos ni facilidades para traer harta sal. Pocos quintales dicen que restan ya.

—Pero Uds., bonita, alteran sin motivito el precio! En la Colecturía al mismo precio de antes les han de dar. Ya saben pues lo que es el medicito para el pobre.

—Y si llega a faltar la sal ¿qué haremos? Para todo es la sal...

Intranquila la gente, pagaba a regañadientes esa alza. Comentaban sin mayor violencia, convencidas de que era solamente una maña de las vendedoras, para allegar pingües ganancias. Más de una semana se mantuvo la libra de sal a \$ 0,25 de sucre, confiando todo el mundo en que así como fue brusca la subida de la substancia, sería normalizado su precio. Pero no. Un lunes comenzó a venderse la libra a treinta centavos. La alarma cundió su reguero de pólvora pegado fuego. Las cocineras gritaban insolentemente, metiendo sus caras en los mismos ojos de las abaceras tímidas. El mercado temblaba, como antebrazo nervioso antes de golpear, enrabiado, corajudo. Era un solo vocerío ronco la Plaza de San Francisco y muchos toldos rodaban al suelo, por la fuerza descentrada de las compradoras. Estrechas las tiendas de especias para mantener el tumulto que re-

clamaba precio equitativo, los rostros de las vendedoras adquirían el color rojo desvaído de sus pañolones.

—Casera... es una temeridad esto! Que suban el medicito, santo y bueno, pero aura un realote enterito!... es el colmo de la inmundicia!

—Eso sí que no hemos de aguantar. No faltaba más!

—Pueblo que apenas tiene qué comer, vienen aura a impedirle que coma con sal!

—Ya... para los blancos no más han de querer que la sal haiga sido hecha!

—Si los blancos han de estar acaparando pues!

—Cierto! Cierto... la señora Jacinta me contó que el Quiroz está trayendo sal de Huigra.

—Sí, mi marido trae sal de Guayaquil. Pero es para los pueblos. A todos, a todos los cantones hemos repartido y no tenemos nada ahora. Queríamos hacer un bien, nada más. Tontos fuimos en haber dado a los campos, ahora hubiéramos hecho un favor a nuestro pueblo de Cuenca!

—Ojála sea, pes, cierto lo que dice su mercé, niña Narda!

—Por Dios les digo, cholitas. Todos estamos sufriendo el alza de la sal. Porque, aunque el hombre sea rico, sí cuida su medio o su real desperdiciado sin motivo. Esos acaparadores tienen la culpa de todo, ellos son los responsables del alza del precio! Ellos!

—Pero, señora... nosotros no hacemos sino vender ganando un poquito, eso es todo.

—No quiero discutir con Uds. Oigan, cholitas!

Llamando aparte a las sulfuradas cholas, Leonarda les convenció de que debían ir a la Intendencia General de Policía o a la Comisaría Municipal de Abastos, para que ellos, como autoridades, procurasen remediar las desastrosas circunstancias. Con sus manos sin anillos y desnudas de brazaletes sus muñecas, accionaba poniendo en su voz emociones de sacrificio, y languideces de mártir en sus ojos moros...

—Pero, niña linda, a nosotras, cholas botadas, qué caso ni juicio han de hacer pes ningunito!

—Si fuéramos como su mercé... ahí sí sería otra cosa!

—Mejor dicho, vecina, si fuéramos con su mercé... debía decir, a que lo sepa!

—Eso, hele eso... bien dicho, vecinita Encarna! Haríamos ver la Ley a los de la Intendencia!

—Vamos, vamos, niña... compadezca del pobre!

—Pero... si no me doy tiempo... no puedo... tengo mucho que hacer!

—Claro, pues, la niña grande, noblezota, encumbrada, qué ha de compadecer nada del pobre, del "cholo asco"...

—Basta, cholitas! Para que me conozcan que sí soy comprensiva, vamos! Antes está el pueblo que los quehaceres domésticos. Apuren!

—Cuencanos somos, pes, todos, niña. Debemos de hacerlos respetar!

Brillaba satisfacción la cara de Leonarda, aprisionada en el óvalo perfecto de la manta que conservaba en uso porque le quedaba divinamente, según dicho de Girón... La seda negra moldeaba su busto, su rostro encendido y blanco, dejaba erguidas y provocativas las piñas lisas, maduras y jocundas de sus pechos retumbantes. Toda ella de negro, resaltaba su belleza, haciendo volver la cabeza al instinto cazador de los hombres. La mañana nueva se cuajaba en los pliegues de su prenda, derramando cascadas de luz de tiniebla a sus pasos rítmicos y definidos de tacones libres... Quince cholas formaban la guardia de la mujer de Quiroz, y las polleras de bayeta fulgían sus colores a las horas, aturdidas por el masticar apresurado de las palabras en los labios del pueblo inquieto. Sin hacer antesala, así como fuera anunciada, penetró Narda con su corte en el Despacho del Señor Intendente. Caballero muy culto, el funcionario agachó su testa ante la opulencia física de la visitante. Sin alterar en lo más mínimo su rostro distinguido, el empleado oyó atentamente y prometió inmediato remedio a los desmanes de la gente sin escrúpulos, sin conciencia, ni corazón. Con el pulgar derecho en la cadena de oro de su reloj, posaba para la historia, cuando dijo:

—“Señora y señoras del pueblo cuencano, les garantizo que esto tiene que arreglarse de contado! ¿Cómo vamos a permitir que se explote inmisericordemente a un pueblo digno, pobre y

hambriento? ¿Así, inhumanamente, tan canallescamente? Señor Secretario, un oficio, bien enérgico, al Comisario de Abastos, manifestándole que persiga implacable a los acaparadores y alteradores del precio de la sal. Que se porte severo, y tieso! Que cuente con el respaldo de la fuerza policial para cualquier evento! Pronto!”

Los policías acariciaban los brazos regordetes de las cholas, que se mezquinaban orondas y risueñas. “Estos brutotes... no vayan a enojarse y se friega todo! Hay que tener de nuestra parte a las bestias!” Y pellizcaban las manos policiales, que buscaban las carnes femeninas para amasarlas a su sabor y torpeza. En el chaleco crema del señor Intendente fulgían redondeces de maíces viejos los botones de conchiperla. Pulquerrimo el funcionario curvó sus espaldas anchas y ampulosas cuando Narda le tendió la mano, despidiéndose agradecida.

—Dios sólo pague, señor Intendente.

—Esta acción le ha de tener en cuenta Mamita Virgen, para que entre al cielo!

—Más caballero, más buenmozote, más tumbador mismo se ha de hacer!

—Vayan tranquilas, cholitas. Todo se arreglará. Mañana han de comprar la sal al precio antiguo. Ya verán... ya verán...

—Caballero... muy reconocida! Una amiga de Ud., Leonarda de Quiroz. No lo olvide...

—Mi respetable dama... a los pies de Ud. Cumplo con el deber que se me ha confiado, solamente. En lo que pueda serle útil... ya sabe: soy su último criado, su penúltimo esclavo!

Cuando mi Comandante quiso contener el piropo, ya fué tardé! Felizmente, Narda bajaba las escaleras seguida de las polleras que dejaban polvo en el recinto policial. No cabía en sí de gozo la mujer de C. Quiroz y Lovillos... Pensó que, de tenerle delante suyo a Pablo, ese mismo rato, le hubiera besado, besqueantemente, sus labios, con ruido y hasta mordiéndole, con placer de leona en brama... Llamas briosas ardían en las mejillas de las cholas, y sus ojos avivaban lucecitas complacidas, por encima de las cornetas, de los espadones, de las botas sucias, de los huecos de las paredes, de los escupidos con condumio... de la pezuña floreciente en la Prevención! Todo ese ho-

rror de inmundicia era soportable, pero que regrese la sal a su precio normal. Evocaban sus hogares: abandonados por el menester de la Policía, los huahuas quedados solos, las hijas que tejían el sombrero traidor y que siempre eran la golosina solicitada de los perros comisionistas, que adelantaban el precio del tejido para cobrarles con creces y a sus anchas! Vieron... nitidamente, sus viviendas endebles, pero consoláronse ante la dicha de tener la sal al precio sin alteraciones. El Sol les parecía más tibio y más luciente, más abrigador de sus antebrazos sobados por los chapas descosidos...

—Vaya, niña Nardita... a su mercé Dios también le ha de tener en cuenta esto! Le ha de premiar mismo!

—Dios le colme de hijos, niña mía!

—El bien que se hace al pobre, niña mía, es un pasito más que se da dentro del Cielo!

—No digan nada, cholitas... Si a todos nos convenía esto! No hay de qué agradecerme. Vayan no más tranquilas. Ya mañana tendremos la sal a los mismos 25 centavos libra. Verán! El Intendente ha sido bien gente, todo un tratablé, caballero, de pura cepa!

—Así mismo es, pes, vidas! Todo un caballero con pelos y pintas!

—Que Dios le acompañe: aura y siempre, bonita!

—Teniendo a Dios de parte de una, se puede reír de todo... Vay, niña, sea feliz siempre por siempre!

—Jamás amén!

Se permitió bromear Leonarda... Con sus canastas de compras, las cholas marchaban llevando un huerto diminuto sobre sus cabezas que se contaminaban de cebollas, de ajos, de nabos, de perejil, etc., etc. Pero estaban contentas, y su sonrisa burbujeaba ancho su coral desteñido y circuyendo los colmillos de oro verde.

Las abaceras afilaban sus pupilas con ira sorda. Y, si al ir Leonarda a la Intendencia le desearon todos los males habidos, ahora solamente hubieran querido tenerle bajo sus uñas trinantas y negras, que se hincaban en sus carnes impotentes de vendedoras alharaqueras... Ah, cómo la harían sangrar y chillar hasta la aurora!

- Rica de ñoña! quitarnos el realito de la boca!
- Realito que era el pan y la alegría de nuestros hijos! el contento de la casa!
- Mala cristiana... esto no ha de tener perdón de Dios!
- Por el suelo le he de ver... y lodo he de tirar sobre la bocota de ella!
- Bien hecho, taitito! Si yo pudiera... vomitara sobre ella! y, ahí mismo, le hiciera tragar la porquería! a punta de palo!
- Ya oyeron a las cholas lo que dijeron que el marido de ella había comprado sal, y ella dijo que habían mandado a los cantones.
- Cantones... bien guardado han de estar teniendo! Me siente...
- Ricos estos... porque tienen sus tristes cuatro reales se creen, y gozan de hacerle males al pobre que trabaja honradamente.
- Nosotros, los vendedores, somos las víctimas de cholas y grandes. Los pagapecados!
- Porque no somos ni cholos ni grandes... por eso abusan! Somos agua no, ni pescado... como quien dice. Condenados del infierno!
- Pero... no hay que lamentarse mucho. Todo tiene su compensación; bien hemos vendido la sal, por quintales y por libras... todo ha volado!
- Eso mismo, caracho! me da mala espina... Algo me siente! ¿Quién habrá comprado todo?
- Con tal de vender... a mí me importa poco!
- Misterio es quién ha comprado... pero la única verdad es que estamos fritos!
- Eléctrica, la noticia taladró las sienas de los tenderos, de todos los comercios de la sal. Tácitamente se dieron la consigna colectiva: guardarla! Guardar lo que restaba del artículo, para ver quién podía más: capricho es capricho! Enfurruñados, decían que sus vidas eran de suyo desapacibles, para que venga un cualquier sujeto a imponerles su voluntad por la fuerza de los policías. Que no les importaba quedarse con los quintales ociosos, pero, regalar, de esa manera la sal, estando escaseando en realidad... era inconcebible! No faltaba más! Aunque tu-

viesen que guardar un año entero los sacos, hoy no iban a darlos como tontos! La sal no se daña, y no se pierde nada! En el peor de los casos, venderían a los mismísimos \$ 11,60 que les costó las dichas libras. No juzgaron prudente transportar a su casa los quintales. Trasvasándolos en cajas de 10 libras, los escondían en los rincones de sus tiendas, allá donde el tráfico del expendio no alcanzaba. Ponían bajo el mostrador, enormes panzas de talegos, apretados, atascados y mimando la cabuya de los costales, como a joyas... En algunas tiendas, cuyos tumbados eran propicios, escondieron prolijamente toda la existencia de la preciosa substancia de cocina. Y muchos pulperos imaginaban parecerse a aquellos avaros de leyenda, ocultando sus tesoros... Podían parecer lo que quiera!...

—El sucio Gobierno y el Intendente no han de llevarse la sal! Y sin más que la perra gana!

Sublevados los ánimos de las expendedoras, bisbiseaban copiosamente, con rumor de ollas hirviendo, hacia los huellas de Nardita...

2

—Ahora es lo bueno de nuestro negocio, hombres de Dios! Mañana sube el precio de la sal! Más y más!

—Pero ¿cómo, pues, mujercita?

—No comprendo, Narda... Si Ud. dice que las autoridades van a tomar cartas en el asunto, creo que todo se malogra. Antes bajará el precio...

—De ninguna manera, mis tontinos... almas de sebo! ¿No les digo que el Intendente y los Comisarios de Abastos van a perseguir a los acaparadores? Luego, la sal va a escasear de verdad. Y ahí podemos vender lo nuestro a buen precio! Se va a producir la hecatombe del siglo! y nosotros vamos a pescar a río devuelto!

—Verdad... Verdad! Esta mujercita sabe todo! Es una sabia, Pablo!

—Casiano, hombre... sí! Narda tiene sus cosas insospechadas! A ratos te envidio que te hayas casado con ella... Es un dije!

—Verdad que puede ser, una de las cuatro mujeres del mundo con las que vos... qué salvaje estoy! Qué bruto...

—Casianito... casi, casi! Te adivino tu pensamiento! Sí, hombre, claro! Sí!

—Jejee, Nardushquita es un dije en la montura de mi amor! Sois nuestra inspiración!

—Qué galante mi marido... Sal pide el huevo! Alábenme, alábenme!...

—Ya bésale, Casiano, bésale! No te corras por mí... hum!

Humorísticamente, Quiroz tomó entre sus manos las mejillas de la dama y lamó su frente un buen rato y un buen trecho, con idéntico gesto de ratón saboreando un queso... Narda, sin ser vista de su consorte, sacó la lengua a Girón, que reía de la escena... Humeaba el agua de draque en el escritorio de Quiroz, y las espiras de humo subían en incienso adulando a los burgueses.

—Vamos a ponernos las botas!

—A sacarnos el clavo del mal año! ¿No te alegras, Pablo?

—No puedo, no puedo... Súbitamente presentí algo y las manos me pesan como si hubiera cometido un crimen! y no puedo dar pie atrás...

—Vos también con tus monsergas, Pablo. Hay que hacer dinero a toda costa! Eso!

—Que Pablo tan escrupulosito... Pero si esto no es más que un negocio como cualquier otro. Si cada quien tuviera reticencias, nadie se haría rico. Explotamos un poquitín, pero no por eso vamos a correr nos hoy mismo!

—Déjate de tonterías, hombre! Nunca harás nada, Pablo! niño grandote, eso!

—Y Ud. tan liberal, tan amplio, Pablo...

—Precisamente por eso! por liberal, me duele la fea acción contra el pueblo! No depende de mí, está sobre mis fuerzas morales... Pobre pueblo, tan explotado... tan miserable... tan vejado... y, encima, esto! No soporto!

—De gana se pone así. Bien estaba, de repente se le levantó la taranta!

—En otro país hubiera sido cabeza de pueblo, con esas ideas tan... brutas!

—Acaso soy un cínico, sí, reconozco . . . Pero hay cosas que están por encima de mi naturaleza. Quiero a mi pueblo y me duele lo que va en contra de él. Cierto, Casiano, que en otras tierras hubiera sido comunista pero honrado, cristiano. Me gusta la idea esa, el movimiento conducente al engrandecimiento de las masas, aquello de “el que no trabaja no come”, me parece la suma de la sabiduría y de la moralidad colectivas, me agrada la acción que da categoría de hombres conscientes a las masas ciudadanas que han encontrado personalidad y dignidad altísima. Aunque no hubiera sido comunista, sí hubiera sido socialista. Esto me parece lo más moderado, lo más equitativo y lo de más eficiencia en nuestro medio ecuatoriano. Pero no puedo hacer nada porque me siento solo! porque no hay quien acompañe a la divulgación del Ideal Libertario, con pureza, honradez y honestidad acrisoladas. Hay tanto sinvergüenza . . .

—Lindo discursito para un diputado ramplón, pero no para un socio nuestro. Eres contradictorio, Girón. Tu cuna, tu educación, tu altura te impiden pensar así.

—Antes hay que pensar en nosotros mismos, Pablo. Nos debemos a nuestras personas. Y ninguno de nosotros tiene hijos, y, por lo mismo hay que pensar en nuestro propio e individual bienestar! Ea . . .

—Pero, no, Narda, a costa de los demás necesitados . . .

—No hay que estar dando más vueltas. El negocio marcha y no vamos a permitir que se hunda por tus escrúpulos. Por mi parte, presiento que estoy trabajando para un hijo mío que vendrá, no sé cuándo, pero vendrá. Eh, Narda!

—Si creyera en Dios le pediría perdón! . . . Pero como no me es posible eso, me avergüenzo íntimamente de mí. Salvo mi conciencia con estas palabras, que conste! Nuestro pueblo, que es una masa amorfa, sin conciencia ni latidos encauzados a su mejoramiento social, si tuviese un mentor desinteresado que lo guiase, sería un conglomerado ideal, laborador de su perfeccionamiento social. Tiene substancia en bruto, solamente hay que pulir y uniformar disciplinariamente esa materia prima y dúctil. Hacerla vibrar, despertarla al gran corazón de un anhelo poderoso!

—Calla, bolchevique! Este pueblo es torpe, asno que se mueve a voluntad de quien lo apalea y lo dirige...

—Es un pueblo de enorme instinto! de gran olfato! Puede moverse a merced de cualquier conductor, reconozco. Pero es preciso encontrar el conductor honesto, puro, legítimo, que lo enrumbe hacia la meta radiante de su equilibrio económico justo, legal. Sí! Si nuestro pueblo cuencano hoy invoca a la divina providencia, el amparo de algo sobrenatural, es porque no le han enseñado a confiar en sí mismo, en su fuerza immanente. Espera que Dios arregle sus penalidades y miserias, en vez de ellos imponer su voluntad de justicia unánime.

—No se enfraquen en discusiones, por favor... Pablo no puede echarse atrás, y nosotros peor! Dejemos las cosas como están y esperemos sus frutos!...

—... Sí, la frutación del lodo! No puedo volver atrás... sí, Leonarda!

—Alea jacta est, Pablo! Venga lo que venga!

INAUDITO

Los minutos de la mañana forjaban su tensión sobre el yunque del mercado. Por todas partes, las cholos levantaban los velos de sus polleras en la ardencia del ambiente, trizado delante de las tiendas de expendio de sal. Insólita actividad desplegaban los agentes de pesquisas, los comisarios nacionales, y los de abastos. Rehuían las pupilas de los dueños de los comercios, de toparse con las facies malencaradas de los policiales; muchos cerraban sus ojos, para no darse con la impresión nefasta de los gestos vengativos que parecían azuzar los instintos fletados por la Ley... y garantidos por su placa policial. A gritos, con ademanes, rudos, despojaban de sus sacos de sal a los propietarios que no avanzaron a esconderlos. Llevaban los costales al centro de la plaza y allí los despanzuraban a la avidez de los compradores. Los abaceros veían mohínos el derramarse de su sal y, mal que no tiene remedio, cuidaban de que ya siquiera no les robasen el dinero...

—Aquí hay sólo a 25 centavos libra! El que quiera que compre, pero no más de una libra! No hay privilegios para nadie! Acercarse, señoras y señores!

—Ni que baratillo está esto! Pobre de nuestra salsita!...

—Lindo está esto de que hagan dar al precio antiguo nuestra sal! No habrá necesidades!...

—Alguna vez pes, siquiera que los blancos hagan pes algo por el pueblo!

—Y que los dichos empleados de Gobierno hagan algo para ganar trabajando la plata que nosotros damos! Que no sean tragadebaldes!

Brazos y manos tremantes apuñando el dinero, apabullaban con sus movimientos los rostros de los empleados, sofocados, sin atinar a cual atender de preferencia para terminar de una vez. Dentro de aquel círculo de agilidad gárrula, entre los tonos fuertes de las polleras y las caras agitadas, los sombreros de paja toquilla eran la única blancura pacífica en el mar retumbante del mercado. Se gritaba ampliamente, con imperio y decisión. Pero las voces no adquirían la sonoridad suelta de los mercados europeos, de las ferias de España, de las piazzas de Italia; es que... acaso sea que aquí la raza aún tiene sus retiscencias de contingente humano conquistado, sojuzgado al despotismo brutal de los patrones usurpadores y, por ello, reaccionan en su más potente altitud de vocerío, en un tono que no se iguala a los puestos de ventas de los pueblos que no fueron dominados con barbarie, antes sí colonizados!...

—De gana nos hacen dar a nosotros la sal a 25 centavos. En todas partes a 30 está!

—Pero, señor Comisario! Impóngase, impóngase! Mentira es...

—Cierto es... sólo a mí me quieren fregar!

—No es cierto. Hay que dar al pueblo lo que le pertenece! Conténtense con ganar lo moderado. Ya hay sal suficiente en la Colecturía...

—Bien hecho, señor Comisario... Hay que ser humanos! No se deje acogotar!

En las canastas de carrizo partido, recogían los pedazos de sal que pesaban, meticulosamente, en balanzas de inmunda hojalata carcomida. Tomaban la cesta con unción, delicadamente, apretándola al pecho y luego se perdían en el barullo, cuidando de no derramar ni un solo trozo del tesoro codiciado. Algunos cholos, abriéndose paso a empellones, a pernadas briosas, a braceo, limpio y feroz, hendían el amotinamiento y, conseguida la sal, enarbolaban su brazo al cielo que miraba el puño conductor del paquete. De algunos hogares burgueses enviaban recadi-

tos al comisario y éste, conocedor de las domésticas, concedía la merced de venderles hasta dos libras de sal.

—Pero, señor Comisario... no haga pes preferencias! Todos somos lo mismo! Todos necesitamos mismo!

—Es que... esta cholita lleva para dos casas, por eso le doy dos libras!

—Blancos pes... blancos siempre ellos, los nobles, los preferidos, los de vara alta!

—Pero en tratándose de entrar al cielo, el pobre ha de ser el preferido!

—Conténtense con lo que se les da!

—Pero a todos deben, pes, repartir por igual! Cristianos somos todos y no debe de haber esos preferidos!

—Es que los blancos son blancos... Bien dijo la seño Jashita! Jajay...

—Ante Dios, sí, ciertitico! todos somos iguales, pero ante los hombres... los blancos han de ser los primerizos!

La Jacinta Loyola, con sus miradas torvas, armaba sus ojos tendidos en lanzas contra los funcionarios. Ella sabía que Casiano fue a Huigra a traer la sal y eso le dolía en el alma, porque fuera rechazada por Quiroz al solicitarle le abasteciese de la substancia. “Pero, Jashita, cholita, mamacita linda, hijita, ¿cómo quieres que te de sal, si ni para mi mesa hay? Traje de Huigra, sí, como te conté, pero, en mala hora vendí todo! Vendí a los pueblos... enteramente amolados estamos todos! Ahora he podido vender divinamente mis quintales! He derrochado como un idiota! Perdona...” Sorda venganza, la chola murmuraba entre ella... Y pensaba que por el dicho Casito y la dicha Blanca arriesgara el cariño y la consideración del barrio. Que por él había aguantado las palabras hirvientes de Narda... y que por él había quedado en ridículo cuando le pescaran en su tienda! Pero el niño Casianito no sabía corresponder a tanta atención y fineza. “Yo sé que él tiene escondido, pero que no quiere dar; eso es todo! Que se esté no más esperando... que aguarde no más!... la justicia de Dios y la del pueblo tarda, pero llega! Y Dios sí se compadece pues del pobre pueblo!” Ahora la chola era el eje del apiñamiento. No hablaba, pero sus brazos impulsaban a las compañeras para que captasen con más

facilidad la sal. De vez en cuando, con un "aquí estese vecinita, tienen mismo que darle su sal", despertaba la gratitud de las mujeres de su barriada y muchas de ellas reconciliaban sus pensamientos que torcieron hace tiempo... Cuando todas las amigas de la Jacinta Loyola y las que le dió la gana a ella estuvieron contentas con su atado de sal, marcharon hacia sus casas. Imaginaban que portaban pájaros en sus dedos, pues así latían los granos de la sal en sus sentimientos angustiados.

—Seño Jashita... Ud. mismo vale.

—Por Ud. cogimos pes la salsita de Dios!

—A la fuerza pues! Hay que hacerse respetar! ¿Por qué han de ser sólo los blancos los que gocen de todo? Nosotras también tenemos estómago, y huahuas y bocas a quienes dar de comer! Cuando los blancos quieren abusar de una... ahí sí se están que se mueren... queriendo dar el cielo y las cajas de los bancos para conseguirnos, y, cuando en pago de todo, pueden hacer una cosa fácil, pero que se debe de hacer, pero que se debe de agradecer... ahí sí se patean, ni que burros mañosos! Blancos de porquería!

—Ahora sí ya tenemos sal, pero ay, cuando estecito se acabe... qué también será de nosotros!

—Sin la sal no podemos vivir pues. La sal es todo, la sal hace todo! ya ven que hasta en el santo bautismo nos ponen sal en la boquita!

—Qué tan haremos pes, tenemos que portarnos ternejas, pero! No hay que dejarse jorobar! Yo sé que el tal Quiroz, ese dicho "caballero" que, para mal de mis fieros pecados, le ayudaba a... lo que Uds. saben, tiene harta, hartísima sal escondida! Y no le hemos de dejar con la picardía, no faltaba más!

—No le hemos de dejar!

—No le hemos de dejar!

Amasaban la frase tenazmente, cerrando sus puños, sintiéndolos crecidos por la fuerza de sus sangres, atropellando venas y tendones.

Como había suficiente cantidad de sal en la Colecturía, sacaron al mercado nueve quintales, pero que nunca podían abastecer para todo Cuenca que intentaba comprar la sal solamente a 25 centavos libra. Muchísima gente quedó sin conseguir nada,

royendo en sus ánimos una congoja de inquietud que comenzaba a hacerse pesadilla densa, en los cerebros palpitados por un presentimiento... por una sensación sentidora...

—Ya no hay sal y no hemos comprado nada! Verán lo que pasa ¿no?

—Cuando el río suena... Dicen que va a escaser de veras mismo la salsita. ¿Qué haremos?

—Ojála no pase nada y que el Gobierno remedie pronto!

—El Gobierno tiene la culpa de todo, por no traer el ferrocarril a Cuenca!

—En Quito y Guayaquil acaparan todas las rentas del Fisco y a nosotros, los de esta triste Cuenca, nos dejan relegados al olvido! Con tren en un ratito, en un flus! trajéramos toda la salina de Charapotó; pero con las mulas tan pachorrientas... qué! ni cuándo!

—Malos gobiernos de dictadura y la venida de los gitanos... nos han jodido del todo!

—El mismo Gobierno, adrede, para ganarse plata él, debe de estar acaparando la sal a que falte de veras!

—Siempre las desgracias se juntan pues! Qué también será...

Mientras tanto, en la Redacción de "EL MERCURIO", cundía torvamente la alarma hirsuta y verdadera. Los ánimos de los periodistas estaban de punta ante la inminencia del desastre. La noticia demolía voluntades, haciendo flaquear los espíritus. El laconismo del telégrafo encendió una bomba que reventaba brusca: UN CONSIDERABLE DERRUMBE, OCASIONADO POR EL RIO CHANCHAN, DEJABA INCOMUNICADA A CUENCA CON LA COSTA. Huigra había sufrido pérdidas materiales de cuantía abrumadora. La damnificación andaba sembrando pánico en aquella estación ferrocarrilera. Y era auténtico el flagelo de la carencia de la sal para la urbe morlaca!

Las autoridades, reunidas en conciliábulo de altos funcionarios, trataban de contrarrestar el siniestro. Puestos de acuerdo, delegaron al Intendente para que se trasladase a Naranjal, por el Oeste de la Provincia del Azuay, a traer la cantidad de sal necesaria para calmar la fiebre ciudadana. Iría con arrieros poseedores de buenos mulares, duchos en caminos de montaña, para solucionar rápidamente el regreso y, así, conjurar la amenaza.

Eran empleados del Gobierno los que mandaban en la ciudad y, por ello mismo, debían preocuparse de que continuase reinando "la paz angélica" en la urbe afectada, amagada... Fatigaban los hilos telegráficos con partes, que no siempre eran contestados oportunamente... Solicitaban órdenes de Quito y estaban siempre alerta de los nerviosos acontecimientos. Eran prohombres, y estaban en el ineludible caso de conducirse como tales, aunque les pesase! Sobre ellos descansaba un imperativo de conciencia y de deber patrio. Piedras milenarias, bocas hambrientas de sal... les contemplaban!

Desolado llegó Pablo a casa de Leonarda. Su palidez temblaba...

—Narda... vengo aterrado! Se ha derrumbado un cerro en Chachán! Sobre la línea férrea!

—Ajá! ahora ganaremos de lo lindo!

—Hasta la naturaleza se pone de nuestra parte, hijitos!

—Pero, Leonarda, ¿no tiene corazón?

—Antes que nada, Pablito, tengo casa que mantener y bolsillos que llenar! Dios nos ayuda... El, con su pensamiento divino, sabe hacer las cosas! Abrázame, Casiano. Me siento madre!

—¿Cómo? ¿En verdad? Narda, ¿qué es eso?

—¿Qué dices, Leonarda? Perdóname, Casiano, que le tutee... por la emoción!

—Pues, sí... me siento ya madre! Desde un mes! No les quise avisar para darles oportunamente la sorpresa!

—Nardushquita... me abrumas a gentilezas! A los tiempos... madre! Y con lo que yo deseaba tanto y tanto! Pablo... envíame!

—Sí, Casiano, te envidio, pero... Me muero de pena de todo lo que está por pasar!

—Cholo, cholo neto debías ser, Pablo...

—Cholo con alma de cristiano! Eso es lo que te hace falta a vos, hombre... dado de talentoso, buey corneador de las musas!

—Pablo ¿qué es esa grosería?

—Leonarda... tengo que decirle lo que se merece! Casiano: te crees que tienes corazón de católico, apostólico y romano, pero en realidad no eres sino un pulpo explotador disfrazado

de hombre, que hasta a Cristo explota en su beneficio, sinvergüenza! Ca... "hombre de suerte"!

Lo inaudito. Consternación...

Y... el telégrafo continuaba dando noticias cada vez más alarmantes. Cuenca era una chispa estremecida de pavoras...

El lunes, 20 de Abril de 1925, erizaba su crispatura de miedo y amenaza en los titulares de EL MERCURIO: "EL ESPECTRO DE LA SAL PASEA SUS HORDAS POR LAS CALLES DE CUENCA".

SANGRE DE CHOLO

1

Inconteniblemente, los tenderos sacaron sus garras y se las hundían inmisericordes y a lo vivo de la ciudadanía. Con lo que habían escondido se batieron formidablemente en auge de negocio y de rapiña. Rico o pobre, cholo o burgués, todos sufrían la necesidad y carencia del artículo, llegando, en algunas casas, a aliñar sus comidas insípidas o a puro dulce. Protestaban, y un desaliento incrustaba su mal humor verdoso en los rostros desabridos. La cosa iba seria, pues el periódico anunciaba que no se restablecería el tránsito hasta después de veinte días, y eso activando sobrehumanamente los trabajos. A las personas acomodadas no les afectaba gran cosa el desprenderse de sus dos sures, para adquirir la libra, así: la libra, de sal codiciada. Además, los burgueses tenían hijos en los colegios y allí se realizaba el reparto concienzudo, cada quince días, de manera que no sintiesen en demasía la escasez. Algo llegara ya de Naranjal, pero no mucho... En la Escuela de los HH. CC. también proporcionaron sal a los educandos, pero había preferencia para los "gente buena" y, cuando creían existentes aún a los quintales... hace tiempos que habían volado! quién sabe dónde! En extremo solicitados eran los empleados de Policía,

sobre todo los oficiales del Ejército, pues precisábase que ellos jamás dejaban de tener sal en cantidad suficiente. Descontrol. Desconfianza mutua. Recelo colectivo. Los dichos oficiales hacían amistad con las burguesas, a cambio de algunas libras de sal. Y, en frecuentes ocasiones, se compraban virtudes remisas de las cholas, que hasta ese momento habían permanecido herméticas.

—¿De dónde trajiste la sal, hijita?

—Nada, mamita Jasha, un militar me dió!

—Ese que te anda rondando, sí, canalla! Si yo he sido arrastrada, vos no has de ser! ¿Oíste? Botarte al mundo, ¿por una triste libra de sal? Nunca! Bestia, bestia mismo he sido, pero más bestia debías de ser, Angela!

—De gana habla así, mamita Jasha! . . . La cara y el otro... bien limpiecitos tengo, por la gracia de Dios y por las lecciones tuyas! Por simpática no más me dió la sal, "a esta linda mamacita, hasta el cielo le diera", diciendo, vay! Y burra de mí, que creía que Ud iba a agradecer más mejor! . . .

—Calle, calle, seño Jashita! . . . si los tiempos están . . . diablas creo que tenemos en lugar de hijas! Pero la culpa de todo es la maldita sal, vidas!

—Eso mismo digo yo, vea a mis hijas: siempre hacendosas, respetuosas, y ahora se portan como ya oyó!

—Los ricos ahora con harta sal, con abundancia de todo, pueden mismo hacer de nosotras lo que quieran! De sal pura dizque comen donde el Quiroz!

Al escuchar las palabras que angustiaban el corazón del suburbio se acercaban todas las vecinas, para fortificarse en su pesar común. Hacían semicírculo en torno a la Jacinta, apenadas, con las manos embutidas en los paños deshilados, en las blusas deshilachadas, quejábanse ensamblando sus pupilas en las de las compañeras, impresionadas hondamente de los vocablos desganaos, sin sal . . . amargos!

—Quitarnos la salsita a los pobres, mientras el rico tiene hasta para dar de comer a las fieras bestias!

—A los animales prefieren ellos, pues, antes que al pueblo.

—La miseria del pueblo es lo de menos . . .

—Y eso que Uds. no saben la noticia! El Chanchán, se ha

derrumbado, dañando el tren de Huigra que traía sal para acá!

—Quién sabe cuándo se componga el daño, y hasta cuándo tengamos que comer de puro desabrido!

—Santo Dios!

—Santo bendito! Y que no haya un mortal que componga todo esto!

—Que no haya uno siquiera en todo el mundo que repare esta desdicha!

—El cielo siquiera debe proteger al pueblo! Mamita Virgencita!...

—Sin sal... ¿qué será de nosotros?

La palabra atormentadora estaba inflamada a cada rato, imponiendo su presencia falaz en los labios prietos que la pronunciaban con emoción trizada, vibrante de dolor, arrastrando silbadora y alargada las eses curvadas de traiciones... "La sal..." "La salsita!..." El domingo se secaba en las bocas ávidas de sal, cuando el marido de la Eudocia vino a referirles que en el mercado de San Francisco la gente hacía algazara, más que nunca, frente a las barracas y abarrotos. Refería que la masa del pueblo trinaba de rabia contenida y que les sonaba a crimen que, teniendo sal en las tiendas, se negasen a vender al precio ordinario o ganando moderadamente más que sea!... pero a dos suces la libra!

Enorme cantidad de gente conglomerose al ruedo de la Jacinta Loyola. Algunas cholas andaban de grupo en grupo, diciéndose a los oídos frases que no se percibían, sino que únicamente se sospechaba que era algo que atañía a todas, directamente a la barriada entera. En masa decidida, fueron a parar en el mercado!... La plaza daba a la luz los cuadros de sus puestos de ventas, hormigueando un oleaje de sombreros toquilla emergido del humus de los ponchos de indios, coloreados de sacudimientos anhelosos. Con gesticulaciones ingentes hablaba entre él el pueblo: las cholas susurrantes; reposados en serenidad decidida los maridos; los huahuas esperando los movimientos de los padres, todos, conteniendo el secreto en sus ansias. Empezaban a gritar aisladamente: "SAL QUEREMOS", "SAL!" Y el marido de la Eudocia, encaramado en un barril vacío, bramó:

—Hermanos, vean lo que nos hacen los ricos! Nosotros estamos padeciendo hambre de sal, y ellos tienen hasta para engordar reses en sus haciendas! ¿Será bueno esto? ¿Será justo esto? Protestemos por eso! Somos personas racionales nosotros también, y por eso deben tratarnos como humanos, como a cristianos! Pidamos a que nos den lo que necesitamos! Pidamos con fe y con derecho!

—Vamos a la Gobernación, allá está la Colecturía de sal. Vamos a hablar!

—A que nos den lo que deben de darnos! “SAL”!

—“SAL QUEREMOS”.

El mercado, abierto al cielo, bullía ya acribillado de iracundia tumultosa. Andaban las gentes, presurosas, coloradas, metiendo sus miradas en los corrillos susurrantes, invitando, sin hostilidad, para ir a demandar la sal al despacho del Gobernador. Iban sin charlatanería estéril, y no lanzaban sus voces resueltas y rotundas; todos manteníanse en un temple de control uniforme y voluntario. Desembocaron en la Plaza Calderón, y las flores del parque atragantaron sus alientos por el pelotón de cholero. Todo el frontis de la Gobernación, era un muestrario de polleras y de rostros en actitudes diversas, que guardaban circunspección silenciosa, digna y diligente. Serenamente invadieron el soportal de aquella casa del Fisco, y las sombras de los pilares envolvían los cuerpos de las cholas, manoteando inquietudes. Pegadas a las paredes, no acertaban a formular su demanda. El más valeroso de los hombres gritó:

—“SAL!”, “SAL QUEREMOS!” “SAL, SEÑOR GOBERNADOR!”

—“SAL!, “SAL, SEÑOR GOBERNADOR!”.

Como boquete abierto intempestivamente, precipitose por él el cauce contenido. Chorro tenaz de palabras, saltaba contra las vidrieras y los hierros del balcón de la casa de Gobierno, tras cuyos cristales los blancos “notables” de la ciudad, reunidos para deliberar, espectaban el tumulto del pueblo, intranquilos, pasando sus miradas de una cabeza a otra, frotando sus manos hechas y anilladas de oro.

—Estos salvajes... si se enfurecen son capaces de ahorcarnos!

—Mandemos a pedir un piquete de policía... más vale prevenir!

—Sí, ellos nos cuidarán. Tiene razón, señor Quiroz. Telefonemos...

—Pero sería conveniente que Casiano no se asome, a que no le vea el pueblo!

—No veo la causa, señor Girón, tiene Ud. cada ocurrencia!... Desopilante! Entremos.

Las colillas de los cigarrillos de los blancos reflejaban en los vidrios, pero las miradas de ellos quemaban los rebozos mo-
rados y los paños gualaceños de las cholos.

—Que nos den sal, señor Gobernador!

—Sal queremos, y por las buenas! Como gente pedimos!

Como nadie contestase a sus requerimientos, empezaron a golpear la puerta de la casa citada. Delicadamente, pero cosa de que el golpe resonase amenazador en el despacho donde estaban los grandes... Algunos exaltados se arrimaban a las maderas y las remecían fuertemente, tanto que la mano de hierro del llamador hacía señas, como saludando... Se frotaban las espaldas en los marcos de las puertas; se hablaba alto, y los ojos criaban chispas de despecho. Los hombres intentaban contener a las mujeres, mas ellas les decían que estuviesen quietos, y las dejasen actuar si no deseaban inmiscuirse en el motín; entonces los maridos tenían que sumar gestos a la algarabía de las hembras.

—Vienen los chapas!

—Que vengan pues los maricones!

—Alcahuetes de los blancos!

—Silencio, cholos perros!

—Chapas huasca-cungas!

—El mondongo les hemos de comer, carajo!

—No nos molesten porque les puede ir mal, eh!...

—Chapas mamarrachos, no como nuestros soldaditos!

—Chapas muertos de hambre... perros de cualquiera!

Cuerda de guitarra sonaba al aire con los insultos desaforados. La poca gente que paseaba por los andenes del Parque, miraba las escenas y sonreía de la intrascendencia... Sabían

que todo no pasaría de palabras altas, de desorden falto de médula eficiente... Los funcionarios y "notables" arriba de esa casa, comentaban:

—Esperemos... el pueblo es así mismo de novelero y chillador.

—Pero ahora parece que la cosa va en serio! Es la sal que demandan, señores. Y eso es todo para ellos. Ya verán lo que sucede! Ya verán...

—Este Girón... tan pesimista... tan amigo de los cholos ascos!

Vocerío sordo cubría el cielo del domingo, y el portal de la Gobernación estaba oscureciéndose con la masa de cholos apiñada en su seno. Crecían las actitudes, hostilmente ya, meciedo puños en los brazos. Borbollonaban las bocazas de las mujeres, pasmadas de coraje ante el engrimiento de los policías que manejan alto sus kropastcherts, aunque sin llegar a golpear a nadie. Un oficial de Policía intentó sacar su espada, para repeerler a un cholo que le estrujaba contra la pared.

—No seas bruto, Juan... suéltame!

—No, perro! Ahora porque tienes esa lata te crees muy grande! Te voy a sacar el tocino!

—Pégale, Juan! Sácale las tripas más que sea!

Cuatro chapas acudieron en socorro de su superior. Formóse un atolladero de faldas y de pantalones kakis, en revoltijo que, si no hubiese sido trágico, hubiera provocado risas... Forcejaban todos, tratando de libertar y de retener al oficial. Los caños de los fusiles topaban contra las frentes de los cholos que no decidían a quitárselos. Tirones fuertes de pelos, pellizcos tenaces, escupitajos, patadas y puñadas encima de los hombres forrados de kaki descolorido. Una chola, hundiendo su índice derecho engarfiado en el párpado izquierdo de un policía, tiró recio, desgarrando atrocemente el párpado inferior que pendía, como cáscara de tomate riñón... hasta el lóbulo de la oreja pavorida... Sangraban las cholas, con un chorro que corría en hilillos reforzadores de la trama de sus arterias sublevadas. Temieron vengar la ofensa...

—Malditos chapas cacas!

—Porquería vestida de harapos!
—Cholas... puercas sebosas!
—Cholas carne de todos! Cuero de levas!
—Cuero de levas, bueno! Lindo!... pero no de Uds. traga basura!

—Diarrea del Gobierno!
—Niguas de la inmundicia!

Hervía el encabritamiento potente del pueblo. Los cholos pateaban ya la puerta de la Gobernación, deseando echar abajo. Con piedras, arrancadas de la calle, tundían las maderas amarillas, metían clavos en la cerradura y destornilladores... intentando forzarla. Jóvenes divertidos hablaban en los oídos de los más belicosos y éstos crecían brío ciego, tremanente. Estaba suelto el ímpetu del cholero bravo, tanto que ni siquiera repararon la llegada de una compañía de fusileros del Cuartel del Ejército...

—Les rogamos que no se porten así... Conténgase! No venimos de malas, no queremos hacerles daño!

—Es que, Capitán, de buenas vinimos nosotros también.
—Pero nos han suelto a estos desgraciados perros cacas!
—No insulten a los celadores. Ya, calmarse todos!

Tranquilamente los soldados impedían que el motín tomara vuelo y feroz desarrollo. Suplicaban a los rostros rojos de las cholas, que les exponían sus cuitas a voz en grito. Trataron de desalojarlas del portal, empujándoles hacia la calle.

—Bajen... bajen pronto!
—Pero queremos que nos den sal!
—Sal queremos!
—Sal o sangre!
—Bajen del portal y les ofrezco hablar con el Colector!

Reacios a abandonar su posición, mezquinaban sus cuerpos a los empujones de los soldados y policías. Las cholas envolvían sus brazos en los paños, parando en ellos los estrujones. Falto de paciencia, el Leandro Cayancela arrojó violentamente a un cholo que, para no rodar por las gradas del Correo, asiose a la manga de un soldado, desgarrándola íntegra. Sonó un disparo. El pueblo replegose en sí mismo, disponiéndose al ataque.

—Con tiros a nosotros... ¡ajaj!

—Nos hemos de hacer respetar, así llueva plomo!

—Aguantones no más somos, pero si enrabiamos...

—No hagan atropellos soldados! Cálmate, Gayancela!

Electricidades de tigrillo en las retinas de Leandro, soldado indio. Aferrado al arma, hubiera querido apretar a fondo el disparador, contra el cielo, contra las piedras, contra las casas, contra todos los cholos. En la mente angustiada de él brillaba una ametralladora. Suspirando, obedeció.

La presencia del Gobernador y de Girón, tendió una colcha de quietud en el ambiente encrespado. Todos miraban la prestancia del funcionario y la empaparon de peticiones...

—Señor Gobernador: sal, no más, queremos! No queremos más!

—Que se respete el derecho del pueblo!

—Que se les trate como gente a los pobres, señor!

—Que se les dé caridad a estos desgraciados! ¡Viva Cristo Rey!...

Los ojos del Gobernador taladraron a los curuchupas agita-plebe, cercados del cholaje. Diose cuenta que aquellos querían hacer política de la asonada, desviándola a su antojo y maña. Con aspavientos de manos contuvo la hirvisión de las polleras, impidiendo le arrollaran y, cuando el del más dulce mirar, un barbilindo morlaco, intentaba barbotar, precipitose el Gobernador contra el grupo, fulminándolo a paraguazo limpio! No gritaba la autoridad, actuaba hendiendo cabezas conservadoras que se agachaban, protegiéndose de la lluvia de golpes, entre los hombros del pueblo. Roto el paraguas, el Gobernador domesticó su embestida, mientras los blandengues curuchupas se esfumaban... Girón, con las manos en los bolsillos, charlaba serenamente con algunas cholos que le escuchaban conmovidas, tranquilizando sus ánimos ante las palabras confiadas del señor don Pablo: que no se atrevía a verterse íntegro en el Pueblo...

—¡Viva Cristo Rey! Viva el partido conservador!

—Silencio ya! Nada de algarabías politiqueras! No hagan caso a ningunos hostia buches! Voy a mandar quintales de sal

a los lugares señalados para la venta. Váyanse tranquilos hacia allá!

—¿Oyeron, cholitos? El Gobernador promete, y lo cumplirá! Lo digo yo! Es un caballero y garantiza su palabra!

—Que viva el señor Girón!

—Que nos den sal, señor Gobernador!

—Viva el señor Gobernador!

Desaparecidos los caballeros en el recinto de la Gobernación, al poco vieron salir, por la puerta de la oficina del Telégrafo, a dos individuos que se curvaban llevando sacos del artículo. En tropel incontenible, precipitáronse contra los cargadores. Estos, corriendo para no ser alcanzados, hacían zigzags sobre la vía tundida por los zapatos de los cholos y los pies descalzos de las mujeres. Un fuerte empujón tumbó a los portadores y sobre ellos cayeron las manos aleteantes del pueblo. Rompieron los costales, regando la sal en el suelo, chillando y tratando cada cual de coger mayor cantidad de ella. Las niñas, desde las ventanas de sus casas, veían cómo el cholero se abalanzaba, en actitudes de aves de rapiña, sobre los granos del cloruro de sodio. Buscábalo derramado entre las piedras; mo-
jando sus dedos en las lenguas ásperas de gritos, tomaban la sal y se la metían en las bocas ávidas, con glotonería insana, insólita. Raspaban la tierra, con ahinco, como si hubiesen sepultado un tesoro y quisieran rescatarlo nuevamente. En montones informes, estrujándose todos, peleando briosamente, pronto los costales no contenían más que destrozos amorfos. Los soldados les dejaban hacer... comprensivos y obedientes a la orden de no agresión, impartida por el Gobernador. Enardecido el pueblo, daba libre explosión a sus instintos de defensa propia.

—Venir con tiros y con peste chapas a nosotros... jajay!

—Nos hemos de hacer sentir!

—Dios mío... ¿por qué no haces llover armas? Amito lindo, has pes algo!

—Ahora es cuando nos debemos vengar de todo lo que nos hacen los blancos!

—¿Armas quieren? He aquí armas! Cualquier cosa es bue-

na cuando hay cojones! Tomen! Tomen, cholas hijas del 5 de Junio! (*)

—Sal o sangre!

La Jacinta, arrojándose contra una mula que conducía leña, cortó a viva fuerza, las amarras de la carga, y repartía sendos palos, cuyas astillas pinchaban con puntas afiladas. Enarbolando las rajadas, avanzaban en el domingo sacudido por el tumulto revoltoso. Había poses decididas en sus actitudes matoniles... Rojizos los labios de las cholas, desjarretados por el borbollón de frases encabritadas en sus médulas, soplaban las palabras en reventazón de huracán valeroso. Algunos hombres habían atado sus pañuelos en los ápices de palos, y con éstos punzaban los letreros de las tiendas, hasta hacerlos caer tambaleantes; entonces, tomaban los rótulos y los golpeaban en los postes de la luz.

—A San Francisco vamos! Allá guardan sal los acaparadores!

—A San Francisco! Vigilen a los soldados!

Marejadas de polleras las calles semejaban andar llevadas por el ímpetu arrastrante de la rabia popular. Descendradas, las mujeres extorsionaban a sus hombres a que secunden sus aullidos de protesta. Cundió un alarido unánime, repercutiendo la decisión máxima en las venas del torbellino humano, que bramaba.

—Vamos a la casa del Quiroz! El tiene sal!

—Cierto, Jashita... vamos!

—¿No ven que en la casa de ese perro están cuidando los chapas?

—Vamos al mercado!

—Chapas de mierda! A las tiendas se ha dicho!...

—Abajo los ladrones! Desbaratemos todo!

—Saquemos todo!

(*) No hay tal 5 de JUNIO. Es 5 de JULIO. Véase: "Vega el mismo día de la victoria dice a los cuencanos en una proclama: "El 5 de Julio es vuestra fecha gloriosa: hombres, mujeres y niños habéis hecho proezas de valor". Cfr. "Eloy Alfaro" por Wilfrido Loor.— Quito-Ecuador. Impreso en "Editora Moderna", 1947, t. ii, p. 494.

—A la tienda del Luis Garzón! A la de la Pura Avila también! Saquiémosles!

Con una sola resolución destructora embistieron a los establecimientos. Los de atrás empujaban a los de adelante, con brío arrollador, como si quisieran incrustar a las cholas de la vanguardia en las abacerías. Era un compacto torrente de bramido enloquecido, pero... que sabía a dónde dirigir sus furias. Las cholas de primera línea, cerciorándose que sus pies y manos no eran suficientes, se volvían de espaldas y a punta de nalgazos propinaban golparrones que estremecían a los dueños des-pavoridos y escondiéndose en los tumbados de sus negocios. Crugieron las maderas zafadas de los marcos de las puertas en las garras del ciclón apretado de ira, brillando sus colmillos de espuma incontenible. Cada palabra pesaba un puñetazo enhiesto de venganza. Los abarrotos de otras calles, se cerraban rápidamente.

—Abajo los acaparadores!

—Perros que esconden la sal!

—Ya están las puertas abajo, entremos!

—Entremos! Vengan todos!

Vocablos, encendidos con el furor del pueblo, volaban cohetes estallantes en los oídos de las niñas, de los niños que, seguros, en sus mansiones, espectaban los tumbos coléricos del cholero despertado. La Jacinta salpicaba su rostro de iracundia brava y el aullar de la asonada levantaba en vilo la tienda invadida. El depósito de sal de Concepción Avila, rajó su tiniebla ante la iluminación malsana de 200 pupilas foscas, inyectadas de vesania girando en las órbitas bárbaras. La puerta destrozada pegaba en las caras con sus astillas, pero todos penetraban como toros cerriles al corral... Como se percatasen de que no era suficiente una entrada, tomaron una barreta e hicieron un horado en la pared, para poder colarse todos. Polvo espeso despedían los zapatos, asentados furiosamente. Los quintales de sal eran rotos a pulso, derramando los granos en el piso espeso de miseria, bajo los pies de los asaltantes. La masa encoraginada cogía la sal, se la frotaba contra las encías para cerciorarse de que ella había estado a su alcance y, sin embargo...

hubo estado vedada a ellos. Excitados por el contacto de la sal, bailaban ante los sacos, exclamando:

—Sal! Esto es salsita! Salsita! . . .

—Sal . . . Salsita! Mamita Virgencita!

Revolvían entre sus dedos los pedazos enormes del artículo culinario y extrañábanse de que no hubiese cambiado su forma, su color ni su peso y que, no obstante, lo habían mezquinado y lo habían alterado su precio! . . . Manos crispadas hundían sus uñas en los quintales, empuñando entre ellas, con fruición, la materia conquistada por el derecho de hombres posesionados de su conciencia social. Puños amenazantes alzaban encima de las cabezas desgrefñadas, dejando chorrear sartas de sal a los cuellos sudorosos. Había sensualidad en sus actos, y se imaginaban que los granos eran labios que les buscaban sus zonas de amor, codiciosamente . . . Cogían la sal y se la pasaban a aquellos que no pudieron penetrar a la tienda. Luchaban por atrapar mayor cantidad de la que, por sus actitudes nerviosas, desperdiciaban totalmente. Chillaban las mujeres, echando en sus senos trozos de la substancia. Se les abultaba el pecho y lo defendían, cuando repletos, con los antebrazos cruzados y resguardando de los tumbos del alud humano.

—Deja tantear pechito, paloma!

—Aura no, fiero cariño! Vuelve a dormir . . . ¿No tendrás pes valor de coger vos mismo? ¿Para qué me quieres quitar? Sal mía es, mía propiecita! Sal! . . .

Los indios no se atrevían a intervenir, mirando desde lejos y estáticos, el empuje del cholaje insurrecto. Sólo un indio, medio achasado, llenaba sus bolsillos de sal, peleando con las cholas, diestramente, y orgulloso de su persona.

—Pero vean, pues, este indio entremetido, también viene a coger su sal!

—Ni que tigre se abalanza! Quitaa!

—Todos sentimos la necesidad, señores, y como ahora es libre . . . razón asiste!

—Y para colmo ha sido filático el mitayo!

—Mitayo no, ni filático! Tigre puedo ser . . . Puma mismo me llamo, Puma de Vivar!

—Puma de virar has de decir, atrevido!

—A nadie, ni a usted he virado hasta ahora!

—No sé que recuerdo de este indio... déjenle!

—Bueno, bueno... date gusto, indiecito! Hasta vos también sois gente!

Algunos runas trataban de recoger los granos de sal regados en la calle, pero, golpeados con rudeza, tapaban con sus ponchos el lugar castigado y se retiraban atónitos, sin alcanzar a comprender la repulsa de las cholos.

—Los soldados! Volemos!

—No, parémosles, carajo!

—Noo... corramos mejor! Nos han de quitar la sal!

—Volemos!

Desembocaron en la esquina dos compañías de fusileros del "Córdova", guiados por dos oficiales que, con sus caballos, hendían la correntada chola, pisando las polleras y los sombreros caídos.

—No somos nosotros los que hemos roto las puertas!

—Ellos mismos se delatan, ni hablar saben... Cárguenles!

—No nos hagan nada!

—Retirarse, carajo!

—Los indios tienen la culpa de todo!

—Mentira! Yo soy indio y no he hecho nada!

—Ellos, y sólo ellos, fueron los causantes de todo! Cójales!

Corrían los runas, asustados por la tropa que les perseguía brava, sin darse cuenta de la estrategia falaz y ruin del pueblo cuencano. Lo que deseaba era dar rienda ancha y suelta a sus instintos anteriormente contenidos. Las culatas de los rifles partían cabezas asustadas; jalaban los ponchos y asestaban culatazos formidables. Trolepes de oshotas buscaban la salida hacia los campos. Se perdían en actitudes alocadas, desoladas, topándose entre ellos, siendo presa más fácil para el brío de la mesnada encoraginada. Quietos en sus caballos, los oficiales veían las escenas y anotaban, mentalmente, la capacidad valerosa de sus subordinados... Los cascos de las bestias abollaban los toquillas abandonados por los indios, y las plantas humanas de los soldados se deleitaban sobre la paja quebrada y pisoteando el nombre del poseedor que, en letra morada, estaba dentro de la copa.

—Mitayos brutos, como borregos corren!

—¿Y qué más han diacer pes los pobres runas? De gánica culparon... Hasta mismos cholos tan pusieron contra naturales!

—Así mismo es pes Pumita. Yo conozco a vos, Narciso Piña llamo yo. Soldados tan indios como nosotros son, cholos tan son, pero a los cholos hicieron ellos, pegaron contra el más inocente: para decir que son grandes ellos tan. Todos, Pumita, todos se botan contra runas... pero no más digo! Ya verán, carajo...

—Así es pes, Piña, ya verán, carajo!

Puma de Vivar contemplaba al fondo de la calle al pueblo cuencano que reía, friccionando entre sus pechos la sal conquistada, la sal que les obligaba a ser traidores... Los almaceneros, que no fueron asaltados, entreabrían sus tiendas sonriendo a los Mánglichers que quebraban el Sol en los rabillos de sus disparadores. Las maderas de los negocios violentados, extendían sus astilladuras regando en el empedrado su polvillo de carcoma mezclado con diminutos granos de sal. Una vieja, encorvándose al extremo de que pudiera enterrarse de repente, recogía la sal con devoción y la escondía entre los pliegues de sus pechos rugosos que sirvieron para dar vida a la Vida.

—Para lo que una vieja ha quedado... para sobra no más ahora! Nadie hace caso de los que vamos ya de vencida a la muerte! Para una vieja, bien digo, sólo estecito ha quedado, no más! La vida pasa, ni que los caballos sobre las piedras... tierra con sal estoy comiendo!

—Así es la vida de egoísta, señora.

Alejadas del mercado, las cholas recorrían todas las vías, proclamando su triunfo, caribravas, caririsueñas, caririentes... entonando cánticos que las poseía de júbilo, desjarretando sus nervios desafiadores de las autoridades. Paradas frente a las casas de los ricos, ululaban insultando con toda rabia a la ascendencia masculina y femenina, y hasta a las criadas de las casas.

—Que salgan los calzonazos! Metidos con las mujeres han de estar!

—Grandes de ñoña... nos maltratan, pero ahora es cuando!

—La ley del pueblo les hemos de hacer ver!

- Respeten a las señoras, cholas diablas!
- El hambre es el hambre y nosotros no respetamos a nadie, como no nos respetan...
- Sal o sangre!
- La cabeza del Quiroz queremos!
- La cabeza de él que acapara la sal! Que muera el perro!
- La cabeza del Quiroz... Los colgantes le hemos de cortar!
- Eso! Hay que botarle capando, para lo que le sirven!...
- Narda dizque es su mujer... ¡jay! Leoparda será!

Engallaban sus colores las banderas ecuatorianas izadas al tope de las frentes y de las cabezas ceñidas de gritos desaforados. Abrazaban las frenéticas cholas a sus maridos, y también sin preocuparse de lo que fuesen... Contagiadas por el vértigo heroico, se les reventaba la sangre en el desborde sexual y palpaban las tetillas de los varones, las cinturas, hurgándoles los deseos, despudoradas, con franqueza pagana y contagiable. Nadie se asombraba de las actitudes mujeriles. Los machos se dejaban, alegres, ciegos a los celos, contraídos todos a maldecir a los acaparadores. La ciudad trepidaba de latidos y de convulsiones de furia encharcada de gritos y de polleras bamboleantes de bravura.

- Abajo los ricos!
- Abajo las mujeres de los platudos sinvergüenzas!
- Esas mujeres hipócritas que deben de estar cantando la Mapa Señora...
- Abajo la mujer del Quiroz, dicha ayudadora...

Entrando a una puerta de calle en la vía Gran Colombia, se lanzaron al zaguán cinco cholas, para darse de cabeza contra la cancela de hierro. Querían destruir todo y se hacían sangre las uñas contra los barrotes. Pero siquiera las paredes desmoronaron a patadas; con punta de piedras rompian las ventanas.

- Blancos cobardes!... ni una puerta siquiera abierta!
- Trancados y rogando a Mama Virgen han de estar! Perros...
- Que viva nuestro pueblo cuencano!
- Sal o sangre!

- Sal! Sal quisimos y ya tenemos sal!
—El que monta manda pues!
—Que viva Cuenca, carajo!
—Sal o sangre!

2

Casiano, reducido a su despacho, estaba nervioso, pero, alentado por Narda, se consolaba con copiosos draques. Girón bebía el licor sosegadamente, ensimismado y con un amargo sabor que pretendía invadir totalmente sus labios. Le dolían las sienes y, a veces, suspiraba de sus impotencias persistentes. No llegaba a expresar que, de haber querido, hubiera podido ayudar decididamente al pueblo. Sentía su pensamiento de parte de los cholos, pero, en su condición de burgués, no acertaba a desligarse definitivamente de ese cargamento de sangre, educación, ancestro y demás aditamentos que lo maniataban... Le dolía la actitud de Casiano Quiroz y de su mujer, mas no se esforzaba en romper el maleficio en el que lo enlazaron: a él también. Y, sobre eso... un hijo de él y de Leonarda! Se dejaba llevar por la corriente incendiada, haciendo el muerto, sin intentar asirse a ninguna idea, a ninguna piedra que le salvase... Creía que pensando que él no tomaba parte en el asunto, estaba limpio de toda culpa. Y esto le consolaba a medias, porque dentro de él estaba fermentando algo, que Girón sabía estallar de repente! Pero no sabía de lo que se trataba... Su hijo!...

Narda había sabido avasallar por medio de la sujeción del sexo; lo anuló, le quitó toda voluntad a su condición de solterón sin mujer permanente. Ya no era tiempo de volverse atrás... Y ahora, así se hubiese zafado de los remolinos de la carne voraz, tenía el deber moral de preocuparse de un hijo suyo! "Quizás no sea sino una falsa alarma de Narda. Siempre ha deseado un hijo... Ojalá que esto no pase de ilusiones de ella! Me condeno!"

—¿Oíste, Leonarda? Que no se mande ni un gramo de sal a "El Edén".

—Para abonar terreno y para forraje no vamos a desper-

diciar. La falta que nos hace! Ahora sí que nos enriquecemos prontito! . . .

—Como Uds. saben, soy medio lector. En una Enciclopedia me he ilustrado sobre la sal. He tomado algunos apuntes . . . para lo que venga al caso . . . ¿Sabes, Casiano . . . que los mozárabes empleaban la sal para la bendición de sus casas, al modo que la liturgia romana usa el agua bendita? También ponían sal en el hábito de los que se daban a Dios, en el tálamo de los futuros esposos y, también . . . en el sepulcro donde pudriría el difunto! Cuidado! . . .

—Desde el otro día, Pablo, le noto que Ud. quiere zaherir a mi marido. Ni siquiera le ha dado satisfacciones por su mal comportamiento. Ya sabemos que Ud. es muy leído . . .

—No vengas con tus chistes macabros, animal! Estás oyendo que esos perros del pueblo piden mi cabeza, pero . . . que cojan pues! La policía de todo Cuenca, sabiéndome inocente, y el Ejército todo me respaldan!

—Hum . . . inocente, que eres cínico! Sólo quiero decirte que la sal tiene semejanza con la sangre . . . su sabor . . . se confunde! Al pueblo le pegaron y le hicieron sangrar . . . Antiguamente sazonaban con sangre los alimentos, en aquellos lugares en que la sal era desconocida . . . Y la sangre fresca . . . mejor! Si te hubieran visto en la Gobernación . . .

—No sea así, Pablo. Asusta a mi marido! ¿Por qué esa saña contra Casiano? ¿Porque va a tener un hijo? Bueno, voy a probarles que yo también soy leída . . . Los árabes de Marruecos esconden sal en sus tiendas para ahuyentar los malos espíritus; así como en los países nórdicos de Europa, ponen sal cerca de las cunas para alejar influencias nefastas. ¿No sería bueno, marido, ponerte una bolsita de sal al cuello? Te la haría de seda!

—Muy bien, Narda! Le iría de perilla . . . como a los carneros!

—Déjate de tonterías, mujer! No voy a parecer borrego con la bolsa esa! Eso!

Sacando fuerzas de flaquezas y amparado por el trago frecuente que sorbía, Quiroz rió entrecortado, con risa de autómatas. Recordó sus lecturas y, deseando impresionar a sus oyentes, soltó:

—Sólo Uds. creen saber de la sal. Yo soñé que el Padre Solano me decía que la sal tuvo su uso, muy repetidamente, en la magia de la antigüedad. Ciertas mujeres, de un pueblo que no viene al caso, se lavaban diariamente con sal y agua para evitar el sortilegio. Los griegos, espolvoreaban con sal al animal que iban a sacrificar...

—Lo que te dije yo, Casiano. Qué oportuno! El pueblo pide tu cabeza y ella ya está espolvoreada con sal, con tu sal! Que tal fraile Solano!...

—No seas bruto, Pablo... no digas nada!

—Pero si tú mismo has sido, Casiano...

Narda sacaba sus ojazos a Girón para contener las tropeñas de éste. Pero él ya estaba tranquilo en su interior, gozando del malestar del amigo que daría nombre a su hijo. Saña tenía contra Casiano... contra Leonarda, y contra él mismo... contra todos! Pero no atinaba solución! Era un caos revoloteando de buitres!

—Bueno, Nardushquita... no quiero disgustarte. No sea que malogres...

—Calla, Casiano. Déjele, Pablo. Quiero oír la sapiencia de mi marido, con su Padre Solano y todo. Sigue...

—Bueno... Esto ya no es del sueño con el Padre Solano. Conversando con mis colegas de "La Unión Literaria", he logrado ilustrarme más. Acaso Uds. hayan sabido que la sal era considerada como moneda, ¿no? Por eso se dice salario, que viene de sal. Si la sal ha sido la substancia vital en la humanidad, vieran! Tiene propiedades terapéuticas y por eso acaso la hayan abrumado con supersticiones! Los mismos árabes, tenían la comunión de la sal como vínculo sagrado.

—Así como el hierro y la sangre, era la sal elemento favorito de juramento entre los teutones, que insertaban sus dedos en saleros para jurar! Así dicen mis apuntes...

—Tienen ilustración tus apuntes, Pablo. Pero siempre mentas la sangre y la sal, vos. Y sigo... las prohibiciones de la sal ilustran mucho para la teoría del tabú. Conversaban mis colegas que entre una tribu del Africa Central, la mujer, cuando llega a la pubertad, es reclusa y no puede usar sal. Al día siguiente de que se casa, echa sal en el plato que ha guisado y convida

a sus parientes a que se froten con el potaje, y... si no les da, es seña de que el marido es impotente!

—¿De que no da hijos, maridito? Te has zafado a tiempo, Casianito! Chócala... Si alguien nos oyera, no creería tanta sabiduría nuestra!

—Como gente bien que somos, hemos leído, hemos oído, hemos aprendido pues!

—Bueno, Casiano, y óyeme a mí ahora. La mujer no debe, según no sé quien, comer sal estando en su período para que no enfermen el marido y los hijos.

Casiano, el hombre feliz, reía meciendo su vientre de fardo y expeliendo resuellos alcohólicos por toda la pieza. Leonarda hacía señas a Pablo de que disculpase a su marido. Pero éste nada sentía de qué disculpar a ninguno de los dos cónyuges. Se sabía lejos de Narda desde que ella les confesara su maternidad en cierne. Hasta tenía repulsión de ella.

—Pero no debes olvidar Casiano, que en la misma Africa Central inglesa la abstinencia de la sal está asociada a la idea de la castidad, ya que algunos primitivos relacionan la sal y la comunión de los sexos.

—Jajaaaa! Nos hemos metido en la enciclopedia de la sal! Qué sabiduría! Si los de "La Unión Literaria" son gloria de Cuenca, no sólo del bombo mutuo. Para terminar, mis amigos y oyentes, debo recordarles que, según la unión de mis notas, la sal se encuentra en todos los organismos y los líquidos que los forman. Por ejemplo... sal se halla en la sangre, en su parte líquida y sólo en pequeña parte en los corpúsculos de la misma. Son ricos también en sal la saliva, el jugo gástrico, las lágrimas, las mucosidades, el pus, los exudados, debido a su facultad para inflamaciones. Así mismo la orina, los excrementos, los mocos, el sudor, eliminan sal. Por eso el pueblo pide tu cabeza, porque tienes sal! Amigo mío...

—El chiste del bruto... y las bascosidades que suelta!

—Pablo... le ruego que se marche. Es preciso que hable con mi marido a solas

—Ah... la estatua de sal! las casas arrasadas y regadas de sal! la tierra señalada con sal para maldición eterna... Que

la sal les libre de maleficios y les conserve... castos! El hijo de ustedes!

Solos, Leonarda abrazó a Casiano, en toda su humanidad. Casi sintió que él mismo era el padre de ese hijo...

—No temas, Casiano! Luego de este negocio nos hemos de ir lejos! Lejos... a que no te alcancen las furias de las bestias! Como en algunos pueblos rusos nos han de recibir con pan y sal.

—Tienes razón, linda! En tus manos entrego mi vida, angelical mujercita! Sí... irnos lejos... donde se eduque nuestro hijo bajo tus amantísimos cuidados. Eso! Lejos... Ubi bene, ibi patria!

—Sí, Casiano... nuestro hijo, el mío... el tuyo! Nuestro hijo! Mi hijo, por fin! Nuestro hijito! Mío... y tuyo!

SANGRE DE INDIO

1

La necesidad imperiosa del cloruro sódico, extendiose rápidamente hasta los campos y poblados. Ahí, más que en la ciudad, explotaban el hábito de la gente. Todos sufrían el sabor desabrido de los comestibles, desganados de nutrir sus vidas con puro dulce. Como aquella materia es la más preciosa de las sales para el organismo, los hombres no podían prescindir intempestivamente de ella y la economía corporal padecía alteraciones serias en su funcionamiento y en la constitución de sus jugos, del suero y de los cartilagos. Asqueados por las comidas dulzonas, y acuciados por el ansia de comer sal, la sustituían con bicarbonato, con tartrato sódico de potasio o sal de la Rochela, o con sulfato sódico, la sal de Glauber . . . Arruinados sus estómagos, nada conseguían sino recrudecer sus vehemencias por la materia preciada! Y con rabia rauca, maldecían del Gobierno, de las autoridades, de los consignatarios, de los ferrocarrileros, de los arrieros, de Doña Leonarda Quindío y Trujillo de Quiroz y Lovillos que pretendía cobrar la libra a cinco sures! . . . Los costales que contuvieron sal eran hervidos al máximo a que, desimpregnadas sus cabuyas, diesen luego sabor a los alimentos las aguas sucias que salían densas y malsanas.

A tiempo oportuno, impune y acuciosamente Narda iba de

pueblo en pueblo linderantes a "El Edén" escoltada por dos jayanes armados con pistolas que, al menor intento, a la más leve sospecha agresiva de los poblanos, las extraían y apuntaban con sus cañones fijos a matar.

Narda consultose con un médico y con curanderas, los que le aseguraron, por su palabra profesional, que no le haría daño alguno un poco de movimiento, siempre que no fuese excesivo y, tras ello, reposase convenientemente...

La niña "Narduchita" viajaba con prudencia cerca de su hacienda, cargada de sus apellidos y de sus costales... Las sordideces, rencorosas y malignas de los habitantes de cantones y parroquiás, se desprendían de sus objetos más preciados a cambio de la sal de Leonarda Quindío. Y, así, daban un pavo por una libra de sal, un gramo de oro por las 16 onzas, materiales de fábrica, alhajas, todo cuanto la avidez de Narda aceptaba refunfuñando...

—Vengan no más todos, sin boletos ni nada vendo yo! El que quiera que compre, pero que me venga con su plata en la mano!

—Niñita bendita... vaya deme 20 libritas de sal por mi huahüita! Se ha de morir mismo en mi poder, más vale que su merced lleve a Cuenca para que ella siquiera coma con salsita!

—Necesitando mismo estaba una chinita! Pero no doy 20 libras, si quieres 15, toma!

—Lo que hace la necesidad... hele vean, pues, ya poniendo a la huahua! Tirana!...

—Si Uds. tienen huahuas, traigan no más. De todo negocio yo!...

—Así mismo es, pues, "niña", ya se ve, ya se ve... de todo mismo!

—Ah, Ráez! Si Ud. tiene un hijo traiga no más! Sí le he de dar 5 libras...

—Pero yo no le vendiera por sal, sino por... Ud. ya sabe. Sinvergüenza!

—Dígame no más lo que guste. No, no disparen, quietos! Ya se ha de ir a la cárcel él solo; esta semana sentencian, a nuestro favor, el juicio que le sigue mi marido!

—Marido... cachos, cachos! Muuuú!

Y Ráez, echó a correr imitando a un buey. Rechinaba con furor sus colmillos astillados y amarillos. No dio tiempo a la intervención de los guardaespaldas que, activos, iban a lanzarse contra el defensor de indios.

Y los ojos de las cholos de anejos y caseríos, se cerraban a las bocas que estaban a punto de lanzar las injurias ya brotando por los repliegues rencorosos de las gargantas ateridas de miseria. Pero la niña no hacía caso. Respaldada a conciencia por sus espalderos, mercaba de todo y sus bolsillos no tenían fondo para sepultar los granos de oro, en pepas, los billetes, las pesetas, los soles, y más objetos menudos . . . Salían monedas del tiempo de la Colonia . . . A la noche, cuando Narda dormía puestos encima de su cama los quintales, los guardianes se tendían en el corredor frente a su puerta y, cansados por la tensión de todo el día, o borrachos, dormían pesadamente. Por eso . . . alguien, con cautela suma, se escurrió al dormitorio de la comerciante y, con mano temblorosa de no comer sal, hurgó entre los costales. Lo hacía quedamente, conteniendo la respiración, refrenando su júbilo al sentir el contacto fructivo con lo buscado. Pero su estómago ordenaba más que el cerebro disciplinador de la emoción . . . Gritó al dar con la sal, sofocadamente, y un poco más cuando situaba un enorme trozo junto a su pecho fatigado. La ña Narda, diestra, sin dar chillidos, abrió su navaja de afeitar, la que nunca abandonaba en sus viajes, y cortó la mano. Pero su tajo iba al cuello del asaltante . . . Sin proferir un quejido, el hombre, con el mismo pedazo de sal conquistada, golpeó, a todo vuelo de su brazo, las sienes de la blanca que rodó en el lecho, silenciosamente . . . Luego el agresor hurtó el cuerpo, por la misma puerta, pisando los pelos de los jayanes, "hechos plomo de dormidos" . . .

2

La sangre empezaba a hinchar las yugulares levantiscas de los indios. Ellos no pagaban exorbitantes sumas por la sal. No podían robarla de sus amos, porque ellos también sufrían el flagelo aprisionante que, entre garfios lívidos, estaba consumiendo

campos y cielos serranos. Los de la parcialidad de Gamaliel, trataban de sustraerle algo de la sal de su gasto ya que no daban al ganado ni un grano más, desde ha tiempos! Extrañaban las libertades con que antes mermaban las raciones de las reses, sin padecimientos, sin erogar dinero alguno, providencialmente... G. Quiroz guardaba los quintales que Casiano le enviara, junto a su colchón. Y ponía, precavidamente, algunos trozos debajo de su almohada. Sin embargo... el Istico solicitó una vez una libra de sal a Gamacho. Bramó el gamonal, y encendió a tiros la reventazón de la tarde, haciendo huir desparvoridos a los indios que temían las iras del alcohólico impenitente. Istico había sido enviado a tantear el ánimo de Gamaliel, mandado por todos los indios que deseaban saber a qué atenerse, con seguridad... Como dio la hija, imaginaban que tenía prerrogativas... Los runas sufrían más que nadie, porque sus escasas comidas las sazonzaban copiosamente con sal. Ahora se engañaban masticando, furiosos, ajíes rocotos atacados de mote en sus bocas contagiadas de urgencia de la materia ausente. En resignación remansada fueron a los saladeros de Totorillas y extrajeron grandes bloques de una substancia salina, de la que lamían dando lengüetazos insalubres... Acumulaba cada indio rencores contra la urbe que, siempre, hostigaba sus vidas explotadas. Un fermento de protesta hervía en sus músculos, con ebullición reconcentrada, frenética, mas... suspensa!

—Antes ca salsita dábamos a huagras de hacienda!... Lindo robábamos no más!

—Aura ca da pes si puedes, Istico. Ya ves lo que casi desgracia amo en vos!...

—Antes ca, cuando acababa pes sal siquiera mocos que chorriaban eran salados!

—Aura mocos ca sin sal son. Sudorcito también sin sal está!

—Mujercita mía enferma está sin comer sal!

—Y miados tenían pes salsita... Aura dulces han de ser pues!

—Y no en tiempo de Amo Grande!

Secretamente, a pesar de lo hecho, solidarizaban sus amarguras con las cholas morlacas. No fomentaban venganza por los golpes recibidos durante el motín. Exaltaban las escenas del asal-

to. Y durante las faenas agrícolas confabulaban sus nerviosismos, sellando, a la orilla de sus venas, un pacto caballeresco de virilidad resuelta. Todos estaban de acuerdo, listos a dar el pulso de sus brazos para que las palabras se trocasen en acción y los gritos en puño fragoroso, hervoroso de agredir. Puma de Vivar y el Piña andaban sembrando la sedición en los pechazos aptos para germinar rebeliones.

—No sean tontos, nos jode todo el mundo, y aguantamos y aguantamos! No tenemos sal y debemos pedir al Gobierno! Hay que tumbar al Gobierno que no se preocupa de los indios!

—Gobierno qué... nada tenemos que hacer con Gobierno, a Gobernador no más pediremos sal!

—¿Por qué está pes, mano envuelta, Don Pumita?

—La otra noche... robé un buen pedazote de sal a la mujer del tal Quiroz. Ella me dió un navajazo, pero yo le dejé soñada! ¿Ya ven que no tengo miedo a la mujer del patrón de Uds.? Aprendan!

—Ah!...

—Si joden a nosotros, si siguen jodiendo, claro que podemos pes hacernos sentir.

Miraban la mano derecha del hombre cuyo pañuelo resaltaba en manchas secas y que fueron rojas... Puma accionaba su miembro cortado ostentándolo, metiéndolo entre los ojos de los runas admirados y solicitantes de fortaleza concisa. Escuchaban al semichaso con recato, sin tocarle con sus ponchos. Le miraban como algo fuerte y ejemplarizador para ellos.

—Tenemos que hacer algo bueno! Ser hombres con todo lo necesario! Y mostrar a todos, carajo!

Fructificaba la simiente vibrante de Puma Vivar. Por las tardes mugían las kipas en las cumbres. Largamente, con voces que repercutían en los cerebros de los indios estremecidos de nervios parados en dos. Mugían las caracolas guerreras, convidando a la reunión fijada ya, en su clave de llamadas potentes, misteriosas para el laichu, se erguía el sedimiento del runa despojado, y un tiempo señor de valles, de hatos, de pájaros y quiebras! Sabían a qué iban y qué saldría de la asamblea. Esa tarde andaban ariscos, procurando esconder, a lo más profundo de sus ojos, su designio. Esperaban la noche, agitando la sombra en sus vocablos

quichuas, para que viniese más pronto la tiniebla . . . Y eran las kipas machos las que levantaban los horizontes en sus trompas de epopeya, de concha machacada contra el viento y los paisajes.

Al ruedo de una hoguera, gesticulaban los rostros indianos veteados por las llamas que aventaban hacia la ciudad su poncho de ardor enloquecido. Penetraban las flamas sus puntos ígneos en las caras embravecidas de los runas sentados a su ruedo, silenciosos, en cuclillas, tascando el último resto de mote insípido . . . Una vez instalados, hablaban en quichua puro, sin mezclar palabras de laichu a su lengua materna. Nadie dirigía la asamblea y, sin embargo, se entendían a maravilla, exteriorizando su parecer y sus dolores por causa de la sal. Puma de Vivar callaba, espectando los alaridos de las frases crepitando en las llamas, dando tumbo en la noche, cosquillando los corazones suspensos al viento, que enviaba su coraje contra la fogata violentadora de la sombra del cielo, cegado de luceros . . . Taqueaban cada parlamento con un trago de aguardiente que, al ir adentro de las gargantas, semejaba que los indios tragaban los culebros de la candela vibrátil, chisporroteando alzada al horizonte su fragua de estrellas salidas de los pulsos indios insurrectos. Al botarse los ponchos a la espalda, agitaban la llamazón que inclinaba su vaivén a todos lados. Manoteaban, enseñando muecas hoscas, muñecas nervudas, desafiantes, en las que se coagulaba de temblores el puño estremecido . . . Unos indios que vivían más distantes que otros, asaban papas en las cenizas formando remolinos diminutos. Los runas que eran de más remoto y que no pudieron oír kipas y bocinas, llegaban atraídos por el fuego, atraídos por sus instintos fraternales, comprimidos por la posesión levantisca de la Raza No Vencida!

—Jueves . . . jueves tiene que ser!

—No! Domingo es mejor. No hay mucha gente y tenemos más libertad!

—Bien dice, Don Puma . . .

—Domingo está mejor, cierto!

—Ari! Ari! Domingo . . .

—Las cholitas, por brutas, no hicieron un buen escarmiento de los blancos! Pero nosotros somos otra cosa, carajo!

—Runas, naturales puros somos!

—Claro pues! Runas de temer somos, jajay! Domingo está bueno . . .

—Pero . . . oigan, runitos!

Adán Ráez, saliendo de un chaparro, avanzó hacia los indios. Bajo su poncho temblaban visiblemente una carabina y un revólver . . .

—Adiós . . . el señor Ráez. ¿Qué quiere?

—No te alteres, Puma! No vengo como malo, sino quiero advertirles y felicitarles que vayan a la ciudad a matar blancos. especialmente a Quiroz deben buscarle! El es el verdadero acaparador de la sal. Pero, antes de nada, vayan a Gualaceo, y quemen todos los juzgados! los archivos! los registros! Allí están preparando unos papeles para quitarles a todos las tierras! Ya vieron lo que vinieron los medidores. Allí tienen que ir!

—Tierritas . . . nó!

—Tierrita nó, aláú!

—Hay que ver si nos quitan las tierras, señor. Que vengan!

—Yo cuento lo que he oído, nada más . . . De bueno vengo, a hacerles un favor, Puma. No me tratarán mal. ¿Qué se van a hacer sin las tierras de Uds. runitos, que se matan trabajando? Por eso hay que destruir esos papeles, incendiar todo! Quemar toda oficina de este perro Gobierno! Ladrón de tierras! Si quieren . . . hagan eso, hagan caso de mis palabras! Por bueno no más les digo, les juro por la hostia santa!

Arrodillado, descubierto, Ráez alzó sus manos al cielo, puso ojos de buey degollado y juró, dando impresión de verdad a sus palabras. Las mentes de los indios roían el pensamiento de su tierra que la creían su propiedad ya que vivían en ella . . . La fogata socarraba más la tierra.

—Tierritas no, doctorcito!

—¿Acaso yo soy el que va a quitarles? El Gobierno es, y contra él tienen que pararse! Pónganse gallos, no se dejen jorobar! No dirán que yo les he contado! Me voy . . .

Alzados sus brazos rebeldes y asustados por el intento de quitarles su llacta y allpa laboradas, su única nación conocida y estimada, detonaban sombras encima de las ascuas agigantadas. De pie, el grupo domaba las llamas, retorciéndose de impotencia entre sus piernas que pisaban recio, con confianza de hombres

libres y conscientes. Ni siquiera apagaron la hoguera. Remoliendo las frases de Ráez, cada cual proponíase oponer a que se les despojase de sus tierras. La candelada consumíase sola, cuajaron de sangre prendido en la densidad oscura de la noche, trinante de pulsos templados como acero. Cada indio se retiraba a su choza, sin más discusión, conformes con el día de la embestida, sin siquiera comentar con insistencia la delación del abogado. Sabían que diciendo él era verdad. Pero eso acordarían luego de la venida de la ciudad. Primero la sal y hacerse notar en la urbe, luego... aquello de los juzgados! Porque si los blancos no sentían su potencia con derecho, si no veían su poder de fuerza destructora y autónoma, ¿cómo iban a respetarles en la demanda de que no se les quitase las tierras? Primero a Cuenca!...

El campo atragantaba con las palabras que cayeron en sus tímpanos. Pesaba la tierra con los gestos gañanes en actitud de gestación de fuerza.

Desde el horizonte, asomaba una puntita luminosa que tenía un ligero tinte tojizo, como gozosa de haber levantado los espíritus de los runas.

3

Domingo está bueno... Domingo!

Sartén de porotos, rojos y blancos, explosionaba el mercado de San Francisco sus trepidaciones de barullo comercial. Continuaba la feria su costumbre polícroma, siendo exiguas las cantinas para albergar el apiñamiento de los indios de diversas parcialidades. Había rostros de todos los lados comarcales, y ropajes característicos de las varias regiones del Azuay. A las 12, ya la mitad de la gente blanca y chola cesó sus actividades, despejando la plaza. Ya la Conchita Yungaycela había saludado a su taita y a su mama, diciéndoles que estaba contenta en Cuenca y que les pedía que no la llevaran de regreso a la hacienda. Los padres le dijeron que luego hablarían de ello, que fuera tranquila, hasta mientras, a la casa de Narda... Parvamente bebía la indiada, aguaitando las calles para reconocerlas mejor.

El atrio de El Carmen asperjaba de indios que, junto a un mantel, comían motes con ají, encendiendo la plazoleta. De una cántara servía chicha la mujer del Ramón y las shilas pasaban de una boca a otra, como circulante mama se diese en invitación fraterna. Yungaycela, Piña y Puma de Vivar, se llegaban a los corros y decían algunas palabras, escamoteando su actitud en los bordes de las olletas de barro. Agradecían la bebida y retirábanse a otro grupo, para hacer lo mismo. Miraban a todos lados los runas, y sus miradas eran seguidas por las de las hembras; que tiraban desde lejos los motes a sus bocas turbias de pavuras, secas de obediencias y de presentimientos... No obstante, ahogaban dentro de ellas la corazonada, sinceras y solidarias al esfuerzo de Su Raza. El maíz daba su pulpa blanquecina a los huahuas que jugaban con las cáscaras amarillas del mote algodonoso. Por sobre las cabezas de las hembras, espían los hombres los rostros de sus compañeros. Y cambiaban señas indescifrables... Había dolor tenso en el silencio del indierío concentrado.

Pocos transitaban el día de fiesta por la urbe. La una de la tarde vibró estremecida desde el reloj municipal. En un solo salto, de pie los runas! Apelotonáronse en mitad de la calle, frente a la Catedral Nueva... rumbo al Parque Calderón. Era una centena briosa, la flór y nata de los diversos caseríos delegada contra la urbe... Embajadores de Venganza! Plenipotenciarios de Rencores! Aconsejaron las mujeres a sus maridos que fuesen callados, porque, ahí no mas estaba el Cuartel de soldados! Pero nada contenía las impetuosidades escapadas de los indios, en correntada abierta, ronroneante, amenazante. Rápidamente las indias arrollaron las lligilas y fachalinas de mantel, derramando el mote que se humedecía en la chicha vertida bajo los pies de los hijos, precipitadamente puestos a las espaldas. Los chicos, que podían andar, eran jalados por los nervios exasperados de las mámas. Andaba el flujo y reflujo de la indianía borbotando agresiones afiladas. En el frontis del Seminario, estallaron los vidrios y la algazara fuerte y franca de los levantados, encabezados por Puma de Vivar, movía sus manos crispadas, picoteando los aires. Gritaban desde todas sus arterias sumadas al asalto.

—Sal! Sal libre!

—Sal o sangre, nosotros también!

—Sal sin Consignación!

—Sal queremos, fieros laichus!

—En Consignación guardan sal! En Gobernación es, vamos allá!

—Vamos, Don Puma! Sal queremos!

—Sal sin Consignación! Libre, libre! Sal!

Roncamente hablaban entre ellos elevando géyseres furiosos de voces al tope de las casas burguesas. Cogían piedras de la calle y las escondían bajo los ponchos; con garras hurgaban el suelo, extrayendo su arma favorita. Doblaron ya abajo de la calle Bolívar. Frente a la Gobernación detuvieron sus nervios encabritados de entusiasmo y de coraje. Eran dueños de la calle desolada. Brincando de júbilo notaron que la puerta de la casa de Gobernación estaba abierta. En su alegría no precisaban qué decisión tomar, qué movimiento era el indicado para el mayor logro de sus impulsos. Buscaban a Puma, pero no asomaba. Ensoberbecidos de dominio, querían extirpar a cualquier blanco que osaba presentar su cabeza, y le obligaban a la fuga! Unos diez indios se abalanzaron dentro de la Gobernación; yendo a los depósitos de sal, rompieron las puertas. Sonaban sus vozerones coléricos, con un retumbar ensordecedor, en toda la Plaza.

—SAL! HUELGA CARAJO!

—HUELGA DE SAL, CARAJO!

Sus lenguas hinchaban hirsutas el castellano masticado con furor, fragosamente, con posesión de sus yugulares erguidas en estallidos poderosos y vesánicos. Rebotaban las piedras contra los cristales que salpicaban de añicos las aceras. Las ventanas cerraban sus puertas de palo, con el pánico de las niñas afianzadas a sus piegarias. Chillaban descompasadamente los tumultuarios. Vibrantes de danza furente, sin freno en empuje de bayeta remolinada de furia. Articulaban primitivos, onomatopéyicos gritos; gargantas ebrias de insania guerrera crispaban tensión de mil demonios. El Primer Jefe del Batallón "Córdova", que paseaba en magnífico caballo blanco, dióse cuenta del peligro que corría la ciudad y espoleó a su bestia hacia el Cuartel. Le llovían piedras a sus espaldas curvadas ante el furor reído del

indio que festejaba su huida . . . Salieron tres compañías de línea. Rasparon los aires con el ruido de los cerrojos de los fusiles que tragaban balas para vomitar muerte. Arremetieron a culatazos contra los huelguistas, desperdigados de zozobras. Furiosamente asentaban el talón de los rifles en la parte de los indios que más alcanzaban . . . Seguros de su fuerza, estaban serenos, pero severos de verdad. Un ay! detuvo el ímpetu de los soldados. Vieron que un Cabo había introducido su bayoneta en la yugular de un runa, y que éste, en el estertor de la agonía, apuñaló directamente el corazón del Cabo, que se tronchó mansamente en el andén del Parque. Encoraginada la tropa, disparaba sin precisión, pero al bulto. Estaban los soldados aterrORIZADOS por la escena de muerte de su compañero. El Istico Yungáycela plegó sus rodillas, doblándose tiernamente, con suavidad de hierba que se mustia sin un grito de dolor. Reclinó su cabeza en el empedrado, en la tierra dura de la ciudad rociada con su sangre. Quedó el Estefanía, montón de lana colorada, tumbado de borracho con la muerte dándole traspies entre sus pulsos secos y desiertos. Ni siquiera oyó el grito de la Concha que, sin haberse ido a la casa, le viera fenecer. Murió solo, sin su huarmi que fugara con los tiros para salvar a su pequeño, a su Tomacho. Ya no había pijuano, sino sólo el ronquido apagado de la vida que se iba, que se fué . . . Los tiros al cuerpo de los indios eran salvas inconscientemente enviadas en honor del Yungaycela . . .

Repartían culata célere los soldados. Con las puntas de las bayonetas aguijaban a los indios que volaban. Sin contención, la rabia de los fusileros se apostaba tras los pilares de la Gobernación y producía abras enormes en las cabezas indias. En sus sangres bramaba la defunción del Cabo . . . y saña demente cerraba sus ojos iracundos. Escondidos, les asomaban sólo las frentes, y en ellas sus ojos giratorios, bravos, rojos y movedizos, esperando el momento de agredir! El Leandro Cayancela asía el arma por el cañón dejándole caer, como hacha, en los cráneos de sus hermanos de Raza. Untado el fusil de sangre, calor le corría por las muñecas del indio soldado. Se limpiaba asqueado, en los mismos ponchos de los runas el jugo vital derramado con locura satánica, desaforada. Cobraba bruto brío el Cayancela

al contacto de la sangre. Al principio tuvo miedo, luego enfureció. Al ver que un indio venía agachado, como escondiéndose en las piedras del portal, le picó rudamente un antebrazo...

—Pero... vos sois Leandrito Cayancela! ¿Cómo pegas pes así? Traicionero...

—Tío Ramón! Per... dona! Tío Ramuncho...

Contenido, bajó el arma amostazado. Su rostro tornose lívido, sus piernas temblaron, sus manos fueron lasas, mientras su cabeza daba vueltas vertiginosas. Estaba lelo... sin hacer caso a las órdenes de su Teniente.

Las señoras indias arrastraban a sus huahuas, lloriqueando, molidos los pies por los pisotones de la tropa. Una india huía despavorida, cuando echóla a rodar el golpe de un soldado. Imploró compasión, pero era tarde: ahí estaba la cabeza del hijo que cargaba a sus espaldas, dividida en fruto sanguinolento que chorreaba las entrañas de la madre. Bajaba la sangre por la pollera, y formaba charcos púrpuras espesándose ante el Sol suspenso por los hipos de la doña. Los runas precipitábanse a las puertas de las casas que se cerraban remachándoles los dedos. Los dueños los pateaban insanos, cuando intentaban introducir sus cuerpos ágiles de terror. Con las uñas molidas, tundidos todos los miembros por la hazaña de los cholos soldados y los blancos, —ya ayudando a matar— los runas envolvían sus manos amoratadas, machacadas, con las puntas de los ponchos. Sus pupilas desorbitaban pavuras emasculadas, mohinas de derrota. En el ambiente hueco de palabras, los jefes dieron orden de que cesara el hórrido trajín. Pensaban que en vano habían salido del Cuartel y que el día se hubo perdido sin algo útil... Un Oficial se frotaba las manos con deleite...

—Indios de la gran perra! Si hubiesen dicho que les mate-mos... carnicería hubiéramos hecho! Pero sólo la orden era de asustarlos! Bah!

—Balas desperdiciadas... de gana matamos pocos, debíamos arrasarlos!

Una mujer abrazaba el cuerpo de su marido, abaleado en el abdomen. Ni un quejido daba el huelguista, mirando desvaí-damente a su huarmito que alzaba la vista a la soldadesca fosca riendo de la escena...

—Maridito ponen baleando! Y ni hay quién ayude llevar a choza!

—Espera, indiecita, llevémosle a la Botica a ver si le curan!

De asombro, blanquearon los ojos de la india agradecida para el cholo que, pasando sus brazos por los sobacos del indio herido, juntamente con la mujer, conducían al indio a la botica de La Salle. Los paseantes admiraban el gesto del chaso y comentaban que “como ambos eran huelguistas... tienen mismo que portarse como hermanos... Además, los chasos no son sino los mismos runas, pero ya comidos con manteca!” Recordaban las escenas del ataque a los establecimientos de la sal, reviviendo su rencor contra todos los que agitaban el ambiente con protestas y clamores necesitados. El barchilón de la botica hurgaba el plomo en el órgano del runa, y los laichus se mofaban de la cara de la india, que contraía sus pupilas para no ver sufrir a su cari.

—Pero... si este indio ya está muerto! En qué vidas! Llévenle pronto al Hospital, para la autopsia!

—Amitu... maridito mío es! Deja llevar choza para velorio!

—No, al Hospital debe ir! Para que comprueben cómo ha muerto!

—¿Para qué pes? ¿a que pongan retaceando todo cuerpito de marido? ¿a que boten cortando de aquí para allá? No, amito... ya sabes vos que muerto está, que han baleado cuerpo... Deja llevar choza para velar! De gana...

—Es la Ley!

La señora india no lloraba, fluyendo su pena en secos hipos de congoja que raspaban los oídos de los blancos fríos al dolor de la viuda. Cuando vinieron los celadores municipales para llevarse el cadáver, la india enjugaba su frente con la lliglla que fué mantel del almuerzo para el difunto. En la tela estaba impresa la huella de los dedos del marido, era como pos-trer recuerdo, caricia estéril del varón a su resignada compañera. Era la impronta del dolor a la sangre: pero inútil de fruición y de calores amorosos.

En el zaguán del Club Azuayo, Girón y varios blancos cam-

biaban impresiones, cuando acercóse un militar y, deseando amistad con los levas, dijo:

—Qué indios estos, señores... Ni con las balas mueren!

—Sí... así hemos visto, Teniente...

—De qué también serán estos puercos! Son bestias... Pero esperen lo que les haremos más tarde! Ya verán: escarmiento!

—Señor Teniente... son iguales a Ud., a nosotros! Y es inicuo asesinarles en esa forma tan salvaje! y de modo tan cobarde! Sanguinarios!

—Pero, señor Girón... nosotros no hacemos sino defender a la población blanca, garantizar la tranquilidad ciudadana y proteger los...

—“Sagrados intereses de la Patria”... Sí, ya sé... eso mismo me dijo un indio al que le metí de soldado. Pero no hay que olvidarse que antes que soldado se es racional, y que la fuerza del kaki no da licencia para asesinatos!

—Desgraciado... cuidado!

—Uds. son los desgraciados que, para tapar sus ocios y prebendas, tienen que sacrificar indios: para decir que hacen algo! Ustedes...

Mientras Pablo brotaba sus frases con asco, el Oficial le asestó tremenda bofetada, al par que su mano izquierda apuntaba una pistola.

—Retírese, canalla!

—Ud. es el canalla que abusa que está respaldado por sus sicarios y secuaces!

—Soldados: metan a toda esta gente dentro de la casa! Y el que ose salir... que aguante! Ya, todos adentro!

Rodeando al Teniente, los soldados estaban prontos a intervenir, ya que para eso les pagaba el Gobierno, para respaldar a cualquier superior encharreterado, fuese quien fuese, hiciese lo que hiciese. A la orden de “mi Teñente” los soldados arrearon a los civiles al Club. Temblaban los señoritos por el atrevimiento de Girón, que estaba nervioso, pero digno.

En los balcones asomaban las blancas sus rostros descoloridos. Descansaban su sobresalto en el bizarro batallón, que patrullaba junto a los charcos de sangre, ya secándose... Muchas veces, echaban fósforos y colillas en aquellas pozas de licor hu-

mano y levantaban un humo vaporoso y débil; se extrañaban de que no se inflamasen... Sacaban el pecho los soldados, y el cielo se brilloseaba en los botones que encandilaban a las mujeres noveleras.

4

Daban tropezones las sombras en las piedras holladas por los indios tumultuosos de la Huelga. La tiniebla teñía la arteria de la calle Bolívar y un negro de humo veloz se embutía en el hueco de las campanas y en los pies del Leandro Cayancela que, aprovechando el bullicio que cundía en el Cuartel, y que uno de los oficiales le mandó a comprar algo... fugaba! Desertaba, respirando fuerte, enseñando las formas cónicas de sus tetillas potentes a través de la blusa inflamada por el corazón golpeado rudamente, con decisión de sangre removida. Trotaba el indio y su gorra le bailaba en la cabeza giratoria, en fantasía de brújula redonda, enorme, alocada, buscando el rumbo de su estabilidad definitiva, a todas direcciones. Latía el terrazgo en las sienes al Leandro Cayancela. Los balidos de las ovejas traspasaban sus oídos y sus narices olisqueaban la querencia, ventearban el hogar lejano con actitud de potro que regresara a llanos conocidos y cordiales. Palpitaba todo él por la presencia del campo, que semejaba crecer de su tórax, inundándole todos sus miembros, dándole potencias y arrestos incalculados para que culminasen sus deseos. Trashojaba raudo las calles, pasando en sombra elástica por las casas en las cuales se amparara para balear a sus hermanos.

La imagen de tío Ramón le latía entre las cejas. Muchas veces se pasaba los dedos para quitársela de ahí. Pero la sombra del Ramón iba y se posaba en la frente, en su barba, en su cuello, derramándose por toda la cara sudorosa. Pensando aprisionar esa imagen que acusaba, cerró fuertemente sus manos y con los puños compresos corría, corría... rumbo a los campos, respirando el horizonte dilatado, frío y sensible de la noche abierta entre los magueyes que transformaban las calles ciudadanas en anchas y libres carreteras. Al Norte iba Leandro Cayancela. Por el Norte corría el Leandro Cayancela! Corría: y las

estrellas le acczaban en los labios, en los ojos humedecidos!... Leandro volvía hacia su choza.

5

La ciudad estaba sosegada porque el aire había dispersado el olor áspero de la pólvora y del motín indio. En dónde también quedaría el Estefanía Yungaycela! Rindió su vida por la Causa de Su Raza... ¿para qué más valía? Sólo en el trayecto de Sayausí, los runas parloteaban su aguardiente. Estaban más amenazantes. Ninguna baja en los de aquella parcialidad les fijaba espanto en sus facies contraídas. Qui-sieron regresar a apedrear la urbe y estrangularla en el ruedo de sus brazos llamarados de emoción. Pero, contenidos a tiempo por los menos ebrios, se abrazaban fraternalmente, calentado las yugulares hinchadas de gritos másculos y prolongados en dinamia destructora. Enlazados en su cariño solidario, marchaban cantando en un tono aullado de quichua aristado de expresiones. Caminaban en mitad de la noche sin luceros vivos. No presumían de hombres, ni de cuál tuviese más plata que el vecino. Estaban hermanos, ñaños en la vorágine huelguera sumada al odio de la venganza fogueada de latidos. Sólo allá, en los cerros, el titilar de los candiles conciertos, destellaba al horizonte sus ojos iracundos.

Zumbaba aún la Huelga en las mentes de los indios que intentaban, cegados por su odio, atrapar las luces de la Cuenca lejana, para romperlas rencorosos, pedazo por pedazo... Una voz insinuó algo que fué recibido con retumbantes risotadas rojas, salidas a dentelladas hirsutas para triturar a la tiniebla. Los belfos, oscuros de chichas y de alcohol, reían prolongadamente, tascando la negrura solidificada en el borde de sus ojos semicerrados. Se encaminaron al cauce que surtía de agua a la ciudad y a las pilas y pilancones de la Cuenca victoriosa, engreída en su radio urbano, pero indefensa en las expansiones de la naturaleza del indio. El agua seguía su fluir húmedo de paz, juguetón casi, al recibir las carcajadas tableteando la noche condensada. En fila, delante de las mismas mujeres indias, también aunadas a la hazaña, bajáronse los pantalones de bayeta, muy junto al horizonte desemparejado que reía. Los chumbis que-

daron, culebras de colores, hechos rollos apretados por el clima de las cinturas briosas de dominios. Sonaban estallidos retozones. La indianía risueña escupía a la acequia, sonriendo a la Tierra que abría confidencial sus poros, para reír, ella también!... Luego de... aquello, los caris anudaron sus chumbis, con orgullo levantado.

—Sal no quisieron dar... que comen sal!

—Aura que prueben cómo es mierdita de runa!

—Sal dizque tiene... que comen pes sal! Laichus yurac siquis!

—Jajay... blancos no quisieron dar sal, miado de runa han de tragar!

—Laichus, yurac siquis... suciedad de huahuas han de comer!

—'Mos de vengar de todo, carajuuuú! Isma de viejo han de tragar!

—'Mos de vengar, pero, carajo!

—Ishpa, isma 'mos de dar!

—Ari! Ari! Laichus, caraju! Sal no dieron, ARI! 'Mos de vengar! ARI!

Los vientos nocturnos dilataron sus arterias, arrebatando el SI! SI! de los indios que nutrían pumas hidrofóbicos en sus pechazos resoplantes, e iba a prevenir a la ciudad incauta...

La noche estaba limpia de quejidos. Alumbraban ya las constelaciones, en brillo de tupus prendiendo la lliglla fúnebre del horizonte.

Ladraban los perros. La tiniebla olfateaba los labios de algunos indios que poseían a sus mujeres, embravecidos de sensualidad, al borde mismo del agua celestina. Los pies de las indias caían al cauce, pero su carne adquiría tumbos de montañas y volcanes generando!

Lejanamente... insospechadamente... Puma de Vivar repasaba la oshota revejada de su memoria, y se avergonzaba en su interior. Sentado sobre la cima de un montículo, de abajo parecía arrebujaado con todo el cielo de luto vaporoso. Su puño se proyectaba al confín. Y allá, tras la mente del hombre, sonaba el oleaje de su pensamiento. Y en su boca tornábanse espuma de colmillos afilados sus ideas responsables.

KIPAS: TETAS DE HUELGA!

1

Nadie podía suponer cómo, infatigablemente, Narda había recorrido los poblados indefensos a sus garras arteras e insaciables. Con la guardia de sus jayanes se sintió protegida y gozó malsana al mirarles sus músculos apelotonados bajo las telas de casinete. Alguna noches, cuando le tocaba dormir en alguna posada por demás incómoda, y se desvelaba, sufría nostalgias de Girón y aún de Casiano... Escuchando los ronquidos de los chasos imaginaba que resollaban encima de su misma boca... Tendíase golosamente de espaldas, a pesar del hijo que estaba dentro de ella, y el aire se solidificaba hombre entre sus brazos trementes y urgidos. Es que le excitaba su insólito menester de aventurera; debía confiar a alguien sus emociones, sus sensaciones y, como ese alguien no había, tenía que buscarse dentro de su misma sexualidad el lenitivo. A la mañana asomaba pálida, ojerosa y con un marcado rencor y mala voluntad para sus tipos guardaespaldas. Pero, ya serena, se esforzaba en no maltratarse en exceso, ya que pudiera malograrse su liviana siembra humana.

Hoy estaba en Cuenca y deleitaba sus muslos movidos en la muelle mecedora del escritorio de Casiano. No presentaba de frente sus ojos a Girón, y entre los dos se cruzaban ya una franca desaveniencia sorda, que solamente la etiqueta podía soste-

ner decente y llevadera. Quiroz atribuía la frialdad de Pablo a sus angustias cerebrales... "de burguesón cobarde".

—No hay qué hacer... la Narduquita se ha portado macho! Y lo mejor es que no le ha hecho daño el maltrato!

—Para ponderar las cualidades femeninas relevantes, no hay que comparar con el sexo opuesto, Gamaliel, ¿oíste?

—Es que... déjale no más al pobre, Casianito. Acostumbrado a tratar con indios... no sabe.

—Cierto, Nardicita, los perros indios me han dañado mi poca educación. Tratando con animales se estropea mismo uno! Y los malditos roscas que no quieren trabajar ahora. Huelgueando sólo! Kipando sólo! Jo... robando sólo! Han dejado el campo sin brazos. La tierra está echada, ociosa, sin agua para regarla siquiera! No hay quien haga nada en el campo... El sol solo no aviva las sementeras ni nada, es una dejadez sin nombre... Todos los indios han ido al TABLON, donde dizqué tienen el cuartel general de la huelga. Malditos!

—Buen discurso, Gamaliel. Casi inteligente. Pero, ya que has calmado de berrear, debes considerar, hermano, que los indios son ciudadanos como nosotros... ja, ja... Girón hablaría así! Eso!

—Has hablado bastante, Gamacho, pero mal, lo mismo que tu hermanito Casiano. No son ciudadanos los runas porque para eso, según una de tantas Cartas Fundamentales, se necesita saber leer y escribir. Hay miles de blancos haraganes que, si el Gobierno se propusiera, los obligara a enseñarle al indio.

—Buena la de Pablo! Los indios tienen terror a la escuela, ni los adultos irían ni se diga que manden a sus chicos que los ocupan en el pastoreo del ganado, en la recolección de leña en otros menesteres menores...

—Mi querida señora, es que falta emprorar la escuela, racionalizándola, a que interese al indio en su funcionamiento del intelecto. A los runas se les debe enseñar cómo se prepara un terreno para la siembra más eficaz, cómo se abona la tierra, las épocas de sembrar cada cereal, es decir la verdadera ciencia y arte de los cultivos de la tierra. Atraer el indio a la escuela por medio de lo que más directamente está en contacto con él: la tierra! Familiarizándole con libros que hablen de ella. Y, den-

tro de todo eso, entonces, sí, cuando hayan aprendido a leer y escribir por medio de la tierra, para la tierra y por la tierra... encauzarle por otras inquietudes, pero que le sirvan, que él vea que son de inmediata utilidad para él y su Raza. Y nada de multas de tenientes políticos que son los que aterrorizan al indio con el cobro de las puniciones económicas, que... se llevan ellos. Atraer al indio por el convencimiento de la alegría bienhechora que redunde en provecho de él. Hay que tener método para educar, táctica y honestidad por la Docencia Verdadera, auscultando las necesidades de cada grupo. Hoy por hoy, cualquier borrachín, cualquier pelandusca resuelve su problema económico metiéndose a maestros. Por ello hay tantas nulidades que enseñan a golpes y gritos. No son profesionales y no saben su función noble.

—Lo menos 500 palabras ha hablado, Pablo, en un concurso de oratoria, con vocablos limitados, ya le hubieran posergado. Qué grosero!

—La verdad duele, y no estoy limitando mi pensamiento para nadie, Narda. El que quiere oirme, me ha de oír. Yo pienso en abundancia y así hablo, sin retiscencias avaras. Y sigo, para beneficio de quienes quieran oír... El Gobierno descuida lamentablemente este capítulo primordial. Por allí... en el Art. 167, de una de tantísimas Constituciones sagradas... dice: "LOS PODERES PUBLICOS DEBEN PROTECCION A LA RAZA INDIGENA EN ORDEN A SU MEJORAMIENTO EN LA VIDA SOCIAL, MUY ESPECIALMENTE EN LO RELATIVO A SU EDUCACION Y CONDICION ECONOMICA". Y, ya ven... dejan que los indios vivan abandonados, abaleados y vejados por todos los que se conducen de que la tierra no esté trabajada por quienes están este momento gritando ser un poco mejores que los animales que comen con sal!

Casiano, reducido a la casa por miedo a los indios, paseaba con el gabán puesto encima de su camiseta rosada que dejaba entrever el pecho blanquecino... Descuidado de toda decencia personal y de toda elemental higiene, presentaba un aspecto sucio, de cordero en dos pies.

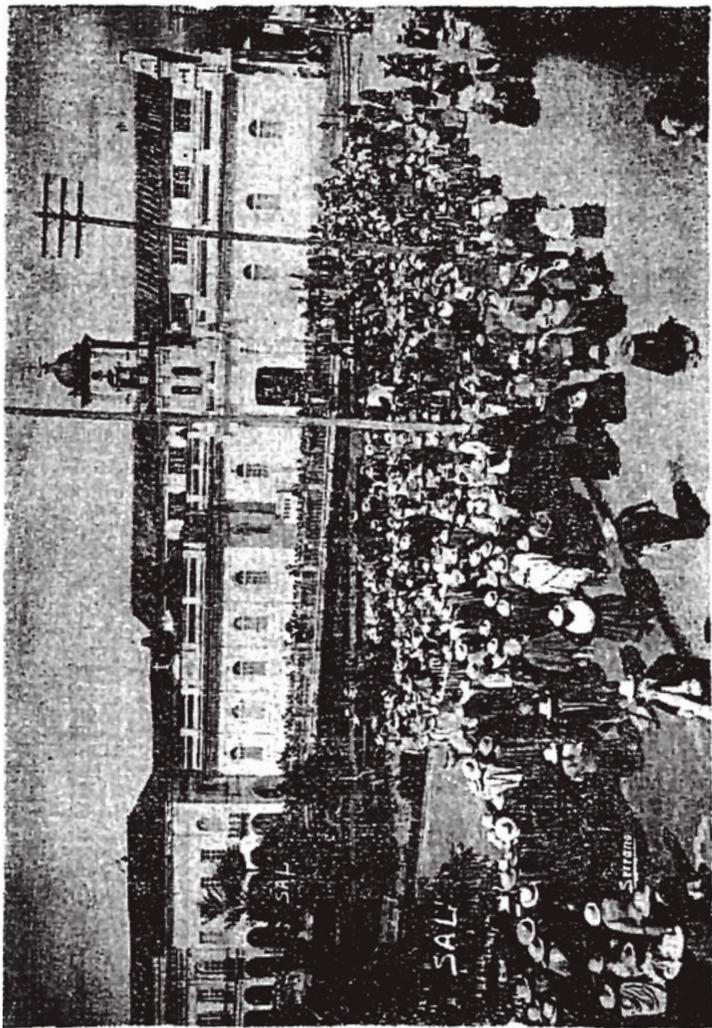
—Sí... ya que el Gobierno se ha metido a decir eso... debería cumplir como bueno! La constitución es sacratísima...



INDIO del Cañar heroico e insumiso remeciendo los cielos
con su kipa.



LA BOCINA apunta los paisajes en sus sonos
convocando la cólera del Indio.



INDIOS de la HUELGA DE SAL en el corazón de Cuenca: "Parque Calderón".

pero qué! cambiamos Constitución como calzoncillos ustedes y nosotras los debajeros!

—Bravo Nardita! Es verdad. Y esa Constitución es sagrada para los blancos, no más. Pero no para provecho del mitayo!

—Gamachito! Me asombras... Pero parece que la citada Carta dice que serán iguales todos los ciudadanos, hasta los indios. Por eso ahí se consigna que en el Ecuador no habrá ni esclavitud ni apremio personal, a título de concertaje o servidumbre. La famosa igualdad ante la Ley queda burlada!

—Es que, Pablo, según mi modesto entender... la Carta Fundamental es sólo para los blancos, de minoría a mayoría...

—Ni siquiera para ellos! Cuando interesa, todos hacen caso omiso de ella, es letra muerta, burlada por cualquier abogado, por... un Ráez!

—Ah, mañana se friega el perro ese! Van a sentenciar a mi favor el juicio!

—Bendita Ley, Casiano... jajaja!

—Ojalá lo condenen a presidio! Ni siquiera los gansters de los legisladores le salvan!

—Esos... sí, Casiano. Gangsters, son mamarrachos, —cuando los congresos son de farsa, compréndase bien, de farsantería, ea!— que van al Congreso únicamente para gastar miles de suéres no en noble función, sino como una tabla de salvación para sus miserias provincianas. Se dan casos en que “los padres de la patria” van a las asambleas sólo para acumular riquezas. Ahorrando indecentemente no vacilan, para esa pasión malsana, en lavarse ellos mismos los calcetines, haciéndose la barba y pelo en peluquerías de El Ejido! ¿Cómo se va a regenerar a la Patria Ecuatoriana si hasta se venden al capitalismo yanki, haciendo decretos que favorezcan instantáneamente a los gringos? Y los legisladores que no atesoran, que no hacen negocios a costa de sus conciencias, van a las curules a dormir sus chuchaquis, porque la política ecuatoriana se hace en bares, en “La Violeta”, “El Club Polaco”, “La Araña”, “El Venado”, “El Morocco”, y... tanta casa non sancta, como dirías vos, Casiano... Y regresan los tipos esos dejando desprestigiado al país, dentro y fuera de él... Tengo el concepto más triste de

los legisladores exhibicionistas y devora presupuestos. Créeme: si se me quisiera elegir un tal de esos, me sentiría absolutamente deshonrado.

—Pablo... que tienes buena la lengua!

—Nada de buena lengua, Casiano. Pablo tiene talento, aunque nos pese a todos!

—Gracias, Narda...

—Dichoso, Pablito... Hágame el don de su talento. Siga hablando, por favor!

—Bien, en honor a tí, Gamachito, dignísimo... Pero no estoy para bromas! Verás: La dignidad de la Política la han arrastrado hasta hacerla albur indecente de fullero impudoroso. El que sube más, el que más asesina al Pueblo, el que lo insulta y engatuza, es el ponderado "primer caballero" de la República. Mientras más males le haga al País, mientras más ruin y más sucio sea, se le respetará y se le enaltecerá... Las cortes de justicia mandarán a hacer un retrato de cuerpo entero de aquel descuartizador de la Nación y de su integridad ecuatoriana. Entre política de perdón y olvido se glorificará y venerará al que asestó a la honra cívica un puntapié alevoso. Se dispensará, se excusará al criado de todos los gobiernos... Todo político se revirginará pasado cierto tiempo de tregua tras el cual sacará su robada fortuna, poniéndose a traficar en grandes empresas... y, cuando lo deseen, volverán al Poder, al sillón presidencial, a una cartera de Estado, a donde les dé la gana. Yo, de poder, implantaría la pena de muerte para sanear esta mi Patria. Con un centenar de descabezados el Ecuador se rejuvenecería y se redimiría, acaso, para cien años!

Todos admiraban las frases de Girón, que le fluían serenas, sin congestionar su rostro en expresiones grotescas. Gamaliel pronto se hastió... Pensaba en "El Edén" y añoraba los poteros opulentos y jocundos, fastidiado, vejado, humillado ya por la conversación del inteligente. Lástima que Pablo no fundamentase sus palabras sobre acciones honradas, porque... lo que estaba haciendo no le capacitaba para hablar así, de pureza, de honradez. Pero... todo estriba en que algunos le crean puro, hombre inmaculado. Y, al que más grita, se le cree.

—Qué Pablo! Lo que es yo... estoy ansioso de que me

llamen al Cuartel para matar indios! Me voy, puede que ya me necesiten!

—Vengarasme de lo que me dejaron sin sentido, cuñadito, ¿no?

—Cuentas pendientes tengo con los roscas. Ya han de ver lo que hago!

2

La ciudad cabeceaba angustiada por el flagelo. El Sr. Intendente había telegrafiado de Naranjal que vendría conduciendo, en secreto, 400 quintales de sal. Todos situaban sus esperanzas en aquel desinteresado caballero que, sacrificando posaderas al martirio de las mulas trotonas, traería paz y beneficio para Cuenca y su pueblo entero.

Los "notables" habían creído conveniente organizar la venta de la sal en forma sapientísima. En vez de la antigua venta directa del abacero al comprador, éste debía, ineludiblemente, munirse de una contraseña o boleto en la Gobernación y, luego, ir donde el expendedor a que le proveyese de las libras de sal que en aquel talismánico papelucho se ordenase. Efectivamente, buena intención de la autoridad civil, pero no siempre las buenas intenciones salvan al pueblo... Empleados de la dicha Gobernación, personas inescrupulosas, logreros y vivillos captaban la mayor cantidad de boletos que podían, y... a venderles a los campesinos, hasta a dos sures cada contraseña milagrosa! Y pagaban los gañanes ya que, sin ese comprobante, nadie vendería nada, ni un grano de la especia codiciada. Todo el mundo soñaba en boletos y en paquetes... y en morir atragantados adentro de costales de sal... de sal! DE SAL!

Esta misma medida del boleto creaba una prerrogativa para los blancos, que eran los preferidos y que, por amigazos de caciques y gamonales, acaparaban la sal para el goce asaz indecente de sus mesas. Los porteros...

—Esos chasos benditos!... nos pagan hasta a dos sures boleto! Qué lindo!

—No hay cómo ser empleado del fisco! Si la crisis de sal

durara un año... me compro una casa! y casa con huerta, y eso!

—Pero, ay, esto debe acabar algún día! Nada es completo!...

En las abacerías la gente se apiñaba sin consideración, trepados unos sobre otros, poniendo un muro humano delante de los sitios que vendían sal. Aferrados a los barrotes de las ventanas bajas, aguantaban los pisotones y forcejeos de los de atrás, los pellizcos, los golpes, pero sin ceder su puesto, por ninguna fuerza humana. Un mar de cabezas negreaba la mañana, y manos angustiadas alzaban su boleto para que les despachasen.

—He aquí mi boleto, señor! Deme mi libra de sal! Tome los 3 reales!

—No hay nadaaa!... Esperen! Boleto a la mano!

—Aquí está mi boleto! De tercera mano lo compré y todavía esto! (1)

—¿No hay nada? ¿Y los 200 quintales que el señor Intendentito ha mandado? ¿Y eso qué será pues? ¿O nos quieren hacer la trampa, carajo?

—Deme mis dos libras de sal, a mí que vine antes que el caballero! Yo también soy gente y mi plata es mi plata, pues! Vale lo mismo que la de todos!

—No, primero a los señores! Policía! Ayúdenos!

Los policías se multiplicaban tratando de imponer orden, pero ellos también eran pisoteados en ese entrevero tenaz, que llevaba a cháchara sus voces de mando. Dejaban actuar al tumulto los gendarmes y, secretamente, ya racionalizados, comprendían su inutilidad cuando la fuerza del pueblo está suelta, con conciencia! Los dedos de los blancos se confundían con las manos morenas de los cholos e indios, y las sortijas de oro se friccionaban contra las de acero, de cobre y plata del pueblo sofocado. Detrás del gentío estaba un doctor con jaquet y sombrero hongo, bastón de puño de oro y lentes de carey blanco. Impaciente, golpeaba sus pies calzados en cuero de gamuza, y no atinaba a hacerse servir de preferencia, porque no le divisaban los vendedores. Tomando sus monedas las envolvió en un papel y lanzó, a todo vuelo, el envoltijo adentro de la ventana.

(1) NOTA al fina del Cap.

—Señor! Ahí va mi plata! Bóteme, así mismo, la libra de sal!

—Bueno, doctorcito Raimundo Poliz! Dispense que no le había visto entre este tumulto! Cogera el paquete, bien forrado va. Tome! Cójale!

Bocanada de espuma voló el atado, encima de los pelos desgreñados del pueblo que demandaba la venta. Cuando el doctorcito quiso asir su compra, un muchacho saltó delante suyo, agarró la sal y desapareció, quedando en el aire nada más que sus palabras. La risa desperdigó júbilo en la aglomeración.

—Primero Dios y después Vos!

—Jajay... qué lindo huambra!

—Con la boca mismo ha hablado! Bien se ha aprendido el lema de nuestro Cuenca, y bien mismo le empleó!

—Por su boca habló el pueblo pues! ¿Acaso no dice el dicho que por la boca del pueblo habla Dios?

Pronto aquella hilaridad sentenciosa fué marchita por los alaridos de la Jacinta Loyola, que gritaba abrazada a su hijo. El niño estaba tieso, amoratado, colgando sus brazos y recibiendo todo el viento candente del tumulto en sus labios abiertos e inanes...

—Mi huahuito se ha muerto! La gente burra le ha botado matando! Aplastado!

—Ahogado le han muerto!

—Con tanta gente, claro, pues, de morir mismo la criatura! Pisotones le han dado, rotito está el picito!

—Ni hemos sentido pero... en la aglomeracionzota pues! Mas creí que era perro y le boté patiendo! Bruta de mí... Mala miso hey sido, pero no para que Dios me castigue en esta forma, que yo misma pátie a mi huahua! Mi Angelito!

—Mejor es mandar angelitos al cielo, señora, antes que padezcan como nosotros!

—Consuele, pues, Ud. doctor Poliz con esas estupideces de rico!

—Tiernito es mejor ir al Paraíso.

—La culpa de todo tiene la maldita sal!

—Qué sal ni qué nada! ¿Dios mío, en dónde estás que no te veo? ¿Qué no te siento? Carajooo... Maldición, me cago...

—No sea bruta, señora, ha de heder!

—Ni aunque eche ajos, seño Jashita, no ha de resucitar la huahua!

—Calle usted blanco como que es, no conduele de la desgracia del pueblo.

—Mejor Ud. debe de callar. Haga otro huahua, y san-se-acabó. Si quiere... listo estoy!

—No tiene, doctor de porquería... Hijo de una grandísima gran puta!

Dejando al hijo en la acera, la Jacinta clamaba al cielo, alzando sus brazos a las nubes inertes y bobarronas de blanca... Mesaba sus cabellos, y por su boca corría baba espesa de dolor. En mitad de las polleras de las vecinas, era una flama de sacrificio agitada hacia las bocacalles de la ciudad morlaca. Una congoja solidaria pintaba su mueca triste en los rostros de las cholas que punzaban el aire con suspiros fraternales. Ni siquiera recordaron la predicción de la desgracia... La calle se ensanchaba para que pase la Madre con el cuerpecito del difunto, bamboleando sus piernas contra las casas burguesas y las tiendas repletas de comestibles caros, de chorizos de judíos. En las pupilas estáticas del niño, pasaban las ventanas de los comercios, los escaparates de las zapaterías y el vuelo de las golondrinas que bogaban en los íris difuntos del pequeño. La Jacinta, a cada paso, tundía su pena al horizonte. Calvariaba su corazón y su boca era borbotón amargo de llanto y sal...

—La sal hizo pes esto! La sal mató a mi hijito! La sal! La saaal... Al infierno, de corona, me 'dir a tragar harta sal, Mamita Virgen!

3

Por las noches, los moradores de la calle Tres de Noviembre despertaban sobresaltados, como si alguien estuviese de continuo caminando sobre hojas secas, en montones esparcidos... Los más audaces contemplaban, por las rendijas de sus puertas, escuadras compactas de indios que marchaban presurosos, con rumbo mantenido tras sus pupilas despiertas y el andar de sus pasos sonoros de brío. Pasaban los minutos, molándose, entre el

tropel denso que emigraba de Sayausí, de Checa, de Migiuir, de Sinincay, de Chiquintad: hacia el lado Norte, a aumentar el contingente de los de Llaqueo, Sidcay, Quingeo, San Juan, Valle, Turi, San Joaquín y Jadán que iban a dar su sangre para estremecer EL TABLON de la parroquia Ricaurte. Podían ir por las lomas y los cerros, pero su decisión era entrar en el mismo perímetro urbano: provocadoramente... Limpia estaba la ciudad de soldados, y los indios pasaban filtrándose, como pólvora, para taquear el cañón de su embestida. Desafiaban temerarios (¿había que decirlo?) el corazón de la ciudad.

Los llanos de Ricaurte se quejaban con la aglomeración de runas apisonando su pampa yerma. A espaldas de la planicie calva quedaban los cerros que dan a Déleg, moviendo sus cuerpos azulosos y temblones de distancia al vórtice del longuerío conglutinado en amenaza. Los indios de las parcialidades del noroeste atravesaban sigilosamente la ciudad, con sus andares forrados en cuero de corderos degollados. En un solo agitarse se le esponjaba la tráquea a la indianía, ávida de hundir su risa siniestra, de muerte, sobre el laichu. Pasaban... con la sombra encaramada en sus morenos cuellos ásperos que llevaban a horcajadas la venganza.

Nadie hablaba de otra cosa sino de los huelguistas, royendo el cerebro de los habitantes de la urbe, de todo blanco, miedo extremo y flameante de zozobras plumizas. Cuenca se ponía de puntillas para mirar a sus montes, indagando cuál sería su futuro... El aliento ciudadano estaba suspenso, en espectación de trance insondable, trágico. La muerte del huahua de la Jacinta Loyola taladraba todas las mentes, hallando en ese accidente un símbolo nefasto y un augurio fatal de maldiciones.

—Valientes los runitos! ¿no, vecinita Tránsito?

—Claro pues! Sólo de desprevenidos les cogió la tropa, si no... Pero razón mismo tienen de huelguitar!

—Peor que perros con mal de rabia dizque se ponen los indios cuando embravecen. Yo me tranco la puerta, dando diente con diente, y no estoy tranquila.

—Ojála la tropa nos proteja, pero que no maten mucho runito!

—Sangre y sangre quieren los indios. Como ellos rara la

vez que sienten rabia contra el blanco... ahora es cuando aprovechan! Ojalá la tropa no sea muy dura!

—Ya dizque van a salir al Tablón...

El pueblo azuayo, cholos y cholos, no se daba cuenta que, si acaso hubiese ayudado a los indios, juntos hubieran conquistado mayores victorias. Mas... los cholos, en general, se sentían más cerca de los blancos que de los indios y jamás pensaron en rebajar su nivel social: haciendo causa común con los "mitayos". Por eso los temían; por eso, a veces, les apoyaban en sus empeños levantiscos, pero siempre que no amenazasen sus vidas de ciudadanos, de cholos de ciudad morlaca. Por eso les aculparon la vez pasada... Ni siquiera el indio, en son de héroe, se igualaba a nadie! Nadie lo admitía por igual...

Pesadamente se percibía en la urbe la respiración del huelguero. Y aunque no estaba alterada la topografía de montes y de quebras, una vibración eléctrica hājaba desde las cimas comarcanas, intimidando los presentimientos ciudadanos. Así... un nuevo domingo resonaron las calles con manada de gritos desgarrados.

—Los indios! Los indios!

—Los indios, Mamita Virgencita!

Tiraban las palabras desde las bocas que no les cabían con el vocablo agrandando de susto, mientras los runas atropellaban a todo paseante por el barrio de las Monjas. Restallaban el aire los chicotes cerreros, para asentarse mordientemente en los lomos de los blancos, que pedían misericordia... espantados del asalto intempestivo. Ya no era el mercado. Subieron los huelguistas desde la Alameda, tomando por la Calle Larga y dirigiéndose a la del convento de las Monjas Conceptas. Un cierre de puertas, rápido, abandonó la ciudad en manos de los runas. Mirando los techos de las casas, apedreaban los balcones, las piedras rebotaban sobre ellos mismos. La montonera era dueña de la barriada silenciosa y desolada, con su empedrado removido por la furia del mitayo erguido en rebelde. Estaban solos... Solos en los cielos que rodaban despedazados en los cristales hechos ciscos. Solos en el Este y en el Norte de la urbe tomada de terror. Grupos de 5 y 8 indios, blandían palos contra las puertas que resonaban roncamente, por las manos de los dueños que

las contenían desde adentro de las tiendas timoratas. Golpeando los postes de hierro, chillaban los indios desorbitados de fiereza. Pero sin un fin neto de ataque, solamente por gana de intimidar a la ciudad traicionera... Les hubieron dicho que a sus ñaños les abalcaron el domingo pasado y sus sangres, levantadas, insurrectas, sin control, sufrieron como un azotazo que los impulsó a moverse, sin conciencia de una meta útil... A cada ventana que entreabría su curiosidad, le asestaban pedrones volantes que activaban el temblor de las niñas chorreadas de rezos. Gozaban al ver cómo saltaban los vidrios, en un brotar alegre y sonador, que rodaba entre las carcajadas alimentadas de iracundia.

Salieron los del Cuartel... tendiendo sus caños mortíferos hacia los ponchos que flameaban igniscentes de rugidos. Tiraban infructuosamente, a la distancia, entre los saltos de los largos que sembraban desastres en su huida.

—Soldados de laichus son, parémosles mejor! Vamos a Colecturía de sal!

—No, hermanos... Vamos a Tablón, onde ibámos! De gana venimos a desafiar a soldados aquí en Cuenca! En Tablón, ahí está nuestro Cuartel!

—Peliemos en ciudad, Don Puma!

—Nos han de botar matando en Cuenca, nó! No se dejen cogèr por las balas... Avancen! Avancen!

—No hay miedo, Don Puma! Vamos a Tablón! Ahí somos fuertes!

—Vamos... no hay que sacrificarnos de gana! No hay que ser carne de blanco!

—Avancemos pronto!

—Viva la Huelga! HUELGA DE SAL!

Puma de Vivar, haciendo zigzags ágiles, guiaba a los indios que le seguían como sombra de colores. Alegres, risueños, saltarines, expeditos de júbilo... ni parecía que estuvieran jugando con la Muerte! La figura de Puma pasaba raspando las casas, con sus hombros proyectados contra los muros. Los bíceps de todos los hombres parecían ir a derrumbar, de un momento a otro, la edificación ciudadana. Eran avalancha disciplinada que seguía al Jefe que fuera por ellos. Severamente encoraji-

nados marchaban al Tablón, y mantenían su rumbo fijamente.

—Jajay, carajo! 'Mos de vengar de todo miso! De todo pero!

—Soldados caca, manavali soldados!... juín lejos están!

—No importa, avancemos bien! Fritada de changa de blanca 'mos de comer, carajo!

—Gañote, cortando, 'mos de botar!...

—Sangre de rico 'mos de beber!

—En boca de grandes 'mos de cagar!

—En pilchi de grandes, chicha 'mos de beber!

—Nosotros tan' pedimos: sal o sangre!

El tropel iba a la siga de Puma, rompía a ladrillazos los focos de arco y hacía sonar los aldabones de las puertas de calle. Algunos se arrastraban, precavidos, pero al ver a Puma erigido y desaprensivo, toreando las balas, marchaban cabeza en alto, salvajes de braveza. Sabían que en El Tablón sería su revancha máxima, su vengarse másculo y que estas mismas balas inmunes de la urbe, serían asimismo estériles a matarles... Gozaban al ver que estaban ilesos y danzaban, siempre avanzando hacia el Norte.

Los oficiales ordenaron traer las ametralladoras y cañoncillos de montaña, que pusieron con sus bocas amenazando la Calle Larga. El aturdimiento de un Teniente de Policía, mandó que un piquete de sus chapas se apostase en el centro del Parque Calderón, con sus rifles dispuestos a vomitar su mortandad. No tomaba en cuenta que los ángulos de la plaza principal estaban repletos de soldados y podía haber una hecatombe entre ellos mismos... En la esquina de la Casa de la Gobernación emplazaron una ametralladora, con sus sirvientes. Los indios dejaron la calle de las Monjas y, pasando a la Bolívar, intentaban tomar la vía a Machángara, al lado Norte del Tablón perlático de indios y de kipas. Las ametralladoras distinguían a los runas volando por San Blas, y enviaban su mensaje de balas que era burlado alegremente por la bayeta reflejando su color en los segundos de espectación. Desaparecían risueñamente los indios, hacia el campo, hacia Sidcay, hacia Milchichig, hacia el Norte Huelguero! Hincados en el suelo, disparaban sus rifles los soldados; otros echados... a cada relámpago de runa que aso-

maba su cotona. Tiroteaban sin miedo, porque sabían que los blancos no se atreverían a andar por ese radio de la urbe señalado para cazar mitayos... ¿Y qué? Tenían licencia de criminar, licencia de asesinos. Les habían dado balas y los fusiles no debían enmohecerse... Por ello, poco les conmovió el asesinato del Chombo Cisneros. Abandonaba éste la gallera situada en la misma casa en que dizque naciera Abdón Calderón —el glorioso mozalbeta que murió con 50 balas en su cuerpo, allá en Pichincha...—, contento, desprevenido, acaso algo chispo, quizás creyendo que se trataba de cohetes, iba con su gallo aji-seco bajo el brazo. En la puerta de calle dióse cuenta de lo que se trataba y, aprovechando un silencio de 4 minutos de los perrillos de acero, voló: hacia dónde sería pues!... Una bala! El gallo aleteó y el hombre se encogió, traspasado el corazón... Y nada. Algunos amigos pidieron una colcha y, silenciosamente, sin inmutarse, condujeron, entre el continuo sonar de las ametralladoras, por otras calles, el cadáver del gallero muerto en olor de espolazo y pólvora contra el indio... Pasó el cortejo junto a los rifles, y no hubo ni una sílaba de conmiseración ni de excusa, antes sí...

—El mismo fué tan animal de salir de la gallera estando matando indios!

—Sí, pues, que aguante ahora, por lelo! Bien burro mismo debía de ser!

Dentro de las casas, las madres recostaban a sus hijos junto a sus pechos. Los muchachos, harto más audaces, empuñaban el cuchillo más afilado de la cocina y lo blandían al aire, con saña, inventando rivales indios, runas en fuga ante sus ímpetus carniceros. Ay! y los niños que tenían un huasicama lo buscaban por todo lado, ya que siendo indio debía estar con los de la huelga... Pobre indio en la ciudad, haciendo su turno de criado mísero, tenía que esconderse para no sucumbir bajo las patadas de los chicos aprendices de asesinos. No había que darle vuelta: se trataba de ayudar a los bizarros soldados! Qué caray!

Casiano empuñaba una pistola, sin soltarla ni... para nada. Cada chola en casa de Leonarda sorbía miedo por los oídos dilatados de impresiones, agrandando la realidad con pánico insano. A la hija del Estefanía Yungaycela la encerraron en un

cuarto bajo la grada, obscuro, y hasta le amarraron las manos junto con los tobillos. Era hija del canalla, pues! Un peligro, una bomba india en la casa del caballero Quiroz y Lovillos! La mujer de Casiano, ahora inconocible, refundida en una alcoba, bien tapada su vientre malogrado, rezaba pálida y hacía promesas mentales de perfecta enmienda y contrición, si la Virgen —¿cuál sería?— le sacaba de ese trance penosísimo. Rogaba, agitadamente, que los runas no se acordasen de sus fechorías en los campos. Y, para no despertar la telepatía... ella misma ni evocaba las escenas pasadas.

Su avidez de maternidad naufragada... Sangre menstrual y maldita, para ella, le dió oleadas de despecho a sus ilusiones promisoras. Hoy no quería sino salvar su vida. Sabíase estéril sempiterna... y, en su rencor, llegábase a decir: "Aunque hubiese sido verdad que iba a tener un hijo, este rato lo rechazaría! Mi vida vale más que la de un feto adulterino! Todo el mundo tengo por delante, me he de ir lejos de esta tierra aborrecida!"

—Casiano...

—Indio bruto!

—No te pongas tontito, hermano! Soy yo... Gamaliel! Voy al Cuartel, esta vez es de verdad la llamada. Hay otra reunión de jóvenes de buena sociedad, para batir a los indios y cuidar nuestras casas y vidas! Hasta luego...

—Que el Señor te tenga en su santa protección, hermano Gamaliel!

—La Virgen del Tránsito te ampare!

—Gracias, Casiano... Gracias, Nardillita!

—Traerame una cabeza de indio para la merienda. Sois machazo, hermano! Ensalada de indio voy a comer esta tarde!

Cómo hubiera querido Casiano remachar su frase con alguna de sus pachotadas más eficaces y más definidoras "de machazo"! Pero el temor de molestar a Dios, del que se acordaba y respetaba más cuando se hallaba acoquinado, le contuvo de lanzar un "uff!" de satisfacción, palméó su sexo y pensó en Gamaliel. Eso era él: todo un hombre en sus... cabales, sí señor!

Al Cuartel fué Gamacho. Una veintena de mozos recibía

fusiles viejos, del año uno, para marchar al mando de un Subteniente y de un sargento a caza de indios. Lucían orgullosos sus trajecitos de montar, terciándose donosamente las armas oriñecidas. Burguesitos, tenían polainas de paño blanco con botones de conchiperla que brilloteaban en la tela ceñida a las pantorrillas agueridas. Partieron con dirección a Chahuarchimbaná, allá donde dizqué Bolívar hiciera su casa y su cuartel, para de ahí tomar hacia Turi. Todos estaban listos a derramar sus preciosas sangres en defensa de la ciudad vejada... por indios barrabases!

Los soldados, contraídos a cuidar las bocacalles del Parque, dejaban a los chapas que patrullasen los suburbios. Avisado el Jefe de Zona Coronel Landín que en la Avenida Solano, en dirección a Turi, había indios que trataban de invadir la ciudad, fué a contener la audacia de los mitayos. Vestido de paisano, enarbolaba en su mano izquierda un bastoncillo de ébano, y conducía por la Calle Benigno Malo la recua de chapas azorados. En un bolsillo de su pantalón de fantasía, bajo del jaquet, empuñaba un revólver diminuto. Le fulgían los ojos y las mejillas, entre el reflejo de sus anillos de oro y diamantes que echaban chisporroteos desafortados. Volteando su rostro de alto comandante, jalaba con sus miradas a los polizontes timoratos, despidiendo mal olor y dolencias por el trote forzado. Ya en la bajada de la Subestación de la Eléctrica, dominaron todo el plano de la Alameda, que tendía sus llanos húmedos, con sus casas a los lados de la avenida ancha, punzada en su mitad por las torres de la fuerza de luz mecánica. El río sonaba abajo de los combatientes que fijaban su vista en el horizonte, señeros de lucha y de valor. Olfateando el peligro, los runas volaban en todas direcciones, especialmente hacia la colina de la Virgen de Bronce... Los policías apostaban sus armas en mampuesto, sobre el parapeto de la balaustrada que segaba la vía del barranco. Disparaban sin concierto, como más les ayudaba su instinto. Sólo mi Coronel blandía su ya extraído revolvercito, haciendo magníficos impactos en el río... Los chapas, al observar el brío de su superior, aturdíanse del todo, turbándose con el fusil pesado que negaba el correcto funcionamiento del cerrojo enmohecido. Lastimaban las imprudentes manos los dispositivos de

la caja de mecanismos. Sin embargo . . . percutían tiros hacia el móvil objetivo de bayeta . . .

—Cesar el fuegooo! Podemos tocar al bizarro contingente de civiles, que debe haber llegado a Turi! Que nadie se mueva de aquí! Vigilen bien esto! Hasta luego!

—Hasta luegoito, mi Coronel!

—No diga así, Teniente! Somos militares y debemos tener más marcialidad! Diga: HASTA LUEGO, MI CORONEL! Rudamente, claro y alto! DIGA, YA!

—Hasta luego, mi Coronellllll!

Ufano, el Coronel Landín guardó su revólver de marras y, manejando su bastón como cetro victorioso, fué rumbo al centro. Contestaba con frases de bromuro a las preguntas del pueblo y derramaba tranquilidad en las barriadas.

—Ya no hay indios! No viene nadie! Los hemos derrotado a todos! No es nada! Que ya nadie tenga miedo, mientras esté en Cuenca el Coronel Landín!

Resollaban las arterias centrales de la urbe colmada de zozobra. El crepúsculo coló sus sombras en los topes de los edificios palpitantes de gente acoquinada, confiando al Batallón "Bravos del Oriente" el cuidado de sus humanidades. Los levas que no fueron a la cacería, invitaban cigarrillos a los soldados y sendos tragazos de whisky a los oficiales. Sentían aplacados sus nervios junto al Ejército que, una vez más, triunfaba de la embestida del mitayo. Arrebujados en sus capotes pardos, los fusileros paseaban de arriba abajo la ciudad cuencana, recibiendo las miradas confiadas de las niñas sonrientes al ver las ametralladoras en las esquinas principales, quietas como metálicos perros dormidos, prontas a erupcionar su hartazgo de balas contra el indio. Todas las niñas hubieran deseado dormir con una ametralladora o, a lo menos, con un soldado, bajo de su cama. De una casa de ricos, en el Parque Calderón, ofrecían té y ron a los oficiales y tropa estacionada en el portal de la Gobernación. En los montes colindantes titilaban acezando de ira las hogueras insurrectas.

El rumor de la noche adormecía insumiso las mentes de las chiquillas que evocaban las frases huelgueras y crispaban pavuras emparamadas:

- Changas blancas 'mos de tantiar!
- Gañote de ricos, botando, 'mos de cortar!
- Con cuero de blanco, oshotas 'mos de hacer!
- En barriga de niñas bombo 'mos de tocar!

4

Los ancianos emitían palabras temblorosas desde sus corazones envueltos en angustias y suspiros. Con sus manos en las mejillas, las pupilas idas al pasado, sus mentes terminaban sus coloquios:

—En mi ñaupá tiempo, cuándo había pes esto! Esto pasa por no querer reconciliarse con Dios! Ya creo que está cerca el Día del Juicio Final, más mejor . . .

—Dios nos ampare y nos proteja!

Descuidadas las actividades comerciales, los paisanos se enfrascaban en el eterno tema de los indios. Pendientes de la Intendencia, de la Jefatura Política y del Municipio que había solicitado al Encargado del Mando Supremo de la República —¿qué encargado sería? vaya a saber! . . .— la supresión de la Colecturía de Sal por creerla directamente culpable en la escasez del artículo. Y los partes, que permitían ver las dependencias gubernativas, alarmaban más a los morlacos. Comunicaban que los temibles indios de San Juan, esos valerosos y salvajes jugadores del Pucara, donde manaba sangre y galantería con la muerte feroz y enrabada en su palabra que significaba sitio enrojecido, aportaban mayor contingente belicoso a las pampas de El Tablón, donde —repito— se encontraba el fuerte de los beligerantes.

Por las noches se escuchaban claros, clarísimos y lúgubres los mugidos de las kipas que, dando tumbos de avisos, brincaban de loma en loma, de cúspide en altura, prolongando sus notas en armonía de carcajada cavernaria. Ya no estaban las cimas cubiertas solamente con su vegetación, habían empollado cóndores diseminadores de exterminio. La voz de las caracolas era ronca, imperiosa, con frases de cari, con mandatos inapelables, conminatorios. Es que eran las kipas machos las que con-

vocaban, no las huarmillas. Por ello producían un bramar de volcán rijoso de tiniebla. Vibraban los aires con el uuuuú, tenso, siniestro, inacabable de las kipas. Las llamadas contaminaban el crecer de la Huelga propagada, en solidaridad y en fraternidad, por todos los que vestían poncho y usaban lana hilada por las huarmis hacendosas y obedientes.

Fogatas inverosímiles, encendían los ápices remecidos y suspensos de los cerros aullantes de llamas ululadoras, hacia los techos ciudadanos. Las flamas se reflejaban en las canales de las casas, y el brillo acezante de las fogatas móviles continuaba flotando en el ambiente exasperado. La candela abría sus inmensas bocazas coloradas de furia, presa en los tizones, en determinación convulsa de matar. Trinaba el horizonte como hacha afilada contra el cielo, contra el arcoiris. Y parecía no haber confín, estando todos los puntos cardinales sujetos al pavor de la urbe cercada por corazones indios, que zafaban su braveza en la venganza de Su Raza y en rescate de sus derechos conculcados por el blanco. El campo mamaba la ubre copiosa de rencores de las kipas, desjarretadas sus trompas en las fauces calientes y espumosas de los runas tensos de exterminio, hediondos de hambre victimaria. Los indios deseaban que la Sierra morlaca fuese piedra gigantesca ella misma para, cargada en los vuelos apocalípticos de sus hondas, sus huaracas, mandarla a que caiga... a que caiga en embestida horrida contra las calles y plazas, contra los templos de la ciudad odiada con saña y nerviosismo. Los runas requerían sangre para desfogar sus instintos sedientos, como senderos que todos hubiesen transitado y que jamás nadie los hubiese regado con una lágrima de agua o de sangre, que calmase sus vesanias morbosas, impulsivas. Era la imperiosa necesidad de actuar rápidamente, concordes a su ideal de urgencias encabritadas en el ensoberbecimiento de la Raza India!

En sus médulas ásperas de furia, cada indio asesinaba diariamente, al fondo de sus mentes, una docena de laichus yurag siquis.

Entre el clangor metálico de las kipas machos, llegó Gamael a casa de Casiano. Leonarda abrazóle tiernamente, comunicaría de expansiones...

—Y... ¿cómo le fué, caballerito valiente? Habla, no te interrumpiremos!

—Gamachito... tu huahua ha salido igualito a vos de machazo! Figúrate: a la china Yungaycela le ha estado metiendo palos encendidos en el cuarto, todo el día.

—Qué lindo huahua! Gracias por todo! Lindo mi machito!

—Pero ya cuenta tus aventuras, Búfalo Bill de mitayos!

—Gracias, de todo! Bueno, vieran no... Por todo Turi nos andamos. Entrando en las casas de los malditos runas registrá-bamos todo, con punta de rifle y de navajas. Roncha hicimos a los mitayos bandidos! Como borregos corrían los perros y tiros nuestros les seguían a las patas!... Pero caer... para cuándo! En una casa estaba un indio, en una cama...

—Haciéndose el enfermo el sarnoso, ¿no?

—Narduquita! Pero con dos tiros que le eché a boquejarro, rodó de la cama el enfermito! Jajajaaa!

—Qué lindo, papacito!

—Hasta a tu hijo le ha gustado!

—Si es bien machito mismo! ¿Le mataste, Gamachito?

—Parece que sí... Pero, ¿qué importa ensuciarse las manos en un indio? Son como los mismos animales, y la muerte de esos malditos no castiga nadie! Vaya... todos fuimos a matar indios, ¿por qué yo sólo voy a ser el culpado?

—Y más que nada, al matar a esos indios, si uno muere se levantan ciento! Como plagas! Peste!...

—Raza de perros, hay que matarlos a todos! A todos, eso!

—Vengo con un cansancio... que quisiera dormir un ratito!

—Toma a tu huahua, cuñadito lindo. Bésale, para que le contagie tu valor! Voy a hacerte un buen quemado para confortarte! Con hueso de indio quisiera hacer el fuego!

—Qué rica hembra es mi Leonarda! Caracho, y ahora que está preñada, mejor!

—Por eso le premias, Casianito, mandándole a Quito. Pero... ¿no le hará mal tanto movimiento?

—Hombres adefesios, hombres inútiles... sepan, de una vez, que no estoy preñada! Pura fantasía mía había sido todo. Mamarrachos de hombres!

—¿No serás vos mejor la māmarracho machorra? Y todavía premiada...

—Mejor callemos, Casiano. Estoy convencida que, para el bien de todos, es que no tenga hijo alguno. ¿Premiada yo? El premiado sois vos, maridito lindo!

Ante los ojos del bizarro Gamacho, ahora desenvuelto y opinador puesto que ya era héroe... los cónyuges encontraron sus pensamientos: el marido no sintió pena ni vergüenza por la noticia brusca de su paternidad fallida. Jamás se sintió padre, nunca anheló un hijo... Y ahora, ante la inminencia de un viaje proyectado, decíase: "mejor que no haya venido ningún huahua. Andar con maletas es para sufrir mismo. Mejor libre de otra responsabilidad!" Leonarda refocilábase anticipadamente por el éxito de su viaje a la Capital...

(1) EL MERCURIO

Diario Independiente de la mañana.

Cuenca-Ecuador.- Sábado 18 de Abril de 1925.- N.º. 143

L A S A L

Hemos callado algunos días, hasta ver si la esperada solución venía a desterrar del tapete de la discusión el bullado problema de la sal; mas en vista de que la situación del pueblo es tan tirante y quizás más que antes, permítasenos exponer, desde las columnas de este diario, algunas reflexiones al respecto.

Sustituída la venta directa por medio de boletos, el comercio de este artículo indispensable, se ha tornado más difícil que nunca; pues, aquellos que son dueños de dos o más boletos, venden estos a los campesinos; de tal manera que el precio de la sal ha subido exorbitante.

No decimos que son las autoridades que tienen participación en este menguado negocio; son los compradores, el pueblo de alguna comodidad, en una palabra, el que se cree con derecho a explotar a la raza indígena.

De las situaciones anormales surgen muchas riquezas de

hombres acostumbrados a medrar con las miserias y calamidades del prójimo.

Para cuántos la necesidad de los otros, es una mina de oro de altos quilates!

Creemos, por otra parte, que los mil quinientos quintales de sal que últimamente deben llegar acá serán distribuidos equitativamente al pueblo.

En la providencia dictada por nuestras autoridades, miramos nosotros el principio de la normalización del precio de sal, siempre que el espíritu de justicia y el de vigilancia (éste sobre todo) imperen en todas las decisiones de las progresistas autoridades.

Bien comprendemos la equidad del Señor Gobernador; mas es preciso que ahora como nunca, vigile con estrictez todo lo mediata o inmediatamente relacionado con este asunto; de otro modo la sal que debe llegar aumentará solamente el lucro de cuantos no tienen para el pueblo sino desprecio.

Además, si este artículo no llegare, por cualesquiera motivo que sea, a la Colecturía, el monopolio llegaría a su colmo; puesto que la sal fuera a llenar despensas privadas y entonces, claro está que el precio subirá escandalosamente, según el parecer de los acaparadores.

Sal para el pueblo y no para privilegiados, tal es la fórmula que debe seguir el patriotismo en la hora presente.

La situación general es aflictiva y desesperante y por ello mismo se ha menester de mucho tino para remediarla definitivamente.

(Es fiel transcripción de la primera columna.- Respondo: G. h. M.)

PONCHO: BANDERA DEL INDIO

1

Ríos crecidos desembocaron los indios, por toda latitud, al Tablón amarillento y ancho con su tórax tendido al galope de los insurrectos. Mujeres, cargadas con sus hijos y sus lligllas con mote, hacían hogar común con los de Ricaurte. En fraternidad raigal, se convidaban comida, chozas y abrigos, sabiendo todos que la causa era grande y la meta final sería repartida colectivamente, en beneficio de la comunidad. Cuando alguien no había traído alimento, le presentaban un plato colmado de mote y de ají, de arroz de cebada o de harina de arvejas con coles, con la sonrisa cordial y la mano extendida en dádiva generosa y caballera. Aquí en el Azuay, el indio no se muere de hambre, no. Se muere de inanición intelectual, por falta de gimnasia cerebral que temple los músculos de sus ideas y su personalidad. Y su problema no es ni siquiera de tierra porque, bien o mal, tiene para trabajar su faja de tierra favorable que le produce suficiente para no pedir, al extremo, misericordia al amo por la comida imprescindible. Bueno: hay algunos lados en los que el indio no come porque su patrón no le deja sembrar su tierra por las continuas ocupaciones que le da, pero... siempre halla su tiempo para trabajar colectivamente, en recuerdo del Incanato provechoso. Su problema esencial, insisto, es cultural, culpa

directa de los blancos y del Gobierno que no pone en vigencia sus magníficas y cacareadas intenciones para educarlos...

—Toma, tío, toma... comidita no ha de faltar! Así como tenemos comidita, tuviéramos rijles! Lindo fuera!

—Jusiles sí tenemos algunitos. Pero sin balas... ni valen también! Del tiempo de Coronel Vega son, robados!

—No importa, hermanos! Nos basta con el corazón, carajo! Verán lo que les hacemos a los laichus!

—Cierto mismo es, Don Puma! Pero ojalá asome pes Ud...

—Primero muerto que vencido. Siempre estoy presente!

Puma de Vivar alentaba sus arterias contra los grupos indios, cuyas yugulares se hinchaban en el pezón de las kipas machos. Armados de palos, de escopetas, de machetes, de chuzos, de todas las armas habidas entre ellos, estaban ansiosos de agredir a los laichus dentro de su campo, en su agro: que debía protegerles y darles la victoria. Las armas les parecía que tenían corazón, porque bajo sus pulsos latía algo como el centro de la sangre de los tallos de acero y mortandad. Serpientes chatas, plateaban los machetes en el Sol quemando los sembríos abandonados, pero siempre fraternales. Entre vivas sonoros y risotadas recibieron a los indios de "El Edén" de Casiano. Los abrazaban todos, quitándose, para mostrarse efusivos. Las mujeres ofrendaban pilchis de chicha brava en su pupila amarilla que refrescaba, sin embargo, las gargantas cansadas de los recién llegados. Las hachas ponían su media luna azul contra el cielo, y los puños de los runas aferraban el mango de las armas relucientes. Echados los sombreros atrás, los ponchos en coqueta banderola, los calzones a media pierna, su porte era guerrero, altivo de estatuaría. Hablaban, como no lo hicieran hace siglos: riciamente, en posesión de su lengua, de sus pensamientos y sus cuerpos. Hablaban libremente, como cuando los Inkas del Cosko no se inmiscuían en los dominios del Cañar!

—Vengan, hermanos! Todos hemos de luchar! Y hemos de vencer!

—Ahora es cuando termina el laichu!

—Bienhecho de venir donde nosotros! De aquí 'mos de ir a ciudad y ahí 'mos de ver si nos hacen correr de nuevo! Jajay!

—Caris pecho duro, somos! No nos han de vencer!

—Y eso que Uds. no han visto estecito!

Saliendo de entre sus compañeros, Leandro Cayancela se irguió mástil de bandera decidida, flameando su poncho al brazo izquierdo. Todo el cielo tornose colorado en los ojos de los indios, que admiraban al hermano de su Raza. Viéndole vestido de bayeta, con sus ropas de soldado al brazo, no osaron hacerle reconvencción alguna, interpretando todos la actitud del Cayancela. Crecía la silueta del Leandro junto a las tetillas de su viejo padre ufano del hijo: que polarizaba las aortas del longuerío estremecido.

—Ven onde nosotros, Leandrito, juntos hemos de joder a laichu!

—Sí, Puma, aquí estoy! Para lo que sea: para la vida o la muerte! Tienen que respetarnos a los indios, carajo!

—Ari, Leyandrito, ari!

—Juntos 'mos de vengar de todo lo que nos oprime el blanco, hermanos! Hay que ser valientes, pero!

—Todos somos caris! Caris de sentir somos, Leandro!

—Quiero quemar aura esta ropa puerca!... Quiero que todos vean. Traiga la gasolina, tío Ramón!

—Yo trujé hijito; yo tengo. He aquí!

—Gracias, taitito! Traiga ya!

En el centro de la esfera compacta de pechazos indios, en mitad de los alientos ansiosos de los runas, con cólera, bravo, Leandro Cayancela tiró los trapos soldadescos. Pisándolos, con sus pies descalzos de oshotas, escupía sonoramente, con baba de volcán abofeteado. Regó el combustible y prendió fuego. Pronto, un vapor temblaba entre los pechos curvados ante las llamas y los indios de un lado veían titilar los cuerpos de los de la otra banda de la pira.

—Hermanitos... quiero hacer confesión... quiero pedir perdón a todos! a todos! Yo me metí de soldado porque estos botones dorados me tentaban como a mujer... a fea mujer...

—Tauca caricunahuan juchallig huarmi, en runa shimi llamamos!

—Como a niñas mañosas...

—Sí, como a niñas mañosas! Yo creía que dentro de estas ropas no sería más indio, sino solamente soldado al servicio de

la Patria, como decía yo . . . Y yo andaba recto, sacando pecho traicionero, medio como borracho de ser soldado, de tener rifle, de poder disparar tiros y carajiar a cholos y a indios . . . Perdonarán! Pero no hay mal que por bien no venga! Cuando pegué culatazo a tío Ramón, me dí cuenta de todo, me quité esa borrachera de ser soldado caca y vi claro! Si vieran . . . algo se me rajaba en corazón!

—Bien escarmentado estás, Leyandrito, hijito . . .

—Sí, todo el cuerpo me cimbró fiero, y me di cuenta de lo mal que había portado desertando de la raza de nosotros al meterme de soldado! Soldados no se dan cuenta que son indios como nosotros o, a lo más, cholos: que son todos pueblo y que todos somos explotados por el blanco. He leído un poco, siquiera 'eso he aprendido, y sé más que Uds. y por eso hablo así, no por echar prosas a Uds. que no hay por qué! Vengo a pelear con Uds. Shungu con shungu contra el laichu! Somos runas y tenemos que hacernos respetar, carajo! Tenemos que vengar a Istico! Viva Istico Yungaycela! Den trago por Istico Yungaycela!

—Viva Istico Yungaycela!

—Vivaaaa . . . 'mos de vengar a Istico Yungaycela!

—Como bueno murió Istico! Sí usó bien puñalito que hizo de machete partido!

—Aquí está Tomachito de Istico!

—Ven, Tomacho!

Cogiendo al hijo del Estefanía, el Cayancela lo izó arriba de las cabezas levantiscas. Lo puso encima de sus hombros y lo sentó sobre ellos. El niño imaginaba que era cóndor sobre cumbrones hirvientes de bravura. Leandro, con la mano izquierda, empuñó la shila de aguardiente y se la zampó de tiro, altamente, miranjo fijo a los ojos del Tomachito que, ese momento, ni se acordaba del pijuano.

—Lástima que no dejaron a nadie coger puñal de taita, yo también hiciera lo mismito!

—Que buen carizote, carajo!

—Viva Tomacho Yungaycela!

Vehemencia nerviosa alzaba el viva, hacia las montañas atisbadoras de la escena. Los runas pateaban la ceniza de las telas redimidas, y rompían los botones con las culatas de las es-

copetas. La gritería punteaba de chispas el cielo, cabeceando el viento en las kipas y bocinas que soltaron a bramar con más gana de entusiasmo. Carrillos hinchados se estiraban en el emboscado esfuerzo de pitar las caracolas, que... aunque pese a los indios, semejaban pechos de blancas madres, repletos de leche, y mamados por los kipadores huelgueros!... Cuando cesó el griterío percibieron el llorar de una india.

—¿Qué pasa, pes, tía Magdalena?

—Alaú... alaú... blancos fieros ni salsita dieron!

—Todos mismo estamos huelgueando por eso. No llores!

—Pero... ni sabe lo que pasa, Don Puma! Dejando a huahuitos en cerro, almiticas solas, boniticos solos, bajé a ciudad a llevar piti salsita para dar de comer. Piti mote dejé, piti raspapurita dejé, piti algoito dejé... Huahuitos tiernos, abandonados quedaron, dejando sin taita ni nadie grande a que cuide... Alaú... tres días esperando en ciudad, con boleto comprado revendido en cuatro suces, a que den salsita, con todo estuvé, pero... más lo que chapa metió bayoneta en brazo y llevó a Polecía. Sin salsita quedé... Boleto tan robaron todo.

—Todos estamos sufriendo por eso, ya te dije!

—Sí, Don Puma. Pero... cuando regresé a cerro, a choza mía, a hijo más maltoncito ha robado Teñente Político! Otro huahua cuenta que malmodió mismo para llevarse. Pero Teñente niega todo! Qué tan haré! Hele aquí está huahuito que quedó...

—Carajo! Ya te hemos de vengar de todo! Espera no más! Con más gana les hemos de joder!

—Aguarda, Magdalena, aguarda!

—Ni marido tengo, yo viuda, para que vengue... ojalá hagan pes Uds. algo! Uno miso somos todos!

—'Mos de pararnos pero!

—'Mos de pararnos mismo sobre laichus bandidos!

2

Aglomerada la ciudad en el Parque Calderón, prendía escupularios de fe esperanzada en las cacerinas de las dos compañías de infantes que marchaban a Ricaurte: a combatir a los huel-

guistas. Avisados de la inminencia de que los runas intentaban tomarse la ciudad, dieron orden de ir a contenerlos. Sentados en las bancas de los camiones, los soldados recibían augurios optimistas de los poblanos que introducían sus caras por las ventanillas de las máquinas y espiaban las piezas de las armas redentoras... Los del kaki, tranquilos a medias, apertrechaban sus cinturas con la sonrisa de las niñas asomadas a sus balcones, agitando sus manos enfebrecidas a los fusiles mimados como perros de presa, apiñados en almacigo de acero, oscuro... oscuro y colocado con fruición entre las rodillas del contingente que iba a redimir a la urbe de su angustia destefiada. La muchedumbre gozaba contemplando las viseras de los soldados, en apostura decidida, y las rayas pardas y sinuosas de sus sonrisas aleladas.

Voces de mando, gritos, pitadas, despedidas de las chapulas que quedaban sin adivinar cuál sería el sino de sus maridos. Trepidaba el zinc del techo de las máquinas sobre el empedrado que, con sus puños plomos y pétreos, atajaban el viaje de los carros... Muerte reconcentrada portaban los fusiles en sus venas invisibles. Y las ruedas giraban con el ansia de los blancos escalofriados de incertidumbre... porque no tenían seguridad en el triunfo de los defensores de los "Bravos del Oriente"... Ah, todos hubieran deseado afianzarse en la ilusión de una absoluta masacre a los de la Huelga!

Desde los miradores de las casas, los prismáticos enfocaban a los indios que, durante el día suspenso, estaban encaramados en el copete de las más próximas lomas circundantes. Manchitas rojas brincaban en las lentes y, los oídos más atentos y avisados, escuchaban un rumor alargado de kipas embistiendo al viento, desaforadamente, con poder de injuria brava, contra la urbe. Los más prolijos observadores divisaban en los cerros de Machángara un tremolar continuo de ponchos y de trapos colorados, como si hubiesen sido hervidos y teñidos en la combustión de la sangre de la Raza engatillada en tumultos irrestrictos. Pero nó! no eran trapos colorados, sino únicamente las marejadas de ponchos rojos, salidos desde los hombros indios, a trepar los aires en bandera cimera de combate, en bandera lista a aullar, izada al tope de las clavículas indias. Llameaban su

coágulo rojo los ponchos, que lo mismo servían de cobija nupcial, que de mortaja o de enseña levantisca!

En Cuenca, por las calles anegadas de multitud, seguía el camión de la Cruz Roja, con periodistas, estudiantes, monjas, el Director de Sanidad y más gente que, compadecida de la suerte de los runas atrevidos en manos de la tropa "bizarrísima" . . . iba hacia los campos duros del Tablón, a curar heridos, a cazar noticias o por malsana curiosidad.

En el trayecto de Milchichig, pedradas vigorosas abollaron la capota de las máquinas que volaban sus miedos bajo el chisporrotear de las risas indias subidas en las lomas, asidas a los barrancos asoleados. Tiros aislados, agujerearon el cielo ileso de distancia.

En la pampa de El Tablón, los huelguistas aguaitaban a la tropa, mamando y escupiendo sonos coléricos del pezón recalentado de sus kipas. Chupaban las caracolas con anhelo moroso de braveza, pasando lenguas calenturientas por toda la cúspide del instrumento mandón de sonos. Ponían aguardiente, mezclado con pólvora, en la boquilla de las kipas y las volcaban, cabeza abajo, chupeteando el líquido que impregnó la concha, a que las voces fuesen más roncás y permanentes de estallidos. Sin uniformidad, saltaban en un remover de maíz en el plato amarillento de la meseta arrugada del afán con los pechos conciertos que olvidaron el arado por el machete macho y hambriento de cecinas. El paisaje salía de esos hombres rudos, y sus parcelas no adquirirían la mansedumbre pacífica de rendir cosechas y jilgueros, sino que estaban encolerizadas, hirsutas, despeinadas, en actitud de cabeza crepa de iras. Hasta a la misma vibración del aire se la podía coger entre los dedos, y triturarla como granos de pólvora o mecha de dinamita apenas encendida . . . Circulaban, parvamente, botellas de puro. Casi todos emborrachaban más con la idea de la Huelga, antes que con la esencia máscula y perfumada del aguardiente omnímodo. Hablaban con voces potentes, abrazándose entre ellos, cada cual arrogándose de la acción que prometía cumplir con los soldados. Sólo Juan Puma de Vivar, Cayancela y Piña estaban animando a todos, aunque sin demostrar petulancia ni desarrollar vanidades estériles. Seguros de sí mismos, pasaban sus manos por

los lomos de sus armas y sonreían siniestramente, acariciando lo aceros, tal que a pumas impacientes...

—Jay... ya dizque viene la tropa! 'Mos de ver quién gana, hermanos!

—Yo ca cabeza de oficial he de poner en este palito! Mejor en punta de machete: con piojo y todo! he de poner mismo!

—Yo ca shuyu rurus cortando he de botar!

—Jay... 'mos de ver quién puede!

—Oigan, hermanos... no hay que ser alocados! Esperen no más. La tropa tiene fusiles y ametralladoras, que nos pueden fregar en media hora a todos! Yo conozco, no hay que dejarse morir de gana! Esperemos!

—Cierito dice Cayancela, él ha sido soldado y sabe mismo! La bala vuela, hermanos! Con machetes no podemos hacer nada! Pero han de ver lo hombres que somos!

—Siempre el Don Puma con sus cosas de cobarde...

—A la hora de la hora en dónde también estará metido!

—Pero bueno es Don Puma!

—No insulten a Puma, eh! Caris somos todos, pero debemos cuidarnos, no es por miedo, carajo! Con diez de Uds. puedo pelear, pero no quiero darme de hombre ahora. Y los soldados pueden pelear con 50 de nosotros, porque tienen arma buena, que avanza sin arriesgar el tirador. Hay que ser prudentes! ¿Oyeron?

—Qué Leyandrito también... chambón ha sido... cualquiera viene trayendo metrallador para nosotros!

—No pude... apenas me traje yo, hermanos!

No obstante de que el Leandro encendió raudamente sus pupilas cuando les desafiaba, todos los runas se mantuvieron quietos como la otra vez... con Puma... Acataban sus palabras. Algunos querían ir al encuentro de él y decirle que eran más hombres, pero conteníanse: fraternos con la Huelga. Res-tallaban las hondas en un afanado entrenarse de lucha, dando el eco de su chasquido en la cara violeta de los montes vecinos, junto al calor milenario brotado del stadium Pachamámak, el adusto pucara de los cañaris que hoy embestía, con otros hombres, contra el mismo blanco... Rugiendo amenazas, saltaban por la tierra arisca. Con sus músculos agolpados de vesania, pro-

baban sus hachas y las puntas de las lanzas coloniales en la greda férrea de esterilidad y que, empero, se rajaba en su primigenia desvirginación de sangres y de gritos... Los fusiles, sin bala, eran empleados al modo de cachiporras... Reflejaba el horizonte las evoluciones de los runas ágiles, posesionados de su virilidad encoraginada, altisonante de bravura.

Aullido fiero extendió su garra contra el cielo y apretó las nubes viajeras, cuando los indios vigías gritaron al percatar la presencia de la tropa a distancia de diez cuadras.

—Soldados caca shamungui! prepárense, hermanos!

Les provocaron con sus sombreros, con sus ponchos y les lanzaron uno que otro disparo de escopeta. En línea de tiradores atronó el foguear de los rifles imprecisos. Los indios reían de la tropa y cargaban nuevamente sus huaracas enviando, a los del kaki, puñetazos hirvientes de piedras, tajando el aire que se rasgaba en los silbos del huelguero. Muchas veces los indios confundían sus descargas con el sonar de los fusiles de los soldados, y se aturdían, bisonños en el arte de matar... en la ciencia de extirpar al hombre. El terreno ampliaba sus voces brincadoras. A lo lejos se divisaban los cercos de parcelamiento, chacras escasas, fajas de tierra humedecida naturalmente y propicia para arar... y que era abandonada por el furor de la embestida, entusiasta incesante de palabras y de saltos. Mientras las compañías avanzaban precausivamente, cayeron algunos indios heridos. Continuaban los soldados arrastrándose entre los chaparros raquíuticos del pampón árido de frutos. De corona contra el cielo, los runas estiraban sus pechos a los infinitos cardinales, sin cuidarse de encubrir su tórax, ni de escamotear la bulla desesperada en apelotonamientos urgidos de sus músculos, sueltos de amenazas. Peleaban libremente, con nobleza, enseñando los escudos de sus tetillas, lejanos a la estrategia del escondite salvador, burlador... Muchas ocasiones, el Cayancela ordenó que se tendieran, pero le contestaron con ajos fuertes, haciendo caso nulo de su mandato. "Carajo, somos caris! y esconder pecho en tierra es sólo de mujer mañosa! Runa siembra tierra, y sobre tierra ha de morir, gran pota!"

Bamboleaban las chilcas delante de las miras de las armas. Relampagueaban candela de los ojos de los 7-9, tendidos de cas-

tigo hacia los huelguistas que fugaban entre los tallos verdes de las chacras. Llevaban de preferencia a sus heridos los indios levantados; los escudaban con los runas más anchos de tórax. Iban, entre los ladridos de los rifles de la soldadesca tras sus huellas, en persecución de una venganza enviada por el blanco contra el indio...

—No dejen morir... han de cogirme soldados de laichu! Leyandrito!

—No, tío Ramón! Agarre a mi pescuezo. Vamos... Puma, ve que fuguen sin presentar mucho blanco! Les dijimos a los sordos, carajo!

—No tengas miedo, Leandro! Es tontera meterse con escopetas contra rifles! Pero no nos han jodido del todo! No hay mucho muerto!

—Pero no debíamos morir ninguno de nosotros, carajo! Vamos, tío Ramón!

—Vamos, Leyandrito, gracias! Dios sólo pague...

—Ya empiezan echar tiros con metralladoras... Oigan!

Innúmeras erres gangosas escribieron en el aire las máquinas Z-B., al abaniquear el paisaje con puntas de acero y de muerte rafagueada. Disparaban de bruces en el suelo, agazapados, como hienas babeantes, traicioneros y reptantes, ensañados de destruir al indio y aniquilar su sangre resurrecta. De un bote prodigioso saltaban los runas al otro lado de las pencas plomizas que mostraban solamente sus espinas puntiagudas y erizadas.

—Cayancela... si tuviéramos metralladoras, pusiéramos espinos! Más balas que soldados tuviéramos entonces!

—Tontera, Puma! No sabes lo que te hablas! Fuguemos por ahora! Antes que nos jodan, volemós! Nuestros pies vuelan más que patas de laichu! Agarre, tío Ramón!

—Sí... no nos queda otra cosa que correr! No tener armas, para no morir tontamente!

Ladraban los perros a las armas de las compañías que asentaban sus tacones con ruido siniestro. Chillaban los huahuas en las casas invadidas por la soldadesca; hallaban platos empapados de comida, asientos tibios recién abandonados por el longuerío. Los oficiales se esmeraban en buscar a los indios, por todas partes, aguzando la vista y erizando el oído.

—Se hacen hormigas estos perros!

—Como el humo desaparecen! Aquí estaban... y ya no hay nada!

—Pero roncha les hemos de hacer! Las cabezas les hemos de machacar a culatazos!

—Con los tiros que les hemos disparado, más de 200 deben haber muerto! Pero no parece ni uno solo! ¿Qué pasará?

Botándose por las quebradas, los huelguistas se escondían de los tiradores ciudadanos que no atinaban a verlos, sentados, tras los árboles gigantes, esperando toda actitud de los agresores armados con máquinas de gringo. Cómo les dolía el silencio a los runas! Cómo se les atravesaba la pena en las gargantas hechas a gritar potros, y a domar toros rijosos en los hatos! Cómo se quebraban las manos contenidas que no encabritaban en humano enarbolar de puños acertados! Hubieran querido gritarles que tenían no más que cinco muertos, y ocho heridos, pero que se escondían porque se daban cuenta de que no podían pararse en desigualdad de condiciones!

—Carrajú! No tener armita como ellos! No tener armita que ni saben usar!

—Carrajuuú... corazón sonando como rifle está! Corazón de todos como metralladora está!

—Corazón de todos sí fuera mejor metralladora, roncha hiciéramos!

—Honda no hace nada! Han de botar matando si cogén, carajo! Volemos...

—No dejarnos matar es victoria nuestra, carajo!

Y esta interjección briosa era emitida quedamente, ronca, envuelta entre las piernas de los runas que casi lloraban al precisar que las montañas lelas no retumbaban con sus carajos machos y autoritarios de dominio. Suspiraban con lágrimas ternas, al perderse la gran sonoridad de los insultos, haciendo un inaudito esfuerzo para que sus nervios no cayesen, de una vez! sobre las cachuchas desteñidas. En las lomas, a tres cuadras del grueso de la soldadesca, asomaban siluetas de indios águerridos, tonantes de expresión, con el cielo liso tras sus lomos, y con las nubes embistiéndoles los hombros. Repercutían los caños de fusiles, expandiendo sus detonaciones a los sembríos disminu-

tos que emanaban salud al olor acre de la pólvora, vana para los runas cumbranos, que hacían gestos indecentes, secundados por el flamear decidido de los ponchos lenguaraces. Cuando disparaban los soldados se escondían, recibiendo risotadas al cesar de los 7-9. De nuevo, erguidos otra vez en sus pies potentes, los runas comenzaban bromas insultantes y de bochornosa sorna, junto al hervir del coraje del pelotón inútil...

—Dales yuca, Puma!

—Ahí les mando! En el aire van a oler cojón de hombre, esos vendidos!

—Ya vienen los soldados, corran breve!

—Corran a esconderse!

Tras los talones mismos de los indios resonaban con furia las pisadas de los cuartereros broncos de venganza. Las armas, mal ajustadas, sonaban sus mecanismos infundiendo pavuras al viento que se perdía dentro de las montañas azulecidas del horizonte suspendido. Dispersos, los indios volaban, por donde más les ayudaba su instinto y la reciedumbre de sus muslos. Un hombre no pudo poner suficiente distancia entre sus perseguidores y, de un salto gigantesco, tiróse tras una cerca. Se agazapó. Las moras le arañaban con sus espinas imprudentes, traicioneras, diminutas... Pero tenía que permanecer callado, como muerto, conteniendo su aliento, con las manos en la boca a que no se le escapasen blasfemias ensordecedoras y mortíferas. Apelotonado en el suelo, junto a su mismo resuello, intentando hundirse dentro de la misma vida palpitaba su corazón retumbante, se estaba quieto, estático, metido medio cuerpo en un agujero de la cerca, semejando piedra sus espaldas... Pasaron los soldados al trote, diciendo que juraban y rejuraban que por ahí no más debía estar el fugitivo... Aplastaban las hierbas secas... Las moras arrancaron con sus ramas una gorra de soldado que, por la rabia, nadie se detuvo a recogerla. Sabían que el indio estaba "por ahícito no más, pero... ni ónde para asomar!" Pasaron rápidamente los milicos, ajetreados en su afán de asesinar! Juan Puma de Vivar parose de un bote soberbio, tomó la gorra y, calándosela, cambió de voz mientras ordenaba a los soldados:

—Vayan recto! Por ahí vi al cabecilla de la Huelga! Dis-

pareen! A matar indios! Disparen! Vayan recto, soldados flojos! Apúrense, que se escapa el mitayo!

—Ya vamos, mi sargento! Camine, la tropa!

Por el lado opuesto de los soldados Puma de Vivar relampagueaba su risa, al par que entre sus dientes apretaba la cachucha salvadora!

—Bestias de soldados! Qué lindo les engañé! Si me cojen, me joden! Jajajaaa!

—Bienhecho, Don Puma! Siga dándoles yuca y yuca! Jajay! Lindo burló!

—Mándales todo lo del hombre en el viento!

Cada cual mentaba los atributos varoniles, en el colmo de la valentía, de la masculinidad orgullosa de su fuerza entera y de su sangre restallantes. Asomaban sus cabezas hirsutas de desobediencia, sórdidamente. Luego agazapaban a su tierra, como para tomar más brío y burlándose furiosos de los del kaki.

—Ahí están unos indios! Cerquita, mi Subteniente!

—Disparen todos!

Casi en burla soltaban las balas, seguros de no hacer impactos. Ponchos y sombreros persistían tras las cercas denunciadas. Veían que algunos tiros sí daban en el objetivo, pero que no se tumbaba el blanco... Acercábanse cautelosamente, y miraban volar por los aires las prendas amarradas en palos, con befa mordaz!...

—Se juegan con nosotros los runas asquerosos!

—Al principio corrieron de miedo, pero ahora no... se recrean, carajo!

—Allacito vi unos mitayos, mi Teniente!

—“Allacito”, “aquicito”, maldición! no hay indios en ninguna parte. Me cisco en mi madre!

—Digo lo mismo, mi Teniente!...

—¿Cómo, desgraciado?

—Sí, mi Teniente. Digo que por todas partes vemos indios, pero no asoman!

—Ah... eso es otra cosa! Cierto, Sargento! Malditos runas!

Tras un matorral desangraba su pierna derecha un viejecito. Vendaba su herida con pedazos de su poncho de hilo blanco con azul y apretaba entre sus dedos el boquerón del tiro,

chorreando la sangre por los hilos de la tela. Con sus canas derrumbadas a los ojos, sus venas más abultadas en el brazo desnudo, sus mejillas cetrinas por el dolor, todo él contrahecho por el plomo que le picoteaba como víboras traicioneras sus nervios, callaba el indio. Cerró sus párpados cuando los cuartereros le cayeron a culatazos. Con saña voraz de herir cuerpo a cuerpo, tundían el cráneo y el tórax del anciano, que no se quejaba, recibiendo el castigo estoicamente. Los soldados, ciegos de frenesí homicida, veían en el viejo la personificación de toda la huelga. Y obraban... ferozmente! Los labios rotos del ruco, por el instrumento mortífero de los soldados, injuriaron en quichua jocundo, en mitad misma de los pantalones lodosos.

—Laichucuna piti shungu! Ismushca shungu!...

—No hagan eso, soldados!

—Te vamos a rematar, canalla! Aguanta!

—Laichucuna ishpashca shungu!

—Esperen...

—Pero si es un indio no más! Y al runa que cojamos le ofrecimos trucidarle!

—Laichucuna asnag shungu!

—Deténganse, soldados! Por el amor de Dios Bendito!...

Las monjas de La Caridad, asustadas por las blasfemias de "los hijos de Marte", convenían que eran cosas de la guerra... y, juntamente, con los estudiantes de Medicina, barchilones y demás gente de la "Cruz Roja" impidieron que continuasen los atropellos, conteniendo el afán de ruindad acosada por la vesania bélica...

—Vayan mejor por ese lado, soldaditos!

—¿Por dónde dice, reverenda Madre?

—Por ahí, por ese lado... vi unos runas!

Alejados los cholos del rifle por el lado opuesto al herido, un practicante pretendió curar la lesión del ruco. Sobre los grumos negruzcos del boquerón, reposaba la sombra de una toca monjil...

—Déjate vendar la herida, hijito!...

—"Hijito"... aura! Antes ca daban tiros con tostadera, no! No quiero! Mana!

—Déjate, indiecito, sé bueno, por Dios clemente...

—No, madre, runa soy, y ellos... Uds. ca blancos son! Blancos que vienen con armas son! Creyendo que todos íbamos a morir hasta a Uds. monjas han traído, pero!

—Pero si nosotros curamos a todos... Déjate curar, indiecito lindo! Viejito...

—Anchuy, laichus! Dejen no más así! Anchuy hey dicho!... Aura ca Dios, pi!

—Silencio, perro viejo! Ahora vamos a ver si no te dejas!

—Ajjaaaaai! Ajay! Ajjjjayyy! Jayyy!

Tundió las laderas el grito estirado del anciano, apareciendo diez indios a media cuadra de distancia, en dirección contraria a la que llevó la tropa. Acercándose, desenfadadamente, amenazaban los huelguistas. Lanzaron piedras que anidaron en las polleras de las Damas de la Caridad. A hondazo limpio, obligaron a huir a los curanderos a la Capilla de Ricaurte. Trabadas en sus hábitos, las monjas rodaban sintiendo el bote de las pedradas en sus sombrerozcos religiosos. Sin cuidarse de ayudar a las señoras, los estudiantes volaban, cada cual desplegando su instinto mayor para salvar sus vidas. Fugaban... revolviendo las cabezas y contemplaban las caras de los indios, bramando rojezes en sus bocas desjarretadas y espumosas, tendiendo sus garras a hacer presa, alocados sus brazos en las vueltas de las hondas chicoteantes. Las cargas de las huaracas hacían blanco en los lomos ciudadanos que, hechos arcos de dolor, despavorían implorando a sus santos a que les salven de la longada hispida. Cuando estuvieron frente a la iglesia todos los del contingente blanco, las puertas se les abrieron junto con la sonrisa de Taita Cura, que cariaba hasta los ojos. Los jóvenes empujaban a las mujeres queriendo ser ellos los primeros en protegerse dentro del ruedo tibio, tabacoso, espeso y sagrado de la sotana.

—Entren, entren, hijitos! Para todos hay asilo en la Casa del Señor! Entren...

—Yo primero! Yo primero! Me cogen los indios! Socorro!

—Den preferencia a las madrecitas, hijitos...

—Qué preferencia! Nosotros primero! Vienen los indios!

El arma primitiva de los runas rebotó sobre los cuadros del templo, arrancando polvo del tabernáculo dorado; una rata huyó medio remolona de pereza y de incienso. Cayeron las piedras

en las cruces de las puertas, cerrándose, estruendosas como cáñonazos en los confesonarios atascados de susto, de carne de barchilón cobarde. La violencia de las barretas metidas entre las abras de las puertas, infundían pánico romo.

—Señor Cura... Ud. que está en su Parroquia, debe hacerse respetar.

—No nos deje matar, taita curita! (1)

—Haga algo para que calme la ira de esos salvajes, Señor Cura!

—Taita curita, haga que no nos maten!

—Bueno, Madrecita... Pero rezarán por mí!

Con raudo revuelo de su falda orillada de lodo y de hierbas secas en la verdura de su sotana vieja, subiose el Señor Cura de almas a una mesa, para desde ella alcanzar una ventana. Con precaución extrema, abrió primero las maderas, luego los cristales, y después... sus labios...

—Hijitos... Indiecitos...

—Llugshi, Taita Cura! Esto cosa de hombres es, carajo! Llugshi!

Percudiendo su autoridad burlada, su imperio que desde siglos estaba encima del mitayo, el Cura recibió el polvo del ladrillazo sobre su corona, cuyo ruedo sintió el remezón de la llamada a la cordura...

(1) Estas frases, pronunciadas en 1925, volvieron a ser repetidas en boca del Dr. Jorge Merchán y de su asistente Vinuesa, cuando los indios de San Cristóbal y Guachún los asesinaron en la Iglesia Parroquial. Los hombres de la Misión Andina, habíanse asido a las polleras del párroco, un tal vejastrón Miguel Guaricela quien, con bestialidad de inepto y de verdugo, los dejó asesinar a sangre fría, a sangre que estará sonrojando las mejillas del Cristo Redentor. Guaricela, en su conciencia de indio desclasado, traicionero de su raza, fue instrumento de quienes, en un desfile "grandioso" incitaron a los campesinos contra los "COMUNISTAS"... En procesión de imbéciles cristeros sanguinarios, se confundió la efigie del Crucificado con el resplandor de los machetes desnudos de exterminio. Vivaban a Cristo Rey, pero pedían sangre de hermanos: que no tenían otra culpa que ser demasiado incautos e indefensos para denunciar las mañas de clérigos de saco y de polleras, pretendiendo captar la Presidencia de la República con estos procedimientos de histéricos rufianes de la ciudadanía.

- Todo en vano, madres! Todo es nulo, jovencitos!
- Garamba... que estos indios son fieras de bravos! Nos zafamos de buena!...
- No respetan ni a un santo ministro de Dios! Recemos... a ver si Dios se apiada!
- Recemos, a ver si Dios les inspira a los runas a que no sean tan bestias!
- Señores... Yo sé lo que les digo: cuando se enfurecen, hay que dejarles. Con el rumor de nuestras santas preces no haríamos sino embravecerlos más. Recemos en nosotros mismos.
- Señor Cura sabrá...
- No tengo mando ahora. ¿No ven que han venido de todas partes? Y un tal Puma de Vivar y un tal Cayancela y un mentado Piña son los legítimos cabecillas! Estos indios... Dios, con su divina paciencia y su manso aguantar, me los proteja!
- Hay que matarlos!... Cierto! y no sabemos el fin del Director de Sanidad ni el del Dr. Banegas, ni el del Subdirector de "El Mercurio"! Pobres...
- Bien amados hijos míos, ausente estuve yo de este mi curato. Es el primer regalo con que el Señor quiere obsequiarnos al retornar a nuestra parroquia. Oremos, pidamos con fe por nuestras almas, para que de la petición humilde pasemos a la posesión eterna de Dios que nos hizo para *Sí. Beati mortui qui in Domine moriuntur*... Dichosos los muertos que han muerto en el Señor, les he dicho, amadísimos. Con el fin de dar gracias a Dios por esta circunstancia, recemos, oremos, roguemos, deprequemos, supliquemos...
- Cállese ya, sotanudo cretino!
- ¿Por qué se va a callar, amigo? Que siga no más... de estos monigotes salen los prelados.
- En estos conflictos en que estamos y viene con pendejadas cristeras.
- Dios les demandará por estos ultrajes verbales, señores.
- Dios no es estúpido como Ud., mayoral empollerado!
- A dos kilómetros sonaban los tiros de la tropa que fatigaba incansablemente sus índices en los disparadores, pero que no lograban bajas efectivas y concretas en el Huelguero. Con malos aborrecimientos los runas se alejaban del curato.

Un interno del Hospital, que no pudo encerrar sus timideces en el templo, porque los indios le cercaron el paso; comprendiendo su situación, desplegó sus piernas hacia la carretera real, donde dejaron los camiones. Al principio intentó agazaparse tras una piedra enorme, luego entre una chacra . . . Divisado por los mitayos, que dieron la voz de alarma: voló! Tropezando con los huizhus ariscos, zigzagueando su cuerpo a los guijarros que los indios disparaban, con halcones enloquecidos de rabia, en cada hondazo. Palpaba el presunto médico las miradas de los huelguistas, aferradas a sus paletas. Le caían las blasfemias en la nuca. El vocerío le estallaba en el corazón achicado de pavor. Sólo sus músculos, tensos de galope, respondían a la idea primordial de salvamento. Ya dejaba a los indios encoraginados cómo a 20 metros de distancia, cuando el aire roncó con los tumbos de una kipa estrellada contra su cabeza. Delante del prófugo, la concha daba vueltas en la tierra, levantando remolinos menudos a los puntapiés del barchilón que recogía el trofeo, reído, pero aún emparamado . . . Estaba ensangrentada aún la kipa . . . y todavía despedía vientos de llamadas, en su aliento de caracola húmeda de babas saturada de los rencores gañanes. Le habían lanzado su trompeta favorita, en ansia desmedida de herir, como si hubiesen disparado, en vesania incontenible, con el alma misma de la Huelga de la Sal.

—Laichu escapa miso! y eso que tiramos con kipa!

—Kipa no hizo nada! Ella tan' contra nosotros está!

Sonaron los pechos indios resentidos con la kipa, inútil, infidente para tumbar un miserable mestizo. Todos sabían que agredieron al tipo con los gritos multánimes de la Huelga y, absortos, contemplaron que la carrera del fugitivo continuaba . . . luego de que ellos realizaron el supremo esfuerzo de captura, al desprenderse de su pezón bélico, de su teta donde las huelgas mamaban leche de bravura. La carrera del sujeto era más veloz que el viento, más ligera que la luz . . . Fugaba, agarrado su nuca destrozada, mientras sus pulmones soplaban vientos de accidos. Ya estaba a 50 varas de los perseguidores y apenas por los declives del terreno los divisaba, cuando asomó un longo que le conminó silencio. Tranquilizando el susto del barchilón, su sonrisa lo cubrió fresca, al par que sacándose el poncho

le dió su sombrero de paja, casi con cariño. Empujándole con señas, lo condujo ante su pecho, protegiéndole con su cuerpo, hacia la hacienda de Doña Hortensia Mata, para que desde ahí el estudiante siguiera, camino abajo, hasta dar con los camiones.

—Ya estás seguro, amo doctorcito...

—¿Por qué me salvas, pues?

—Agradecido soy... Doctor curó fiebre mía en Hospital de Cuenca. No dirás a nadie que he salvado pero! Cuidado! Upallay!

Esta última frase difería su tono de la anterior; con dulzura expuso su reconocimiento, mas... al final, impuso conminatoriamente el silencio más severo! Casi se dieron las manos, en efusividad cordial de concordia, bajo el cielo cóncavo de gritos y de ecos lejanos y dispersos al borde de la noche.

El mugir de las caracolas marinas eran ininterrumpido en la Huelga salida de madre, en el empuje arrollador de los runas que criaban ríos locos en el flamear de sus ponchos, resueltos de irritación no sofrenable.

JAQUET: ROÑA CIUDADANA

En la ciudad, hasta el aire escalofriaba los cimientos de las casas... Muchos burgueses tenían un miembro de familia que marchó al Tablón... Masticando los corazones en sus suspiros, sus vidas dependían del teléfono de la Quinta "Bella Sombra" que anunciaba la suerte de los empleados de Sanidad... de monjas y demás curiosos que fueron a asistir a la muerte de la Huelga. Las noticias se rectificaban cada cuarto de hora, apareciendo vivos a los que ya se creía cadáveres... Las madres tenían sus almas sobre rezos y conformaban sus ánimos con la fe puesta en las miras de los fusiles. Ataban con corbatas, con trapos de pertenencia de hijos y sobrinos, de novios, de parientes... los cuadros de los santos de mayor confianza, encomendando a ellos las vidas de sus cariños noveleros. En su exasperación urgida de milagros, plantaban patas arriba a las imágenes y, entre bravatas, espetaban a la santa o santo: que así se quedaría, amarrado de por vida y boca abajo, si no guardaba las vidas entregadas a sus manos taumaturgas... El Tablón crecía tras cada mente, y lo topografiaban espantoso, hostil, huraño, conforme sus cerebros sentían la tragedia y el Cuartel General de la Raza Levantada. Hubieran querido que sus nervios fuesen alambres telefónicos transmisores de las novedades de la asonada india.

... En la Redacción de "El Mercurio", todos rodeaban al

Subdirector que narraba sus aventuras en las pampas levantiscas. Casiano escuchaba atentamente, y de sus labios pendía el churchillesco cigarro, cuyo humo entraba a perfumar la medalla de la Virgen del Perpetuo Socorro que Narda le había cosido en los interiores del chaleco. Escuchaba el relato y sus manos aplastaban, por encima del paletó, la efigie milagrosa.

—Pues no han de creer... los indios son peor que tigres de levantados! De puro milagro, vieran, estoy aquí!

—Cierto, Nicanor! Nos diste un susto terrible! Cuando supimos que fuiste al Tablón nos colamos pendientes del teléfono. Cuando, entre llamada y llamada... como quien dice entre col y col lechuga, nos dicen que el Subdirector de "El Mercurio", el Dr. Jiménez y el Dr. Banegas pueden ser muertos! Figúrate!...

—Y como la tropa no llegaba, ni los camiones venían... el alma estaba en un hilo!

—¿Y qué mismo pasó, jovencito Nicanor? Estoy ansioso de oírle...

—Nada, Sr. Quiroz... que íbamos con el Dr. Jiménez, el Dr. Banegas y estudiantes de Medicina, por el lado de Checa ya, porque el Director de Sanidad Dr. Jiménez dijo que había que repartir la ayuda médica por todos los lados. Andábamos y andábamos, cuando el Dr. Banegas y yo nos separamos, sin sentir, del grupo, sin darnos cuenta, conversando... Y, de sopetón! unos indios vinieron a nosotros... Aún creímos que no nos harían nada de malo, que eran paseantes como nosotros. El Dr. Banegas me brindó un tabaquito y fumábamos tranquilos y ajenos a todo, en eso... el rato menos pensado, nos vimos cercados de runas por todo lado! Pero ni en ese instante hicimos mayor caso de ellos, tontos fuimos pues!

—No era valentía, supongo... sino porque nosotros los blancos nos imaginamos que los mitayos no pueden levantarnos la voz, cuanto más pegarnos o agredirnos.

—Eso será, pues, cuando no están de huelgueros! De nó...

—Claro, esa es la verdad. De todos modos dejemos que Nicanorcito siga...

—No teníamos miedo porque, como no fuimos en son de pelea nosotros, mal nos podía atacar nadie. Pero qué impaciente es Ud., señor Quiroz...

—Sí, tiene verdadera vehemencia por el referido...

Casiano, herido por las palabras del Subdirector, iba a lanzarse a la carga, más, se contuvo, pensando que con eso sólo removería los ánimos predispuestos en su contra. Sabía él que especialmente la gente de letras, "los animales de pluma" que decía ladinamente el inmortal R. Crespo Toral Patiño y Sánchez de la Flor, estaban ansiosos de ensañarse en su "honor", en su "honra" y en la "dignidad" del hogar... Parecía a Casiano Quiroz que el ambiente donde estaba era de vidrio y que, de un momento a otro, por cualquier maniobra en falso de su parte, se trozaría: hundiéndoles a él y a su mujer. Prudente, sonrió a la alusión y llegó a tanto su munificencia que ofrendó un cigarro al narrador.

—No, no, Nicanorcito... Es que Ud. no aprecia el que yo me interese por su preciosa vida y la de los valerosos civiles que fueron al Tablón!

—Le agradezco mucho por el cigarro, señor. Sigo: Cuando estábamos rodeados por los indios, el Dr. Banegas, siempre tan embromón y lindo, dijo: "¿Por qué tienen rifles del Estado, indiecitos?" Bastó decir eso, saltaron los indios por todas partes, en aluvión de hormigas, contra nosotros pobres! Revolvimos la cabeza y contemplamos que el Dr. Jiménez y los estudiantes, volaban, como si les hubiesen puesto ajíes... en salva parte! Igualito!

—Valga la imagen vulgar, pero precisa Nicanor!

—No estamos para "literatura", Sr. Quiroz. Deje concluir a mi hermano!

—Bien, Juancito... Ud. como Director tiene la pronuncia... Eso! No quiero molestar.

—Sigo, pues... A que vean: Banegas y yo corrimos desahorados ya, porque nos dimos cuenta en lo que nos habíamos metido, ese ratito no más! Perdimos la vista del Dr. Jiménez y de los otros. El miedo ha sabido dar una resistencia!... Caracho! En dos horas regresamos a la cantina de la Gorda Michi, de Machángara, donde dejamos los camiones. Al Dr. Jiménez y a los estudiantes no se les veía y todos conjeturaban que podían ser muertos! Los indios nos persiguieron un trecho, pero luego de tirarnos algunos hondazos, nos dejaron no más. De ordina-

rio se hace en un cuarto de hora ese camino, que hicimos nosotros en 2 horas! pero... como teníamos que sortear camino y burlar indios enfurecidos, que olfateaban como perros... De milagro que estoy contándoles el cuento! Si me creyeron muerto, ¿no?

—Seguro! Y después, ¿cómo encontraron a Jiménez?

—Ya había, pues, estado en la cantina de la Gorda! Allí... más muerto que vivo, volándole los pelitos blancos, estaba temblando, pero contento de tener el draque en la mano! 40 con agua nos metimos cada cual! Estudiantes, monjas y todos bebieron para asentar el susto!

—Más trago también me hubiera metido! No siempre se vuelve a nacer...

—Y no sabíamos nada de los que fueron a Ricaurte. Pero ahora sabemos que han corrido igual suerte que nosotros.

—Y con un caso más chusco!... que un liberal de teta, de esos tipejos que solamente cuando tienen empleo son algo, porque su personalidad no es propia, sino su caracterización empleomaniática, de figuración en cargos públicos, pero nunca por su inteligencia natural... uno de esos que cuando caen de sus puestecitos públicos se quedan a oscuras, no son nadie porque han perdido la luz falsa y de préstamo fiscal...

—No vendrá a discursar por demás, señor Quiroz, eh!

—Bueno, digo: un liberal, de esos que ingresan al partido no por su doctrina sino su incapacidad para producir economía fuera de la teta fiscal, había hecho apostasia de sus creencias políticas, manifestando que juraba hacerse nuevamente curchupa, si salía con bien de ese trance! Jajaaa!

—Buen discurso, Sr. Quiroz! Los sustos que tuvo le habían puesto en eso. Pobre... acaso conociera a los runas familiarmente...

—Pobre "liberal"... mejor hiciera como Girón, que no asoma por ninguna parte!

Casiano, intencionadamente lanzó estas palabras contra Fabre. Sabía que éste podía contestarle, refutándole con vehemencia. Casiano necesitaba lucha cerebral, y la buscaba. El foco iluminaba la Redacción y las pupilas se cerraban mirando a Fabre quien, clavando sus ojos grises y penetrantes en Quiroz,

mandó sus palabras como quien arregla un manojo de cuartillas:

—Ud. sabe, perfectamente, señor Quiroz, que Pablo Girón se oculta para no ver la tragedia que algunos hacen con el Pueblo, azuzando a los soldados contra los indios! Pero... ocultarse no es el término adecuado. Mas bien Girón se ensimisma, ya que no le es dable actuar eficientemente, porque no puede hacer nada que contenga e impida la expansión del olor de sangre vertida por capitalistas... desaprensivos, que no saben llevar dignamente su dinero, si es que hay dignidad en los caudales adquiridos con robo y con miserias ajenas...

—Pero... si Girón es solamente un cobarde... Un derrotista sinvergüenza, Fabre. Nada más!

—No es un derrotista! Y yo sé quién es sinvergüenza... Es un individuo de ingente fuerza espiritual, de poderoso talento que ya se quisieran para sí muchos mequetrefes que se creen intelectuales. Girón tiene vastísima ilustración, sólida cultura, mejor que la de muchos que se creen "homo sapiens"... Juzgo que Girón no puede encontrarse a sí mismo, que no logra localizar el eje motor para las acciones provechosas...

—Pero... si Ud. supiera que Girón es... Ay, nada! Perdóneme!

—No sé, señor Quiroz, lo que se le iba a escapar, pero presumo... que sería algo contra Girón. Para mí Girón es una enorme personalidad que este momento está descentrada, ya que aún no se le ha presentado la oportunidad que, violentando toda su psicología y sus prejuicios, emerja su carácter cimero y orgulloso, sobre vanos matices de falsas y postizas cualidades que hoy lo aprisionan... Muy pocos pueden darse cuenta de la psicología de Girón.

—Pero Ud. divaga, mi señor Fabrecito!...

—No es divagación, sino conceptuación justa de la verdad más verdadera. Y sostengo que Girón, cuando haya hallado el potente estímulo que conmueva su alma, esplenderá a toda la magnitud de que es capaz. Nuestras inclinaciones están latentes dentro de nuestros espíritus, y se manifiestan únicamente cuando existe un impulso que guíe, que encauce y enrute nuestras

actitudes congénitas, congénitas, sí! Girón es, pues, un espíritu en gestación laboriosa!

—Gestación de cobarde, que en vez de enfrentarse con la rebeldía, la huye! Valiente...

—No es huída! Sin que me haya manifestado Girón, sé que las escenas de la Huelga le causan daño atroz y le inaniman para la lucha. Tengo el presentimiento de que Girón será como el jaguar: que vuelve atrás para su salto hacia adelante! Yo sé, firmemente convencido, que Girón, algún día, nos asombrará con sus acciones, ya que no es de los que quedan en el anonimato!...

—Un cínico... no pasa de eso!

—¿Acaso Ud., señor Quiroz, juzgue interesadamente?

Casiano cubría su cara con el humo... Veía a Fabre sereno, y sentía desquiciarse su paciencia al descubrirse su juego. Intimamente, Quiroz rabiaba del vigor y de la convicción de las palabras de Fabre: muchacho que, desclasado de la aristocracia criolla... sabía mantenerse dentro de la vibración de la clase media en la que se había volcado y a la que amaba honradamente. Renegó de la clase que le diera origen, pero halló su ruta y su sangre! Casiano recordaba su perorata acerca de los indios; hubiera querido soltar algo, pero se contenía verificando que aquel joven Fabre no se sofrenaba, con pelos en la lengua, cuando se trataba de agredir en honor a la Verdad.

—Sí... como dice el señor Fabre, Ud. señor Quiroz, parece que tuviera prevención especial contra el señor Pablo Girón!... ¿Por qué se empeña en ver méritos en sus amigos de hoy, solamente, y no en los que dejaron de serlo?

—¿Es que, acaso, Girón dejó de ser mi amigo? Con lo que le he protegido!...

—No digo eso!... Es un decir "metafórico" no más.

—Nada de metáforas, señor mío. Eso quedó sólo para algunos; a la vida hay que tomarla cruda, sin lirismos de tranoche.

—Nosotros no hacemos poemitas, señor Quiroz... Que conste!

—Hum... creo que es cerca de la una de la mañana, y

como no hay noticias, voy a ordenar que cierren la edición del periódico. Con permiso...

—Yo también me voy. Hasta mañana, caballeros.

—Felicidad, Sr. Quiroz. Y no se ofenda con Girón ¿eh?

La noche envolvía en su neblina los focos de arco, y un halo tembloroso recorría agujas por el follaje de los árboles del Parque Calderón. Los chapas pitaban sus carrizos, y arrebujados en sus cobijas rotas, buscaban los quicios de las puertas para reclinar sus lomos mellados de parásitos y miseria. Perros trashumantes se enredaban a sus pies desaseados, y los celadores no les espantaban, antes sí querían el calor vivo de la piel animal. Hermanos, hermanados con los canes, eran las figuras de la penumbra que dejaba Juan Ramos al andar hacia su hogar. Con sus pasos menudos, con sus ojos negros y profundos encima de sus pómulos interesantes de intelectualidad, marchaba el caballero periodista, cuando... al doblar una esquina, sintió que una mano se posaba en él.

—¿Qué hay?— y echó mano a la pistola...

—No es nada, Juancito... No se asuste! Tengo la gran noticia del siglo para el periódico! Ya sabe los noticiones que yo sé dar! Si Ud. supiera, se cayera muerto! Le juro...

—Cuente, doctorcito, cuente...

Ramos se inquietaba ante el reclamo del doctor. Le fastidiaba la presencia del sujeto, tinterillo vitalicio, pero su misión periodística le daba bríos.

—Dr. Queipo del Césped, cuente de una vez!

—Bueno, pero tiene que darme dos ayoras...

—He aquí... enseguida!

—Si no son para mí... Tenemos que proceder con táctica y sagacidad! Vamos a tomar un draque y sabrá la gran noticia!

Una tasca abría sus maderas, tímidamente, enviando a la calle la luz mefítica de su interior. Al rucdo de mesas sebosas, inmundas hasta la bestialidad más nauseabunda, montón de blancos y cholos bebían. Varios empleados cantaban a grito desgarrado versos antiquísimos de "El curuchupa". Todos los asistentes fraternizaban en ese centro democrático y social que es la taberna cuencana. Juan sabía que las cantinas aquí en

Cuenca, fomentaban más las decisiones fraternales y hondas, ya que aquí se carece de clubes sociales donde difundir las ideas libertarias o, siquiera, desparramar el pensamiento para la aventura, para los negocios, para las diversiones... La cantina, en el pensamiento de Juan, se constituía el organismo de más noble función y de labor más profícua, en la ciudad morlaca. A ellas, ya que no hay locales de reunión enaltecida, precisa recurrir para sembrar vientos y huracanes de redención social, y... los que son aprensivos "revolucionarios", tienen casas de 200 mil sucres, y que en sus trastiendas, junto al W.C., disponen de santos que velan en repisas cada sábado... no deben asustarse ni andar con remilgos transgresores de sus sangres: atracadores de situaciones que nunca las tendrán por su incapacidad, que está en razón inversa a su afán desmedido de surgir más de lo que sus facultades les permitan.

Acomodándose en una mesa, Queipo del Césped solicitó de Ramos paciencia y discreción. Situando el dorso de su mano derecha en las comisuras de su boca secreteaba bisbiseante, salpicando babas al rostro de su acompañante. Su aliento estaba fétido de alcoholes de Sanaguín, a tabaco y a chichas hechas en tiendas con perros lluchos y con bordadoras de polleras bastas. Ladeando su cara, fumaba con insistencia, como murciélagos empedernido. El humo lo tiraba, con deliberada malacrianza, hacia dos tipos que tomaban la pócima horrenda del draque azuayo.

—Espere, Juancito... espere! esos son los que nos han de dar la noticia!

Entre ellos, los dos sujetos comenzaron a hablar de la sal.

—Vicente, me he cansado un mundo trayendo la sal de Naranjal! Y ni para gozar yo! Eá, así es la vida...

—Si supieran lo que sabemos... se incendiara Cuenca! Remicho... no contarás!

El doctor Queipo escudriñaba risueñamente la cara de Juan Ramos, asombrado al extremo! Quería volar a decir que no tirasen la edición del periódico, pero... ¿con qué noticia iría? Aguardaba a merced de Queipo, que gozaba con el suplicio del periodista.

—¿Se fija, Juancito? Qué gran noticia le voy a dar! Mi

retrato debe de salir en "El Mercurio"! Pidamos vino... No, no... espere, yo pido!

—Déjeme pedir a mí! Traiga vino, cantinero! Todo, todo le ofrezco. Pero... llamemos a los señores para invitarles el vino que pedí!

—Señores... si nos permiten, y si tienen la amabilidad... acéptennos un vinazo!

—Gracias, doctor Queipito...

Instalados todos, pasados los primeros momentos, la conversación se extendió, desembozadamente, al asunto sal. Contaron los invitados que ellos, por la fuerza de su pobreza y desocupación, prestáronse a ir a Naranjal, sin ser arrieros ni nada, a traer la sal que compraría el Intendente para el Gobierno. Refirieron que en las montañas andaban con los rifles tendidos, prontos a hacer roncha al menor intento de despojarles del precioso cargamento. Gritaban en las cumbres de los cerros lluviosos, y sus voces se dilataban a toda latitud atemorizando a quienes estaban a la expectativa de un asalto exitoso... De temor, ni pensaban en los indios que ahí podían matarlos. Cuando el terreno era más propicio para ser sorprendidos por ladrones, disparaban regularmente, porque sí, cada dos minutos. Luego, las detonaciones eran ratificadas por reverendos carajos de marca padre y señor mío! Avanzaban las mulas torvas, pesadas, conduciendo el cloruro sódico anhelado, para la necesidad morlaca. Con lujo de detalles referían, subrayando:

—Sólo que, señores... esa salsita no era nada para el pueblo! Un sótano llenito tiene el Intendente en su casa!

—Y en el mismo Naranjal, hasta a 15 suces el quintal dizque vende...

—¿Sótano? ¿En su casa? Cómo!...

—Como me oye, doctorcito!

—Por lo más santo le juramos! Que nos condenemos si mentimos!

—Por lo menitos... 500 quintales han de ser!

—¿Quinientos quintales, y nosotros muriendo de necesidad? Dios bendito!

Reforzada por las declaraciones de los individuos, más provos y veraces que el tinterillo pleitero del Céspedes, la conciencia

del periodista tranquilizose. A la mañana siguiente, miércoles 22 de Abril de 1925, EL MERCURIO denuncia que el Intendente vendía en Naranjal la sal a 15 sucres el qq. Largo era el artículo en primera página; encendido de justicia y refrendando su protesta del lado del pueblo. Prevenía, anunciaba funestos acontecimientos si no se procedía con tino para solucionar este problema de la sal. Acusaba también al Cajero de Policía de muchos negociados. La misma medida de las líneas llevaban en sí dinamita... y el fuego lo tenían los cholos y los indios.

Tal como si hubiesen aplicado carbones encendidos en sus nalgas, saltó el Pueblo Cuencano! Vociferaban todos por las calles, pidiendo la cabeza del Intendente. Insultaban a este caballero, poniéndole nuevito sin aquilatar que aquel funcionario, a riesgo de que le acusasen, había marchado a Naranjal, hecho el Cristo Redentor, sacrificando, ya se dijo, honra y posaderas desinteresadamente y con ardor patriótico exasperado y digno de mejor encauzamiento... Y ahora, pueblo vil, periodistas mirserandos, lo calumniaban en forma tan... histórica!

Casiano, impulsado por Leonarda, aprovechó la coyuntura y, acatando la orden de su mujercita recién llegada de Quito, marchó a la oficina del nuevo Jefe de Zona. Reunidas en el despacho militar todas las autoridades, civiles y de charreteras, deliberaban espantadas de la inaudita temeridad de los periodistas al plantar tan descomunal noticia. Invisible el Intendente, ya llegado hace tiempo de Naranjal... Quiroz se lucía!

—Vean, señores, quien es el verdadero pulpo! Es incalificable esa conducta! Eso!

—No hay que juzgar prematuramente, señor Quiroz, acaso...

—Qué acaso ni qué nada! Yo, cuando Gobernador, las múltiples ocasiones en que he sido, no hubiera aguantado esto! Eso! A Galápagos, sin rechistar!

—Ah... "Galápagos" ¿no? Jajaa...

—Up! Fue...

—Veamos lo que dicen los periodistas... ya les he mandado llamar...

—Debo decirles, caballeros, que esta condenada sal, nos ha dado siempre martirios y... ridiculeces.

—Hable, con su sapiente talento, doctor Pasto. No lo interrumpiremos.

—Yo jamás filateo, amigos míos. Todos hemos leído que en el tiempo del barbero Flores, rapando al Erario nacional con sus despilfarros e ineptia, hubo escasez de sal. Esto fue denunciado por EL QUITENO LIBRE en 1833; carestía de la que se inculpaba directamente al presidente. “Díjose que, descendiendo de su elevado puesto para comerciar con sales, había privado a los miserables indios y más personas desvalidas de esta única industria con que satisfacían de algún modo sus necesidades. El cargo, si no era ilegal, era demasiado bochornoso para el presidente del Estado, y no pudiendo llevarlo a sangre fría, acusó el artículo ante el jurado de imprenta. Otros magistrados, en caso semejante, habrían acudido a las violencias; pero el General Flores, manso y sufrido como pocos, dió el noble y santo ejemplo de ampararse a la protección de la Ley para pedir el desagravio de tal cargo”.

—Mi doctorcito Pasto, parece que Ud. está leyendo de algún texto...

—Efectivamente. Lo que dije está en el Resumen de la Historia del Ecuador de P. F. Gevallos. Busquen Uds. el tomo correspondiente... Terminaré. Los responsables eran el Coronel Uzcátegui y el comandante Mota, verdaderos traficantes y monopolizadores.

—Cuándo no Flores también habrá tenido su comisioncita... semejante!

—De todo era capaz Flores, que hasta negó una consignación de sal, en Charapotó, a su compadre Olmedo... El insigne vate se enojó de veras y... lo desmñaricó. Enojados los compadres...

—Se dicen las verdades. Al aire ha dejado la sal a todos, ¿verdad señor Quiroz?

Casiano no hizo caso. Abierto de brazos, con dos cigarros en sus manos acuciosas, Casiano Quiroz y Lovillos precipitóse hacia Ramos.

—Bien hecho, señores! He aquí estos cigarritos! Qué valientes! Hay que tener entereza sublime, ética, eso: ética, para

ser periodistas! Fumen, en gratitud... digo: con profunda admiración!

Todos espectaban la aparatosa actitud de Casiano, ridículo en su jaquet volandero sobre su pantalón de fantasía. Ceremoniosamente, el Gobernador expuso el motivo de la trascendental llamada. Respondieron los periodistas con altivez, con toda la altivez que daba la situación... Sabían que el General Jefe de Zona, recién venido, estaba respaldado por 500 hombres...

—Debemos, ante todo, reparar que las autoridades reunidas aquí, no son competentes para juzgar a la Prensa. Pero, en honor a nuestra amistad, declaramos que son dos individuos quienes nos proporcionaron el dato. Son el pueblo y el pueblo nunca miente.

—¿Los nombres? Los nombres!

—Como no nos han dicho que les reservemos... se llaman: Vicente Broca y Remicho Buele!

—Buele... Buele... Broca... ah, sí! son zapateros! que vayan a buscarlos!

—Sí, mi señor Gobernador! De contado!

Y... llegaron. Tímidos, azorados, cohibidos los chasos expusieron que fué un señor, que no querían decir, quien les conchabó a que den esa noticia.

—Digan inmediatamente quién fué, de lo contrario se van al cepo! Ordenanza!...

—No, mi General... ya vamos a decir! Se llama el doctor Queipo del Césped el que nos dijo que digamos eso. Nosotros como pobres...

—Como padres de familia necesitamos...

—Ajá! hubo plata, entonces, ¿no? Qué llamen a Césped! Enseguida! Pronto! Busquen!

Casiano se reía en sus adentros cuando los cholos fueron a la Policía... Pero todos quedaron fijos de estupor cuando el Intendente entró remolcando al tinterillo. Verle y lanzarse contra él el Gobernador y el Jefe de Zona... todo fué instantáneo! Temblaba el paraguas en la mano del Gobernador...

—Desgraciado... abusa de que somos benignos!

—Miserable... agradezca que no le escupo a que no se manche mi saliva!

—Calumniador... villano... tinterillo bastardo!

—Pero... déjenme hablar!

—Silencio! que le rompo el alma y el bautismo!

—Pero... si fué una broma, nada más!

—Déjenle, señores... que ya le he dado su merecido! Fuera de aquí ladilla de ratón de juzgado sórdido!

—Llévenlo a la Policía! y espérenme!

Tomándole por los hombros, el Intendente le pateó los glúteos, sonoramente, y lo lanzó contra el pasamanos del corredor de la Zona.

Allí... lo recibieron los asistentes del General, enviándole escaleras abajo. Ardían las posaderas del doctorcito: pero en su casa, en el escritorio, estaban nuevecitos los dos mil sures que... alguien le diera a que hiciese esa jugarreta!

—¿Cómo le castigará, señor Intendente?

—Le haré azotar desnudo con mis chapas, colgado de la barra!

—Bien hecho! Y Uds., señores periodistas... discreción, discreción! Tengan cuidado con lo que insertan en su hoja!

—Estamos con el Pueblo, señores. Antes con los desvalidos que con las autoridades. El pueblo es la suprema autoridad! Hasta luego...

—Ya esto me está calentando la cabeza... me está calentando... me está sacando de mis casillas... Periodistas, huelga... indios! Por todas partes! Tinterillos alquilados, sin duda! Me están sacando de mis casillas... de mi juicio... "y nada me cuesta hacer una repetición del 15 de Noviembre!"

Miraron al General Jefe de Zona que, vesánico, paseándose exasperado, sin compás, nervioso, tremante, despidiendo llamas por sus bigotes kaiserinos, estallaba! Para salir de su exasperación las autoridades encontraron propicio a Casiano y, conjuntamente, arremetieron.

—Ud. es el único que sabe quién es el especulador del pueblo! Y calla...

—Diga, señor Quiroz... No hay que ser miserabilísimo en extremo...

—A todos llega su hora, Quiroz... Todos tienen su castigo...

—Yo también digo lo mismo, señor Intendente... Ud. sabe que...

—Quiroz, ya le llegará la hora del castigo!

—Sí, castigo, señor Jefe de Zona, como el que Ud. hiciera el 15 de Noviembre en los obreros y el pueblo indefenso de Guayaquil...

—Ya le llegará su hora, Casiano. Arrepiéntase, y tiemble!

—Jajajaaa... mi hora ha sonado, y es ésta. Vean!

Casiano tendió un telegrama a las manos de los funcionarios, curiosos por leer el contenido. Suspensos y pálidos, con las bocas amargadas, ya que nada probable tenían contra el "hombre de suerte" para acusarle y seguir acción legal. Cuando acercaron a serenarse, leyeron todos:

"Compadre, el Encargado del Supremo Mando de la República, te ha nombrado, fecha hoy, Ministro Plenipotenciario y Encargado Extraordinario del Ecuador ante el Gobierno de Liberia. Esto por lo pronto, que ya conseguiré llevarte a Washington. Saludes a Nardita, siempre en mis mejores sueños de derrota.— Te abrazo.— Secretario Privado".

*
* *

Noche insalubre de estrellas en los ojos de los perros sucios del Mercado de San Francisco. Los portales proyectaban sus arcos en sombras macilentas, encima de los mendigos rencorosos con los policías emboscados tras los pilares y en la intersección de las calles "Malo" y "Parra". El aire era húmedo de miseria y hedían las botas de los oficiales que, con sus espadas y garrotes, ofendían la paz de la urbe desprevenida de esquinazos...

Descuidado andaba un hombre, cuando... de improviso, los chapas y superiores le cayeron a golpes, majándolo concienzudamente con su sevicia de fletados. Ni un "ay!" dijo o pudo pronunciar el agredido, porque en la misma boca que hubiese sido hábil para la protesta, caían los garrotazos y patadas de los emboscados sicarios. La noche hacía eco de la paliza, y algunos viandantes huían asustados, sin auxiliar al ofendido. Los pe-

ros fugaban, quedando sólo el olor de los mendigos envueltos en sus trapos, arrebuados en su miseria de ociosos empedernidos.

A la mañana siguiente, Domingo 10 de Mayo de 1925, EL MERCURIO echó una edición cuya primera página ostentaba inmenso manchón de sangre... La sangre del hermano de periodismo ofendido por los policías del Intendente! "LA SANGRE DE NUESTRO HERMANO (...). Una vez más el garrote ha caído duro e implacable sobre el cuerpo de quien de una manera u otra ha pretendido defender los derechos del pueblo, pueblo hoy sumido en la miseria por quienes incapaces de una defensa honrada buscan las sombras para esgrimir sus garrotes como la razón más contundente. (...) a estas horas la sanción moral ha caído sobre el asesino, sobre el forjador de matrimonios previa la promesa de la venta de Derechos y Acciones de la novia. (...) Pero no podemos más, la negrura misma de la tinta resulta pálida ante tanta canallada y villanía".

Había en EL MERCURIO otro artículo intitulado "EL IDOLO DEL GARROTE", también contra el Intendente... He aquí algunas frases: "Es la primera sangre que se derrama, en la arena de un periodismo bien intencionado y en nuestro afán de trabajar por la felicidad del pueblo, es la primera... ¿será la última? Imposible la respuesta, pues muy bien sabemos que todavía en las sombras se avanzan brazos innobles, para el crimen villano en su afán de rendir pleitesía al Garrote".

La sangre y las iras sabían a sal... Y Cuenca continuaba persignándose al amanecer, arrodillándose en media calle cuando las campanas de la Catedral estaban "alzando al Amo" a las 9 a. m. La sangre de un hombre digno era sangre del Pueblo: al que pretendieron humillar.

—Eá... comadre Baltica, en lo que pone la sal! Lo que nunca hemos visto estamos viendo aura, viera!

—Así mismo es, pes, comadre Olivia. Pero ¿qué sabe usted especial?

—Calle, calle, comadrita. De otra raza miso han de ser los dichos grandes. Sí ha de recordar, pes, que EL MERCURIO dijo que el Intendente negociaba con la salsita de Dios y del pueblo, con el hambre de todos nosotros ¿no?

—Cómo no pes! ¿Quién no ha de acordar que ese periódico sacó la cara por todo Cuenca? Cuente, cuente...

—Pues, verás: en días pasados la mujer del Intendente, enojada con él sería, remordiéndole la conciencia sería, por mala índole sería... lo cierto es que había ido al periódico con un escrito en contra del marido, viera... Que saquen y que saquen, pagando lo que quieran, había perurgido. Todito, todito, hasta bonito diciéndole al marido dizqué estaba escrito, negocios de la sal, y otros más, todito mismo vay!

—Y la propia mujer... ¿habrá paciencia? Pero Dios es grande, comadrita. A los que explotan al pueblo con los mismos de su clase, entre ellos miso les castiga! Tarde o temprano pagan todo!

—Así es pues... La sal nos ha hecho ver lo que ni soñamos!

—En cueruticos ha dejado la sal a los emporcados grandes, santo Dios!

—Chola soy, pero chola con lo de abajo y la cara limpia, Mamita Virgen!

—Así es pes, comadrita, las cholos cuidamos la decencia más que los de arriba, que con la plata tapan todo.

—Plata... jay! en el otro mundo encima de ellos 'mos de estar. La plata de ellos no han d' ir amarcando, aquí han de dejar todo, nosotritas áhi más cerca de Dios y los angelitos 'mos de estar.

—Y en el cielo no ha de faltar ninguna sal, digo yo...

—Ni qué haciendo pues! Nosotras también sal de nuestras sangres y nuestras lágrimas aquí 'mos de dejar, pura almitas solas 'mos dir alairito donde Taita Diosito!

RELIEVES HEROICOS

Persistían los poros de la Sierra en enviar su aliento, en marejadas calientes, a la ciudad atosigada por el hálito ríspido del peonerío vertiginoso de insurrecciones vengadoras. Los laichus desteñían sus colores ante las voces hinchadas de los indios, rojos, de venas templadas de poderío resuelto, que resaltaba en el puño azuloso de las montañas vecinas. Al fondo de los ánimos blancos crecía un germen de optimismo: comentando la "batalla" de El Tablón, narrada brillantemente por la oficialidad y por los levas que se tornaban en héroes de actitudes jamás adoptadas. Pero... la verdad sonaba hueca y descarnada de miserias. El Jefe de Zona sabía que el contingente de fusileros había gastado más de 50 mil cartuchos y, solamente ese descomunal derroche, había conseguido seis u ocho bajas en los indios! Bueno, pongamos 10, a lo sumo!... El peligro estaba permanente, abiertas sus fauces en acecho continuado. Y temblaban los ciudadanos... Y más hubieran sufrido de haber podido oír las voces de mando de Puma de Vivar y Cayancela... Replegado el Huelguerío, los indios estaban alerta, acumulando rencor en sus pupilas achicadas, cerrando como nunca los latidos de sus sangres contra el cielo inane ante la avalancha de pedros latiendo pugnaces y afinados.

—Que vayan a decir a hermanos de todas partes que alisten! Y que hagan hechos que laichus recuerden de veras! Todos 'mos de levantar!

—Que vayan onde los de San Juan, onde los de Paccha, onde los de Gualaceo, los de Quingeo, que no están aquí este rato, y que digan estén con nosotros! Que hagan hechos de recordación miso!

—Y que no olviden, lo que doctorcito Ráez dijo... Van a quitar tierras. Aura es cuando, carajo!

—Aura es cuando!

—Ni olor de Juzgados ni tenencias políticas dejemos! Aquí nos fregaron, pero hay que hacer ver que somos caris en otros lados!

—Hay que hacer ver la Ley al blanco! Si no... igual a borregos 'mos de quedar!

—Ya nos vamos... cuidarán de la Huelga. Hasta la vuelta, hermanos!

—Puede ser que nosotros también vayamos... Nadie sabe!

—Puede ser que todos vayamos... No hay que dejar solos a hermanitos runas!

Potros cerriles galopaban en las tóraces de los indios, y sus pisadas resonaban contra el horizonte, trinando de violencias. Hacia todos los puntos cardinales resoplaban las kipas machos y bocinas: del total Norte al íntegro Sur, del completo Este al unánime Oeste, toda la extensión de la tierra morlaca se levantaba en las cabezas de los indios prepotentes y orgullosos. Las estrellas eran miríadas de gotas de guarapo maduro, templando el parche de tambor elástico del cielo. De día, aves apuraban sus vuelos por la pujanza de los vozarrones chicoteando los espacios. Betas amarrando los paisajes, los ríos llevaban el tono másculo del indio ensanchado de pecho y de conciencia. El Runa era el ícono lar de todos los climas del Azuay. Un ícono engallado en su fiebre de Rebeldía y en Su Derecho de Hombre Digno. Crecían con más gana los sembríos y el acero se felicitaba de haberse vuelto machete, lanza y hacha!

Milchichig

Aquí, en este trayecto que llevaba la carretera hacia El Tablón, se abría el camino en zanjas hondas y asechantes. Antes de esas rayas negras, tendieron los runas tablas erizadas de cla-

vos, enormes, para detener cualquier vehículo que viniese ya sea de Cuenca o de Azogues. Bloqueados Norte y Sur... Punzadas sus llantas por la traición defensiva del indio, rodaban en los surcos los camiones, con ruido desarticulado del motor porfiado por salir de la emboscada.

Las máquinas que iban a la capital del Cañar, roncaban esforzándose por vencer el atolladero. Chillaban los pasajeros, parando en sus costillas los palazos de los indios, arrechos de iracundia. Los faros alumbraban hogueras de bayeta colorada, hecha más viva por la luz adentrándose en la trama de los trajes labriegos, sin hacer caso de las mosquitas que, encandiladas en los faros, bailaban zarabandas en los hilos de los ponchos. Atestaban de runas los riscos de la curva de Milchichig. Fogoneaban alaridos que rodaban al camino, en borrasca de sangre impetuosa de exterminio salido de la Raza Insumisa. Surgían de la quebrada más indios, bravos, rezongantes, como diablos ascendiendo de las entrañas de la teoría de la sal en relación con el origen de la Tierra! Bah!... Todo el ambiente descuajaba cuerpos de amotinados, por dequiera, asidos al viento, a la aspereza de la peña trabajada para abrir la vía; todos los indios afianzados a los cabos lustrosos de las hachas, relumbrando centellas junto a la cruz de los machetes que se asentaban en los guardabarros y en el maderamen de los camiones, somnánbulos de tiniebla pesada de tenacidad. Pero... los runas no se atrevían a matarle al blanco! No, no se atrevían! El pasajero de los camiones se preguntaba, tontamente, qué acontecía, pero sus angustias eran segadas por la recia contestación de los indios destructivos, que más estaban por despedazar las máquinas que por agredir a la gente...

—No han de llevar mapas camiones más tropas a Tablón!

—Camiones del infierno... cisco 'mos de hacer!

—Por aura no queremos matar blancos, sólo dañar fieras máquinas!

(¿Fue inexplicable la actitud de los indios, señores? En efecto, pudieron exterminar a todos los blancos en Milchichig: la estrategia del terreno, la vesania vengativa, el afán de exterminio a los moradores de la odiada ciudad, todo estaba con ellos. Pero... así ocurrió. Acaso, en lo más secreto de su animismo,

el indio aún temblaba por el "combate" de El Tablón; no quería, quizás, provocar más las iras del ejército. Recomiendo esto a sociólogos y psicólogos: que ellos rastreen y los críticos me muerdan: yo sólo narro tal como sucedieron los acontecimientos.)

A ciegas, sin cuidarse del mutuo auxilio, huían los pasajeros por donde más les indicaban sus instintos. Esquivando a los indios, casi filtrándose por ellos, se precipitaban por las quebradas, dando botes entre los ramajes siniestros. Al llegar al fondo, se estaban quietos, mojándose hasta las rodillas, orando mansamente. Los más valerosos dispararon, pero al percatar de que enfurecían más a los huelguistas, guardaron sus armas y volaron arriba de las lomas, vaciadas ya de indios, o se tiraban al fondo de las cunetas laterales, haciéndose tierra de timoratos, abandonando sus mercancías que eran saqueadas por los niños indios. Remordidas sus lenguas, los blancos mascullaban promesas a sus santos patronos. Ofrecían misas, espermas de dos en libra, procesiones, amuletos, exvotos... todo!

Posesos, los runas saltaban en los despojos. El tropel de quichua bravo se aplastaba en pisoteo tenaz sobre las carrocerías, vueltas leña. La negrura, acribillada a machetazos, elevaba su cuenca movediza al hendir del hacha y al chasquear de las voces viriles, trepando al cielo, desde el motín lacrimoso, con el quichua asperjeado contra las constelaciones. La fuerza del idioma racial de la indianía rajaba la noche con son multánime y dilatado, de cantera saltada a combo bravo. Chocaban unos con otros los brazos de las runas, confundidos de exterminio. Horadaban las queiebras carcajadas sueltas y omnímodas del indio, empapado en gasolina, en grasa, en aceite quemado de automóvil, todo lo cual se untaban juguetonamente, en sus caras que torcían sus bocas por el sabor insólito de la materia.

—Así ha de ser sangre de laichu! Atatay!

—Blanco ha de ser mismo diferente a natural!

—Uyay! Camiones! Corramos!

—No, plantémosles!

—NO! Volemos! Tropa es!

Escalaron el lomerío a toda marcha, percibiendo el respirar de las máquinas que, a todo motor, llegaban desde Cuenca.

Con soldados... y con balas! Con balas, microbios de la muerte blanca!...

Yanuncay

La ciudad morlaca estaba apenas iluminada por las velas de las tiendas y las lámparas de gasolina colgadas en los dinteles de la puerta de calle de las casas ricas. Los transeúntes, a cada paso, topeteaban con la sombra de su sobresalto. Andando en puntas de pies, contenían sus resuellos, y situaban sus almas en las yemas de los dedos... Tacteaban la noche fría, y maldecían de los indios de Yanuncay y de El Egido. Pues ellos... Verán!

—Oíte, Topay! Vamos apagando luz de Cuenca!... Hemos de ayudar así a runas de Tablón.

—Sí! Sí! Vamos todos! Pero que otros vayan al Egido, a la Planta de los Crespos!

—Y que hagan lo mismo! Así no han de tener ninguna luz los perros blancos!

—Nosotros no somos indios, pero... la causa de todos los pobres es!

Bordeando la acequia que conduce agua al tanque, de donde los tubos captan agua para mover la maquinaria generadora de luz eléctrica, percibían un olor a poleo, y sus rostros eran azotados por las barbas blancas de los sigsales valleinclánicos... Compacta la noche. Sonaba al fondo del barranco el río crecido galopando su sangre cristalina en las piedras mamas de silencios. Los capulíes hacían cortesías delicadas al viento, jinete de las sombras. Tuertamente brillaba el foco del poste al borde del tanque de agua.

Silenciosamente los yanuncayos rodearon a la primera torre, de la cual pendían los alambres de alta tensión de la Empresa Municipal de Fuerza y Luz... pero de monopolio particular! La osamenta de hierro arañaba el negror, con sus huesos plomizos, zumbando su electricidad en los nervios de la pandilla que festejaba de antemano esa su hazaña. Miraban los cables desnudos, vibrantes en su voltaje electrocutador. Enormes aisladores esféricos de porcelana proyectaban a los luceros

sus discos negros y verticales. El tanque del agua hinchaba su vientre de tinta, de brea densa...

Despojado de su saco, un hombre se dispuso a ascender por los salientes de hierro a modo de peldaños...

—Traigan ya un cuchillo para cortar los cables!

—No sea bruto! Puede quedarse quemado! No suba más! Baje!

—Entonces... ¿cuándo para apagar la luz, carajo?

—Con una beta hemos de cortar las venas a la luz! Aquí tengo cabresto!

Pasaron un cabestro por los alambres, y la torre trinó ligeramente al choque. Jalaron, engarfiados a la beta que escocía las manos al resbalar por los dedos sudorosos, restallantes de ardor. Sonaban fieramente los escupitajos en las palmas de las manos: tug! tug!, como algo grave y pesado... como si los hombres extrajesen plomo de sus glándulas y amasasen proyectiles en sus concavidades! Reían confiados de no ser descubiertos por los cuidadores de la Planta, porque el ruido de las máquinas, allá en la casa de máquinas y de habitación abajo de barranco, a orilla del río, se conchababa a la solidaridad de sus sangres remecidas. Bamboleaba la osamenta férrea, inclinando la luminosidad de su bombillo en la cúspide de hierro, que rajaba de líneas amarillas los cables, subiendo y bajando, a la tromba blanca de la cascada ida a despedazar su tórax canoso, río abajo, lo menos a 12 metros de la loma donde estaban los runas: empuñados en probar al precipicio que había alguien que dominaba a la noche y a la hora.

—No arrancan nada, carachito!

—Traigan mejor el machete! Envuelto en un poncho he de golpear! Así no me quemó!

—Mejor pongamos un palo debajo de los alambres, y ahí que golpee con machete!

—Los otros que sigan jalando, pero! Juntos todos!

Escalaba un indio por el armatoste movedizo, llevando el machete como un tallo plano de tiniebla que, al tropezar contra los hierros, emitía sonido de primera de vihuela. Dos de abajo pasaron un altísimo madero contra las líneas reunidas con la beta, mientras los demás continuaban jalando el cabestro, con

tesón. El de la torre se santiguó, aferrado al poste con la zurda. Luego, cerró sus ojos, comprimidamente. Lanzó su brazo a la noche...

—Suerte o muerte, chucha madre!

Cuando pronunciaba esta frase el machetero, coincidió con el tirón máximo de los de tierra. Todos rodaron en el suelo, alegremente. Reventados y cortados, los hilos de metal tuvieron un silbido de víbora precipitándose, de cabeza, al fondo de un abismo. A nadie hizo daño... Chicotearon en el suelo los alambres, dando culebrazos en mitad de los huachus que levantaban polvo. Las gargantas gañanas tosían, entre recias carcajadas, entre un abrazarse fraterno y rudo de ponchos tremolados de victoria.

—Baja, baja pronto! Machazos somos nosotros!

Abierto de pechos espumosos, rebrillaba al torrente el apretón de manos cálidas de efusiones de los del Yanuncay altivo. Transfundían en sus pulsos latidos de fraternidad.

—Choque, compadre!

—Bien rompimos las venas a la luz! Ahora de cuchu a cuchu de la ciudad ha de regarse la sombra!... Jajajá!

Vieron en dirección a Cuenca, observando el cielo con ahinco. Pero solamente negrura entintaba el horizonte.

—¿Hele ves?... los del Egido también deben haber roto líneas de los Crespos!

—Oscura está la noche por lado de la ciudad... Ahora que vean pues lo que parece que el Sol se ha acostado en plena plaza grande de Cuenca, cuando hay luz! Jajaaa!

—Que cojan pes eso!

—Como culo de paila está el cielo por ese lado! Ya no hay aliento de luz saliendo de Cuenca... qué lindo!

—Machazos somos!

—Buenos runas, caracho!

El vocablo "runas", no les cupo a injuria denigrante en sus orejas húmedas. Enjugaban sus frentes con pañuelos sucios, escupían a la tierra, potentemente. Sí, eran indios de Yanuncay! Por eso eran sabidos y ladinos... matadores de puercos, cortadores de trenzas a las amantes, pegadores a las mujeres hacendosas, cantadores de vihuela, concertineros, yentes a la rome-

ría de la Virgen del Cisne... contrabandistas de alegría! Indios de Yanuncay!

—Vamos a tomar un trago para asentar esto!

—Buenos runas somos! Machazos, carajo! Para qué trago! No vayan a aculparnos de lo que no hemos hecho... jajajá! Hemos de borrachar y... fuera!

—Manavali blancos... bien cobardes han de estar!

—Peligrosos... de cuidado mismo somos, Taita Dios! A vos te consta, Taita Dios!

—Viva Puma de Vivar, una gran flauta!

Narancay

Sobre el lomo flaco del río Yanuncay, asomaban sus huesos broncos, plomos y aristados, redondos, verdosos de lama que, como alfombra, tendíase a mullir las aguas lentas y parvas, que podían caber en un vaso... Flotaban al viento los eucalos y sus semillas caían encima de las pencas de hoja ancha, tal cual espadones azulados. Pasaba la gente por el puente y se detenía junto a Crisanto Pintado, que comentaba la escena de Narancay. Los ojos abiertos de las cholas, sus manos en las mejillas brillantes, se abrigaban la sangre helada a cada frase del albañil Crisanto. Este, con sus pupilas negras, conquistadoras de amantes y socarronas en su cara morena y su bigote ralo, constituía la tensión arterial de los cholos espantados.

—Yo, yo mismo vidé en la Puente del Salado, que al pobre Cantagallo le habían dejado pelado, abriendo las costillas ni que a chanco! Todo al aire estaba, desnudito!

—Jesús! Taita Diosito bendito... frío hace el cuerpo! Frío...

—Felizmente que no ha sido mi marido el dijunto!

—¿Quién haría pes esa temeridad? ¿Quién tendría pes alma de hacer eso, Don Crisanto?

—¿Acaso Uds. no han de haber visto pasar a los soldados? Los soldados fueron y, despuecito no más, vimos el cadáver del pobre Cantagallo! Yo no digo que los soldados hayan sido, pero... de maliciar es!

—Hele así mismo es pues!

Ladeando su cabeza amasada de pelos, densa de mugres y negruras, las cholos oían el referido del Pintado.

... Y fué así: Venía un tropel de indios, marejados de furia, desde Narancay. En sus voces temblaban lazos, para arrojar en ellos el radio urbano y apretar hasta la asfixia. Sol latía en los pulsos crecidos, y las caras golpeaban los cercos del camino real, hacia Cuenca. Avanzaban, empujando con sus pechazos la carretera y dándole espuela a las horas, para su entrada vengativa. Eran los de Turi, eran los de Cumbe, los de Shucay y los del Portete, que ordenaban a sus pies la marcha contra el laichu. Cuando los indios desembocaban en el puente del Salado, divisaron a la tropa que corría, apuntándoles con sus rifles. La única reacción ante el peligro fué la huída desordenada. Volaron todos por Cachipampa —llanura de la sal!—, perdiéndose en los llanos de Guzhu, para ganar las quebradas de abajo. Al abrigo de las cercas de piedra barbada, escudaban su miedo intempestivo. Unicamente Paulo Cantagallo quedó, sembrado de amenazas, en mitad del camino. Entre él, y los soldados. Entre él y la Vida: 18 años! Con su machete les hacía señas, invitándoles un cuerpo a cuerpo a los soldados. Las piernas abiertas, sostenían su cuerpo potente, firme; y, en el ángulo de ellas, se proyectaba el cielo azul, blanco... La boca del joven runa espumaba coraje y sus dedos calentaban la cacha del arma, refulgente de Sol y fulgurecida de confianza. Precausivamente, los soldados esperaron atentos a los movimientos del indio. A los lados del sendero principal, eran una faja kaki, apelonada y movediza...

—Vengan como machos! Soldaditos... aquí estoy! Paulo Cantagallo no tiene balas, sino sólo este machetillo, arma de hombres, vendidos! Vengan con bayoneta y yo con machete, y peliemos, huallmicus! Soldaditos lindos... no sean malotes! Peliemos! Aquí estoy, carajo! Mas que sea vengan dos contra mí solito! Vengan, carajo! Pero vengan... maricones! Hijos de...

Una detonación trizó la palabra, borbotando sangre del pecho de Paulo Cantagallo. El machete hundió su pico en el suelo; se tiñó luego con sangre del joven que, golpeando una sien contra una piedra, empurpuraba de rojo su hoja anochecida. La bala rebotó en medio corazón!

—Quién tan sería pues... Soldados serían... runas miso serían... lo cierto es que dejaron al pobre Cantagallo colgado de la balastrada de la puente, para abajo, para la quebrada, chorreando sangre, pelado, bien dije: ni que a cuchi!

—Soldados sólo le han de haber baleado. Qué han de haber botado pelando!

—Hele así mismo es! Si yo más pienso que es venganza de miso natural. En venganza está malogrando la Huelga ya!

—Pobre indiecito... sal quiso... sal le dieron!

—Sangre han dado, deben darle mismo sal pues ya!

—Salsita están vendiendo ahora disuelta con agua, para ganarse más. Un litro compré!

—Pobres indios... deben darles pes salsita! Ellos son los que sufren!...

Paccha

Llenas sus voces con aguardiente entreverado con pólvora, los de Paccha cocían en sus encías el odio hacia las autoridades. Siempre habían estado, al igual que sus hermanos de Raza, sumisos y pisoteados por el gamonal, obediéndole en casa y hacienda, con mujer y con hijos, aunque fuese un mandato en contra de su honor y sentimientos... El Teniente Político representaba la fuerza de los blancos descansando en sus manos acuciosas y activas, para complacer cualquier desmán de los patrones... Ahí dizque estaban los libros ociosos en donde discutían las cuentas con los amos, amos de hacienda y de vidas... A destruirlos!

Irrumpieron en la plaza del poblado árido y bronco, como 15 docenas de indios que elevaban sus gritos a las montañas protectoras de casas y del templo. El llano de la plaza se aplastaba bajo las plantas sonoras de los runas enfebridos. Muchos techos quebraron sus tejas ante la avalancha de pedradas que granizaban los hondazos furiosos. En las colinas cercanas, en los montículos apiñados unos junto a otros, en las cimas blanquecinas y en los valles amarillentos de trigos y cebadas, se agitaban centenares de manos indias, listas a reforzar el ímpetu de los

atacantes a la parroquia. Los pobianos se atrancaban en sus casas y dejaban el ambiente libre a la asonada del natural.

Pronto fueron violentadas las puertas de la Tenencia Política y su archivo sacado fuera, en huando.

—Quememos los libros de laichus!

—No, mejor llevemos a nuestras casas para quemar!

—Para ver, sí, lo que patrones han robado!

—Pish... ni un maldito blanco hay que nos pare! Pero hemos de ir al Tablón!

—Áhi saben ser hombres completos! En tostaderas botaron cagándose!

Cordón de indios subía las laderas, semejando arrastrar un chumbi de sangre con sus ropas coloradas y estirantes. Las kipas alargaban su voz al paisaje quebrado y el camino estaba completamente copioso de escupidos por las fauces de los runas tambaleándose. Inflando sus pechos de tetillas vibrátiles, daban sustos al vientre árido, yermo y erizado de pavura de Rayoloma. Desde ese observatorio divisaban la gama húmeda de verdes de los monayes brillantes de humedad esmeraldina, con el río sacando la lengua a los sembradíos altos, y la masa de eucaliptus dominando las parcelas. A distancia, a la banda del panorama, frente a Rayoloma, se veía... El Tablón! mesético, crema, fúlgido! Y a la izquierda del paisaje, la confitería blanca de la perspectiva ciudadana, resaltando íntegra contra el macizo de las montañas lares.

—Caray!... con cañoncito... polvítico hiciéramos a Cuenca!

—Luz dimos trayendo planta de Huigra, pero ahora romperíamos mismo!

—Lindo tiráramos desde aquí. Caray...

Un pueblo cualquiera

Aleccionando a los indios, Ráez juzgó prudente darse un paseo por el Cantón Sigsig... No había que ratificarles nada. El sabía que bastaba con decirles una vez, lo que les atañe directamente a ellos, para que actúen en aluvión. Estaba prendida la mecha. Había viento... La dinamita bien apretada, y...

Volaban las campanas, levantando sus faldas vocingleras

de rebato. Por los campos en esmeralda de caña de azúcar, de sauces reales y de durazneros, pasaban las oshotas de llanta de auto de los runas. La masa movediza del indiaje revuelto dejaba su retrato en la lámina café del río; para filmaciones a la Historia... Por el empedrado de las callejas calientes, galopaban los caballos fustigados por jinetes pálidos que, entrando en sus casas, atrancaban las puertas y se apostaban con escopetas tras las maderas de las ventanas, pero cosa de que no se les viese de la calle... Las kipas machos perforaban los vientos y prevenían del tumulto desbocado. Abandonando sus puestos de ventas, corrían las mujeres a refugiarse al templo, atascado ya de blancos, oyendo misa de diez. En el atrio de la iglesia una banda abollaba los minutos con sus sonos destemplados. Era fiesta en el pueblo y algunos cohetes reventaban en el cielo, poniendo copos de blancura en la saya compacta de azul. Como bofetadas nerviosas remachaban sus puertas las casas y las tiendas. Las ventanas plegaban sus maderas en un sonar presuroso de vidrios maltratados. Por todos lados de la plaza central, desembocaban indios, colorados e impetuosos. Abalanzados a las macanas que dejaron los comerciantes, las ostentaban en palos altos, tal banderas. Lanzaban las papas contra los balcones, y los maíces regaban su cascada de colores.

—Huelga! Sal queremos!

—Abajo los laichus! Que mueran los patrones!

—Con cuidado no más irán, no vayan a fregarnos!

—Sí, que vayan con tino... Cuidadito!

—No hay miedo, Don Puma!

—No hay prudencia, Cayancela!

—No sean tontos... con cuidadito, decimos, eh!

Las voces precavidas se perdían en el moverse agitado de los ponchos candentes y en los filos de las armas blancas que refulgían tremoladas de furia. Sementera de locura roja era la plaza, latida de pechos insurrectos al clamor que desde el templo salía afuera...

—Banda tenemos para festejar!

Cuando los músicos quisieron fugar, estaban cercados por rostros que les conminaron rendición. Los tocadores, asustados, embocaban sus instrumentos y emitían compases chillantes, agu-

dos de nervios aturcidos. Perfectamente afianzados a la ropa de los musicantes, los runas obligaron a seguirles. Los aterrORIZaban con machetes puestos a las caderas de los más remisos.

—Anden, anden bien, maistritos, si no... se van al ucu pacha!

—Yendo mismo estamos. Pero guarden los machetes! Pueden desgraciarse!

—Caminen a Municipio! A juzgados vamos!

—Cierto! A los juzgados!

—Unos vayan a juzgados, nosotros iremos a Concejo!

El ambiente tostaba los alaridos y enviaba los ecos hacia los cerros distantes, en semáforos de gritos hinchados de dominio. El silencio del blanco entregaba al pueblo en manos de los runas. Subidos al Municipio, extrajeron los archivos coloniales, todo documento, todo papel que creían estaba escrito en contra de ellos. Rasgaban las hojas de siglos y, desde el corredor, tiraban los despojos a la plaza principal. Abajo, amontonaban columnas enormes de papel, prendiendo hogueras densas. Alimentaban las llamas con las maderas de los pasamanos, con las barandillas, con los cuadros, con los muebles de la Casa del Pueblo, todo en destrucción obsecuente y sostenida.

—Cogerán este librote!

—Todo cogemos, tiren no más. Laichus rurrullac hediondos, bonito 'mos de quemar todo!

—Bueno está... pero con cuidado no más!

—Qué Don Puma, miedoso también!

Brincaban en las llamas que apestaban a tiempo rancio. Enardecidos, chamuscaban sus pantorrillas en el salto, pero sin hacer caso expandían sus bustos germinados de gritos exultantes, en el vapor de la combustión anchurosa.

—Que toquen un capishca los maistros! Lindo han de quemar mañas de blanco, con musiquita!

—Si no tocan bien... botamos cortando gañote! Toquen!

Sonaba la banda; alegremente se movían en compases de agilidad y de desafinada gracia popular... Bailoteaban los runas delante de los músicos, que tenían que hacerse atrás para no tocar las cabezas indias con las trompas de sus bajos y re-

quintos. Un runa, apoderado de un bombo, daba brincos briosos, mientras aporreaba el parche a todo brazo.

Frente a los juzgados, una pira levantaba sus brazos de flamas rojas hacia las casas lelas, atisbando suspensas el entibiarse de sus timideces en el incendio de los archivos. Al percibir los sonos de la banda, todos zapateaban delante de las llamaradas y, en corro, giraban al rededor de los cueros de los libracos abultados. Humo subía a la altura, y de los campos venía el ladrido de los perros espantados. Puma de Vivar y Cayanceña, sentados en sendas sillas de terciopelo rojo, fumaban risueñamente, soñándose obispos.

—Aura vamos a Consignación de Aguardiente! Ojála hai-ga sal, carajo!

—Y si no hay también... no importa! Trago haber miso! Vamos!

—Vamos a tomar harto trago, que caro miso cuesta! Vamos beber traguito!

—Con moderación 'mos de beber!

—Ya 'mos dicho que pueden malograrnos fregando!

—Soldado qué... ni para remedio hay!

—Todo el pueblo es nuestro! Blancos en iglesia, rezando estarán pes! Jajajá...

—¿No oirán pes lo que están rezando? ni que moscardones parecen: ssunnn, así! Jajay!

—Más tarde 'mos de buscar a niñas, carajo! Vamos a traguito aura!

—Míados hemos de dejar regando, carajo!

—Vean... vean pes lo que traen áhi: indios amarrados!

—Los brujos son! Brujos de Gualaceo!

Grupos de seis indios, portaban a tres runas casi desnudos. Cetrinos, babeando verde, apaleados, llegaban los "brujos" al centro de la plaza. Un mar de manos crispadas engarfió sus pelambres y tiraban fuerte, hasta desgonzarles las cabezas.

—Por Dios... misericordia!

—No nos maten! No somos malos... perdón!

—"Perdón"... carajos estos! Engañan de lo lindo, nos hacen gastar harta plata y nos dejan frégados, y todavía burlándose de nosotros! Aura es cuando!

- Ni curan nada dichos brujos!
- Más lo que sacan plata y plata y no hacen bien siquiera!
- Impirícos dicen blancos son.
- Odio guardado mío sale aura! Que mueran por traidores, por traicioneros... éste mató a huahüita mía!
- Por abusadores... que paguen! Este mató a máma!
- Por dichos curanderos, por brujos... aura llegó la hora!
- Hora de curar a ellos del toditico!

Puma y Cayancela se esfumaron con los que iban a los depósitos de aguardiente. El furor total, untado a los dorsos de las hachas, tundió las cabezas de los empirícos, dejándolos exánimes en el suelo compacto de indios.

—Ve pes... ni que gallos muertos han quedado!

—Como zorros son! Hay que rematarles bien! Vamos al centro de plaza para matar mejor áhi!

Arrastrando a las víctimas, que eran los curanderos, no los exorcistas ni los que tienen poderes sobrenaturales... los situaron en el andén alto, en el eje de la Plazoleta. Cada runa pisaba el cuello de un brujo y lo escupía, eligiendo al que más daño le hubiese ocasionado.

—Que Taita Amo bendito castigue!

—Que Mamita Virgencita te mande a infierno!

Letaniaban sus maldiciones con vesania, quitándose el sitio, para agredir con más saña. Cansados ya de esto, los indios más potentes tomaron pedrones gigantes, que casi no podían levantarlos entre dos y, así, machacaron a conciencia los cráneos de los "brujos". Desparramados los sesos, se untaban en los pies indios. Sonaron macabramente los huesos, entre las risas runas y los rezos de los poblanos huídos, que no asomaban ni su sombra...

—Dejemos a los perros... Ya están bien castigados! Vamos a asentar con trago!

—Casas de ricos saltiemos mejor!

—No, vamos a ver a otros que fueron por trago. Todos para saltiar después!...

—Más tarde, tomados harto traguito, 'mos de hacer escarmiento en forma!

Las llaves de los toneles eran escasas para proveer de al-

cohol al gentío ávido de llenarse de torpeza. Colmados los barriles, los mandaban fuera, ya que había indios que no avanzaban dentro de la Consignación. Rotas las bocas de las barricadas a punta de hacha, bebían a pura mano, en cuenco de ansiedad, rociando las ropas con el jugo vertido de la caña. Dentro del local, los que pudieron entrar, encaramados en escaleras se subían a las bocas de los toneles y repartían el líquido en lavacaras a los de abajo, botándolo como agua de carnaval cuencano... Bebían todos, con locura suelta y sitibunda, a grandes bocados, glotonamente, como bestias que se zampasen un río en sus sedes atrasadas.

—No beban mucho les digo... eh!

—Pishishungu también, Don Puma. Sólo para esto vale... ni comió un laichu siquiera!

—Para contener no más pero no para peleya!

—Si tiene miedo, vaya, mejor! esto no hay no más siempre...

—Ya quita de la escalera, Jacinto! Deja subir! Anchuy! Anchuy, cujudu!

—No... ratito... no he bebido nada! Ni copita dan, por eso voy a tomar de tonel! No!

—Quita te digooo! ANCHUY, CARAJO!

Peleando por alcanzar la abertura anchurosa del tonel propiedad de Jacinto Quiriñagüi, un indio precipitó a éste dentro del aguardiente. Chumblug! se oyó un chapuceo, claro y sinietro, del indio en el alcohol. Salía nubecillas iridiscentes, y oye ron gritos sofocados, angustiados. Luego... nada!

—Hele ve, caray, ya botan matando a Jacinto Quiriñagüi!

—El mismito, por más que hicé, de porfiado, de puro molesto... no quisó bajarse!...

—El miso se pusó matando!

—Aura que tome pes el trago que estaba queriendo! Que harte miso lo que dé gana!

—No beban mucho, digo, eh!

—Qué carajo! Viva Taita Aljuaro!

—Viva Taita Aljuaro, carajo!

En la percepción de la Raza surgía, subconscientemente, la figura del prócer manabita. Y con un vitoreo le agradecían y

tributaban homenaje a su buena voluntad para abolir, virtualmente, el concertaje... que canallas latifundistas lo reviven mancillando la sombra sagrada del egregio victimado.

Algunos indios dormían ya su borrachera más completa. Otros empujaban los toneles fuera del lugar y derramando el líquido en el camino, en arroyos purísimos y gruesos, lo tiraban puesto que no podían tomárselo. Terminaban un tonel, y enseguida vaciaban otro; lo incendiaban levantando llamaradas azules contra el cielo atorado de aguardiente. Los árboles, por la fuerza del alcohol, tendían a quemarse rápidamente, a los mismos ojos de los indios que gozaban en ver los inflamados esqueletos vegetales. Pisaban el líquido y, los más ávidos e incolmados, se agachaban y recogían en sus manos, para sorberlo alegremente. Los cañamelares empezaban a quemarse. Prismas locos, copiaban en las pupilas indias los paisajes empapados de olores a puro derrochado. La borrachera andaba suelta e incontenible. Los más listos y sobrios llevaban a sus casas barriles enteros de aguardiente, sin que nadie les diga nada, porque no había blanco que vigile, que mezquine... Pero la mayoría se tumbaba donde le agarraba la borrachera de embrutecimiento, y roncaba saliendo babas por sus fauces requemadas, revolcando en los excrementos, vomitados y orinados por ellos mismos. Por aquí y por allá, montones de runas dormían en posturas de animales. Los blancos abrían un tanto las puertas del templo, temerosos, pero ya criando venganza en sus dedos predisuestos...

—Leandro, vamos ya! No tenemos nada qué hacer... todo se ha fregado! Yo me llevo esta pailita!

—Vamos, Puma. Yo no llevo nada! Que nos sigan los que puedan pararse, carajo! Cómo hemos de llevarles a todos, ¿ni a uno siquiera? Todo se ha fregado! Vamos...

Temblaban los caminos por la indianía borracha. Cuando Puma y los demás, acaso una docena y media, estaban cerca del puente que va al Sígsig, oyeron tiros contra ellos. Escabulliendo el bulto, volaban. Pero una bala alcanzó el talón al Cayancela que, escurriendo todo el cuerpo, se escudó bajo la paila, pero dejaba el talón al descubierto... Renqueante, Puma corría junto con el Cayancela, pero sin que ninguno soltase el cobre protector.

—Laichus traicioneros! Aura que nos vamos, que han bo-
rachado todos, salen!

Contra el montón informe de lana embriagada, los blancos
disparaban sus revólveres, con inaudita traición cobarde. Em-
pujaban los cañones en las sienes y tiraban... tiraban...

—Indios, malditos... hacernos pegar este sustote!

—Roncha les hemos de hacer aura!

—Disparen no más, sin miedo!

—He aquí balas. De mi almacén traigo. No les cuesta na-
da! Pero salven a nuestro pueblo! Tomen lo que quieran!

Los comerciantes ofrendaban proyectiles a puñados, acucio-
samente. Todos deleitábanse en ver los estiramientos de los ru-
nas, con la muerte. Con cuchillos filosos los punzaban, buscán-
doles el corazón, trágicamente. Ejercitaban su puntería: risueños,
posesionados de su manía de exterminio.

—Jajajá... ve pues, este indio cómo se volteó!

—Ya hemos comido unos catorce! Jajajá!

—Sí nos ha servido el saber matar puercos, ¿no? Lindo
chuceo el corazón!

—Pish... indios brutos, pasan sin sentir a la eternidad! Di-
chosotes!...

—Fiera, fiero ha sido la carne de mitayo! Puf!

—Hay que matar a todos pero! Ni así han de escarmentar
los condenados!

Manos ensangrentadas asían las armas, y las caras de los
blancos adquirían funestidad de asesinos profesionales... Po-
nían a los indios en postura propicia, acomodándolos exquisita-
mente, a su real -real sí,- antojo, y ahí disparaban. Si erraban
el tiro, volvían de nuevo hasta herir precisamente la parte se-
ñalada en selección inhumana. Alzaban las cabezas por los pelos
y las dejaban caer, destrozadas por el plomo. En los ponchos
limpiaban cuchillos y, muchas veces, tajadeaban, porque sí, sin
más que la pura gana, de oreja a oreja, las mejillas morenas y
ensuciadas, y muertas además... Sólo por el gusto de ver bro-
tar las sangres de los indios borrachos con la muerte ya conge-
lada, estatuizada.

—Que toque la banda para nosotros ahora! Hemos de bai-
lar, a mi casa invito!

—Sí, que toque, una linda huara! No, mejor que toquen el Himno Nacional!

Disparos seguían el compás de la Canción Patria. Apesta-
ba a alcohol y sangre todo el pueblo. Alguien, entonces cantó:
“SALVE, OH, PATRIA, MIL VECES, OH PATRIA!”

Las manos blancas y bendicientes de Taita Cura Bamora
trazaban sombras encima del carnificio fresco, humeante . . . Los
gallinazos empezaban a proyectar su negror móvil en la tierra . . .

CUMBRES REVENTADAS

Atascada la sangre de los indios en sus pulsos fogosos, en
sus arterias atravesadas de venganza, sus brazos sopesaban los
horizontes y caían amargados por la carencia de mortandad a
satisfacer sus ímpetus carnívoros. Dieron vuelta a sus rostros al
Sur, al Norte . . . girando en redondo sus cuellos fraguados de
gritos y protestas. No había blancos a quienes matar en los cam-
pos, porque todos volaron a refugiarse en Cuenca. Descubrieron,
con malsana vehemencia, que entre sus mismos hermanos de
Raza tenían enemigos. Y soltaron sus músculos en galope des-
tructor, en impulso eléctrico de crimen. Afanosamente buscaban
en las casas a los rivales y los desafiaban encoraginados, delei-
tándose en cecinar su victoria en el enemigo ya vencido. Con
indiferencia de carniceros titulados, tajaban las carnes de los
adversarios muertos y las desperdigaban a los campos, ciegos
de dolor, bajo el ojo rapaz de los gallinazos cerniendo los cielos
en pandilla mortecina . . . Otras veces crimínaban a mansalva,
en la encrucijada de la noche y en el despoblado de la Sierra,
ya sin kipas resurrectas. Crispaban sus dedos, poniendo diez pi-
cos de cóndores hambrientos en sus manos alzadas de venas,
chorreadas de venganza. Ya casi nadie se acordaba que el mo-
tivo del levantamiento era la SAL! LA SAL! . . . Acezaba qui-
chua criminal el aliento de la Raza No Domada.

—Aura donde quinjeños ‘mos d’ ir! Nuestros enemigos son!

—Sanjuanés están viniendo! Nuestros enemigos son . . . Pa-
remos no más, carajo!

Se encontraban en el camino las cuadrillas furiosas. Al cho-
que quedaban 4 ó 6 muertos de cada bando, tendidos, con sus

caras hinchadas y respunteadas de moscas y las bocas colmadas del polvo de la refriega fratricida, ríspida. Jalaban a los cadáveres a las altas lomas, y, desde la altura, los dejaban caer a los barrancos a tajo, en tumbos de sangre asperjeando sesos y carnazas. Los más sanguinarios tomaban los despojos de sus enemigos y, sobre piedras grandes, molían las cabezas, a conciencia, como cuando chancaban chogllos para los chumales... La sangre saltaba a los antebrazos y se la enjugaban con los índices y los pulgares, aprisionantes, en semicírculo apretado, exprimiendo el líquido sobre la piedra que humedecía nuevamente arterias y yugulares resecaando...

Respiraban los paisajes sangre humeante, y la tierra se rociaba para frutecer las semillas... venteando, con sus naricillas vegetales y nacientes, el olor tibio de los miembros retaceados:

—Ya basta, brutos! Así no se puede hacer nada! ¿No ven que es restarnos la gente para peliar contra laichu? Animales... no hay que malograr la Huelga peliando entre nosotros mismos!

—Es que... cuentas atrasadas, de cobrar miso teníamos que!... Comprienda, Don Puma! Cada cual tiene sus odios pues, sus venganzas pues, y hombre es!

—Qué cobrar ni qué nada! Por eso estamos jodidos! Porque no tenemos unidad para arrollar contra el blanco! Nos peliamos entre nosotros mismos! No tenemos conciencia!... La mala suerte!

—Es que, Cayancela... odio es como potro! Como toro bravo! no ve por onde anda... cuando enfurece... no hay quién contenga!

—Ya el mal está hecho. Vamos al Tablón para presentar la gran batalla! Aún hay gente racional que no se mata entre ellos!

—Vamos... vamos a Tablón! Para vencer o para morir! Pero hemos de vencer!

—Más vale matar a un laichu, que es nuestro enemigo desde antes, que a natural que es enemigo de ocasión no más...

—Cierto, Leyandro, vamos a Tablón!

CORAZONES: KIPAS DE SANGRE

1

... Solucionada la crisis de sal, ya pasada la novelería febril que tenemos los ecuatorianos para todos los problemas... el ambiente de Cuenca tranquilo, aparentemente sereno. Normalizado el precio del artículo en el radio urbano, volvió la sal a entrar en la liturgia... Ciertos sacerdotes cultos explicaban que ya en la Antigua Ley de Sacrificios, se empleaba la sal en señal de estabilidad e inmovilidad de la alianza de Dios con su pueblo, y que Isaías, por orden expresa del Señor, derramó puñados de sal en el Jordán para purificar sus aguas, para tornarlas fecundas, sanas e inocentes. Contaban ahora, ya extirpado el peligro de huelgas del pueblo, que el cloruro de sodio era empleado en simbolismo preservante de la corrupción y como comunicador de la sabiduría, tanto que Jesús llamó a sus apóstoles: sal de la tierra. Y que por eso se la empleaba en la administración del bautismo y la bendición de las aguas. Seguían exponiendo las cualidades de la sal en lo referente a la acción dinámica y química de ella... Lela quedaba la gente ante tamaña sapiencia y decían que, de haber sabido todo eso a tiempo... hubieran peleado con más ganas!

La ciudad solamente se preocupaba por la suerte de los indios y por la inquietud en que vivían los cantones... La elegancia de las autoridades asentaba sus mangas casi impecables

en las mugrientas mesas de la Oficina de Telégrafos, sustentando conferencia tras conferencia con la Capital de la República. Como eran los prohombres del pueblo, resolvieron pedir a Qui-to que se enviase un Grupo de Caballería, para escarmiento de los "mitayos". Así, los caballos y la infantería aunados, extirparían a los roscas subhumanos, alevosos asustadores del blanco inofensivo. Sonrieron anchamente cuando asintió el Encargado del Mando Supremo de la República . . .

2

Asustados, inquietos, con sus corazones latiéndoles como galgos de carrera, los runas olfatearon la venida de la caballería, por los riscos del Cañar. Espías, que tenían en la ciudad, denunciaron a los indios la traída de unos jinetes del Norte para desencadenarlos sobre ellos. Encolerizados los indios destruyeron las líneas del telégrafo. Dejando echado el alambre, como un mensaje plumizo, en la Sierra desolada, reían, pero . . . su risa no sonaba francamente, sino que metía dentro de sus corazones pavores de gusanos enfermizos. Establecieron chasquis a todo el largo de los caminos puneños, hasta El Tablón. Y todos los huelguistas trahojaban su memoria y sus recuerdos, pensando que a todo el ancho de aquellos senderos que los hubieron vistos mansos, con su andar humoso de páramo inhóspito, transportando pianos, turbinas, tubos, autos, máquinas de coser . . . y demás objetos de civilización para exclusivismo del blanco, marcharían los importados centauros en sus caballazos portadores de la muerte. Sobre las espaldas del indio había venido el progreso a Cuenca, a la Cuenca odiada; y a ellos, que tenían que amarrarse cabestros a sus cinturas, siempre con la carga en sus lomos de jesuses amoratados, para que, desde las cúspides de las montañas les fueran soltando poco a poco, dándoles beta para que bajasen a los valles y condujesen las máquinas para los "niños" . . . ; a ellos, los que cimentaron civilización en una ciudad andina de difícil acceso, se intentaba pulverizarlos, pisotearlos entre los herrajes de los animales del Escuadrón "Eloy Alfaro" . . .

—Laichus . . . umag laichus!

en las mugrientas mesas de la Oficina de Telégrafos, sustentando conferencia tras conferencia con la Capital de la República. Como eran los prohombres del pueblo, resolvieron pedir a Qui-to que se enviase un Grupo de Caballería, para escarmiento de los "mitayos". Así, los caballos y la infantería aunados, extirparían a los roscas subhumanos, alevosos asustadores del blanco inofensivo. Sonrieron anchamente cuando asintió el Encargado del Mando Supremo de la República . . .

2

Asustados, inquietos, con sus corazones latiéndoles como galgos de carrera, los runas olfatearon la venida de la caballería, por los riscos del Cañar. Espías, que tenían en la ciudad, denunciaron a los indios la traída de unos jinetes del Norte para desencadenarlos sobre ellos. Encolerizados los indios destruyeron las líneas del telégrafo. Dejando echado el alambre, como un mensaje plomizo, en la Sierra desolada, reían, pero . . . su risa no sonaba francamente, sino que metía dentro de sus corazones pavores de gusanos enfermizos. Establecieron chasquis a todo el largo de los caminos puneños, hasta El Tablón. Y todos los huelguistas trahojaban su memoria y sus recuerdos, pensando que a todo el ancho de aquellos senderos que los hubieron vistos mansos, con su andar humoso de páramo inhóspito, transportando pianos, turbinas, tubos, autos, máquinas de coser . . . y demás objetos de civilización para exclusivismo del blanco, marcharían los importados centauros en sus caballazos portadores de la muerte. Sobre las espaldas del indio había venido el progreso a Cuenca, a la Cuenca odiada; y a ellos, que tenían que amarrarse cabestros a sus cinturas, siempre con la carga en sus lomos de jesuses amoratados, para que, desde las cúspides de las montañas les fueran soltando poco a poco, dándoles beta para que bajasen a los valles y condujesen las máquinas para los "niños" . . . ; a ellos, los que cimentaron civilización en una ciudad andina de difícil acceso, se intentaba pulverizarlos, pisotearlos entre los herrajes de los animales del Escuadrón "Eloy Alfaro" . . .

—Laichus . . . umag laichus!

las tierras altas. Pero que . . . hasta la naturaleza estaba bajo el dominio del blanco, pisada por su gana de dominador sempiterno, que tendía rieles en su dorso, que levantaba puentes, que hacía túneles . . . en fin, que la arreglaban como le placiese a su mando y su capricho . . . Lloraban. La vivencia ancestral de la Raza brotaba incontenible y era la mujer la que, conteniendo con sus lágrimas el horizonte, lanzaba hacia el Sol su quichua de plañidos ululantes: en un solo de monodia sin música instrumental que, luego, iba subiendo en coral tétrico desde el mismo magna de la sangre condolida:

Tucucuna chigninmi,
Tucucuna macanmi;
Cushmapish ña lliquinmi,
Chiripish ña atipanmi.

• • • • •
Ña mashca shigrahuaca
Cainamanta chushagmi;
Cunanca yaricayhuan
Huañush purisha chari.

• • • • •
Cay huagcha runataca
Huaira apashca ringami;
Allucuna micuchun
Maymanpas shitangami. (1)

El quichua, sollozado y secular, ascendía en el páramo, se enroscaba en las ramas lloradas de los árboles, serpenteaba por la hierba lodosa e iba, como beta húmeda, adentro de las sangres consumidas de tristeza fatalista. Y seguía:

(1) Todo el mundo me aborrece,/ Todo el mundo me golpea/
Mi camisa está con rotos,/ y el frío me va venciendo.— Mi bolsa para
la MASHCA/ desde ayer está vacía;/ ahora con hambre sólo/ ando
llevándome muerto.— Este pobre runa va/ llevado sólo del viento;/ a
que lo coman los perros/ donde quiera él es botado.

Puyu puyulla
Uiracochami,
Curita nishpa
Jundarircami.

.
Puma shunguhuan
Atug maquihuan.

.
Runtuc urmashpa,
Illapantash,
Inti yaicushpa
Tutayarcami.

.
Imashinata
Mana llaquishpa
Ñuca llactapi
Shucta ricushpa.

.
Caita yuyashpa
Mana huañuni!
Shungu llucshispa
Causaricuni. (2)

(2) Como niebla y no más niebla/ cayeron los huiracochas,/ y de todo oro sedientos/ llenaron no más todo ellos.— Con pumas entrañas,/ Con manos de lobo.— Granizo cayendo,/ el rayo brillando,/ el Sol ya adentrado/ todo él era noche.— De este modo cómo/ no estaré lloroso,/ con ésta mi Patria/ que extraño la holló.— Si al recuerdo existo/ ¿no puedo morir?/ Corazón afuera/ sigo yo viviendo.

Me responsabilizo de esta traducción. Mera, en su ANTOLOGIA... -p. 344-347-, ha sido inhábil para traducir las maravillas del quichua. Me parece, además, que sus grafías están incorrectas. Don Juan León pudo ser hasta autor del Himno Nacional, pero... nunca poeta; versolaris, sí. He procurado, por medio de diccionarios, dar una versión más acorde al quichua sencillo y de natural poético, no hechizo castellanizando el sentimiento del RUNA. Si he fallado es culpa de mi buena intención de sanear las traducciones que se hacen de la lengua del natural: explotándolo hasta en esto!

G. L. M.

La melodía verbal: de siglos desgraciados en el alelamiento inmenso de la pena concierto, desposeída titilaba en el aire con pavuras. Y ese aire se licuaba en los lagrimales de las mujeres transidas de presentimientos fatalistas. Por sus mentes giraba un halo helado, pisando la tierra. Les dolía a los runas la traición de la tierra y sus pupilas huídas a las lágrimas insumisas contemplaban que no existían huatanas, apachetas ni coyectores para dejar la ofrenda que magnanime a MAMA PACHA...

—Mama Pacha ¿por qué no estás pes con hijos propiccitos tuyos?

—Tuyos somos todos, ¿y así abandonas, Mama?

—¿Qué 'mos hecho pes nosotros natorales a que así botes olvidando, Mama?

—¿Por qué no entierras pes a laichus, a montonados, a montados, Mama?

—No Mama Pacha sois; tierra para caminos no para aradas, es aura qué!

—No tierra para natorales!

—Huiracochas miso son todos, Mama Pacha...

—Laichus de Castilla... huiracochas dueños de tierra de ellos son!

—Mama Pacha, aunque vos no quieres, 'mos de cagar a laichus en Tablón!

—Mama Pacha qué... ya no Mama Pacha es, aura ca tauca laichucunahuan juchallig allpa es!

—Así miso es pes, bien dice mi marido: pecadora con mundo laichus tierra es!

—Ari! Ari! bienhechito!

—Asimiso, a manavali tierra en lengua de laichu hay que insoltar!

—Aura ca tierra gran pota, sólo! Traicionera...

—Traiciunira... .

—Gran pota tierra no más es!

3

Una mañana... salieron 70 jinetes, reforzados por dos compañías de infantería. Seguros del aplastamiento de la Huel-

ga, que sacudía las llamadas de las kipas, mezclando su puro son potente al de los clarines agudos. Avanzaban... con el Sol, el antiguo INTI, calentando cascos, armas, babas de caballo, escupitajos de soldados y pensamientos prevenidos.

Los sables enormes hundían sus sombras en la tierra. Trinaban los horizontes convulsos de bayeta y de Indianía, cara a cara, hacia el peligro. Respetaron los runas sus sembríos, abonados con el agua de sus músculos y con sus gemidos de conciertos, en un gesto de protección máxima y fraterna para sus surcos copiosos de cosechas... Y por la mitad de los maizales pasaban las bestias, tronchando chacras, tascando cañas en sus belfos obedientes a la rienda en la diestra del jinete. Avanzaban... en flota de destroyers animales, confiados en su fuerza reffendada al servicio de la Patria Ecuatoriana. Avanzaban... Estaban llamados a velar, insomnes, sacrificados, por la paz de la provincia amagada, e iban a proteger a los blancos del furor de la mitayada inconsciente... a los blancos cuencanos que tanto bien hacían a la nación, dándola opimas entradas en su caña de azúcar, en sus telares, en sus mármoles, en su platería, en su paja toquilla de la que hacían manufactura tan habilidosa y productiva... para algunos! Avanzaban... y los soldados eran pagados por el Fisco, eran el brazo armado de la República, eran la paz, eran el poder, la garantía constitucional... Ejército de cholos, casi de indios reclutados, salidos de chozas o de sabanas montuvías, manejaban máuseres y sables contra sus hermanos! Avanzaban... contra los indios que con su sudor hacían la grandeza de la Patria entera, la Patria democrática...

Resonaron los cascos de los cuadrúpedos en un recodo cerca de Ricaurte, cuando un tiro les sorprendió por las espaldas. Encabritados los caballos tocados por las municiones venaderas, pronto fueron domeñados por la pericia hípica que les obligó a trepar riscos, en persecución de la indianía.

En una plancie hervían los indios desafiando al contingente. Con sus ponchos, flameados epilépticos, en círculos mortíferos, abanderaban su actitud resuelta y estatuaría. Rezongaba ululante la honda... Alistaron las ametralladoras contra el ciclón embravecido de los longos que tiraban carcajadas con sus kipas machos, los índices gigantes de las bocinas y con sus bo-

cas redondas en burla de pujanza. Algunos indios no asomaban en tierra más que su tórax, pero dejando ver sus fauces erizadas de colmillos vengativos. El viento detuvo el circular de la grita tronadora, caldeando la greda únicamente el calor de la Raza impetuosa, trepidando de rencores. Violáceos estaban los montes recogidos al ajeteo de la tropa. En ráfaga mordaz, las Z-B abaniquearon su carga al horizonte, rasgando el cielo como pieza de liencillo. . . Luego del tableteo de las armas, los soldados contemplaron, absortos, a los huelguistas inmunes a las balas.

—Jajay! Soldados manavalis!

—Tiren no más tostaderas! Ni hacen también nada! Mapa tostaderas!

Tras la infantería los caballos, como parapetos movedizos, paraban sus orejas a las voces. Continuaban enronquecidos los vozarrones broncos de los runas alegres de que ninguno estuviese ni ligeramente herido. Alzaban las kipas al cielo, como queriendo huracanar cólera a los vientos. En las nubes reventaban las armonías bravas y alongadas, en rumor ampliado, como voz de gigante que retumbase entre el paisaje. Cálices eran las kipas, cálices en ofertorio heroico de la Huelga!

Con su binóculo, el Comandante del Escuadrón precisó el subterfugio de los indios. Una raya, a lo ancho de la tierra, abortaba hervores de valientes que les sacaban las lenguas, les hacían malas señas en actitudes impúdicas, espesas de insultos, llameantes de quichua suelto a matar, viril de desparpajo. De mano en mano pasaban olletas de aguardiente con pólvora.

—Tomen esto, hermanos. Esto da valor! 'Mos de vencer mismo!

—Esto embravece! Vengan, mierdas!

—Jaay upallashca soldados, vengan!

—Esperen, indios brutos! . . . Allá vamos! Al galope! . . .

Retirados los de Infantería, el terreno fue plano tambor al redoble hirsuto de la caballería, desbocada contra los huelguistas. Abandonando sus trincheras, volaron los indios tomados de sorpresa. Fugaban sin conexión, en retirada pavorosa hacia las lomas, hacia las alturas, hacia las cumbres. . . Los caballos les tumbaban de un pechazo, como a toros que se va a marcarlos,

y caía sobre ellos, encima de los indios pavoridos, el filo de los sables centelleantes de mortíferos ladridos. Las sienes runas atornaban motores en sus sangres, sonando su destrucción encorajinada. Era una sola masa aglutinada en revoltijo feroz de caballos, de gente, de herrajes que coceaban el dolor de los vencidos tapándose sus cabezas en sus ponchos agujereados por las puntas de los hierros que les buscaban los ojos y las gargantas silenciadas; sondeando la trama de lana, se introducían como lengua ansiosa de lamer la vida del Longuerío ya aterrado.

—Alaú... no podemos pararnos con caballos, volemos! Corramos!

—A las lomas, pronto! Ahí podemos hacer frente!

Chillidos desaforados entre expresiones contundentes, en las que supuraba la furia de los cholos fusileros, "caballeros" a caballo...

—Aura, mitayos bandidos!

—Ni uno ha de quedar!

Entre el montón de carne india chapaleaban los cascos barnizados de sangre, levantando pedazos de sesos embutidos en las herraduras algodonosas que, en la carrera, se bruñían de exterminio. Sobre el dorso de los corceles, blandía sablazos la diestra de los atacantes, a la vez que la boca del montado cuajaba agrias blasfemias irritadas, coreando pronto los impactos de las pistolas de los oficiales. Eco romo desgarraba el pulso estático de la lejanía donde intentaban esconderse los prófugos, con ímpetu de ciegos espantados. Las colinas de Ricaurte eran arañadas por el miedo del indio que se agarraba a la tierra a que lo proteja, demandando y queriendo ser gusanos para insertarse en el polvo redentor, salvador... Pero el terreno estaba árido de refugios, en contra de los huelguistas amoratados de golpes y de sangre. Algunos indios ganaban las breñas, situadas entre cielo y viento, horrorizadas del seguirles incesante de las ametralladoras, persistentes en su barrido de cataclismo y fogonazos. Mellaban el aire los tiros. Y tras las rachas de plomo, cuando ellas cesaban, los caballos escalaban casi por tajadas verticales, resoplando fuerte, sacudiendo los frenos entre el zumbar de los proyectiles impregnados con el sabor ácido de la matanza en su apogeo. Brillaban los ojos de las bestias, copiando en sus

órbitas las escenas que daban vueltas en su cinema trágico. Había, en los ojos de los hombres, relámpagos tensos de bronquedad sanguinaria. Alocada, huía la indiada, con su alma en los talones, chasqueando el viento los hilos de sus ponchos traspasados por las balas. Sudorosos, polvorientos, rotos ya las kipas machos, circundados por el alarido de las mujeres runas que maldecían del progreso y de los armamentos de los laichus.

Cayancela, de pies sobre un montículo de tierra, expandido su pecho abroquelado por el poncho, alzó sus brazos en aspavídas y temblorosas, contra el cielo, a todo viento y latitud.

—Soldados! Oiganme! No tiren contra nosotros! Somos de la misma raza... Somos los mismos indios. Uds. y nosotros! No tracionen a la sangre! Uds. son también explotados, como nosotros! Oigan! Nuestra patria es la sementera y la choza! No sean huigsa michegs, soldados! PIENSEN! Uds. se deben más a nosotros, los indios y los cholos, antes que al blanco, enemigo de los pobres! Oigan! PIENSEN! No tiren balas a nosotros!

—Calla, Leandro, te vamos a matar!

—... ¿Le conocen a ese runa?

—Sí, yo le conozco. Me dieron el pase a este Escuadrón, yo soy de Cuenca. Por eso le conozco, compañeros fuimos en "LOS BRAVOS DEL ORIENTE".

—No parece tonto, ¿eh? Que se calle, díganle!

—Calla, Leandro...

—Qué calla ni qué nada! Me han de oír! Las verdades les estoy diciendo! Soldados: juntos podemos hacer la justicia que nos deben! No tiren... no... CARAJO! HUIGSA MICHEGS!

La bala de un Teniente que disparó con el fusil quitado a un soldado, tumbó al Leandro Cayancela. Retumbó el disparo en el corazón mismo de sus palabras empapándose de sangre despertada! En el estertor de la muerte, la mano del ex-soldado, la mano izquierda, la del corazón... buscó la tierra, mientras su lengua lamía la greda llovía y abonada con su sangre definida. Su tórax fué simiente alta sobre los huachos dispersos y revueltos.

Luego de una hora de "refriega", el silencio regó en la llanura su paz crucificada de preguntas...

Apenas un quejido raspaba el ambiente entreverado de pólvora y despojos, humedeciendo el día humillado de derrotas. Centenares de ponchos cubrían los cuerpos morenos, de cobre heroico, de rebeldía vivificada, pero ya tumefactos, tiñéndose de más rojo, hasta la violencia del color en los charcos que sembró el ominoso furor insano. La sangre espejeaba en forma de arroyuelos, brillosos al Sol, alumbrando a los perros que aullaban por sus dueños, desoladamente, enfilando al confin terrestre pavorido sus narices dilatadas por estornudos de barbarie. Canes extraños a los muertos, husmeaban el picadillo de indio esparcido en la pampa reseca. Arriscaban sus hocicos al humus de los sesos que parecía esconder neblinas de pensamientos no llegados a concretarse... pero que blanqueaban ya junto a las horas aleladas. Luego, los perros sepultaban sus hambres atrasadas de cuidadores de cosechas, en los intestinos de los huelguistas... Retiraban sus caras sangrantes y toda ella, las patas, el pecho, los ijares, el pescuezo... destilaban sangre tibia bajo el Sol y la mirada indiferente de los "trionfadores". Los muertos aferraban en sus puños las armas con las que les sorprendió la muerte haciendo guardia de honor a la Vida levantisca, libertaria. Daban impresión de pesadilla alcoholizada... Pero la realidad aún estaba hispida en las carreras de los potros y en los gritos de los jinetes acribillando el campo indefinido.

Tras la muerte... la orgía del sexo criminal... Ante los ojos mismos de los oficiales, los soldados perseguían a las longas y mujeres. En donde quiera: tras un cerco, junto a la pared de las chozas, en las quebradas, en los barrancos, en las chacras... en todas partes se escuchaban quejidos de las indias forzadas, violadas y descuartizadas por la furia sensual de la caballería. Arrojan lejos a los huahuas cargados a espaldas de sus madres, alzaban las polleras y, lo mismo que los perros carniceros, sacudían luego, sus hocicos de hombres chorreando sangre por los mordiscos del espasmo degenerado. La tierra daba botes, saltos convulsivos... Apuñaban su sexo profanado las

doncellas y un gemido prolongado de agonía viviente trizaba el horizonte anocheciendo de vergüenza.

Aún no decaía la médula total del levantamiento. Llegaban a los oficiales voces de despecho:

—No vale con caballos! . . . Tiren pes tostaderas, eso ca no hace nada!

—Vengan de hombre a hombre! Manavali soldados cacas!

—Vengan pecho a pecho limpio, soldados perros! Huigsa michegs!

En los cimientos y latencias ancestrales de la Raza India, persistía el pavor hacia los corceles de la Iberia, a los "bucéfalos" de los conquistadores sueltos en los altiplanos, donde no se conocía a más del ala de los cóndores señores y el cuello vertical de las vicuñas señoras de amistades . . .

Alegres de no haber dado tiempo de parar el golpe estratégico, conversaban los oficiales. Un subteniente lamentaba la pérdida de su pistola.

—Eso de "tostaderas" deben ser, sin duda, las ametralladoras. Jajajá . . . bien les fregamos!

—Y eso que estos indios morlacos han sido peor que los del Norte. ¿Se acuerdan en San José de Ambi, lo que les hicimos a los roscas? Máchica.

—La Caballería, señores, es la llamada para acabar, de una vez por todas, con estos salvajes!

—Y ese soliviantador que nos arengó . . . vaya! Con filatería y todo le mandamos a los quintos! Jajajá!

Las palabras de los soldados, oficiales y comandantes eran sofocadas por el aventar desaforado de las Z-B voraces. De una chacra, a 200 metros, oyeron una percusión de escopetas. Arremetieron al galope. Buscaron en la sementera, pero sólo el chocco perfumaba los cascos de las bestias. Apeáronse algunos soldados y encontraron unos carrizos chamuscados por la pólvora taqueada en sus orificios, adentro sus cañutos. Siguiendo la huella de la mecha quemada, localizaron tras una cerca a un runa joven. Sin poder huir, el longo alzó su poncho en decisión viril, amamantada por todos los sonos de las kipas machos. Ostentaba el arma extraviada al milico Subteniente. Con precisión de rayo, su mano apretó el disparador, mientras su boca desjarretaba:

—Caica, laichu perro!

Rodó al suelo un soldado, en tanto que los espadones abrían brecha tremenda en el cráneo del rebelde, del valiente. Después... los caballos trillaron la vitalidad del runa, en un trote desmandado de revancha y sacrilegio.

—Ve este otro indio... Toma, hijo de la gran perra!

—No mates, amito... deja pasar fiesta de San Josesito si quiera... No mates!

—Fiesta en la eternidad has de pasar! Toma!

Dispararon en la misma sien. Y verificaron que el indio tenía perforadas las dos piernas por ráfagas de ametralladoras.

—Y así quería vivir el canalla!

—Ni toda su devoción le salvó al maldito!

... Y... fue la carrera mortal de los cuadrúpedos. Descuyntaron los sembrados, dejando en las cortezas de los árboles la incisión neta de los sablazos tremebundos, pero desviados... El crepúsculo tardecido acezaba gangueante de gimoteos, ante la hórrida carnaza impune. Desbarataban las chozas persiguiendo a los runas que, atónitos, lanzábanse cabeza abajo de las quebradas protectoras. Lloraban las mujeres agarradas el vientre... mirando embobadas el tropel bárbaro que pasaba a una cuarta junto a sus ojos caídos en la tierra puérpera de muerte... Los huañuas, boca arriba, hipaban asidos a las bayetas tumefactas, enseñando sus monstruosos desgarrones de sadismo. Imprevistamente los centauros rajaban las cabezas infantiles, que se abrían mostrando su blancura a las patadas de las bestias sueltas en pampas y breñales. Los aceros chorreaban su sangría, coagulada ya cerca de las empuñaduras guarnecidas por la insignia ecuatoriana... Goloso, insaciable, continuaba el cataclismo de carne india que finaba sus latidos. Muchos vientres extraían sus intestinos y los charcos de sangre y sesos untaban las botas de los que se habían apeado... Tomaban las botas y espuelas un brillo inusitado, raro... Los cueros de la soldadesca pedestre estaban tornasolados a lo insólito... Ah, disparaban tiros de gracia a los agónicos y las Z-B... dormían atascadas de cansancio. Hinchados, los montes se arrugaban de heladuras...

Noche completa, y todavía continuaba el maremagnun persiguiendo a los runas rezagados de la muerte. El campo vibraba

horrizado de las "hazañas" de los "victoriosos". Y el templo, antes atacado por los huelguistas, ahora los amparaba...

—No se han de levantar más con esto!

—Máchica les hicimos! Y eso que no teníamos aviones, que si nó... ni uno quedaba!

—Con sólo tres bombas se terminaba esta inmundicia de runas!

—Educándoles como soldados, que sepan lo que van a defender, dándoles buenas armas, serían el mejor ejército del mundo, Teniente!

—Exacto... De caballeros, señor Capitán, es reconocer que hemos vencido a héroes inermes! Gloria a ellos!

"Gloria"... Retirándose, sonaron los arneses y armamentos de los bizarros caballeros que fulgían a la luna hilando los encéfalos desperdigados de la Huelga. Los perros, echados, sin poder moverse, resollaban doloridos por el hartazgo, mas, escuchando los lamentos de los que no murieron del todo... Las patas de los caballos pisaban a algunos perros que reventaban embarrando el campo con comida y excrementos... Era la pampa vasta, iluminada por los reflejos de las kipas machos abandonadas, ociosas, rielando únicamente la luna en sus panzas de armonía huelguera ya inútil e infidente... Montes y colinas semejaban calaveras mondas, y en los fondos de las quiebras se guardaban los suspiros de los derrotados. Persistía aún a ras del suelo la fetidez de la pólvora quemada. Lejanamente se percibía el grito de los gallinazos despertados en sus alas funerarias.

Las tetas de las kipas, nodrizas de la Huelga, catelepsiaron sus clangores en las titilaciones de los luceros, y en las pupilas de los cadáveres que mecían constelaciones regadas en el piso.

El viento pasaba acuchillando la huella de las almas que fugaron...

En las órbitas de los muertos una luz difusa proyectábase más allá de los montes comarcanos. Más allá, detrás de ellos. Más allá de las nubes del Ecuador... Allá... allá al Futuro, la Tierra misma estaba fecundada de Esa Luz!

Amanecía la pólvora en los campos... Fructificaba un evangelio ecuatoriano en manos de los indios!

NOTICIA

Doy aquí una agenda de voces que pueden pasar como regionalismos del Azuay y, acaso, en calidad de modismos ecuatorianos... Confieso que en este libro mío hay insustituible profusión —nunca abuso— de quichuismos dada la índole de la obra. Mas, los higiénicos perencejos fablistanes del Ecuador e Indoamérica, presumidos de puriparlismo “casticista”, no deben achacarme de un gratuito y anárquico empleo de voces tomadas del caudal de nuestros mayores indios inkas y cañaris incrustados en mi labor escrita.

En mi escritura se desparrama el lenguaje americano, con una gramática americana y un sentido lingüístico-espiritual americano. De ahí que me tenga sin cuidado acogerme al giro que responsabilice, que defina mejor la vida americana. Soy de Indoamérica y no tengo vergüenza de proclamar el idioma que me asignó la Tierra India usándolo a mi conciencia y mi sintaxis de hombre americano. Si he trabajado una novela de indios ecuatorianos —basada en las históricas “huelgas de la sal” de 1925 en Cuenca— por fuerza tendré que hablar como los indios: ya fuese en autor o en personaje... pero

dentro del marco cordial de la tierra en que nacieron hombres y palabras.

... Tengo la pretensión de que alguna vez la Real Academia Española reparará —ya que no me agradecerá— en el servicio de hacerle conocer giros y voces de América. El favor de lingüistas y filólogos fuera de mi Patria, talvez lo tengo ya reconocido.

Por otro lado, en mi escritura generalmente asoma el vocablo arcaico, pero de uso actual y legal en el lugar de mi residencia luego, pues, hay alcurnia castellana. Si no se alcanza a reparar en esto... ya no es culpa mía.

Llamo la atención sobre las voces TAITA y MÁMA comunmente conceptuadas como quichuismos. No hay tal! Son palabras latinas e invito, generosamente, a buscarlas en cualquier diccionario responsable. TAITA viene de tata, y MÁMA viene de mamma.

Particularmente ruego se sirva considerar que ésta mi novela es anterior o, por lo menos, coetánea de algunas que se hicieron famosas. Fue escrita, junto con otras de la índole, de 1931 a 1933. La fecha de la copia sería, acaso, 1937. Mi novela no es, pues, segundona de las de éxito ni intenta, para que se repare en ella, renovar curiosidades de triunfos americanos.

Sin más...

G. h. M.

SEÑALADOR

de modismos azuayos, quichuismos y algo más...

CHINA	crizada pequeña.
PAISITA	denomínase así a los colombianos.
HUASICAMA	indio que cuida por períodos la casa y hace de todo.
MOTE	maíz cocido.
DRAQUE	agua hervida con azúcar, canela, limón y a ello se echa aguardiente.
CHILENA	baile suelto.
MORLAQUIA	designase así a Cuenca.-Morlacos: los cuencanos. (Cf. <i>Historia de la Literatura Morlaca</i> , t. i., por G. h. Mata).
ZHUMIR	excelente aguardiente de Paute, Cantón del Azuay.
ROSCONES Y	
ROSCAS:	despectivo de indios.
PACHA MAMA	Madre Tierra.
RUNAS	hombres, indios.
LONGO	indio joven.
DUDA	caña arundinaria silvestre.
PIJUANO	pífano, instrumento musical de caña-duda.
HUAHUA	niño o niña.
COTONA	especie de saco muy tosco.
MITAYO	indio tributario de la mita, despectivo.
TAITA Y MAMA	se encuentran hasta en LA DOROTEA Cfr. Acto II, Escena II, habla Celia.
TAITITO	papacito.

RISHPA	
CUTISHPA	yendo y viniendo.
CHAPA	presente de chapar, ver, policía.
CHUTA	presente de chutar, halar.
NANA ALLI TI-	
SHANGUI DIA-	
BLOMAN	
CUSHA:	si no tiras bien te voy a regalar al diablo.
HUACHOS	surcos de la tierra.
CHOCLOS	maíz sin madurar, tierno.
CHUMBI	ceñidor, faja india.
CHAPITAS	diminutivo de chapas.
SHAMUY	
CAIMA	ven aquí
LLACTA	tierra, patria, la nación.
PACO	policía.
ARI	sí.
LAICHUS	hombres blancos, despectivo.
QUIPAS o KIPAS	caracolas marinas.
MANA	no.
HUARMI	mujer.
CUENTAYO	cuidador de ganado.
ROCOTOS	pimientos muy picantes.
HELAYS	hele ahí.
VIUCHU	diminutivo cariñoso de violín.
AJI UCHU	plato fuerte indio o aji muy picante.
ANACO	bayeta rectangular que forra a las indias, viejas o niñas, a modo de pollera.
CUSHILLA	muy contento, alegre.
MISHQUI	
NAHUI	cara de miel, rostro bondadoso.
CHUGHAQUI	resaca, torna borrachera, perseguidora, etc. depresión post alcohólica.
MONIS	el dinero-de money.
ACHASADO	medio chaso, labriego ciudadanizado...
LAICHUCUNA	plural de laichu.
SHAMUNGUI	viviendo.
MAPA	suciedad, basura que no sirve.

RUCO	viejo, al hombre.
HUIGUNDUS	planta epífita, bromeliácea de clima frío, parásita.
HUANDEROS	transportadores del HUANDU: palos sobre hombros y en ellos carga.
GUAGRAS	bueyes.
JUIN	muy.
GARI	macho, hombre valiente
BUNGALOWS,	
SLANG, BABIES,	
COUNTRY, HO-	
ME, VALET...	me niego a traducir esto y lo que sigue: para vergüenza de la gente que sabe anglicismos y no el Quichua.
GUARICHA	ramera, mujer de soldado, CHAPULA...
PERROS	intermediarios en la compra del toquilla "panama hat".
HUASCA	
CUNGAS	soga al cuello, que son halados a fuerza por cualquiera.
GUERO	prostituta de cualquier ralea "niña" o chola.
LEVAS	no lo que enseña la Academia sino: hombres que tienen una sola prenda, un traje y que presumen aristocracia criolla.
HOSTIA-BUCHE	gran comulgador, hipócrita.
MAPA SEÑORA	canción ambateña burlesca; falsa señora que nada vale.
ALAÚ	ay, qué dolor.
SHILAS	cántaras pequeñas.
YURAC SIQUIS	culos blancos... con perdón de Uds. puritanísimos...
TUPUS	prendedores de plata labrada.
HUAMBRA	niño, muchacho o chica.
MANAVALI	que no vale.
CHANGA	pierna.
PILCHI	calabacín usado a modo de vaso para beber.
ÑAUPA	en otro tiempo, tiempo antiguo.
TAUGA GARICU-	
NAHUAN JUCHA-	
LLIG HUARMI:	mujer que peca con todos los hombres, prostituta.

SHUNGU	corazón.
PITI o PISHI	poco.
MALTONCITO	de mediana talla.
SHUYU RURRUS	testículos sucios.
HUARACAS	hondas.
YUCA	mala seña, fingiendo enseñar el miembro viril.
... ISHMUSHCA	podrido.
... ASNAG	hediondo.
ISHPASHCA	defecado, meado, cagado.
LLUGSHI	a los perros: quítate!
HUIZHUS	"ternstroemia meridionalis", malvácea restrera muy fuerte.
UPALLAY	silencio.
CURUCHUPA	rabo de gusano, denomínase a los del partido Conservador.
AYORAS	despectivo de la moneda ecuatoriana de un sucre.
LLUCHUS	desnudos.
UYAY	oigan.
CARACHITO	diminutivo de caracho, exclamación benigna.
CUCHU	rincón.
EUCALOS	eucaliptos.
HUALLMIGU	amujerado.
MACANAS	preciosos tejidos a mano trabajados en Gualaceo, Cantón del Azuay.
MAISTRITOS	degeneración de MAISTROS, también burritos...
UCU PACHA	hueco en la Tierra, infierno.
RURRUILLAC	capón, castrado.
CAPISHCA	exprimido, música de guitarras o acordeón muy alegre.
IMPIRICOS	empíricos.
PISHI-SHUNGU	cobarde.
HUARA	música melancólica, pero sugerente... (CALZON)
CHUMALES	chogllo-tanda, torta de maíz tierno envuelto en hojas.
CHASQUIS	creo que esto sí se sabrá qué es, vaya!
HUANUSHCA	cagado, abonado...
UMAG	engañador.
SACHAGENTE	falsa gente.

SUPAY SIQUI	culo de Satanás.
YANGAMIGUC...	que come a costa ajena, come de balde.
YANGASIRIC ...	poltrón.
MISA MAQUI	mano mezquina, cicatero.
SUPAY SHUNGU	corazón del Demonio.
ISHCAY VIDAS	dos vidas, traicioneros.
HUIGSA	
MICHEGS	pastores de la barriga, vendidos por el estómago.
ÑITIC... RUNA-	
PAG ÑITIC...	opresor del indio.
ÑUTU	cosa menuda.
ÑUTUCHISHCA	desmenuzado.
HUATANAS	adoratorios u ofrendarios de los inkas.
APÁCHETAS	lugar donde depositaban los regalos a Inti, el Sol.
COYOCTORES	adoratorios.
HUIRACOCHAS;	despectivo de los blancos. Cf. Inca Garsilaso de la Vega.
JACUY	
UPALLASHCA	viles, bobalicones.
MACHICA o	
MASHCA	harina de cebada.
CAICA	toma.

F I N

SAL -Novela- por G. Humberto
Mata, se concluyó de imprimir en los
Talleres gráficos del Núcleo del Azuay
de la Casa de la Cultura Ecuatoriana
el día 30 de Julio de 1963.



¡Sal o sangre!

Al conmemorarse cien años de la huelga indígena-campesina de la sal —19 de abril de 1925—, se imprimió este facsímil bajo el Sello Editorial UCuenca, en su Taller Gráfico, en abril de 2025.

Por las luchas libradas y las pendientes.

Obras de Gonzalo Humberto Mata Ordóñez de próxima aparición:

MACHU PICCHU EN AMOR Y COLERA QUITENOS, será editado en breve por Editorial Biblioteca Cenit, de Cuenca. Llevará un Prólogo por el Maestro Dr. Luis E. Valcárcel y xilografías por el artista Julio Pantoja Rodulfo.

* * *

"LLACTA YUYAY" -Memoria Patria- se halla en prensa en la Universidad Nacional de San Antonio Abad de Cuzco.

* * *

"DOLORES VEINTIMILLA, ASESINADA" está ya imprimiéndose en Quito, a cargo de Editorial PUBLITECNICA del Sr. Eduardo Borja Illescas. La obra constará de 2 tomos. Se aceptan suscripciones. Solicite informes.

* * *

Prof. VICTOR M. VALENZUELA, de Lehigh University, Bethlehem, Pennsylvania, USA, dice:

"Muy complacido estoy de que Ud. finalmente decida publicar: **DOLORES VEINTIMILLA, ASESINADA**.- Sólo una infatigable y vigorosa voluntad individual como la suya, dotada con un profundo espíritu de justicia y personal integridad, ha podido tomar la empresa de derramar luz en algunos puntos oscuros de la muerte de Dolores Veintimilla, esa valiente paisana suya. La publicación de su libro le creará, sin duda, mayor copia de nuevos enemigos—aquellos que desean guardar secretos eventos en la obscuridad— pero Ud. vencerá otra vez, así como lo ha hecho anteriormente, emergiendo el victorioso, el campeón de la Verdad. Su vigor intelectual y sinceridad reflejados a través de su prosa, algunas veces brusca y violenta, pero siempre llena de color, es en ella misma una garantía de que su nuevo trabajo será leído con placer, en todas partes, por sus admiradores".

* * *

COLABORARON EN "S A L":

Ideación y ejecución de la cubierta por J. Argentina Andrade C.

Fotografías: los indios huelguistas en el Parque "Calderón", por M. J. Serrano, cortesía del Dr. Miguel Díaz Cueva.- Los indios de la kipa y la bocina, por José Corral Tagle.